Padres e hijos

Iván S. Turguénev

«No es solo la mejor novela de Turguénev, sino una de las obras más brillantes del siglo XIX». Vladímir V. Nabókov

De una novela titulada *Padres e hijos* puede esperarse, por supuesto, un conflicto generacional, entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que está a punto de desaparecer y lo que está a punto de venir… y más en la Rusia que ve acercarse inevitablemente con la liberación de los siervos el fin de una época. Lo que quizá no sea tan esperable es que, en este conflicto, quienes tengan el poder, quienes impongan, a veces tiránicamente, sus condiciones, sean los hijos… frente a unos padres cansados pero amantísimos, deseosos de pasar el relevo con una entrega que roza el servilismo. Turguénev coloca justo en el centro de este mundo frágil a uno de los héroes clave de la literatura rusa y universal, el estudiante de medicina Bazárov un «*hipster* nihilista», según el joven novelista norteamericano Gary Shteyngart, que, no siendo todavía médico, ya descree de la medicina: es más, si no cree en sus padres, aún cree menos en su propia generación. Dotado de una energía prodigiosa para el sarcasmo, la negación y la paradoja, y de un carisma que seduce a la vez que aleja a todo el mundo, este personaje descomunal pone a prueba de una patada el sistema estamental, el orden caballeresco, el ideario filosófico y la red de afectos en que se sustenta la sociedad de su tiempo… e incluso desafía, en sí mismo, cómo no, al amor…

Padres e hijos (1862) fue la obra más polémica de su autor. Le ganó enemigos en el bando de sus amigos y amigos en el de sus enemigos. Por su complejidad no es difícil adivinar por qué.

Ivan Sergueevich Turguenev

Padres e hijos

ePub r1.6
Titivillus 07.05.2020

Título original: *Ottsy i deti*
Ivan Sergueevich Turguenev, 1862
Traducción: Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Padres e hijos

Nota al texto

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Sobre el autor

Notas

Nota al texto

Mucho se ha escrito ya sobre *Padres e hijos*, la cuarta novela de Iván Turguénev, y, sin duda, la más polémica y famosa de todas. Por ello, aquí nos vamos a limitar a esbozar su origen, la recepción que tuvo en su país y el momento histórico en que apareció.

Según el propio Turguénev, en un viaje que hizo en tren conoció a un joven médico de provincias que lo dejó impactado por su personalidad y por sus ideas. Le pareció que encarnaba un nuevo prototipo de hombre que estaba surgiendo en la sociedad rusa y que le causaba interés y desconcierto a la vez: el nihilista, una persona que no reconoce ninguna autoridad y que únicamente cree en el conocimiento empírico. Este término, aunque no es de Turguénev, a partir de la publicación de *Padres e hijos* se popularizó enormemente en Rusia. En agosto de 1860, mientras tomaba unos baños en la isla de Wight (Inglaterra), Turguénev tuvo la primera idea de escribir la novela. En ella, enfrentaría a la juventud rusa radical, positivista y materialista (encarnada en Yevgueni Bazárov) con la clase liberal y tradicional (encarnada en los hermanos Kirsánov). Vladímir Nabókov, en su *Curso de literatura rusa,* sintetiza perfectamente al protagonista de la novela: «Bazárov, representante de esta generación más joven, es agresivamente materialista; para él no hay religión ni valores estéticos o morales. Él no cree en nada más que en las “ranas”, es decir, en nada que no sea resultado de su experiencia científica y práctica. No conoce la compasión ni la vergüenza. Y es el hombre activo por excelencia». Ciertamente, Bazárov es un personaje activo, algo novedoso en la literatura rusa, en clara contraposición con todo el elenco de «hombres superfluos» —léase inútiles—, pasivos e incapaces de actuar, tan presentes también en la obra de Turguénev.

Es difícil que nos hagamos una idea del escándalo que se desencadenó en Rusia cuando, en febrero de 1862, *Padres e hijos* salió publicada en la revista *Russki Véstnik* [El Mensajero Ruso]. La juventud se enfureció porque vio en Bazárov una burda caricatura: un joven radical, cínico y antipático, que sucumbe a la sensualidad de una mujer. Por el contrario, los conservadores vieron en Bazárov una idealización de la juventud revolucionaria, y esto les pareció algo sumamente peligroso. Hay que tener en cuenta lo polarizada que estaba la sociedad rusa, en la que convivían partidarios de una férrea autocracia y grupos revolucionarios y terroristas que, en 1881, después de varios intentos fallidos, acabarían asesinando al zar Alejandro II.

No es de extrañar, pues, que nadie se pusiera de acuerdo en cómo había que tomarse a Bazárov: ¿era una figura positiva o negativa? Tanto unos como otros se ensañaron con Turguénev —que hasta ese momento había sido mimado y respetado

por público y crítica—, y empezaron para él largos años de enfrentamientos y disputas que se acentuaron con sus siguientes novelas.

El escritor ruso, en su artículo «En cuanto a *Padres e hijos*» (1869), afirma: «He reunido una colección bastante interesante de cartas y otros documentos que hacen referencia a *Padres e hijos*. Su confrontación no está exenta de cierto interés. Mientras que unos me acusan de insultar a la generación joven, de atraso, de oscurantismo, me dicen que "queman mis fotografías entre risotadas de desprecio", otros, al contrario, me reprochan con indignación mi servilismo ante esta misma generación joven. "¡Usted se echa a los pies de Bazárov! —exclama cierto corresponsal—. Finge condenarlo, pero en realidad lo adula, y espera de él una sonrisa desdeñosa, como una limosna"».

En efecto, el escritor se convirtió en el blanco de los insultos: «Los jóvenes le llamaron loco, asno, reptil, Judas, agente policíaco»[1].

Según Isaiah Berlin, el tema principal de esta novela lo encontramos en su epígrafe original, que Turguénev finalmente decidió descartar:

> Un joven le dice a un hombre de mediana edad: «Tenéis sustancia, pero no fuerza». El hombre de mediana edad le responde al joven: «Y vosotros tenéis fuerza, pero no sustancia».
>
> De una conversación contemporánea

Abundando en esta idea de la fuerza, Berlin afirma: «Alguien observó una vez que Bazárov es el primer bolchevique; aun cuando no es socialista, en ello hay cierta verdad. Desea el cambio radical y no retrocede ante el empleo de la fuerza bruta».

Padres e hijos fue escrita a las puertas de la abolición de la servidumbre, que en Rusia se produjo en 1861. La inminencia de este cambio tan profundo se palpa a lo largo de toda la novela, especialmente en la relación de Nikolái Kirsánov con sus siervos. Este, que encarna al noble de ideas progresistas y liberales, introduce reformas en su hacienda, intenta mejorar la situación de sus campesinos y contrata a jornaleros para que trabajen la tierra. Esto tiene un claro carácter autobiográfico, ya que Turguénev era un férreo defensor de las reformas sociales y de la emancipación de los siervos, a los que él ya había liberado antes de 1861.

Para acabar, no olvidemos que nos encontramos no solo ante una obra fundamental dentro de la historia del pensamiento ruso, sino ante una de las mejores creaciones de la literatura rusa, que Nabókov consideraba «no solo la mejor novela de Turguénev, sino una de las obras más brillantes del siglo XIX».

Esta traducción se ha realizado a partir de las *Obras completas* de Iván Serguéievich Turguénev (editorial Nauka, Moscú, 1981).

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS

Dedicado a la memoria de Vissarión Grigórevich Belinski

I

—Qué, Piotr, ¿aún no se ve nada? —preguntaba el 20 de mayo de 1859 un señor de algo más de cuarenta años que salía sin sombrero, enfundado en un abrigo lleno de polvo y pantalones a cuadros, al porchecito bajo de una posada situada en el camino de… La pregunta iba dirigida a su criado, un muchacho mofletudo con la barbilla cubierta de vello blanquecino, de ojos pequeños y apagados.

El criado, en el que todo revelaba que se trataba de una persona de la novísima y perfeccionada generación —el pendiente color turquesa en la oreja, el cabello abigarrado y untado de grasa, los movimientos corteses; en una palabra: todo—, echó una mirada condescendiente al camino y respondió:

—Parece ser que no, señor: no se ve nada.

—¿No se ve nada? —repitió el señor.

—No se ve nada —respondió por segunda vez el criado.

El señor suspiró y se sentó en un banquito. Aprovechemos para presentárselo al lector ahora que está sentado, con las piernas recogidas, mirando pensativamente a su alrededor.

Se llama Nikolái Petróvich Kirsánov. A quince verstas de la posada tiene una buena hacienda de doscientos siervos —o de dos mil desiatinas[2], como le gusta decir desde que acordara la división de las tierras con los campesinos y montara una «granja»—. Su padre, un general que combatió en 1812, medio analfabeto y grosero, aunque un ruso sin maldad, cumplió con su trabajo toda la vida; primero dirigió una brigada, después una división, y siempre vivió en provincias, donde debido a su rango tuvo un destacado papel. Nikolái Petróvich nació en el sur de Rusia, al igual que su hermano Pável —del que hablaremos más adelante—, y hasta los catorce años fue educado en casa, rodeado de preceptores baratos, ayudantes de campo descarados pero serviles, y otros personajes del regimiento y del Estado Mayor. Su madre, del linaje de los Koliazin, de soltera *Agathe*, y como generala Agafokleia Kuzmínshina Kirsánova, pertenecía a esa categoría de «madres marimandonas», llevaba cofias vaporosas y vestidos de seda crujientes, en la iglesia era la primera en acercarse a la cruz, hablaba fuerte y mucho, por las mañanas permitía a sus hijos que le besaran la manita y antes de acostarse los bendecía; en una palabra: vivía a sus anchas. Nikolái Petróvich, como hijo de un general, debía ingresar en el servicio militar —al igual que su hermano Pável—, a pesar de no destacar por su valentía y de haberse ganado incluso el apodo de cobarde. Pero, justo el día en el que le notificaron su destino, se rompió una pierna y, tras tener que guardar cama dos meses, quedó «cojito» para toda la vida. Su padre se resignó y le dio permiso para dedicarse a la carrera civil, y, en

cuanto cumplió dieciocho años, se lo llevó a San Petersburgo y lo instaló en la universidad. En aquel momento el hermano de Nikolái era oficial en el regimiento de la guardia, y ambos jóvenes se fueron a vivir juntos a un apartamento bajo la vigilancia de su tío segundo por parte materna: Iliá Koliazin, un importante funcionario. El padre regresó a su división, junto a su mujer, y solo de vez en cuando enviaba a sus hijos grandes cuartillas de papel gris con la letra suelta de un escribano. Al final de estas cuartillas resaltaban, afanosamente rodeadas de «florituras», las palabras: «Piotr Kirsánov, general mayor». En 1835 Nikolái Petróvich se licenció en la universidad, y ese mismo año el general Kirsánov, que había sido destituido a causa de un pase de revista desafortunado, viajó a San Petersburgo con su mujer para instalarse allí. Su intención era alquilar una casa al lado del jardín Tavrícheski y hacerse socio del club inglés, pero murió repentinamente de apoplejía. Agafokleia Kuzmínshina pronto le siguió: no logró acostumbrarse a su vida solitaria en la capital y la tristeza del retiro la consumió. Entretanto Nikolái Petróvich, aún en vida de sus padres y para gran aflicción de estos, se había enamorado de la hija de un funcionario llamado Prepolovenski, antiguo patrón de su apartamento; se trataba de una muchacha hermosa y, como se suele decir, culta: leía artículos serios de las revistas, de la sección de «Ciencias». Se casó con ella en cuanto concluyó el período de luto, y, tras abandonar el Ministerio de la Corte y Patrimonio Imperial, donde había sido colocado por su padre, gozó de una felicidad completa junto a su Masha en una dacha cercana al Instituto Forestal; después se instaló en la ciudad, en un pequeño y agradable apartamento, con una escalera limpia y un salón algo frío; y finalmente se fue a vivir al campo, donde se instaló definitivamente y donde poco después nació su hijo Arkadi. Los cónyuges vivieron muy bien y tranquilos: casi nunca se separaban, leían juntos, tocaban el piano a cuatro manos y cantaban duetos; ella plantaba flores y cuidaba del corral; él iba a cazar de tarde en tarde y se ocupaba de la hacienda. Mientras tanto, Arkadi crecía y crecía: como ellos, bien y tranquilo. Así pasaron diez años, como un sueño. En 1847 murió la mujer de Kirsánov. Este a duras penas encajó el golpe, y en cuestión de semanas su cabello encaneció. Se dispuso a viajar al extranjero para al menos distraerse un poco… pero llegó el año 1848[3]. Muy a su pesar regresó a su aldea y, al cabo de un tiempo bastante largo de inactividad, se dedicó a reformar la hacienda. En 1855 llevó a su hijo a la universidad; pasó tres inviernos con él en San Petersburgo, sin salir apenas a ningún sitio y tratando de entablar amistad con los jóvenes compañeros de Arkadi. El último invierno no pudo ir, y ahora lo vemos en el mes de mayo de 1859, con el cabello ya totalmente cano, regordete y un poco encorvado. Está esperando a su hijo, que se ha licenciado, como él en su día.

El criado, por un sentimiento de decoro, o quizá para no estar bajo la mirada del señor, se metió detrás del portón y encendió su pipa. Nikolái Petróvich agachó la cabeza y se puso a mirar los decrépitos peldaños del porchecito; un pollo grueso y de abigarrado plumaje se paseaba por ellos con aire digno, golpeando con fuerza con sus

grandes patas amarillas; una gata sucia lo miraba con hostilidad, melindrosamente acurrucada sobre la barandilla. El sol quemaba; de la penumbra del zaguán de la posada llegaba un olor a pan caliente de centeno. Nuestro Nikolái Petróvich estaba enfrascado en sus pensamientos: «Mi hijo… licenciado… Arkasha[4]…», no dejaba de rondarle por la cabeza. Intentaba pensar en otra cosa, pero de nuevo le venían aquellas mismas ideas. Entonces recordó a su mujer fallecida. «¡No ha vivido para verlo!», musitó con tristeza… Una gruesa paloma gris voló hasta el camino y, presurosa, fue a beber a un charquito que había cerca del pozo. Nikolái Petróvich la observó, y de pronto su oído captó el traqueteo de unas ruedas que se aproximaban…

—Parece ser que vienen, señor —anunció el criado saliendo por el portón.

Nikolái Petróvich se levantó de un salto y observó el camino. Apareció una calesa tirada por tres caballos de posta; en la calesa refulgió el cintillo de una gorra estudiantil y el contorno de un rostro familiar y querido…

—¡Arkasha! ¡Arkasha! —gritó Kirsánov, que salió corriendo y agitando los brazos… Al cabo de unos instantes sus labios ya rozaban la mejilla imberbe, tostada y cubierta de polvo del joven licenciado.

II

—Pero deja que me sacuda el polvo, papá —dijo Arkadi con voz algo enronquecida por el viaje, aunque sonora y juvenil, respondiendo alegremente a las muestras de cariño de su padre—: te voy a manchar entero.

—No pasa nada, no pasa nada —repitió con sonrisa enternecida Nikolái Petróvich, y dio dos palmaditas en el cuello del capote de su hijo y en su propio abrigo—. Déjame verte, déjame —añadió separándose e, inmediatamente, se dirigió con paso apresurado a la posada y dijo—: Hacia aquí, hacia aquí, traed rápido los caballos.

Nikolái Petróvich parecía mucho más agitado que su hijo; parecía un poco turbado, como intimidado. Arkadi le retuvo.

—Papá —dijo—, permite que te presente a mi buen amigo Bazárov, sobre el que te he escrito tantas veces. Es tan amable que ha aceptado pasar unos días en casa.

Nikolái Petróvich se volvió rápidamente, se aproximó a un hombre alto enfundado en un sobretodo largo con borlas que acababa de apearse de la calesa y le estrechó con fuerza su mano desnuda y enrojecida, que el otro no le tendió enseguida.

—Un verdadero placer —empezó a decir—, le agradezco su buena intención de visitarnos. Espero que… Pero permítame: ¿cuál es su nombre y patronímico?

—Yevgueni Vasílev —respondió Bazárov con voz apática aunque viril, y, al abrir el cuello de su sobretodo, Nikolái Petróvich pudo ver su rostro entero. Era largo y flaco, con la frente ancha, la parte superior de la nariz plana y la inferior afilada, los ojos grandes y verdosos, y las patillas largas de color arena; su rostro, animado por una sonrisa tranquila, expresaba seguridad en sí mismo e inteligencia.

—Espero, queridísimo Yevgueni Vasílich, que no se aburra en nuestra casa —dijo Nikolái Petróvich.

Bazárov movió levemente sus finos labios, pero no respondió nada: se limitó a levantar un poco la gorra. Su cabello rubio oscuro, largo y espeso, no ocultaba las grandes prominencias de su ancho cráneo.

—Entonces, Arkadi —empezó a decir de nuevo Nikolái Petróvich volviéndose hacia su hijo—, ¿enganchamos ya los caballos? O ¿queréis descansar?

—Ya descansaremos en casa, papá; manda que los enganchen.

—Ahora mismo, ahora mismo —se apresuró a decir su padre—. Eh, Piotr, ¿lo has oído? Encárgate tú; rápido, hermano.

Piotr, quien en calidad de criado «perfeccionado» no se había acercado a besar la mano del hijo del señor y se había limitado a hacerle una reverencia desde lejos, volvió a desaparecer por el portón.

—He venido en carretela, pero hay tres caballos más para tu calesa —dijo Nikolái Petróvich atareado, mientras Arkadi bebía agua de un cucharón de hierro que había traído la dueña de la posada y Bazárov encendía su pipa y se acercaba al cochero, que desenganchaba los caballos—. Lo que ocurre es que la carretela es de dos plazas, y tu amigo no sé cómo…

—Irá en la calesa —le interrumpió a media voz Arkadi—. Por favor, no andes con ceremonias con él. Es un muchacho excelente y muy sencillo, ya lo verás.

El cochero de Nikolái Petróvich sacó los caballos.

—¡Venga, barbudo, muévete! —le dijo Bazárov al cochero.

—Eh, Mitiuja, ¿has oído cómo te ha llamado el señor? —intervino otro cochero que había allí con las manos metidas en las aberturas traseras de su zamarra—. ¡Es que eres un barbudo!

Mitiuja se limitó a sacudirse el gorro y arrastró las riendas del sudoroso caballo de varas.

—Venga, venga, muchachos, echad una mano —exclamó Nikolái Petróvich—: ¡habrá para vodka!

Al cabo de unos minutos los caballos ya estaban enganchados; padre e hijo se sentaron en la carretela y Piotr trepó al pescante. Bazárov subió de un salto a la calesa, apoyó la cabeza en un cojín de cuero, y ambos carruajes se pusieron en marcha.

III

—Así que por fin te has licenciado y vuelves a casa —decía Nikolái Petróvich rozándole a Arkadi a veces el hombro, a veces la rodilla—. ¡Por fin!

—Y ¿qué tal el tío? ¿Está bien? —preguntó Arkadi quien, a pesar de la sincera y casi infantil alegría que lo embargaba, deseaba cambiar cuanto antes el tono emocionado de la conversación a otro más rutinario.

—Sí, está bien. Iba a venir a recibirte conmigo, pero por alguna razón ha cambiado de idea.

—¿Llevas mucho rato esperándome? —preguntó Arkadi.

—Unas cinco horas.

—Pero ¡qué bueno eres, papá!

Arkadi se volvió animadamente hacia su padre y le dio un sonoro beso en la mejilla. Nikolái Petróvich se echó a reír suavemente.

—¡Te he preparado un caballo fantástico! —empezó a decir—. Ya lo verás. Y he hecho empapelar tu dormitorio.

—Y ¿habrá alguna habitación para Bazárov?

—Sí, también para él habrá una.

—Por favor, papá, sé cariñoso con él. No puedo expresarte hasta qué punto aprecio su amistad.

—¿Lo conoces hace poco?

—Sí, hace poco.

—Por eso no lo vi el invierno pasado. ¿A qué se dedica?

—Su ocupación principal son las ciencias naturales. Pero sabe de todo. El año que viene quiere examinarse para ser médico.

—¡Ah! De modo que está en la facultad de Medicina —dijo Nikolái Petróvich y se quedó callado—. Piotr —añadió alargando una mano—, ¿esos que van por ahí son nuestros campesinos?

Piotr miró hacia donde señalaba el señor. Varios carros, tirados por caballos sin brida, rodaban ligeramente por el estrecho camino vecinal. En cada carro iba un campesino o dos a los sumo, con las zamarras desabrochadas.

—Así es, señor —profirió Piotr.

—Y ¿adónde van? ¿A la ciudad?

—Es de suponer que sí, a la ciudad. A la taberna —añadió desdeñosamente, y se inclinó ligeramente hacia el cochero, como buscando su complicidad. Pero este ni siquiera se movió: era un hombre chapado a la antigua que no compartía sus novísimos puntos de vista.

—Este año tengo grandes preocupaciones por culpa de los campesinos —continuó Nikolái Petróvich dirigiéndose a su hijo—. No pagan el *obrok*[5]. ¿Qué le vamos a hacer?

—Y ¿estás satisfecho con tus jornaleros?

—Sí —dijo entre dientes Nikolái Petróvich—. Pero los instigan, eso es lo malo, y no ponen auténtico empeño en el trabajo. Echan a perder los arneses. Aunque no han arado mal. Con el tiempo, todo irá mejor. ¿Acaso ahora te interesa la hacienda?

—Aquí no tenéis ni una sombra, que lástima —observó Arkadi sin responder a la última pregunta.

—He puesto un toldo en el balcón que da a la cara norte —dijo Nikolái Petróvich —, ahora también podemos comer al aire libre.

—La casa se parecerá demasiado a una dacha… Pero bueno, qué más da. ¡Qué aire se respira aquí! ¡Qué bien huele! ¡Realmente creo que no hay lugar en el mundo donde huela como en estos parajes! Y este cielo…

Arkadi se detuvo súbitamente, miró de refilón a su espalda y se quedó callado.

—Por supuesto —observó Nikolái Petróvich—: tú naciste aquí, y todo tiene que parecerte especial…

—Bueno, papá, da igual donde uno nazca.

—Pero…

—No: es completamente indiferente.

Nikolái Petróvich miró a su hijo de soslayo y la calesa recorrió media versta antes de que la conversación se volviera a reanudar.

—No recuerdo si te escribí que murió Yegórovna, tu antigua niñera —dijo Nikolái Petróvich.

—¡Qué me dices! ¡Pobre vieja! Y Prokófich… ¿está vivo?

—Sí, está vivo y no ha cambiado ni un ápice. Sigue refunfuñando, igual que siempre. En realidad no vas a encontrar grandes cambios en Márino.

—¿Aún tienes el mismo capataz?

—Pues el capataz justamente lo he cambiado. Decidí que en casa no tendría a más siervos liberados, antiguos miembros de la servidumbre; o que, por lo menos, no les confiaría cargos de responsabilidad. —Arkadi señaló a Piotr con la mirada—. *Il est libre, en effet*[6] —observó Nikolái Petróvich a media voz—, pero es que él es ayuda de cámara. El capataz que ahora tengo proviene de la pequeña burguesía, y parece diligente. Le he asignado un sueldo de doscientos cincuenta rublos al año. Te acabo de decir que en Márino no encontrarás grandes cambios; sin embargo… —añadió Nikolái Petróvich frotándose la frente y las cejas con una mano, algo que en él siempre denotaba una turbación interior— no es totalmente cierto. Considero un deber prevenirte por lo menos de que… —Se detuvo un momento y prosiguió en francés—. Un moralista severo encontraría que mi franqueza es inoportuna, pero, en primer lugar, es un hecho que no se puede ocultar, y, además, ya sabes que siempre he tenido unos principios singulares sobre las relaciones entre padres e hijos. Por otro

lado, naturalmente, tienes derecho a reprobarme. A mi edad… Bueno, en una palabra: esa… esa muchacha sobre la que probablemente ya has oído hablar…

—¿Fénechka? —preguntó Arkadi con desenfado.

Nikolái Petróvich enrojeció.

—No digas su nombre en voz alta, por favor. En efecto… ahora vive conmigo. La he alojado en casa… Quedaban dos habitaciones pequeñas. Pero esto es algo que podemos cambiar.

—Pero ¿qué dices, papá? ¿Por qué?

—Tu amigo se va a hospedar en casa. Me resulta embarazoso…

—Por Bazárov no te preocupes, por favor. Está por encima de estas cosas.

—Bueno, pero… y tú… —profirió Nikolái Petróvich—. El pabellón de la casa no es gran cosa, ese es el problema.

—Haz el favor, papá —le cortó Arkadi—, parece que te estés disculpando, ¡cómo no te da vergüenza!

—Naturalmente que me debe dar vergüenza —respondió Nikolái Petróvich enrojeciendo cada vez más.

—Ya está bien, papá, basta, ¡haz el favor! —Arkadi sonrió con dulzura. «Pero ¡de qué se tiene que disculpar!», pensó, y un sentimiento de indulgente ternura por su bueno y blando padre mezclado con una sensación de cierta superioridad secreta le llenó el alma—. ¡Ya basta, por favor! —repitió una vez más, deleitándose sin querer al sentirse un hombre avanzado y libre.

Nikolái Petróvich le miró por entre los dedos de la mano, con la que seguía frotándose la frente, y sintió una punzada en el corazón… Pero enseguida se sintió culpable.

—Aquí ya empiezan nuestros campos —dijo después de un largo silencio.

—Eso de ahí delante parece nuestro bosque, ¿no? —preguntó Arkadi.

—En efecto. Pero lo he vendido. Este año lo talarán.

—¿Por qué lo has vendido?

—Necesitaba dinero; además, esta tierra pasa a manos de los campesinos.

—¿Los mismos que no te pagan el *obrok*?

—Eso es cosa de ellos; por otra parte, ya me lo pagarán algún día.

—Me da pena por el bosque —observó Arkadi y se puso a mirar alrededor.

Los lugares por los que pasaban no podrían definirse como pintorescos. Campos y más campos se extendían hasta el mismo horizonte, a veces ascendiendo ligeramente, otras descendiendo de nuevo; bosques pequeños aparecían aquí y allá; barrancos sinuosos cubiertos de ralos y bajos arbustos recordaban el modo en que eran representados en los antiguos mapas de los tiempos de Catalina; asimismo aparecían riachuelos de orillas escabrosas, estanques minúsculos con diques decrépitos, pequeñas aldeas con isbas bajas de techos oscuros, a menudo medio derruidos, pequeños cobertizos destinados a la trilla con las paredes hechas de ramas secas trenzadas y los portones abiertos de par en par junto a las eras desoladas, e

iglesias, ya de ladrillo con el estuco medio desprendido, ya de madera con las cruces torcidas y los cementerios devastados. A Arkadi poco a poco se le iba encogiendo el corazón. Como adrede, todos los campesinos con los que se cruzaban iban andrajosos, montados en pencos de aspecto lamentable; sauces con la corteza desollada y las ramas quebradas se alzaban como pobres harapientos en el borde del camino; vacas enflaquecidas y de piel rugosa, como roída, arrancaban ávidamente la hierba de las zanjas. Parecía como si acabaran de escaparse de unas garras amenazantes y mortíferas, y, al conjuro del aspecto miserable de aquellos animales desfallecidos, en medio del magnífico día de primavera, se alzaba el blanco espectro del invierno desolador e interminable con sus ventiscas, heladas y nieves… «No, no es rico este lugar —pensó Arkadi—, no destaca por su abundancia ni por su laboriosidad; pero no puede quedarse así: las reformas son imprescindibles… Aunque ¿cómo llevarlas a cabo, por dónde empezar…?».

Estas eran las reflexiones de Arkadi… y, mientras reflexionaba, la primavera iba imponiéndose. A su alrededor todo verdecía con matices dorados, todo —árboles, matorrales y hierba— palpitaba amplia y suavemente, brillaba bajo el suave aliento del cálido vientecillo; por todas partes las alondras emitían trinos interminables y sonoros; las avefrías graznaban revoloteando sobre los prados bajos o cruzaban corriendo en silencio los terrones; los grajos paseaban su negro y bello plumaje por el verde tierno de las espigas de trigo aún bajas; se perdían entre el centeno, ligeramente blanquecino, y sus cabezas aparecían solo de vez en cuando entre aquellas ondulaciones grisáceas. Arkadi miraba y miraba, sus reflexiones poco a poco se fueron debilitando hasta desvanecerse… Se quitó el capote bruscamente y miró a su padre como un niño pequeño, con tanta alegría que este lo abrazó de nuevo.

—Ya estamos cerca —observó Nikolái Petróvich—, en cuanto subamos este montículo se verá la casa. Qué bien viviremos juntos, Arkasha, me ayudarás con la hacienda si es que esto no te aburre. Ahora debemos estrechar nuestra relación, conocernos como es debido, ¿no es cierto?

—Desde luego —profirió Arkadi—, pero ¡qué día tan maravilloso hace hoy!

—Es por tu llegada, querido. Sí: la primavera en todo su esplendor. Además, estoy de acuerdo con Pushkin, ¿recuerdas estos versos de *Yevgueni Oneguin*?

> Cómo me entristece tu llegada,
> ¡primavera, primavera, tiempo de amor!
> Qué…

—¡Arkadi! —se oyó la voz de Bazárov desde la calesa—, pásame las cerillas, no tengo nada para encenderme la pipa.

Nikolái Petróvich se quedó callado, y Arkadi, que había empezado a escucharle con cierto asombro aunque no sin interés, se apresuró a coger de su bolsillo una cajita plateada de cerillas, y se la pasó a Bazárov por medio de Piotr.

—¿Quieres un puro? —volvió a gritar Bazárov.

—Vale —respondió Arkadi.

Piotr regresó a la carretela y le entregó la cajita junto con un grueso y negro puro, que Arkadi se encendió inmediatamente, algo por lo que Nikolái Petróvich, que nunca había fumado, apartó sin querer la nariz, pero con disimulo, pues no quería ofender a su hijo.

Al cabo de un cuarto de hora ambos carruajes se detuvieron ante el porche de una casa nueva de madera, pintada de gris y cubierta por un techo rojo de hierro. Habían llegado a Márino, también conocido como Nuevo Poblado o Granja de los Solterones, tal y como lo llamaban los campesinos.

IV

No hubo ninguna multitud de sirvientes reunida en el porche para recibir a los señores; únicamente apareció una niña de unos doce años, y tras ella salió de la casa un joven, muy parecido a Piotr, que vestía una chaqueta de librea gris de botones blancos blasonados: era el sirviente de Pável Petróvich Kirsánov. Abrió la portezuela de la carretela en silencio y desabrochó el *fartuk*[7] de la calesa. Nikolái Petróvich atravesó junto a su hijo y Bazárov una sala oscura y casi vacía, tras cuya puerta fulguró el rostro de una mujer joven, y dieron al salón, decorado a la última moda.

—Por fin estamos en casa —dijo Nikolái Petróvich quitándose el casquete y sacudiéndose el cabello—. Ahora lo importante es cenar y descansar.

—Efectivamente, no estaría nada mal comer algo —observó Bazárov estirándose, y se desplomó en el sofá.

—Sí, sí, ¡que sirvan la cena, cuanto antes! —Nikolái Petróvich pateó varias veces en el suelo sin motivo aparente—. Aquí llega justamente Prokófich.

Entró un hombre de unos sesenta años, de cabello blanco, delgado y de tez morena, en un frac castaño oscuro con botones de cobre y un pañuelo alrededor del cuello. Sonrió mostrando los dientes, besó la mano de Arkadi y, tras hacer una reverencia al huésped, se retiró hacia la puerta y colocó una mano detrás de la espalda.

—Ya lo tenemos aquí, Prokófich —dijo Nikolái Petróvich—, por fin ha vuelto a casa… Qué, ¿cómo lo encuentras?

—Con un aspecto inmejorable, señor —respondió el viejo, y de nuevo sonrió mostrando los dientes, pero inmediatamente después frunció sus frondosas cejas—. ¿Desea que pongamos la mesa? —preguntó con aire grave.

—Sí, sí, por favor. Pero ¿no quiere pasar por su habitación, Yevgueni Vasílich?

—No, se lo agradezco, no es necesario. Únicamente ordene que lleven allí mi maleta y esta prendita —añadió quitándose el sobretodo.

—Muy bien. Prokófich, coge el capote de ambos. —Prokófich, perplejo, cogió con las dos manos la «prendita» de Bazárov y, alzándola bien alto por encima de la cabeza, se marchó de puntillas—. Y tú, Arkadi, ¿pasarás un momento por tu habitación?

—Sí, debo asearme —contestó Arkadi, y ya se estaba dirigiendo hacia la puerta, cuando de pronto entró en el salón un hombre de altura media, que vestía un traje oscuro inglés, corbata baja a la moda y botas cortas de charol. Se trataba de Pável Petróvich Kirsánov. Aparentaba unos cuarenta y cinco años: su cabello corto de color gris tenía un brillo oscuro, como de plata nueva; su rostro bilioso pero sin arrugas,

extraordinariamente proporcionado y pulcro, como tallado con un fino y ligero cincel, mostraba los vestigios de una gran belleza; sus ojos luminosos, negros y rasgados eran especialmente bonitos. Toda la fisonomía del tío de Arkadi, elegante y de linaje, conservaba esa esbeltez juvenil y esa tendencia a elevarse lejos de la tierra que en la mayoría de los casos desaparece después de los veinte años.

Pável Petróvich sacó su bonita mano, de uñas largas y rosadas, del bolsillo del pantalón, que parecía aún más bonita por el blanco nevoso del puño de la camisa, abrochado con un único ópalo de gran tamaño, y se la tendió a su sobrino. Después de hacer el *shake hands*[8] europeo, le besó tres veces a la rusa; es decir, le rozó tres veces la mejilla con su fragante bigote, y dijo:

—Bienvenido.

Nikolái Petróvich le presentó a Bazárov; Pável Petróvich inclinó levemente su flexible talle y esbozó una ligera sonrisa, pero no le tendió la mano: incluso la volvió a introducir en el bolsillo.

—Ya pensaba que no llegaríais hoy —dijo con voz agradable, meciendo la cabeza amablemente, contrayendo los hombros y mostrando sus dientes perfectos y blancos —. ¿Es que ha pasado algo en el camino?

—No ha pasado nada —le respondió Arkadi—, simplemente nos hemos retrasado un poco. Y ahora tenemos más hambre que un lobo. Papá, métele prisa a Prokófich, yo ahora vuelvo.

—Espera, voy contigo —exclamó Bazárov levantándose de pronto y con ímpetu del sofá.

Los dos jóvenes salieron.

—¿Quién es este? —preguntó Pável Petróvich.

—Un amigo de Arkasha; según sus palabras, se trata de un hombre muy inteligente.

—Y ¿va a hospedarse en nuestra casa?

—Sí.

—¿Este melenudo?

—Pues… sí.

Pável Petróvich repiqueteó la mesa con las uñas.

—Encuentro que Arkadi *s'est dégourdi*[9] —apuntó—. Estoy contento de su regreso.

Durante la cena hablaron poco. Especialmente Bazárov, que casi no pronunció una palabra, aunque sí comió mucho. Nikolái Petróvich contó varias anécdotas de su vida de granjero —según su propia expresión—, habló sobre las medidas gubernamentales inminentes, sobre comités, diputados, la necesidad de introducir maquinaria, etcétera. Pável Petróvich se paseaba lentamente de arriba abajo por el comedor (nunca cenaba), de vez en cuando bebía un sorbo de una copa llena de vino tinto, y aún más raramente hacía alguna observación, o más bien exclamación, del tipo «¡Ah!», «¡Eh!», «¡Hm!». Arkadi contó algunas novedades de San Petersburgo,

aunque sentía cierta incomodidad, esa incomodidad que suele dominar a un joven que acaba de dejar de ser un niño y regresa al lugar donde están acostumbrados a verlo y considerarlo como tal. Estiraba su discurso sin necesidad alguna y evitaba la palabra «papá», que incluso sustituyó una vez por «padre», aunque, a decir verdad, la pronunciaba entre dientes; con una desenvoltura excesiva se sirvió mucho más vino del que en realidad quería, y se lo bebió todo. Prokófich no le quitaba ojo de encima y se limitaba a mover los labios. Se separaron en cuanto acabó la cena.

—Tu tío es un poco extravagante —le dijo Bazárov a Arkadi, sentado en batín junto a su cama y chupando su corta pipa—. ¡Vaya finura se gasta para estar en una aldea! Y ¡qué uñas, ni que fuera a exponerlas!

—Es que tú no sabes —le respondió Arkadi— que en sus tiempos fue un «león»[10]. Algún día te contaré su historia. Fue un hombre muy guapo, las mujeres perdían la cabeza por él.

—¡Así que es eso! De modo que continúa con su vieja costumbre. Lástima que aquí no tenga a quién cautivar. Lo he observado bien: qué cuellos tan almidonados lleva, parecen de piedra, y qué bien lleva afeitada la barbilla. Arkadi Nikolaich, ¿no te parece ridículo?

—Tal vez; pero lo cierto es que es un buen hombre.

—¡Es un fenómeno arcaico! Sin embargo, tu padre es estupendo. Es inútil que lea poesía y dudo que entienda cómo llevar la hacienda, pero es un buenazo.

—Mi padre vale su peso en oro.

—¿Te has dado cuenta de que se ruboriza?

Arkadi asintió con la cabeza, como si él mismo nunca se ruborizara.

—¡Qué curiosos son estos viejos románticos! —continuó diciendo Bazárov—. Excitan su sistema nervioso hasta la irritación… y claro, pierden el equilibrio. Bueno, ¡adiós! En mi cuarto hay un lavamanos inglés, aunque la puerta no cierra. Con todo, habría que incentivar su uso: ¡lavamanos ingleses, eso sí que es progreso!

Bazárov se marchó y a Arkadi lo invadió un sentimiento de alegría. Dormir placenteramente en su casa natal, en una cama familiar, bajo una manta que tejieron unas manos queridas, quizá las de su niñera, esas manos afectuosas, buenas e infatigables. Arkadi recordó a Yegórovna, suspiró y le deseó el reino de los cielos… Por sí mismo no rezaba.

Tanto Bazárov como él se durmieron rápido, pero hubo otras personas en la casa que tardaron mucho en hacerlo. A Nikolái Petróvich el regreso de su hijo le había causado agitación. Se acostó, aunque no apagó las velas, y estuvo pensando un buen rato con la cabeza apoyada en la mano. Su hermano estuvo despierto en su gabinete hasta mucho después de medianoche, sentado en un ancho sillón Hambs, delante de la chimenea, en la que ardía débilmente el carbón de piedra. Pável Petróvich no se desvistió, únicamente cambió sus botas cortas de charol por unas pantuflas chinas de color rojo. Tenía en las manos el último número del periódico *Galignani*, aunque no lo estaba leyendo; su mirada estaba fija en la chimenea, en la que una llama azulada

se estremecía, ora extinguiéndose, ora relumbrando… Solo Dios sabe por qué lugares discurrían sus pensamientos, pero seguro que no por su pasado: la expresión de su cara era concentrada y sombría, y esto es algo que no se da cuando alguien está inmerso únicamente en sus recuerdos. En una pequeña habitación trasera, sentada sobre un gran baúl, con una chaquetilla sin mangas azul celeste y un pañuelito blanco sobre el cabello oscuro, una joven mujer, Fénechka, aguzaba el oído, dormitaba o miraba de vez en cuando hacia la puerta abierta, tras la cual se veía una cunita y se oía la respiración regular de un bebé dormido.

V

A la mañana siguiente Bazárov fue el primero en despertarse y en salir de la casa. «¡Vaya, qué poca gracia tiene este sitio!», pensó al mirar a su alrededor. Cuando Nikolái Petróvich deslindó sus tierras de los campesinos tuvo que agregar a su nueva hacienda unas cuatro desiatinas de campo completamente liso y pelado. Mandó construir una casa, sus dependencias y una granja, trazar un jardín, cavar un estanque y dos pozos; sin embargo, los jóvenes arbolillos no arraigaron, en el estanque se acumuló muy poca agua, y la de los pozos era algo salada. Solo un cenador de lilas y acacias creció bien; a veces tomaban el té y comían en él. Bazárov recorrió en pocos minutos todos los senderos del jardín, entró en el establo, en las cuadras, encontró a dos chiquillos de la servidumbre con los que al instante hizo amistad, y se dirigió con ellos al pequeño pantano a por ranas, a una versta de distancia de la casa.

—¿Para qué quieres las ranas, señor? —le preguntó uno de los chiquillos.

—Pues para esto —le contestó Bazárov, que tenía una capacidad singular de generar confianza en la gente pobre, a pesar de que nunca era indulgente con ella y la trataba con bastante desdén—: la extenderé y miraré lo que tiene dentro. Y, como tú y yo somos iguales que las ranas, pero con piernas, sabré lo que tenemos dentro.

—¿Es que eres *dostor*?

—Sí.

—Oye, Vaska, el señor dice que somos como las ranas. ¡Qué raro!

—Pues a mí las ranas me dan miedo —exclamó Vaska, un niño de unos siete años con la cabeza blanca como el lino que llevaba un casaquín gris con el cuello levantado e iba descalzo.

—¿Por qué te dan miedo? ¿Es que muerden?

—Anda, meteos en el agua, filósofos —dijo Bazárov.

Entretanto Nikolái Petróvich, que también se había despertado, se dirigía al dormitorio de Arkadi, al que encontró vestido. Padre e hijo salieron a la terraza, bajo el tejadillo de una marquesina; al lado de la baranda, sobre la mesa, entre grandes ramos de lilas, ya hervía el samovar. Apareció una niña, la misma que el día anterior había recibido a los recién llegados en el porche, y con voz fina pronunció:

—Fedosia Nikoláievna[11] no se encuentra del todo bien, no puede venir; me ha mandado que le pregunte si se servirá usted mismo el té, o si quiere que envíe a Duniasha.

—Yo… yo mismo lo serviré —se apresuró a decir Nikolái Petróvich—. Arkadi, ¿con qué tomas el té, con crema de leche o con limón?

—Con crema de leche —respondió Arkadi y, al cabo de un breve silencio, dijo con tono interrogante—: ¿Papá?

Nikolái Petróvich miró turbado a su hijo.

—¿Qué? —dijo.

Arkadi bajó la mirada.

—Papá, perdona si mi pregunta te parece inoportuna —empezó a decir—, pero tú mismo, con la franqueza que me mostraste ayer, me impulsas a que también sea franco… ¿No te enfadarás…?

—Habla.

—Me infundes valor para preguntarte… ¿No será que Fén…? ¿No será que ella no ha venido a servir el té porque estoy yo aquí?

Nikolái Petróvich se volvió ligeramente.

—Puede ser —dijo por fin—. Cree que… Se avergüenza de…

Arkadi alzó rápidamente la mirada hacia su padre.

—No tiene por qué avergonzarse. En primer lugar, ya conoces mi forma de pensar —a Arkadi le causaba gran placer pronunciar estas palabras—, y, en segundo lugar, ¿acaso voy yo a querer cambiar en lo más mínimo tu vida, tus costumbres? Además, estoy seguro de que no has podido hacer una mala elección; si le permitiste que viviera contigo bajo un mismo techo, significa que se lo merece: en cualquier caso, un hijo no puede erigirse en el juez de su padre, especialmente de un padre que, como tú, jamás ha coartado en nada mi libertad.

Al principio a Arkadi le temblaba la voz: se sentía magnánimo, pero al mismo tiempo comprendía que era como si estuviera sermoneando a su padre; sin embargo, el tono de las palabras que uno pronuncia produce un fuerte efecto en él, y Arkadi pronunció estas últimas palabras con firmeza, incluso con efectismo.

—Gracias, Arkasha —dijo con voz sorda Nikolái Petróvich, y sus dedos volvieron a recorrer sus cejas y frente—. Tus suposiciones son, efectivamente, acertadas. Naturalmente, si esta muchacha no lo valiera… No se trata de un frívolo capricho. Me incomoda hablar contigo sobre esto, pero debes entender que para ella resultaba difícil presentarse ante ti, sobre todo al día siguiente de tu llegada.

—En ese caso yo mismo iré a verla —exclamó Arkadi en un nuevo acceso de magnanimidad, y se levantó de un salto—. Le explicaré que no tiene por qué sentirse avergonzada delante de mí.

Nikolái Petróvich también se levantó.

—Arkadi —empezó a decir—, hazme el favor… Cómo vas a… Allí… No te he advertido de…

Pero Arkadi ya no le escuchaba y salió corriendo de la terraza. Nikolái Petróvich le siguió con la mirada y, turbado, se desplomó en la silla. Su corazón empezó a latir con fuerza. Es difícil afirmar si en ese instante se imaginaba la inevitable extrañeza de su futura relación con su hijo, o si pensaba que Arkadi le habría dado muestras de mayor respeto si no hubiera tocado aquel asunto en absoluto, o si se reprochaba a sí

mismo ser débil; todos estos sentimientos se agolpaban en su interior, pero en forma de sensaciones, y, además, confusas. El rubor no desaparecía de su rostro, y el corazón le latía con fuerza.

Se oyeron unos pasos apresurados, y Arkadi entró en la terraza.

—¡Padre, nos hemos conocido! —exclamó con cierta expresión de dulce y bondadoso triunfo en la cara—. Fedosia Nikoláievna realmente no se encuentra del todo bien hoy, vendrá un poco más tarde. Pero ¿cómo es que no me habías dicho que tengo un hermano? Lo habría cubierto de besos ayer, como he hecho ahora.

Nikolái Petróvich quiso decir algo, quería levantarse y abrir los brazos… Y Arkadi se arrojó a su cuello.

—¿Qué es esto? ¿Otra vez abrazándoos? —se oyó por detrás la voz de Pável Petróvich.

Padre e hijo se alegraron a la par de que este apareciera justo en ese momento; existen situaciones llenas de ternura de las que, no obstante, uno quiere salir cuanto antes.

—¿De qué te sorprendes? —dijo alegremente Nikolái Petróvich—. Hace una eternidad que esperaba a Arkasha… Desde ayer no he podido dejar de mirarlo.

—No me sorprendo en absoluto —respondió Pável Petróvich—, incluso yo mismo no tengo ningún reparo en abrazarle.

Arkadi se acercó a su tío y volvió a sentir en las mejillas el roce de su bigote perfumado. Pável Petróvich se sentó a la mesa. Llevaba un traje de mañana, elegante, de corte inglés; lucía un pequeño fez en la cabeza. Este fez y una corbatita anudada con descuido daban muestras de la libertad de la vida en el campo, pero los apretados cuellitos de la camisa —que por supuesto no era blanca, sino de colores abigarrados, como corresponde a un atavío matutino— apretaban su afeitada barbilla con la inflexibilidad habitual.

—Y ¿dónde está tu nuevo amigo? —preguntó a Arkadi.

—No está en casa; se suele levantar temprano e ir a alguna parte. Ante todo, no hay que prestarle atención: no le gustan los cumplidos.

—Sí, eso salta a la vista. —Pável Petróvich se puso a untar mantequilla en el pan con calma—. ¿Se va a quedar mucho tiempo en casa?

—Ya se verá. Ha venido aquí de camino a casa de su padre.

—Y ¿dónde vive su padre?

—En nuestra provincia, a unas ochenta verstas de aquí. Tiene una pequeña finca. Antes era médico de regimiento.

—Ya, ya, ya… Por eso no he dejado de preguntarme: ¿dónde he oído el apellido Bazárov? Nikolái, ¿no es cierto que en la división de nuestro padre había un médico apellidado Bazárov?

—Creo que sí.

—Así es, así es. De modo que aquel médico es su padre. ¡Hm! —Pável Petróvich movió el bigote—. Bueno, y este señor Bazárov ¿qué es a fin de cuentas? —preguntó

estirando las palabras.

—¿Que qué es Bazárov? —Arkadi sonrió para sí—. ¿Quiere que le diga lo que es a fin de cuentas, tío?

—Hazme el favor, querido sobrino.

—Pues es nihilista.

—¿Cómo? —preguntó Nikolái Petróvich. Pável Petróvich, por su parte, levantó el cuchillo con un trozo de mantequilla en la punta de la hoja, y se quedó inmóvil.

—Es nihilista —repitió Arkadi.

—Nihilista —profirió Nikolái Petróvich—. Viene del latín, *nihil*; es decir, «nada», por cuanto puedo juzgar. Por lo tanto, esta palabra define a una persona que… que ¿no reconoce nada?

—Mejor di: que no respeta nada —se apresuró a decir Pável Petróvich y volvió a untar la mantequilla.

—Que todo lo valora desde un punto de vista crítico —precisó Arkadi.

—Y ¿no es eso lo mismo? —preguntó Pável Petróvich.

—No, no lo es. Un nihilista es una persona que no se doblega ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como un dogma de fe, por mucho respeto que este principio infunda a su alrededor.

—Y ¿acaso eso está bien? —le interrumpió Pável Petróvich.

—Según para quién, tío. Para unos está bien, y para otros muy mal.

—Vaya. Pues ya veo que esto no va con nosotros. Nosotros, los hombres de antaño, opinamos que sin *prinsipiós* —Pável Petróvich pronunciaba esta palabra con suavidad, a la manera francesa; Arkadi, al contrario, la pronunciaba «principios», acentuando la segunda sílaba—, tomados como un dogma de fe, como tú dices, no se puede dar ni un paso, ni respirar. *Vous avez changé tout cela*[12]: que Dios os conceda salud y el rango de generales; mientras tanto, nosotros nos dedicaremos a admiraros, señores… ¿cómo era?

—Nihilistas —pronunció Arkadi con claridad.

—Sí. Antes estaban los hegelianos y ahora los nihilistas. Ya veremos cómo vivís en la vacuidad, en el espacio vacío. Y ahora, Nikolái Petróvich, toca la campanilla, por favor, hermano: es la hora de mi cacao.

Nikolái Petróvich la tocó y gritó «¡Duniasha!», pero en vez de ella salió a la terraza la propia Fénechka. Se trataba de una mujer joven, de unos veintitrés años, toda blanca, dulce, con el cabello y los ojos oscuros, con los labios rojos y gruesos como los de un niño, y unas manos pequeñas y finas. Llevaba un aseado vestido de percal, y una pañoleta nueva de color azul pálido descansaba suavemente sobre sus hombros redondos. Traía un gran tazón de cacao y, cuando lo dejó delante de Pável Petróvich, se ruborizó: la sangre caliente le corrió en una ola de color escarlata bajo la fina piel de su gracioso rostro. Bajó la mirada y se detuvo junto a la mesa, apoyándose ligeramente sobre las puntas de los dedos. Parecía que le avergonzara haber ido, y, al mismo tiempo, que sintiera que tenía derecho a hacerlo.

Pável Petróvich arqueó las cejas con severidad y Nikolái Petróvich se quedó turbado.

—Buenos días, Fénechka —dijo entre dientes.

—Buenos días, señor —le respondió esta en voz baja pero sonora, y, después de mirar de soslayo a Arkadi, que le sonreía afectuosamente, se marchó sin hacer ruido. Caminaba contoneándose ligeramente, pero incluso esto le favorecía.

El silencio reinó en la terraza durante unos instantes. Pável Petróvich sorbía el cacao y de pronto alzó la cabeza.

—Aquí tenemos al señor nihilista —anunció a media voz.

Efectivamente, por el jardín, atravesando el parterre, se aproximaba Bazárov. Tanto su abrigo de paño como sus pantalones estaban manchados de barro; en la copa de su viejo y redondo sombrero llevaba una planta viscosa enganchada; en la mano derecha sostenía un saquito, y dentro de este se agitaba algo con vida. Bazárov se acercó rápidamente a la terraza e, inclinando la cabeza, dijo:

—Buenos días, señores. Disculpen que llegue tarde al té, ahora mismo vuelvo: tengo que poner a estas prisioneras en su sitio.

—¿Qué lleva usted? ¿Sanguijuelas? —preguntó Pável Petróvich.

—No, ranas.

—¿Se las come o las cría?

—Hago experimentos con ellas —respondió Bazárov con indiferencia, y se dirigió a la casa.

—Las va a abrir —dijo Pável Petróvich—. No cree en los *prinsipiós*, pero sí en las ranas.

Arkadi miró a su tío con pesar, y Nikolái Petróvich se encogió de hombros con disimulo. El propio Pável Petróvich advirtió que su agudeza no había tenido gracia, y se puso a hablar de la hacienda y del nuevo administrador, que en la víspera había acudido a él para quejarse de que el jornalero Fomá «armaba escándalos» y estaba inmanejable. «Es un Esopo —dijo entre otras cosas—; ha quedado como un necio en todas partes. Vivirá y morirá como un tonto».

VI

Bazárov regresó, se sentó a la mesa y empezó a beberse el té apresuradamente. Los dos hermanos lo observaban en silencio, y Arkadi miraba furtivamente, si no a su padre, a su tío.

—¿Ha ido usted lejos? —preguntó por fin Nikolái Petróvich.

—Hay por aquí un pequeño pantano, junto a un boscaje de álamos temblones. He espantado a unas cinco becadas; Arkadi, puedes ir a cazarlas.

—¿No caza usted?

—No.

—¿Se dedica a la física propiamente? —preguntó a su vez Pável Petróvich.

—Sí, a la física, y a las ciencias naturales en general.

—Dicen que últimamente los germanos han avanzado mucho en este terreno.

—Sí, en esto los alemanes son nuestros maestros —respondió Bazárov con apatía.

Pável Petróvich había empleado la palabra «germanos» en vez de «alemanes» como ironía, pero nadie reparó en ello.

—¿Tan elevada opinión tiene usted de los alemanes? —preguntó Pável Petróvich con afectada cortesía. Estaba empezando a sentirse secretamente irritado. Su naturaleza aristocrática se veía perturbada por el absoluto desparpajo de Bazárov. Aquel hijo de un simple médico no solo no se amedrentaba, sino que incluso respondía abruptamente, con desgana, y en su voz había algo tosco, casi insolente.

—Los científicos de allí son diligentes.

—Claro, claro. Probablemente, sobre los científicos rusos no tiene usted una opinión tan halagüeña, ¿cierto?

—Es posible que sea así.

—Qué abnegación tan digna de elogio —pronunció Pável Petróvich enderezándose y echando la cabeza hacia atrás—. Arkadi Nikolaich nos estaba contando que no reconoce usted ninguna autoridad, que no cree en ella.

—Y ¿por qué voy a reconocerla? Y ¿en qué voy a creer? Si me demuestran un hecho lo acepto, y ya está.

—Y ¿los alemanes demuestran todos los hechos? —preguntó Pável Petróvich, y en su rostro se dibujó una expresión indiferente y lejana, como si se hubiera marchado más allá de las nubes.

—No todos —respondió con un corto bostezo Bazárov, que daba muestras claras de no querer continuar la discusión.

Pável Petróvich miró a Arkadi, como diciéndole: «Sí que es cortés tu amigo, hay que reconocerlo».

—En cuanto a mí —empezó a hablar de nuevo no sin cierto esfuerzo—, no siento afecto por los alemanes, ay, pecador de mí. Y eso sin hablar de los alemanes rusos: ya sabemos qué clase de pájaros son. Pero tampoco los alemanes alemanes son lo mío. En otros tiempos quizá tenían algún que otro Schiller, o qué se yo… Goethe… Mi hermano tiene una opinión especialmente favorable sobre ellos… Pero actualmente solo tienen químicos y materialistas…

—Un buen químico es veinte veces más útil que cualquier poeta —le cortó Bazárov.

—¡No me diga! —dijo Pável Petróvich y, como si se estuviera quedando dormido, arqueó un poco las cejas—. Por lo tanto, usted no reconoce el arte, ¿cierto?

—¡El arte de acumular dinero, o el de acabar con las hemorroides! —exclamó Bazárov con una sonrisa de desprecio.

—Ya veo, ya veo, señor. Bonita manera de bromear. ¿Significa esto que reniega de todo? De acuerdo. En ese caso, ¿solo cree en la ciencia?

—Ya le he dicho que no creo en nada; y ¿qué es la ciencia? ¿La ciencia en general? Hay ciencias, como hay oficios y títulos; pero la ciencia en general no existe en absoluto.

—Muy bien, señor. Y, en cuanto a las normas aceptadas socialmente, ¿tiene usted la misma opinión negativa?

—¿Qué es esto, un interrogatorio? —preguntó Bazárov.

Pável Petróvich palideció ligeramente. Nikolái Petróvich creyó necesario intervenir en la conversación.

—Ya debatiremos en otra ocasión y con más detalle esta materia, Yevgueni Vasílich; conoceremos su opinión y expresaremos la nuestra. Por mi parte, estoy muy contento de que se dedique usted a las ciencias naturales. He oído decir que Liebig[13] ha hecho unos descubrimientos asombrosos sobre los fertilizantes del campo. Me podrá usted ayudar en mis labores agronómicas, darme algún consejo útil.

—Estoy a su disposición, Nikolái Petróvich; pero ¡qué lejos nos queda Liebig! Primero hay que aprender el alfabeto, y solo después empezar con los libros. Y nosotros ni siquiera hemos visto el abecé.

«Ya veo que eres un auténtico nihilista», pensó Nikolái Petróvich.

—De todos modos, permítame que recurra a usted en caso necesario —añadió en voz alta—. Hermano, creo que es hora de que vayamos a hablar con el capataz.

Pável Petróvich se levantó de la silla.

—Sí —dijo este sin mirar a nadie—: ¡qué desgracia pasar cinco años en el campo, alejado de las grandes mentes! Te conviertes en un completo imbécil. Tratas de no olvidar lo que te enseñaron, y de pronto: ¡zas! Resulta que todo es un disparate, y te dicen que la gente sensata ya no se preocupa de esas tonterías y que eres un necio atrasado. ¡Qué le vamos a hacer! Está visto que la juventud es más inteligente que nosotros.

Pável Petróvich se volvió lentamente sobre sus talones y salió con la misma lentitud. Nikolái Petróvich le siguió.

—¿Qué pasa, siempre es así? —preguntó fríamente Bazárov a Arkadi en cuanto la puerta se cerró tras los dos hermanos.

—Escúchame, Yevgueni: le has tratado con demasiada brusquedad —observó Arkadi—. Le has ofendido.

—¡Claro, como que me voy a poner a mimar a estos aristócratas provincianos! No tiene más que amor propio, costumbres leoninas y fatuidad. Que hubiera continuado su carrera en San Petersburgo si tiene esa mentalidad… De todos modos, ¡que vaya con Dios! He encontrado un raro ejemplar de escarabajo de agua, un Dytiscus marginatus, ¿sabes? Te lo mostraré.

—Prometí contarte su historia —empezó a decir Arkadi.

—¿La historia del escarabajo?

—Ya basta, Yevgueni. La historia de mi tío. Ya verás que no es como te lo imaginas. Es más digno de compasión que de burla.

—No lo discuto, pero ¿qué te ha dado con él?

—Hay que ser justos, Yevgueni.

—Pero ¿a qué viene eso?

—No, escucha…

Y Arkadi le contó la historia de su tío. El lector la encontrará en el capítulo siguiente.

VII

Pável Petróvich Kirsánov estudió primero en casa, como su hermano menor Nikolái, y después en el Cuerpo de Pajes[14]. Desde su infancia destacó por su extraordinaria belleza; además, era seguro de sí mismo, algo socarrón y hacía gala de una divertida mordacidad, de modo que no podía no gustar. En cuanto se graduó como oficial, empezó a dejarse ver en todas partes. Lo llevaban en palmitas, y él mismo se mimaba también, era travieso, incluso melindroso. Pero también esto le sentaba bien. Las mujeres perdían la cabeza por él y los hombres le llamaban fatuo, aunque lo envidiaban en secreto. Como ya hemos dicho, vivía en un apartamento con su hermano, al que quería sinceramente, aunque no se parecía en nada a él: Nikolái Petróvich cojeaba, sus rasgos eran menudos y agradables pero un poco tristes, sus ojos pequeños y negros, y su cabello suave y ralo; aunque le gustaba holgazanear, también le gustaba leer y temía la vida social. En cambio, Pável Petróvich no pasaba ni una velada en casa, era célebre por su valentía y sagacidad (casi logró poner de moda la gimnasia entre la juventud de la alta sociedad) y, en total, no leyó más de cinco o seis libros franceses. A los veintiocho años ya era capitán: una brillante carrera le aguardaba. Pero de pronto todo cambió.

Por aquel entonces apareció en la alta sociedad petersburguesa una mujer a la que todavía nadie ha olvidado: la princesa R. Su marido era un hombre de buenos modales y decoroso, aunque un poco bobo, y no tenían hijos. Ella tan pronto partía al extranjero como regresaba a Rusia, y en general llevaba una vida extraña. Tenía fama de ser una coqueta frívola, se entregaba con pasión a toda clase de placeres, bailaba hasta quedar extenuada, reía a carcajadas y bromeaba con los jóvenes, a los que recibía antes de la comida en la penumbra del salón, y por las noches lloraba y rezaba, no encontraba reposo en ninguna parte, y a menudo recorría su habitación de un lado a otro hasta el amanecer, retorciéndose las manos con congoja, o se sentaba, pálida y fría, a leer el Libro de los Salmos. Pero era llegar el día y de nuevo se convertía en una mujer mundana, reía, parloteaba y era como si se lanzara al encuentro de todo cuanto pudiera proporcionarle el más mínimo entretenimiento. Estaba admirablemente formada: una trenza de color dorado y maciza como el oro le llegaba por debajo de las rodillas, pero nadie la habría calificado de belleza; lo único destacable de su rostro eran los ojos, y ni siquiera los ojos en sí mismos —eran menudos y grises—, sino su mirada rápida, profunda, despreocupada hasta la osadía y pensativa hasta el abatimiento: una mirada enigmática. Algo excepcional brillaba en esta incluso cuando su lengua pronunciaba las palabras más vacías. Vestía con elegancia. Pável Petróvich la conoció en un baile, danzó con ella la mazurca —

durante la cual ella no dijo ni una palabra sensata—, y se enamoró apasionadamente. Acostumbrado a las victorias, también en esta ocasión alcanzó enseguida su objetivo; pero la facilidad de su triunfo no le enfrió. Al contrario: se apegó de manera más dolorosa e intensa a esa mujer, que incluso entonces, cuando se entregaba a él por completo, seguía guardando algo secreto e inaccesible donde nadie lograba acceder. ¡Solo Dios sabe lo que anidaba en aquella alma! Parecía estar bajo el poder de unas fuerzas misteriosas, desconocidas incluso para sí misma, que jugaban con ella a su antojo. Su escasa inteligencia no podía vencer los caprichos de tales fuerzas. Toda su conducta constituía una sucesión de incongruencias. Las únicas cartas que podrían haber despertado las sospechas fundadas de su marido, aquella mujer se las escribía a un hombre que le resultaba casi del todo ajeno, y este amor le causaba tristeza. Ya no se reía ni bromeaba con el elegido, solo le escuchaba y le miraba con perplejidad. En ocasiones —la mayoría de las veces de forma repentina— esta perplejidad se transformaba en un terror frío; su rostro adquiría una expresión cadavérica y salvaje; se encerraba en su dormitorio y la doncella, al apoyar el oído contra el cerrojo, no lograba oír sus sordos sollozos. Más de una vez, al regresar a casa tras una cita amorosa, Kirsánov sentía en el corazón ese despecho amargo y desgarrador que brota en el corazón después de un fracaso definitivo. «Pero ¿qué más quiero?», se preguntaba a sí mismo, con dolor en el corazón. Un día le regaló un anillo con una esfinge tallada en piedra.

—¿Qué es esto? —preguntó ella—. ¿Una esfinge?

—Sí —respondió él—: esta esfinge es usted.

—¿Yo? —preguntó ella y alzó lentamente su enigmática mirada hacia él—. ¿Sabe que es muy halagador? —añadió con una sonrisa imperceptible y sin dejar de mirarle de esa manera tan extraña.

Pável Petróvich lo pasaba mal incluso cuando la princesa R. le quería; pero, cuando su amor se enfrió, y esto sucedió con bastante rapidez, casi se volvió loco. Se empezó a atormentar, a sentir celos, no la dejaba en paz, la seguía a todas partes; ella se hartó de aquella persecución obsesiva, y partió al extranjero. Él se retiró del servicio, a pesar de las súplicas de sus amigos y de las exhortaciones de sus superiores, y se marchó tras la princesa. Pasó unos cuatro años en tierras extrañas, ya persiguiéndola, ya perdiéndola de vista intencionadamente. Se avergonzaba de sí mismo, se indignaba por su falta de carácter… Pero todo era inútil. La imagen de ella, aquella imagen incomprensible, casi absurda pero al mismo tiempo fascinante, había penetrado demasiado profundamente en su alma. En Baden logró de algún modo restablecer las mismas relaciones del pasado. Parecía que ella nunca le hubiera amado con tanta pasión… pero al cabo de un mes todo acabó: la llama se inflamó por última vez y se apagó para siempre. Al presentir la inevitable separación, él quería al menos seguir siendo su amigo, como si la amistad con una mujer así fuera posible… Ella se marchó de Baden discretamente, y a partir de entonces evitó a Kirsánov en toda ocasión. Él regresó a Rusia, intentó volver a vivir como en el pasado, pero ya no

logró encarrilarse de nuevo. Como hechizado, vagaba de un lugar a otro; seguía saliendo, conservaba los hábitos de un hombre de la alta sociedad y pudo jactarse de dos o tres triunfos nuevos, pero ya no esperaba nada de sí mismo ni de los otros, y no emprendía nada nuevo. Envejeció y encaneció. Pasar las veladas en el club, aburrirse amargamente y discutir con indiferencia entre su círculo de solteros se convirtió para él en una necesidad: mala señal, como se sabe. Naturalmente, ni se le pasaba por la cabeza la idea de casarse. Así pasaron diez años: insípidos, estériles y rápidos, terriblemente rápidos. No hay un lugar en el mundo donde el tiempo pase tan rápido como en Rusia, aunque dicen que en la cárcel pasa aún más rápido. Un día, mientras comía en el club, Pável Petróvich se enteró de la muerte de la princesa R. Había fallecido en París, en un estado rayano en la locura. Pável Petróvich se levantó de la mesa y estuvo caminando largamente por las habitaciones del club, parándose como si estuviera clavado al lado de los jugadores de cartas, pero no volvió a casa antes de lo habitual. Al cabo de un tiempo recibió un paquete dirigido a su nombre. En su interior estaba el anillo que en el pasado había regalado a la princesa. Ella había trazado en la esfinge una señal en forma de cruz y había encargado que le dijeran que en aquella cruz se hallaba la solución al enigma.

Esto ocurrió a principios de 1848, en la época en la que Nikolái Petróvich, que había perdido a su mujer, regresaba a San Petersburgo. Pável Petróvich casi no se había visto con su hermano desde que este se instalara en la aldea: la boda de Nikolái Petróvich había coincidido justo con los primeros días en los que Pável Petróvich conoció a la princesa. Al regresar del extranjero, había ido a verle con la intención de pasar en su casa un par de meses y admirar su felicidad, pero finalmente solo se quedó allí una semana. La diferencia entre la situación de los hermanos era demasiado grande. En 1848 esa diferencia se redujo: Nikolái Petróvich perdió a su mujer y Pável Petróvich, sus recuerdos. Tras la muerte de la princesa trató de no pensar en ella. Nikolái tenía la sensación de haber vivido su vida correctamente, y su hijo crecía ante sus ojos. Pável, en cambio, como solitario solterón, entraba en esa época confusa y oscura, esa época llena de pesares semejantes a esperanzas y esperanzas semejantes a pesares, cuando la juventud ya ha pasado y la vejez está por llegar.

Aquel período fue más difícil para Pável Petróvich que para cualquier otra persona: al perder su pasado, lo había perdido todo por completo.

—No te invito a Márino —le dijo una vez Nikolái Petróvich (llamaba así a su aldea en homenaje a su mujer)—: en vida de mi difunta esposa allí te aburrías, y ahora creo que te morirías de la tristeza.

—En aquel entonces era estúpido e inquieto —le respondió Pável Petróvich—, pero ya me he apaciguado, si es que no me he vuelto más juicioso. Ahora, si me lo permites, estoy dispuesto a vivir en tu casa para siempre.

Nikolái Petróvich le abrazó a modo de respuesta, pero tuvo que pasar un año y medio desde esa conversación hasta que Pável Petróvich decidiera poner en práctica

su intención. No obstante, en cuanto se instaló en la aldea, no la abandonó siquiera en los tres inviernos que Nikolái Petróvich pasó en San Petersburgo con su hijo. Empezó a leer, cada vez más en inglés; de hecho, organizó su vida entera al estilo inglés, en raras ocasiones se veía con sus vecinos, y solo salía para las elecciones, en las que principalmente estaba callado, limitándose a inquietar e irritar de vez en cuando a los terratenientes chapados a la antigua con sus salidas liberales, y sin acercarse a los representantes de la nueva generación. Tanto unos como otros lo consideraban un altanero; pero tanto unos como otros lo respetaban por sus excelentes y aristocráticos modales, por los rumores sobre sus victorias; por vestirse tan bien y hospedarse en la mejor habitación del mejor hotel; porque comía bien, e incluso en una ocasión almorzó con Wellington en el palacio de Luis Felipe; por el hecho de llevar siempre consigo un neceser de plata auténtica y un baño portátil; porque desprendía un olor a colonia tan exclusiva y sorprendentemente «noble»; porque jugaba con maestría al *whist* y siempre perdía; y, finalmente, también lo respetaban por su irreprochable honradez. Las damas lo encontraban un melancólico encantador, pero él no frecuentaba su compañía…

—¡Ya ves, Yevgueni —dijo Arkadi al terminar su relato—, qué injusto eres al juzgar a mi tío! Y esto sin mencionar que más de una vez ha sacado de apuros a mi padre y le ha dado todo su dinero: quizá no sepas que no se han dividido la hacienda, pero siempre está encantado de ayudar a cualquiera, y, entre otras cosas, siempre intercede en favor de los campesinos; aunque es verdad que, cuando habla con ellos, arruga la nariz y huele colonia…

—Serán los nervios —le interrumpió Bazárov.

—Es posible, pero tiene un corazón de oro. Y no es nada tonto. Qué consejos tan buenos me ha dado, sobre todo… sobre todo… en relación con las mujeres.

—¡Claro! Gato escaldado, del agua fría huye. ¡Ya conocemos eso!

—Bueno, en una palabra —continuó Arkadi—: es profundamente infeliz, créeme. No está bien despreciarle.

—Pero ¿quién le desprecia? —objetó Bazárov—. De todos modos, te diré que un hombre que apuesta toda su vida a la carta del amor de una mujer, y que, al perder esta carta, se hunde y degrada hasta convertirse en una nulidad, no es un hombre, no es un macho. Dices que es un desdichado: tú lo sabrás mejor; pero aún no se le ha quitado toda la tontería. Estoy seguro de que realmente se cree un hombre diligente solo porque lee el periodicucho ese *Galignani* y una vez al mes libra a un campesino del castigo físico.

—Pero recuerda la educación que recibió, el tiempo en que vivió —observó Arkadi.

—¿La educación? —repuso Bazárov—. Todo hombre debe educarse a sí mismo; como yo he hecho, por ejemplo… Y, en cuanto al tiempo, ¿por qué voy a depender de él? Mejor que este dependa de mí. No, hermano, ¡todo esto no es más que falta de disciplina, vacuidad! Y ¿qué es eso de las misteriosas relaciones entre un hombre y

una mujer? Nosotros, los fisiólogos, sabemos cómo son estas relaciones. Estudia a fondo la anatomía del ojo: ¿de dónde sale eso de la mirada enigmática, como tú dices? Todo eso no es más que romanticismo, disparates, podredumbre, arte. De todos modos, mejor será que vayamos a ver el escarabajo.

Y los dos amigos se encaminaron hacia la habitación de Bazárov, que ya estaba impregnada de cierto olor médico-quirúrgico mezclado con el de tabaco barato.

VIII

Pável Petróvich no estuvo demasiado rato presente en la conversación entre su hermano y el capataz, un hombre alto y delgado de voz dulzona, como de tísico, y de mirada pícara, que a todas las observaciones que hacía Nikolái Petróvich, contestaba: «¡Cómo no, señor! ¡Claro que sí, señor!» e intentaba presentar a los campesinos como borrachos y ladrones. El nuevo modo de llevar la hacienda, introducido recientemente, chirriaba como una rueda sin engrasar, crujía como los muebles de fabricación casera hechos con madera de árbol verde. Nikolái Petróvich no se desanimaba, pero con frecuencia suspiraba y se quedaba pensativo: comprendía que sin dinero la cosa no marcharía, pero ya casi no le quedaba. Arkadi había dicho la verdad: Pável Petróvich más de una vez ayudó a su hermano; más de una vez, al ver cómo se esforzaba y cómo se rompía la cabeza ideando una manera de salirse de aquella situación, Pável Petróvich se acercaba lentamente a la ventana y, tras introducir las manos en los bolsillos, musitaba entre dientes: *Mais je puis vous donner de l'argent*[15], y le daba dinero. Sin embargo, aquel día no tenía nada, y prefirió retirarse. Los problemas de la hacienda le hastiaban; además, siempre le parecía que Nikolái Petróvich, a pesar de todo su celo y laboriosidad, no se encargaba de los asuntos como era debido; con todo, no habría sabido precisar en qué se equivocaba. «Mi hermano no es lo bastante práctico —reflexionaba para sus adentros —, se deja engañar». Nikolái Petróvich, al contrario, tenía una elevada opinión sobre el sentido práctico de Pável Petróvich y siempre le pedía consejo. «Soy un hombre blando, débil, he pasado mi vida en un lugar retirado —decía—; pero tú no en vano has vivido entre tanta gente y la conoces bien: tienes una vista de lince». Pável Petróvich, por toda respuesta, se limitaba a dar media vuelta, pero no intentaba desengañar a su hermano.

Después de dejar a Nikolái Petróvich en el gabinete, se dirigió hacia el pasillo, que dividía la parte delantera de la casa de la trasera, y, al llegar a la altura de una puerta bajita, se quedó pensativo, se atusó el bigote y llamó.

—¿Quién es? Pase —se oyó la voz de Fénechka.

—Soy yo —pronunció Pável Petróvich y abrió la puerta.

Fénechka se levantó de la silla de un salto, en la que estaba con su bebé; después de ponerlo en brazos de una muchacha que se lo llevó inmediatamente de la salita, se arregló apresuradamente la pañoleta.

—Perdone si la molesto —empezó a decir Pável Petróvich sin mirarla—, solo quería pedirle… Creo que hoy van a ir a la ciudad… Mande que me compren té verde.

—A sus órdenes —le respondió Fénechka—, ¿cuánto desea que compren?

—Supongo que con media libra será suficiente. Ya veo que ha hecho cambios en esta salita —añadió, con una rápida mirada que deslizó también por el rostro de Fénechka—. Me refiero a los visillos —explicó, viendo que ella no le entendía.

—En efecto, señor, los visillos. Nikolái Petróvich nos los regaló, pero ya llevan tiempo colgados.

—Es que hacía mucho que no entraba aquí. Se está muy bien ahora.

—Gracias a Nikolái Petróvich —susurró Fénechka.

—¿Está mejor aquí que en el pabellón de antes? —preguntó Pável Petróvich cortésmente, pero sin la menor sonrisa.

—Naturalmente, señor, estoy mejor.

—¿A quién han instalado en su lugar?

—Ahora allí están las lavanderas.

—¡Ah!

Pável Petróvich se quedó callado. «Ahora se marchará», pensó Fénechka, pero no se iba, y se quedó delante de él, como clavada en el suelo, moviendo ligeramente los dedos.

—¿Por qué ha mandado que se lleven al pequeño? —dijo, por fin, Pável Petróvich—. Me gustan los niños: déjeme verlo.

Fénechka se ruborizó por completo de perplejidad y alegría. Temía a Pável Petróvich, que casi nunca le dirigía la palabra.

—Duniasha —llamó ella—, traiga a Mitia —Fénechka trataba de usted a todo el mundo en la casa—. Aunque espere, hay que ponerle un trajecito.

Fénechka se dirigió a la puerta.

—Pero no hace falta —observó Pável Petróvich.

—Ahora mismo vuelvo —respondió Fénechka y salió ágilmente.

Pável Petróvich se quedó solo, y esta vez lo examinó todo con atención. La salita de techo bajo en la que se encontraba era muy limpia y acogedora. Desprendía un olor a suelo recién pintado, a manzanilla y a melisa. A lo largo de las paredes se alineaban varias sillas con la parte trasera en forma de lira, que había comprado el difunto general durante una campaña en Polonia; en un rincón, al lado de un baúl de hierro forjado con la tapa circular, había una cuna bajo una cortina de muselina. En el otro rincón ardía una lamparilla ante un icono grande y oscuro de Nicolás de Myra; un diminuto huevo de porcelana, prendido de la aureola, colgaba de una cinta roja sobre el pecho del santo; en las ventanas, tarros con mermelada del año anterior, anudados con esmero, dejaban pasar una luz verdosa; la propia Fénechka había escrito con letras grandes en las tapas de papel: «Grosella». A Nikolái Petróvich le gustaba especialmente esta mermelada. Debajo del techo, dentro de una jaula que pendía de un largo cordoncito, un lugano rabicorto gorjeaba y brincaba sin cesar, por lo que la jaula no dejaba de balancearse y oscilar, y los granos de cáñamo caían al suelo haciendo un ligero ruido. En la entreventana, sobre una pequeña cómoda, había

unos retratos fotográficos bastante malos de Nikolái Petróvich en distintas posturas, realizados por un artista que pasó por allí; también había una fotografía nada lograda de la propia Fénechka: un rostro sin ojos sonreía con tirantez en un oscuro marquito, y era imposible distinguir nada más. Por encima de esta, Yermólov[16], ataviado con un *burka*[17], fruncía el ceño amenazadoramente a las lejanas montañas del Cáucaso; un alfiletero de seda con forma de botita caía sobre su frente.

Pasaron cinco minutos; en la habitación contigua se oía un frufrú y murmullos. Pável Petróvich cogió de la cómoda un libro manchado de grasa, un tomo suelto de *Los arcabuceros de Masalski*[18], pasó varias páginas… La puerta se abrió y entró Fénechka con Mitia en brazos. Le había puesto una camisita roja con un galón en el cuello, lo había peinado y le había secado la cara: él respiraba trabajosamente, movía impetuosamente todo el cuerpo y contraía las manitas, como hacen todos los bebés sanos. Y la elegante camisita al parecer hacía efecto sobre él: la expresión de placer se reflejaba en toda su rolliza figurita. Fénechka también se había arreglado el cabello, se había puesto una pañoleta mejor, pero podría haberse quedado tal como estaba. Verdaderamente, ¿hay en el mundo algo más fascinante que una madre joven y bella con un niño sano en los brazos?

—Pero ¡qué gordito! —pronunció con condescendencia Pável Petróvich, y le hizo cosquillas en la doble barbilla con la punta de su larga uña del dedo índice; el niño se puso a mirar el lugano y se echó a reír.

—Es tu tío —dijo Fénechka, inclinando su rostro hacia Mitia y sacudiéndolo ligeramente mientras Duniasha colocaba con sigilo en el alféizar de la ventana una vela aromática encendida y, debajo de esta, una moneda.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó Pável Petróvich.

—Seis; pronto cumplirá siete: el día once.

—¿No serán ocho, Fedosia Nikoláievna? —se inmiscuyó, no sin timidez, Duniasha.

—No, siete, ¡qué cosas dice! —El niño volvió a reír, fijó la mirada en el baúl y de pronto agarró a su madre de la nariz y la boca con todos sus dedos—. ¡Pilluelo! —exclamó Fénechka sin apartar el rostro.

—Se parece a mi hermano —observó Pável Petróvich.

«Y ¿a quién se va a parecer, si no?», pensó Fénechka.

—Sí —continuó diciendo Pável Petróvich, como si hablara consigo mismo—: un parecido indudable.

Y miró a Fénechka con atención, casi con tristeza.

—Es tu tío —repitió, esta vez con un susurro.

—¡Ah, Pável! ¡Así que estás aquí! —se oyó de repente la voz de Nikolái Petróvich.

Pável Petróvich se volvió precipitadamente y frunció el ceño, pero su hermano le miraba con tanta alegría y gratitud que no pudo dejar de responderle con una sonrisa.

—Qué chiquillo tan precioso tienes —pronunció y miró el reloj—; he pasado un momento a propósito del té…

Y, adoptando una expresión indiferente, salió en el acto de allí.

—¿Ha venido así, por propia iniciativa? —preguntó Nikolái Petróvich a Fénechka.

—Así es, señor; ha llamado a la puerta y ha entrado.

—Y Arkasha ¿no ha vuelto a venir?

—No, no ha vuelto. ¿No es mejor que me traslade al pabellón, Nikolái Petróvich?

—Y ¿eso por qué?

—Me pregunto si no será mejor, al menos los primeros días.

—N… no —titubeó Nikolái Petróvich y se secó la frente—. Habría sido necesario… antes… ¡Hola, gordinflón! —exclamó con repentina animación. Se acercó al niño y le besó en la mejilla; después se inclinó un poco y pegó sus labios a la mano de Fénechka, blanca como la leche sobre el fondo de la camisita roja de Mitia.

—¡Nikolái Petróvich! ¿Qué está haciendo? —balbució ella bajando la mirada, y después la volvió a alzar lentamente… Qué encantadora era la expresión de sus ojos cuando miraba como con ceño, y reía de ese modo dulce y un poco tonto.

Nikolái Petróvich conoció a Fénechka de la siguiente manera. En una ocasión, haría cosa de tres años, tuvo que hacer noche en una posada de una lejana ciudad de provincias. Quedó gratamente sorprendido tanto por la limpieza de la habitación a la que le llevaron como por la frescura de la ropa de cama. «¿Será alemana la dueña de este lugar?», le pasó por la cabeza. Sin embargo, la dueña resultó ser rusa, una mujer de unos cincuenta años, pulcramente vestida, con una expresión venerable e inteligente en el rostro y una manera de hablar grave. Durante el té conversó con ella sin parar, y le agradó mucho. En aquel entonces Nikolái Petróvich acababa de trasladarse a su nueva hacienda y, como no deseaba tener siervos consigo, buscaba trabajadores asalariados. La dueña, por su parte, se quejaba de la poca cantidad de viajeros que pasaba por la ciudad, de lo difíciles que estaban los tiempos. Entonces él le propuso que entrara a trabajar en su casa como ama de llaves, algo que ella aceptó. Su marido había muerto hacía tiempo, y solo le había dejado una hija, Fénechka. Al cabo de unas dos semanas Arina Sávishna (así se llamaba la nueva ama de llaves) llegó a Márino con su hija y se instaló en el pabellón. La elección de Nikolái Petróvich resultó ser acertada, y Arina puso orden en la casa. Sobre Fénechka, que entonces ya había cumplido diecisiete años, nadie hablaba, y pocos la veían: vivía con sigilo y modestia, y solo los domingos Nikolái Petróvich advertía en la parroquia, en algún rincón, el fino perfil de su blanco rostro. Así pasó más de un año.

Una mañana Arina se presentó en su despacho y, haciendo una profunda reverencia como de costumbre, le preguntó si podía ayudar a su hija: le había caído en un ojo una chispa de la estufa. Nikolái Petróvich, como todo hombre casero, hacía curas, y hasta tenía un botiquín homeopático. Mandó a Arina que trajera

inmediatamente a la enferma. Al enterarse de que el señor la llamaba, Fénechka se asustó mucho, pero aun así siguió a su madre. Nikolái Petróvich la hizo ponerse junto a la ventana y le cogió la cabeza con ambas manos. Después de examinar detenidamente su ojo enrojecido e inflamado, le prescribió un colirio que preparó él mismo en ese momento, y, rompiendo en pedazos su pañuelo, le mostró cómo humedecerlo. Fénechka le escuchaba, aunque deseaba marcharse. «Bésale la mano al señor, tontuela», le dijo Arina. Nikolái Petróvich no le tendió la mano: desconcertado, le dio un beso en la raya de la cabeza inclinada. El ojo de Fénechka pronto sanó, pero la impresión que había causado en Nikolái Petróvich tardó en pasar: no dejaba de aparecérsele aquel rostro puro, delicado, que se alzaba con timidez; sentía bajo las palmas de sus manos aquel cabello suave, veía aquellos labios inocentes, ligeramente entreabiertos, bajo los cuales brillaban húmedamente al sol sus dientecitos perlados. En la iglesia empezó a observarla con gran atención y trataba de entablar conversación con ella. Al principio ella lo rehuía, y un día, antes del atardecer, al coincidir ambos en un estrecho sendero abierto por la gente que iba a pie a través del campo de centeno, ella se adentró entre las espigas altas y espesas, el ajenjo y el aciano, solo para no cruzarse con él. Nikolái Petróvich vio su cabecita entre la redecilla dorada de espigas, desde donde ella observaba como una fierecilla, y le gritó con dulzura:

—¡Buenas tardes, Fénechka! No muerdo.

—Buenas tardes —susurró la muchacha sin salir de su emboscada.

Poco a poco empezó a acostumbrarse a él, aunque en su presencia no dejaba de azararse, hasta que de pronto un día su madre Arina murió de cólera. ¿Qué iba a ser ahora de Fénechka? De su madre heredó el amor por el orden, la sensatez y la seriedad, pero era tan joven y estaba tan desamparada, y Nikolái Petróvich era tan bueno y sencillo… El resto no requiere más explicaciones.

—¿Así que mi hermano ha venido a verte y ha entrado? —le preguntó Nikolái Petróvich—. ¿Ha llamado a la puerta y ha entrado?

—Sí, señor.

—Eso está muy bien. Déjame mecer a Mitia.

Y Nikolái Petróvich empezó a lanzarlo casi hasta el techo, para gran deleite del pequeño y para gran inquietud de la madre, que cada vez que el niño se elevaba extendía los brazos hacia sus piececitos desnudos.

En cuanto a Pável Petróvich, regresó a su elegante gabinete: tenía las paredes cubiertas de un bonito papel pintado de color gris, armas colgadas sobre una abigarrada alfombra persa, muebles de nogal tapizados con terciopelo de color verde oscuro, una biblioteca de estilo *renaissance* de roble negro y antiguo, figuritas de bronce sobre un suntuoso escritorio, una chimenea… Se dejó caer en el diván, se puso las manos detrás de la cabeza y se quedó inmóvil, mirando el techo casi con desesperación. Quizá por querer ocultar incluso a las paredes la expresión de su

rostro, o quizá por otro motivo, lo cierto es que se levantó, corrió las gruesas cortinas de las ventanas y se volvió a desplomar en el diván.

IX

Aquel día también Bazárov conoció a Fénechka. Iba caminando por el jardín con Arkadi, explicándole por qué algunos arbolillos, especialmente los robles, no habían arraigado.

—Aquí hay que plantar más álamos blancos, abetos y quizá también tilos, y echar más tierra negra. El cenador de allá ha arraigado bien —añadió—, porque las acacias y las lilas son buenas chicas, no necesitan cuidados. ¡Anda, parece que allí hay alguien!

En el cenador estaba Fénechka con Duniasha y Mitia. Bazárov se detuvo y Arkadi saludó con la cabeza a Fénechka, como un viejo conocido.

—¿Quién es? —le preguntó Bazárov en cuanto pasaron por su lado—. ¡Qué guapa es!

—¿A quién te refieres?

—Ya sabes a quién: solo hay una que sea guapa.

Arkadi, no sin turbación, le explicó en pocas palabras quién era Fénechka.

—¡Ajá! —exclamó Bazárov—. Ya veo que tu padre no tiene mal gusto. Me gusta tu padre, ¡ya lo creo que sí! Bravo por él. Aunque debo presentarme —añadió volviendo hacia el cenador.

—¡Yevgueni! —gritó Arkadi asustado a sus espaldas—. Ve con cuidado, por Dios.

—No te preocupes —dijo Bazárov—: somos gente con experiencia, hemos vivido en la ciudad.

Al aproximarse a Fénechka se quitó el gorro.

—Permita que me presente —empezó a decir con un cortés saludo—. Soy amigo de Arkadi Nikoláievich y un hombre de paz.

Fénechka se levantó del banco y le miró en silencio.

—¡Qué preciosidad de niño! —continuó Bazárov—. No se preocupe, aún no le he echado mal de ojo a nadie. ¿Por qué tiene las mejillas tan rojas? ¿Le están saliendo los dientes?

—Sí, señor —pronunció Fénechka—, ya le han salido cuatro dientecitos, y vuelve a tener las encías un poco hinchadas.

—Déjeme ver… Pero no tenga miedo: soy médico.

Bazárov cogió al niño en brazos, y este, para sorpresa de Fénechka y Duniasha, no opuso ninguna resistencia y no se asustó.

—Ya veo, ya veo… No pasa nada, todo en orden: tendrá unos dientes fuertes. Si le ocurre algo, hágamelo saber. Y usted ¿tiene buena salud?

—Sí, gracias a Dios.

—Gracias a Dios, eso es lo mejor. ¿Y usted? —añadió Bazárov dirigiéndose a Duniasha.

Duniasha, una muchacha muy seria en la casa señorial y muy reidora en la calle, se limitó a resoplar como respuesta.

—Perfecto, pues. Aquí tiene a su hombrecito.

Fénechka cogió al niño en brazos.

—Qué tranquilo ha estado con usted —dijo a media voz.

—Conmigo todos los niños están tranquilos —respondió Bazárov—, sé de estas cosas.

—Los niños notan cuando se les quiere —apuntó Duniasha.

—Eso es cierto —confirmó Fénechka—. Mitia nunca se deja coger por ningún extraño.

—Y ¿por mí se dejará coger? —preguntó Arkadi que, habiéndose quedado apartado un rato, se había acercado al cenador.

Hizo un gesto para coger a Mitia, pero el niño echó hacia atrás la cabeza y empezó a berrear, algo que desconcertó sobremanera a Fénechka.

—Otro día, cuando se haya acostumbrado a mi presencia —dijo Arkadi condescendientemente, y los dos amigos se alejaron.

—¿Cómo decías que se llamaba? —preguntó Bazárov.

—Fénechka… Fedosia —respondió Arkadi.

—¿Y su patronímico? También esto hay que saberlo.

—Nikoláievna.

—Bene. Me gusta que no se haya turbado demasiado; quizá, otro la reprobaría por ello. Pero ¿qué disparate? ¿Por qué se iba a turbar? Es madre, y hace bien.

—Sí, ella hace bien —observó Arkadi—, pero mi padre…

—También él hace bien —le interrumpió Bazárov.

—Pues no, no lo veo así.

—Parece que nos desagrada que haya un herederito más, ¿no?

—Pero ¡cómo no te da vergüenza creer que albergo tales ideas! —se apresuró a decir Arkadi acaloradamente—. No considero a mi padre equivocado por eso: lo que creo es que debería casarse con ella.

—¡Mira por dónde! —dijo Bazárov con calma—. Pero ¡qué generosos somos! Todavía le das importancia al matrimonio; esto no lo esperaba de ti.

Los amigos dieron varios pasos en silencio.

—He visto todas las instalaciones de tu padre —empezó a decir de nuevo Bazárov—. El ganado es malo y los caballos están extenuados. Las edificaciones son deficientes y los trabajadores parecen unos holgazanes rematados; en cuanto al capataz, o bien es imbécil, o bien es un granuja, aún no lo tengo del todo claro.

—Qué duro estás hoy, Yevgueni Vasílevich.

—Y los buenos campesinos seguro que se la pegan a tu padre. Ya conoces el refrán: «El campesino ruso es capaz de devorar a Dios».

—Empiezo a estar de acuerdo con mi tío —apuntó Arkadi—: decididamente tienes mala opinión de los rusos.

—¡Vaya una cosa! Lo único bueno del ruso es que tiene una pésima opinión de sí mismo. Lo importante es que dos más dos son cuatro, y lo demás son tonterías.

—Y la naturaleza ¿también es una tontería? —pronunció Arkadi mirando pensativo a lo lejos, a los campos abigarrados, que el sol ya en declive iluminaba hermosa y suavemente.

—También lo es, en el sentido que tú le das. La naturaleza no es un templo, sino un taller, y el hombre es un trabajador del taller.

Justo en ese momento les llegó de la casa el sonido pausado de un violonchelo. Alguien tocaba con sentimiento, aunque con mano inexperta *La espera* de Schubert, y una dulce melodía se derramó melosamente por el aire.

—¿Qué es eso? —pronunció Bazárov con asombro.

—Es mi padre.

—¿Tu padre toca el violonchelo?

—Sí.

—Pero ¿cuántos años tiene tu padre?

—Cuarenta y cuatro.

Bazárov rompió en carcajadas.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—¡Lo que hay que ver! ¡A los cuarenta y cuatro años, un *pater familias*, en una aldea perdida de … y tocando el violonchelo!

Bazárov continuó riendo a carcajadas, pero Arkadi, por más que reverenciara a su maestro, en esa ocasión ni siquiera esbozó una sonrisa.

X

Pasaron cerca de dos semanas. La vida en Márino discurría en su orden: Arkadi vivía como un sibarita y Bazárov trabajaba. En la casa todos se habían acostumbrado a él, a sus modales descuidados, a sus palabras parcas y bruscas. Sobre todo Fénechka, que se había familiarizado tanto con él que una noche mandó que lo despertaran: Mitia tenía espasmos. Bazárov acudió y, como de costumbre medio en broma y medio bostezando, se pasó con ella unas dos horas atendiendo al niño. En cambio, Pável Petróvich lo empezó a odiar con toda la fuerza de su alma: consideraba que era un soberbio, un insolente, un cínico, un plebeyo; sospechaba que Bazárov no le respetaba, que casi hasta lo despreciaba: ¡a él, a Pável Kirsánov! Nikolái Petróvich temía un poco al joven «nihilista» y dudaba de que su influencia sobre Arkadi fuera beneficiosa. Pero le escuchaba de buena gana, y de buena gana asistía a sus experimentos de física y química. Bazárov había traído consigo un microscopio y se pasaba horas enteras trajinando con él. Los criados también le cogieron cariño, aunque él se burlara un poco de ellos: tenían la sensación de que, a pesar de todo, era un hermano para ellos, y no un señor. En su presencia, Duniasha siempre soltaba risitas, y, al pasar corriendo delante de él como una «pequeña codorniz», le lanzaba miradas intencionadas de soslayo. Piotr, lleno de amor propio hasta lo indecible y tonto, siempre con la frente tensamente arrugada, y que era un hombre cuya dignidad consistía simplemente en mirar con cortesía, leer sílaba a sílaba y cepillarse regularmente la levita, incluso él, sonreía con suficiencia y resplandecía en cuanto Bazárov le prestaba atención; los niños de la servidumbre corrían como perritos tras el *dostor*. El único que no le quería era el viejo Prokófich: en la mesa le servía la comida con un aire sombrío, lo llamaba «desollador» y «granuja», y aseguraba que con sus patillas parecía un auténtico cerdo escondido en un arbusto. Prokófich, a su modo, no era menos aristócrata que Pável Petróvich.

Llegaron los mejores días del año: los primeros días de julio. El tiempo era excelente; es cierto que a lo lejos amenazaba de nuevo el cólera, pero los habitantes de la provincia de … ya se habían acostumbrado a sus visitas. Bazárov se levantaba muy temprano y recorría dos o tres verstas a pie, pero no por el placer de caminar —no soportaba los paseos sin un objetivo concreto—, sino para recoger hierbas y cazar insectos. A veces llevaba consigo a Arkadi. En el camino de vuelta habitualmente se enzarzaban en alguna discusión, y habitualmente Arkadi acababa vencido, a pesar de que hablaba más que su compañero.

Un día por algún motivo se retrasaron mucho. Nikolái Petróvich salió a buscarles al jardín y, al llegar a la altura del cenador, de repente oyó los pasos rápidos y las

voces de ambos jóvenes. Iban hacia el cenador y no podían verle.

—No conoces a mi padre lo suficiente —decía Arkadi.

Nikolái Petróvich se agazapó.

—Tu padre es un buenazo —pronunció Bazárov—, pero es un hombre anticuado, su tiempo ya pasó.

Nikolái Petróvich aguzó el oído. Arkadi no respondió nada.

El «hombre anticuado» estuvo inmóvil cerca de dos minutos y se arrastró lentamente hacia la casa.

—Hace tres días que le veo leer a Pushkin —continuó entretanto Bazárov—. Por favor, explícale que esto no le va a llevar a ninguna parte. Que ya no es un niño: es hora de que deje esas tonterías. Y ¡vaya ganas de ser un romántico en nuestros tiempos! Dale algo útil para leer.

—Y ¿qué le puedo dar? —preguntó Arkadi.

—Pues, para empezar, quizá *Kraft und Stoff*[19] de Büchner.

—Soy de la misma opinión —observó con aprobación Arkadi—: *Kraft und Stoff* está escrito en un lenguaje asequible…

—Así que tú y yo —le decía ese mismo día, después de la comida, Nikolái Petróvich a su hermano, en el gabinete de este— somos hombres anticuados, nuestro tiempo ya ha pasado. ¡Quién sabe! Quizá Bazárov tenga razón, pero reconozco que hay algo que me duele: tenía la esperanza, precisamente ahora, de tener una relación de amistad estrecha con Arkadi, y resulta que me he quedado rezagado y él ha tomado la delantera, y ahora ya no nos comprendemos el uno al otro.

—Pero ¿en qué ha tomado la delantera? ¿En qué se diferencia tanto de nosotros? —exclamó con impaciencia Pável Petróvich—. Todo esto se lo ha metido en la cabeza el señor ese, el nihilista. No soporto a ese medicucho, opino que no es más que un charlatán; estoy convencido de que con todas sus ranas tampoco ha llegado muy lejos en física.

—No, hermano, no digas eso: Bazárov es inteligente y sabe mucho.

—Y qué repugnante es su amor propio —le volvió a interrumpir Pável Petróvich.

—Sí —apuntó Nikolái Petróvich—, tiene amor propio. Pero, al parecer, sin esto no se llega a ninguna parte. Pero hay algo que no acierto a comprender. Creo que he hecho todo lo posible para no quedarme rezagado de mi tiempo: he arreglado la situación de los campesinos y he montado una granja: ¡en la provincia hasta me llaman «rojo» por ello! Leo, estudio y me esfuerzo en ponerme a la altura de las exigencias actuales. Y ellos dicen que mi tiempo ya ha pasado. Pues sí, hermano, yo mismo empiezo a pensar que realmente ha pasado.

—Pero ¿por qué?

—Por esto: hoy estaba leyendo a Pushkin. *Los gitanos*, creo recordar… De pronto Arkadi se acerca a mí y, en silencio, con una expresión de cariñosa compasión en el rostro, me ha quitado el libro suavemente, como a un niño, y me ha puesto otro, uno alemán… Ha sonreído y se ha marchado con mi Pushkin.

—¡Qué me dices! Y ¿qué libro te ha dado?

—Aquí lo tienes.

Nikoláy Petróvich sacó del bolsillo trasero de su levita la tan mentada obra de Büchner en su novena edición. Pável Petróvich la hojeó durante un rato.

—¡Hm! —gruñó—. Arkadi Nikoláievich se preocupa de tu educación. Bueno, y ¿has intentado leerlo?

—Sí, lo he intentado.

—¿Y qué?

—Pues que o soy tonto, o es un completo disparate. Debo de ser tonto.

—Pero ¿no habrás olvidado el alemán? —preguntó Pável Petróvich.

—Lo entiendo.

Pável Petróvich volvió a hojear el libro y miró con ceño a su hermano. Los dos guardaron silencio.

—Ah, por cierto —dijo Nikoláy Petróvich, al parecer deseoso de cambiar de tema —. He recibido una carta de Koliazin.

—¿De Matvéi Ilich?

—Del mismo. Ha venido a … para inspeccionar la provincia. Ahora es un hombre influyente; desea que nos veamos, como los buenos parientes. Nos ha invitado a la ciudad a ti, a mí y a Arkadi.

—¿Vas a ir? —preguntó Pável Petróvich.

—No, ¿y tú?

—Tampoco. Mucha necesidad tengo yo de arrastrarme cincuenta verstas para perder el tiempo. Lo único que quiere *Mathieu* es lucirse en todo su esplendor. ¡Al diablo con él! Ya tendrá a toda la provincia adulándole, se las apañará sin nosotros. ¡Consejero secreto, menuda importancia! Si yo hubiera continuado en el ejército aguantando ese estúpido trabajo, ahora sería general ayudante. Además, como tú y yo somos hombres anticuados…

—Sí, hermano, al parecer, es hora de que encarguemos el ataúd y crucemos las manos sobre el pecho —apuntó Nikoláy Petróvich con un suspiro.

—Yo no me pienso rendir tan pronto —musitó su hermano—. Aún tendremos un encontronazo con el medicucho ese, lo presiento.

Y el encontronazo se produjo la tarde de ese mismo día, a la hora del té. Pável Petróvich entró en la sala ya listo para el combate, irritado y decidido. Esperaba cualquier pretexto para lanzarse contra su enemigo; sin embargo, pasó mucho rato antes de que se presentara la ocasión. En general, Bazárov hablaba poco delante de los «viejecitos Kirsánov» (así es como llamaba a los hermanos), y aquella tarde no estaba de humor: tomaba en silencio una taza de té tras otra. Pável Petróvich ardía de impaciencia, y por fin su deseo se cumplió.

La conversación giraba en torno a uno de los terratenientes vecinos. «Una porquería, un aristocratucho», observó con indiferencia Bazárov, que lo había conocido en San Petersburgo.

—Permítame que le pregunte —dijo Pável Petróvich, y los labios le empezaron a temblar—: según usted, las palabras «porquería» y «aristócrata» ¿significan lo mismo?

—He dicho «aristocratucho» —replicó Bazárov sorbiendo perezosamente el té.

—Cierto es, señor; pero supongo que tiene usted la misma opinión sobre los aristócratas que sobre los aristocratuchos. Me atrevo a decir que todo el mundo me conoce como hombre liberal, amante del progreso; pero justamente por ello respeto a los aristócratas, a los de verdad. Recuerde, muy señor mío —cuando pronunció estas palabras, Bazárov levantó la mirada hacia Pável Petróvich—, recuerde, muy señor mío —repitió con rabia— a los aristócratas ingleses. No ceden ni una pizca de sus derechos, y por ello respetan los derechos de los demás; exigen el cumplimiento de las obligaciones con respecto a sí mismos, y por ello cumplen con sus obligaciones. La aristocracia ha dado la libertad a Inglaterra y la mantiene.

—Ya hemos oído esta canción muchas veces —repuso Bazárov—, pero ¿qué quiere demostrar con esto?

—Con *efto* quiero demostrar, muy señor mío… —Cuando se enfadaba, Pável Petróvich decía intencionadamente *efto* y *ejto*, aunque sabía perfectamente que la gramática no admite tales palabras. Este capricho era un vestigio de las costumbres de los tiempos de Alejandro: los hombres influyentes de entonces, en las raras ocasiones en las que hablaban en su lengua natal, utilizaban *efto* (otros decían *ejto*), como diciendo: «Somos rusos de pura cepa, pero también somos altos dignatarios que se pueden permitir desdeñar las reglas escolares»—, con *efto* quiero demostrar que, sin un sentido de dignidad personal, sin respeto por uno mismo (y en la aristocracia este sentido está muy desarrollado) no hay ningún fundamento sólido para el bien… *bien public*… El bien público. Lo más importante es la personalidad, muy señor mío: la personalidad de un hombre debe ser sólida como una roca, porque todo se edifica sobre ella. Sé muy bien que usted se digna considerar ridículas mis costumbres, mi modo de vestir, mi pulcritud, en definitiva. Pero todo esto deriva del respeto que siento por mí mismo, de mi sentimiento del deber; sí, señor, sí: del deber. Vivo en una aldea, en un lugar remoto, pero no me permito decaer, y respeto al hombre que hay en mí.

—Permítame, Pável Petróvich —profirió Bazárov—: usted se respeta a sí mismo, pero está mano sobre mano sin hacer nada. ¿Qué provecho saca de ello el *bien public*? Si usted no se respetara, haría exactamente lo mismo.

Pável Petróvich se puso pálido.

—Esta cuestión no tiene nada que ver. No tengo por qué explicarle si estoy mano sobre mano, como usted se ha permitido expresar. Únicamente quiero decir que el aristocratismo es un principio, y, en nuestros tiempos, sin principios solo pueden vivir las personas inmorales o vacías. Esto mismo se lo dije a Arkadi al día siguiente de su llegada y ahora se lo repito a usted. ¿No es así, Nikolái?

Nikolái Petróvich asintió con la cabeza.

—Aristocratismo, liberalismo, progreso, principios —decía entretanto Bazárov—: hay que ver, ¡cuántas palabras extranjeras… e inútiles! Los rusos no las necesitan ni regaladas.

—Y ¿qué necesitan, según su parecer? Al escucharle uno tiene la impresión de que nos encontráramos fuera de la humanidad y de sus leyes. Permítame: la lógica de la historia exige que…

—¿Para qué necesitamos esta lógica? Nos las podemos apañar sin ella.

—¿Cómo?

—Pues así. Supongo que usted no necesita la lógica para llevarse un trozo de pan a la boca cuando tiene hambre. ¡De qué nos sirve tanta abstracción!

Pável Petróvich agitó los brazos.

—Después de esto ya no le entiendo. Usted insulta al pueblo ruso. ¡No comprendo cómo se puede no reconocer los *prinsipiós*, las normas! ¿En virtud de qué actúan ustedes?

—Ya le dije, tío, que no reconocemos ninguna autoridad —intervino Arkadi.

—Actuamos en virtud de lo que reconocemos útil —afirmó Bazárov—. En la actualidad lo más útil es la negación, y por eso negamos.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Cómo? No solo el arte, la poesía… sino también… Da miedo pronunciarlo…

—Todo —repitió Bazárov con una calma indescriptible.

Pável Petróvich lo miró fijamente. Eso no se lo esperaba, y Arkadi hasta enrojeció de placer.

—No obstante, permítame una cosa —intervino Nikolái Petróvich—. Ustedes lo niegan todo, o siendo más precisos, lo destruyen todo… Pero ¡también es necesario construir!

—Eso ya no es asunto nuestro… Primero hay que limpiar el terreno.

—La situación actual del pueblo así lo exige —añadió Arkadi con aire de importancia—: debemos cumplir con estas exigencias, no tenemos derecho a entregarnos a la satisfacción de nuestro propio egoísmo.

Al parecer esta última frase no gustó a Bazárov: desprendía filosofía, es decir, romanticismo —Bazárov también llamaba romanticismo a la filosofía—, pero no consideró necesario refutar a su joven discípulo.

—¡No y no! —exclamó en un inesperado arrebato Pável Petróvich—. ¡Me niego a creer que ustedes, señores, conozcan bien al pueblo ruso, que representen sus necesidades, sus aspiraciones! No, el pueblo ruso no es como ustedes lo imaginan: siente un respeto sagrado por las tradiciones, es patriarcal, no puede vivir sin fe…

—Eso no se lo discuto —le cortó Bazárov—, hasta estoy dispuesto a aceptar que en esto tiene usted razón.

—Pero si tengo razón…

—Aun así, esto no demuestra nada —dijo Arkadi con la seguridad de un experto jugador de ajedrez que ha previsto un movimiento peligroso de su contrincante y por ello no se inquieta en absoluto.

—¿Cómo que no demuestra nada? —musitó pasmado Pável Petróvich—. ¿Significa esto que ustedes van contra su propio pueblo?

—¿Y si fuera así? —exclamó Bazárov—. El pueblo piensa que cuando retumba un trueno es el profeta Elías que está cruzando el cielo. ¿Entonces qué? ¿Tengo que estar de acuerdo con esto? El pueblo es ruso… y ¿acaso yo no lo soy?

—¡No! ¡Después de todo lo que ha dicho, usted no es ruso! No puedo considerarlo como tal.

—Mi abuelo labraba la tierra —respondió Bazárov con altivez y orgullo—. Pregúntele a cualquiera de sus campesinos a quién de los dos (usted o yo) considera más un compatriota. Usted ni siquiera sabe hablar con ellos.

—Y usted habla con ellos, pero a la vez los desprecia.

—¡Y qué, si lo que merecen es el desprecio! Usted censura mi modo de pensar, pero ¿quién le dice que este es casual, que no viene de ese mismo espíritu del pueblo que usted tanto defiende?

—¡Vaya! ¡Pues sí que son necesarios los nihilistas!

—Si son o no necesarios, es algo que no debemos decidir nosotros. Tampoco usted se considera un inútil.

—¡Señores, señores, por favor, sin alusiones personales! —exclamó Nikolái Petróvich y empezó a levantarse.

Pável Petróvich sonrió y, poniendo la mano sobre el hombro de su hermano, le hizo sentarse de nuevo.

—No te preocupes —dijo—. No voy a perder los estribos justamente por ese sentido de la dignidad del que se burla con tanta saña el señor… el señor doctor. Permítame —prosiguió dirigiéndose nuevamente a Bazárov—: ¿acaso cree que sus teorías son nuevas? Ni mucho menos. El materialismo que ustedes predican ya se ha puesto en práctica más de una vez, y siempre ha resultado ser inconsistente…

—¡Otra vez con palabras extranjeras! —le interrumpió Bazárov. Empezaba a irritarse, y su rostro adquirió un color como cobrizo y burdo—. En primer lugar, nosotros no predicamos nada; no forma parte de nuestras costumbres…

—¿Qué hacen entonces?

—Pues he aquí lo que hacemos. Antes, hasta hace poco, decíamos que nuestros funcionarios aceptan sobornos, que no tenemos carreteras, ni comercio, ni una justicia verdadera…

—Ah, sí, sí: ustedes son denunciadores, creo que se llama así. Estoy de acuerdo con muchas de las cosas que denuncian, pero…

—Pero después nos dimos cuenta de que limitarnos a hablar y hablar de nuestras lacras no sirve de nada, que esto conduce tan solo a la banalidad y al doctrinarismo; comprendimos que nuestras mejores mentes (los llamados hombres avanzados y los

denunciadores del sistema) no valían para nada, que nos ocupábamos de estupideces, discutíamos sobre arte, la creación inconsciente, el parlamentarismo, la abogacía y el diablo sabe de qué más, cuando de lo que se trata es del pan nuestro de cada día, cuando las supersticiones más burdas nos asfixian, cuando todas nuestras sociedades mercantiles fracasan solo porque faltan hombres honrados que las lleven, cuando la libertad misma por la que tanto se esmera el gobierno a duras penas nos será útil, porque nuestro campesino se siente dichoso por robarse a sí mismo con tal de narcotizarse en una taberna.

—Ya veo, ya veo —le interrumpió Pável Petróvich—: como están convencidos de todo esto, han decidido no emprender nada seriamente.

—Hemos decidido no emprender nada seriamente —repitió con aire sombrío Bazárov.

De repente se sintió enojado consigo mismo por haberse extendido tanto delante de aquel señor.

—¿Solo insultar?

—Solo insultar.

—Y ¿a eso se le llama nihilismo?

—Y a eso se le llama nihilismo —volvió a repetir Bazárov, esta vez con especial insolencia.

Pável Petróvich entornó ligeramente los ojos.

—¡Vaya, vaya! —profirió con una voz extrañamente tranquila—. El nihilismo debe salvarnos de todas nuestras desgracias, ustedes son nuestros liberadores, nuestros héroes. Pero ¿por qué injurian a los demás, incluso a los denunciadores? ¿No son ustedes igual de charlatanes que ellos?

—Pecamos de otras cosas, pero no de esta —dijo entre dientes Bazárov.

—Entonces ¿qué? ¿Actúan de alguna manera? ¿Es que tienen intención de actuar?

Bazárov no respondía nada. Pável Petróvich titubeó, pero enseguida se dominó.

—¡Hm! Actuar, demoler… —continuó diciendo—. Pero ¿cómo destruir sin saber siquiera por qué razón?

—Destruimos porque somos la fuerza —apuntó Arkadi.

Pável Petróvich miró a su sobrino y sonrió con recelo.

—Sí, una fuerza que no rinde cuentas a nadie —remató Arkadi y se enderezó.

—¡Infeliz! —gritó Pável Petróvich. Decididamente no estaba en condiciones de seguir conteniéndose—. ¡Al menos date cuenta de *qué* es lo que estás apoyando en Rusia con esa frívola frase! ¡No: esto agota la paciencia hasta de un ángel! ¡La fuerza! También el calmuco y el mongol tiene fuerza, pero ¿qué falta nos hace? Lo que nosotros amamos es la civilización, sí, señor, sí: amamos sus frutos. Y no me digan que estos frutos son insignificantes: ¡hasta el último pintamonas, *un barboullieur*[20] o un pianista de tres al cuarto que recibe cinco kopeks por velada son más útiles que ustedes, porque representan la civilización, y no la burda fuerza

mongola! ¡Ustedes se creen personas avanzadas, cuando deberían estar en una cabaña calmuca! ¡La fuerza! Y finalmente recuerden, señores fuertes: ¡no son ustedes más que cuatro gatos, los demás son millones y no les permitirán pisotear sus creencias más sagradas, les aplastarán!

—Que nos aplasten si es lo que nos merecemos —dijo Bazárov—. Pero eso aún está por ver: no somos tan pocos como usted cree.

—¡Cómo! Pero ¿de verdad creen que van a poder con todo el pueblo?

—Sabe perfectamente que Moscú entera ardió por una insignificante cerilla —respondió Bazárov.

—Ya veo, ya veo. Usted primero muestra un orgullo casi satánico y después se burla. ¡Esto es lo que seduce a la juventud y subyuga los inexpertos corazones de los jovencitos! Mire, aquí a su lado tiene sentado a uno de ellos: solo falta que se le ponga a rezar, obsérvelo bien. —Arkadi se volvió y frunció el ceño—. Y esta infección ya ha llegado lejos. Me han contado que en Roma nuestros pintores no pisan el Vaticano ni por asomo. A Rafael lo consideran casi un imbécil solo porque es una autoridad, pero ellos mismos son flojos y estériles hasta dar náuseas y su fantasía no les da más que para pintar la *Muchacha en la fuente,* ¡qué se le va a hacer! Y eso que la muchacha está horriblemente pintada. Según su opinión, estas personas son dignas de elogio, ¿verdad?

—Mi opinión es que Rafael no vale un pimiento, pero ellos tampoco son mejores —respondió Bazárov.

—¡Bravo! ¡Bravo! Escucha, Arkadi… ¡aprende cómo deben expresarse los jóvenes modernos! ¡Cómo no van a seguirles! Antes los jóvenes tenían que estudiar, no querían parecer ignorantes, y, a la fuerza, debían esforzarse. En cambio ahora basta con decir: ¡el mundo entero es una sandez!, y asunto arreglado. Los jóvenes están contentos: antes eran unos asnos y ahora, de pronto, son nihilistas.

—¡Hay que ver cómo le ha traicionado ese sentimiento de dignidad personal! —dijo con parsimonia Bazárov, mientras Arkadi se inflamaba y sus ojos empezaban a centellear—. Nuestra discusión ha ido demasiado lejos… Creo que es mejor que la dejemos. Estaré dispuesto a darle la razón —añadió levantándose— cuando me nombre una sola institución de nuestro tiempo, ya sea del ámbito familiar o social, que no merezca una negación total e implacable.

—¡Le puedo nombrar millones de instituciones así, millones! —exclamó Pável Petróvich—. La *obschina*[21], por ejemplo.

Una gélida sonrisa torció los labios de Bazárov.

—Bueno, con respecto a la *obschina* —dijo—, mejor pregúntele a su hermano, que ahora ya conoce de primera mano lo que es la *obschina*, con su garantía solidaria, la renuncia al alcohol y cuentos así.

—Pues ¡la familia, la familia tal y como se da entre nuestros campesinos! —gritó Pável Petróvich.

—Tampoco creo que sea buena idea que nos adentremos en esto con mucho detalle. Porque habrá oído hablar de las relaciones entre suegros y nueras[22], ¿no? Óigame, Pável Petróvich: tómese un par de días de plazo, es poco probable que encuentre algo así de primeras. Analice todos nuestros estamentos y piense detenidamente en cada uno de ellos; entretanto, Arkadi y yo…

—Se burlarán de todo —le interrumpió Pável Petróvich.

—No, abriremos ranas. Vamos, Arkadi. Adiós, señores.

Los dos amigos salieron. Los hermanos se quedaron solos y al principio solo intercambiaron alguna mirada.

—¡Ahí los tienes! —empezó a decir por fin Pável Petróvich—. ¡Ahí tienes a los jóvenes de hoy en día! ¡Así son nuestros descendientes!

—Nuestros descendientes —repitió con un suspiro de abatimiento Nikolái Petróvich. Durante toda la discusión había estado como sobre ascuas, y se había limitado a mirar a hurtadillas, lastimosamente, a Arkadi—. ¿Sabes de lo que me he acordado, hermano? Una vez reñí con nuestra difunta madre: ella gritaba, no quería escucharme… Finalmente le dije: «Usted no puede entenderme; pertenecemos a dos generaciones distintas». Se ofendió muchísimo, y pensé: «¿Qué le vamos a hacer? La píldora es amarga, pero debe tragarla». Y ahora ha llegado nuestro turno, y nuestros descendientes nos pueden decir: «Vosotros no sois de nuestra generación: tragad esa píldora».

—Eres demasiado bueno y modesto —objetó Pável Petróvich—; yo, por el contrario, estoy convencido de que tenemos mucha más razón que estos señoritos, aunque es posible que nos expresemos en un idioma un tanto anticuado, *vieilli*[23], y que no tengamos esa insolente autosuficiencia… ¡Qué engreída es la juventud de ahora! Si les preguntas: «¿Qué vino quiere, tinto o blanco?». «¡Suelo preferir el tinto!», te contestan con voz de bajo y con una expresión tan altiva que parece que el universo entero les esté mirando en ese momento…

—¿Desean más té? —preguntó Fénechka asomando la cabeza por la puerta: no se había atrevido a entrar en la sala hasta que dejó de oír voces.

—No, puedes mandar que retiren el samovar —respondió Nikolái Petróvich y se levantó para recibirla. Pável Petróvich le dedicó a su hermano un lacónico *bon soir* y se marchó a su gabinete.

XI

Al cabo de media hora Nikolái Petróvich se dirigió al jardín, a su querido cenador. Le habían asaltado tristes pensamientos. Por primera vez tenía una conciencia clara de la distancia que lo separaba de su hijo, y presentía que esta cada vez sería mayor. En vano se había pasado en San Petersburgo días enteros de invierno leyendo las obras más actuales; en vano había prestado oído a las conversaciones de los jóvenes, en vano se había alegrado al lograr introducir alguna palabra en sus impetuosos discursos. «Mi hermano dice que tenemos razón —pensaba— y, dejando a un lado cualquier tipo de amor propio, a mí también me parece que ellos están más lejos de la verdad que nosotros; pero, al mismo tiempo, siento que ellos tienen algo que a nosotros nos falta, cierta ventaja sobre nosotros… ¿Juventud? No: no se trata solo de juventud. ¿No consistirá esta ventaja en que hay en ellos menos huellas de señoritismo que en nosotros?».

Nikolái Petróvich bajó la cabeza y se pasó una mano por el rostro.

«Pero ¿rechazar la poesía? —continuó pensando—. ¿No maravillarse con el arte, con la pintura…?».

Miró a su alrededor como si deseara comprender cómo alguien podía no maravillarse con la naturaleza. Empezaba a anochecer; el sol se había ocultado tras el boscaje de álamos temblones, a media versta del jardín: su sombra se proyectaba infinita en la quietud de los campos. Un campesino iba al trote sobre un caballito blanco por un camino estrecho y oscuro a través del boscaje; se le veía claramente, de cuerpo entero, incluso se veía el remiendo que llevaba en el hombro, a pesar de moverse en la sombra; las patas del caballo marcaban un ritmo agradable y preciso. Entretanto, los rayos del sol penetraban en el boscaje y, atravesando la espesura, bañaban los troncos de los álamos con una luz tan cálida que hacía que se parecieran a los de los pinos, y sobre su follaje, que casi azuleaba, se extendía el cielo celeste, ligeramente coloreado por el crepúsculo. La golondrinas volaban en lo alto, el viento había cesado por completo. Las abejas rezagadas zumbaban perezosas y soñolientas en las flores de las lilas, y pequeñas moscas se agolpaban sobre una larga rama solitaria. «¡Qué bien se está aquí, Dios mío!», pensó Nikolái Petróvich, y sus versos preferidos ya le estaban llegando a los labios cuando recordó a Arkadi y su *Kraft und Stoff*, y se quedó callado, aunque no se movió, entregado al melancólico y placentero juego de los pensamientos solitarios. Le gustaba soñar: la vida en la aldea había desarrollado en él esta capacidad. No hacía tanto tiempo que en el porchecito de aquella posada se había sumido también en sus pensamientos, pero desde aquel día las cosas habían cambiado, sus relaciones —en aquel entonces aún poco claras— se

habían definido… ¡y de qué manera! Y de nuevo surgió ante él la imagen de su difunta mujer, pero no como la había visto durante tantos años —una buena y bondadosa ama de casa—, sino como una jovencita de fino talle, mirada inocente y curiosa, y una apretada trenza sobre su cuellito infantil. Recordó cómo la había visto por primera vez: entonces él todavía era un estudiante. Se encontraron en la escalera del apartamento en el que vivía, él la empujó sin querer y se volvió para disculparse, pero solo fue capaz de musitar: *Pardon, monsieur*. Ella inclinó la cabeza con una sonrisa burlona, pero de pronto pareció asustarse y echó a correr; en el rellano de la escalera le echó una rápida mirada, adoptó un aspecto serio y se ruborizó. Después llegaron las primeras tímidas visitas, las medias palabras, las medias sonrisas, la irresolución, la tristeza, los arrebatos, y finalmente, aquella alegría que hacía perder el aliento… ¿Adónde había volado todo aquello? Ella se convirtió en su mujer y él fue feliz como pocas personas en la tierra… «Pero esos primeros y dulces instantes… ¿por qué no vivirán eternamente, por qué no serán inmortales?», pensaba.

No trataba de explicarse sus propios pensamientos, pero sentía que deseaba retener aquel tiempo feliz con algo más fuerte que la memoria; deseaba palpar de nuevo la cercanía de su Maria, percibir su calor y respiración, y ya le empezaba a parecer que por encima de él…

—Nikolái Petróvich —se oyó la voz de Fénechka a corta distancia—, ¿dónde está?

Él se estremeció, pero no sintió dolor ni vergüenza. No se permitía siquiera la posibilidad de comparar a su mujer con Fénechka, pero lamentó que hubiera ido a buscarle. Aquella voz le recordó de golpe su cabello gris, su vejez, su presente…

El mundo mágico en el que estaba empezando a entrar, que empezaba a surgir desde las brumosas olas del pasado, se agitó y desapareció.

—Estoy aquí —respondió—, ahora voy. Anda, retírate.

«Ahí tenemos las huellas de señoritismo que hay en mí», le cruzó por la cabeza. Fénechka miró en silencio el cenador y desapareció; él advirtió con asombro que ya había anochecido desde que se enfrascara en sus pensamientos. A su alrededor todo estaba oscuro y calmado, y el rostro de Fénechka se deslizó ante él, pálido y menudo. Quiso levantarse y volver a casa pero, como su corazón enternecido no se calmaba en su pecho, se puso a caminar por el jardín, a veces mirando al suelo pensativamente, otras alzando los ojos al cielo, donde las estrellas se arremolinaban y se hacían guiños unas a otras. Caminó mucho, casi hasta cansarse, pero la congoja que había en él, una congoja anhelante, indefinida y triste, no se acallaba. ¡Oh, cómo se habría reído Bazárov si hubiera sabido lo que ocurría en su interior! El propio Arkadi le habría censurado. A él, a un hombre de cuarenta y cuatro años, agrónomo y propietario, se le llenaban los ojos de lágrimas, unas lágrimas sin motivo. Aquello era cien veces peor que el violonchelo.

Nikolái Petróvich siguió caminando y no se decidía a entrar en la casa, en aquel nido pacífico y acogedor que le miraba tan afablemente con todas sus ventanas

iluminadas; no tenía fuerzas de despedirse de la oscuridad, del jardín, de la sensación del aire fresco en el rostro, de esa tristeza, esa congoja…

En el recodo de un sendero se encontró con Pável Petróvich.

—¿Qué te pasa? —le preguntó este—. Estás pálido como un fantasma; debes de estar enfermo, ¿por qué no te acuestas?

Nikolái Petróvich le explicó en pocas palabras su estado anímico y se marchó. Pável Petróvich anduvo hasta el final del jardín, también se sumió en sus pensamientos y también alzó los ojos al cielo. Pero en aquellos bellos y oscuros ojos no se reflejaba nada, salvo la luz de las estrellas. No había nacido para ser un romántico, y su alma elegante, seca, apasionada y misantrópica al modo francés, no sabía soñar…

—¿Sabes qué? —le dijo esa misma noche Bazárov a Arkadi—. Se me ha ocurrido una idea magnífica. Hoy tu padre ha dicho que ha recibido una invitación de ese ilustre pariente vuestro. Y que no va a ir. Partamos tú y yo hacia …: ese señor también te invita a ti. Mira qué tiempo hace aquí. Nos daremos un paseo y veremos la ciudad. Deambularemos cinco o seis días, ¡y basta!

—¿Y después volverás aquí?

—No, tengo que ir a casa de mi padre. Ya sabes, está a treinta verstas de… Hace mucho que no le veo, y también a mi madre. Debo darles una alegría a los viejos. Son buena gente, sobre todo mi padre: es muy divertido. Y soy su único hijo.

—Y ¿estarás mucho tiempo allí?

—No creo. Supongo que me acabaré aburriendo.

—Y a la vuelta ¿vendrás aquí?

—No lo sé… ya veremos. Bueno, entonces ¿qué? ¿Vamos?

—Tal vez —dijo Arkadi con apatía.

En el fondo del alma se había alegrado mucho de la propuesta de su amigo, pero consideró un deber ocultar ese sentimiento. ¡No en vano era nihilista!

Al día siguiente partió con Bazárov hacia… La juventud de Márino lamentó su marcha. Duniasha incluso vertió alguna lágrima… En cambio, los viejos respiraron aliviados.

XII

La ciudad de … a la que se dirigieron nuestros amigos estaba bajo la jurisdicción de un gobernador joven, progresista y despótico, como tan a menudo sucede en Rusia. Durante el primer año de su gobierno ya se había enemistado no solo con el mariscal de la nobleza provincial —un capitán de caballería retirado, criador de caballos y hombre hospitalario—, sino también con sus propios funcionarios. Las disputas que surgieron entre ellos tomaron tales dimensiones que el ministerio de San Petersburgo consideró necesario enviar a una persona de confianza con la misión de aclarar todo aquello sobre el terreno. La elección de las autoridades recayó en Matvéi Ilich Koliazin, hijo de aquel Koliazin bajo cuya tutela estuvieron en el pasado los hermanos Kirsánov. También él era «de los jóvenes», es decir, acababa de cumplir cuarenta años, pero ya había escalado entre los hombres de Estado y lucía una estrella en cada lado del pecho. Cierto es que una de ellas era extranjera, de las que no valen mucho. Igual que el gobernador al que había venido a juzgar, se consideraba progresista y, a pesar de ser un hombre influyente, no se parecía a la mayoría de las personas como él. Tenía de sí mismo una opinión de lo más elevada y su vanidad no conocía límites, pero se comportaba con sencillez, miraba con condescendencia, escuchaba con indulgencia y se reía de un modo tan afable que al principio podía incluso ganarse fama de «tipo entrañable». Sin embargo, en las ocasiones importantes sabía darse tono, como se suele decir. «La energía es imprescindible —solía decir entonces—, *l’énergie est la première qualité d’un homme d’état*»; con todo, era frecuente que le tomaran el pelo y cualquier funcionario con un poco de experiencia se le subía a las barbas. Matvéi Ilich hablaba con gran respeto de Guizot[24] y trataba de inculcar a todo el mundo la idea de que él no pertenecía al grupo de conservadores y burócratas atrasados, de que no se le escapaba ni un solo acontecimiento de la vida social… Todas estas palabras le resultaban bien conocidas. Incluso seguía —aunque ciertamente con despreocupada pomposidad— el desarrollo de la literatura actual: igual que un hombre adulto que se encuentra en la calle con un grupo de chiquillos y que, en ocasiones, se une a ellos. En esencia, Matvéi Ilich no se alejaba demasiado de aquellos hombres de Estado de los tiempos de Alejandro que, preparándose para asistir a una velada de *madame* Svéchina[25] —que entonces vivía en San Petersburgo —, por la mañana leían una página de Condillac. Lo único es que sus métodos eran distintos, más modernos. Era un cortesano hábil, un hombre de gran astucia, y nada más. No tenía ni idea de cómo llevar ningún asunto de trabajo, carecía de inteligencia, pero sí sabía manejar sus propios asuntos: en esto nadie podía doblegarlo, y esto es lo más importante.

Matvéi Ilich recibió a Arkadi con la afabilidad propia de un alto dignatario ilustrado, o más aún: con jocosidad. Sin embargo, se quedó pasmado al saber que sus parientes, a los que había invitado, se habían quedado en la aldea. «Tu *papá* siempre ha sido un excéntrico», observó mientras jugaba con las borlas de su espléndida bata de terciopelo, y, de repente, dirigiéndose a un joven funcionario que vestía un uniforme impecablemente abotonado, exclamó con semblante preocupado: «¿Qué?». El joven, a quien a causa del prolongado silencio se le habían pegado los labios, se enderezó y miró perplejo a su superior. Pero Matvéi Ilich, habiendo logrado desconcertar a su subordinado, ya no le prestó más atención. A nuestros altos dignatarios generalmente les gusta desconcertar a sus subordinados; los métodos a los que recurren para conseguir su objetivo son bastante variados. El siguiente método, entre otros, es muy empleado, *is quite a favorite*, como dicen los ingleses: el dignatario de repente deja de entender las palabras más simples y padece de sordera. Pregunta, por ejemplo:

—¿Qué día es hoy?

Y le informan de la manera más respetuosa:

—Hoy es viernes, s… s… s… señor.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es lo que dice? —repite tensamente el alto dignatario.

—Hoy es viernes, s… s… señor.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Que es viernes? ¿Qué viernes?

—El viernes, s… sss… sss… señor, es un día de la semana.

—Pero bueno, ¿es que vas a darme lecciones?

Matvéi Ilich no dejaba de ser un alto dignatario, a pesar de considerarse un liberal.

—Te aconsejo, amigo mío, que le hagas una visita al gobernador —le dijo a Arkadi—; entiende que no te lo aconsejo porque me aferre a nociones anticuadas de la necesidad de ir a postrarse ante las autoridades, sino simplemente porque el gobernador es un hombre honrado. Además, probablemente deseas trabar conocimiento con la sociedad de aquí… Porque no serás un oso, espero, ¿verdad? Pasado mañana da un gran baile.

—¿Usted asistirá? —preguntó Arkadi.

—Lo da en mi honor —pronunció Matvéi Ilich casi con pesar—. ¿Sabes bailar?

—Bailo, pero mal.

—Es una pena. Aquí hay muchachas guapas, y es una vergüenza que un joven no baile. Una vez más: no lo digo en honor a nociones anticuadas; no considero en absoluto que la inteligencia deba residir en los pies, pero el byronismo es ridículo, *il a fait son temps*[26].

—Pero, tío, no es ni mucho menos por byronismo por lo que no…

—Te presentaré a señoras de aquí, te tomo bajo mi protección —le interrumpió Matvéi Ilich y se echó a reír, contento de sí mismo—. Estarás bien arropado, ¿eh?

Entró un sirviente y anunció la llegada del presidente de la Casa de la Moneda, un viejo de mirada dulce y labios arrugados que sentía un gran amor por la naturaleza, sobre todo los días de verano, cuando —según sus palabras— «cada abejita recibe un sobornito de cada florecita». Arkadi se marchó.

Encontró a Bazárov en la hostería donde se habían alojado y estuvo mucho rato tratándole de convencer de ir a ver al gobernador.

—¡Qué remedio! —dijo finalmente Bazárov—. Lo que se empieza, se termina. Hemos venido a ver terratenientes, pues ¡a verlos se ha dicho!

El gobernador recibió a los jóvenes cordialmente, pero ni les invitó a que se sentaran, ni tampoco se sentó él. Siempre iba atareado y con prisas; de buena mañana se ponía un estrecho uniforme, una corbata extremadamente apretada, no acababa de comer ni de beber y no dejaba de dar órdenes. En la provincia lo llamaban Bourdaloue, pero no haciendo alusión al famoso predicador francés, sino a *burdá*[27]. Invitó a Kirsánov y a Bazárov a su baile y al cabo de dos minutos los volvió a invitar, tomándoles por hermanos y llamándoles Kaisárov.

Cuando iban de casa del gobernador a su hostería, de una de las carretelas que pasaban por su lado saltó un hombre de baja estatura, que llevaba una chaqueta tradicional eslavófila, y al grito de: «¡Yevgueni Vasílich!», se abalanzó sobre Bazárov.

—¡Ah, es usted, *herr* Sítnikov! —pronunció Bazárov sin dejar de andar por la acera—. ¿Qué le trae por aquí?

—Imagínese, la pura casualidad —respondió este y, volviéndose hacia la carretela, agitó unas cinco veces la mano y gritó—: ¡Ve detrás de nosotros, detrás! Mi padre tiene un asunto aquí —continuó diciendo, saltando a través de una pequeña zanja—. Y, bueno, me ha pedido… Hoy me he enterado de la llegada de usted, y he pasado por donde se hospeda. —Ciertamente, los amigos, al volver a su habitación, encontraron una tarjetita con las esquinas dobladas y el nombre de Sítnikov, en un lado en francés y en el otro, en letras eslavas—. ¡Espero que no vengan de casa del gobernador!

—No espere tanto: de allí es justamente de donde venimos.

—¡Ah! En ese caso, también yo iré a verle. Yevgueni Vasílich, preséntеme a su… A él…

—Sítnikov, Kirsánov —gruñó Bazárov sin detenerse.

—Un verdadero placer —dijo Sítnikov, poniéndose de costado, sonriendo burlonamente y quitándose apresuradamente sus guantes demasiado elegantes—. He oído hablar mucho… Soy un viejo conocido de Yevgueni Vasílich y, puedo decir, su discípulo. A él le debo mi renacimiento…

Arkadi miró al discípulo de Bazárov. Los rasgos menudos aunque agradables de su rostro relamido reflejaban una expresión inquieta y obtusa; sus ojos pequeños y hundidos miraban fijamente, con nerviosismo, y también su risa era nerviosa, corta e inexpresiva.

—No se lo va a creer —continuó diciendo—: cuando Yevgueni Vasílevich dijo delante de mí por primera vez que no debe reconocerse ninguna autoridad, sentí tal entusiasmo… ¡era como si empezara a ver claro! «¡Por fin he encontrado a un hombre!», pensé. Por cierto, Yevgueni Vasílevich, es imprescindible que vaya a ver a una dama que es completamente capaz de entenderle, y para la cual su visita será una auténtica fiesta; supongo que habrá oído hablar de ella…

—¿Quién es? —pronunció de mala gana Bazárov.

—Kúkshina, *Eudoxie*; Yevdoksía Kúkshina. Es una naturaleza admirable, *émancipée* en el auténtico sentido de la palabra, una mujer avanzada. ¿Saben qué? Vayamos ahora a verla todos juntos. Vive a dos pasos de aquí. Almorzaremos en su casa. Porque ¿ya han almorzado?

—Aún no.

—Formidable. Se ha separado de su marido, ¿saben?, y no depende de nadie.

—¿Es atractiva? —le interrumpió Bazárov.

—N… no, no es algo que se pueda decir de ella.

—Entonces ¿para qué diablos quiere que vayamos a verla?

—Ay, bromista, bromista… Le ofrecerá una botella de champán.

—¡Bueno! Ahora veo a un hombre práctico. Por cierto, ¿su padre aún se dedica a recaudar impuestos?

—Sí —asintió apresuradamente Sítnikov y rio con estridencia—. Entonces ¿qué? ¿Vamos?

—La verdad, no lo sé.

—Querías ver a gente, pues ¡adelante! —observó Arkadi a media voz.

—¿Y usted, señor Kirsánov? —se apresuró a decir Sítnikov—. Haga el favor, no podemos ir sin usted.

—Pero ¿cómo vamos a presentarnos todos allí de improviso?

—¡No pasa nada! Kúkshina es una persona maravillosa.

—¿Habrá una botella de champán? —preguntó Bazárov.

—¡Tres! —exclamó Sítnikov—. ¡Respondo de ello!

—¿Con qué?

—Con mi propia cabeza.

—Mejor sería con el monedero de su padre. En fin, vayamos.

XIII

La pequeña casa señorial de estilo moscovita en la que residía Avdotia Nikítishna (o Yevdoksía) Kúkshina se encontraba en una de las calles que en la ciudad de… habían ardido recientemente; como es sabido, nuestras capitales de provincia arden cada cinco años. En la puerta, por encima de una tarjeta de visita torcida clavada en ella, pendía el cordón de una campanilla; una mujer en cofia, que tanto podía ser sirvienta como señorita de compañía —signo inequívoco de las tendencias progresistas de la dueña—, recibió a los visitantes en la antesala. Sítnikov preguntó si Avdotia Nikítishna estaba en casa.

—¿Es usted, *Victor*[28]? —se oyó una voz fina desde la sala contigua—. Entre.

La mujer de la cofia desapareció al instante.

—No estoy solo —contestó Sítnikov quitándose con brío su chaqueta de húsar, bajo la que se asomó algo parecido a una *poddiovka*[29] o abrigo-saco, y miró con animación a Arkadi y a Bazárov.

—Da igual —respondió la voz—. *Entrez*.

Los jóvenes entraron. La sala a la que dieron se parecía más a un despacho que a un salón. Papeles, cartas, gruesos ejemplares de revistas rusas, la mayor parte de ellas con las hojas sin cortar, se amontonaban en las mesas llenas de polvo; por todas partes blanquecían colillas dispersas. Recostada en un diván de piel, había una dama joven, rubia, algo despeinada, que llevaba un vestido de seda no del todo pulcro, grandes brazaletes en sus cortos brazos y una pañoleta de encaje sobre la cabeza. Se levantó del diván y, echándose despreocupadamente sobre los hombros una pelliza de terciopelo con forro de armiño amarillento, dijo con languidez: «Buenos días, *Victor*», y le estrechó la mano a Sítnikov.

—Bazárov, Kirsánov —dijo este secamente, imitando a Bazárov.

—Tengan la bondad —respondió Kúkshina y, fijando en Bazárov sus ojos redondos, entre los que destacaba una triste naricita minúscula, roja y respingona, añadió—: A usted le conozco —y le estrechó también a él la mano.

Bazárov frunció el ceño. En la menuda y poco agraciada figura de esa mujer emancipada no había nada feo, pero la expresión de su rostro causaba una sensación desagradable en quien la mirara, una sensación que arrancaba el deseo involuntario de preguntarle: «¿Qué te pasa, tienes hambre? ¿Te aburres? O ¿temes algo? ¿Por qué estás tensa?». Al igual que Sítnikov, parecía como si sintiera un desasosiego continuo en el alma. Hablaba y se movía con mucha desenvoltura, pero al mismo tiempo con torpeza: era evidente que se consideraba una criatura bondadosa y sencilla; no

obstante, siempre parecía estar haciendo justo lo que no deseaba hacer, y todo le salía como aposta —como dicen los niños—, es decir, sin sencillez, sin naturalidad.

—Sí, sí, le conozco, Bazárov —repitió ella. Tenía la costumbre, propia de muchas damas moscovitas y de provincias, de llamar a los hombres por su apellido desde el mismo día de haberlos conocido—. ¿Quiere un puro?

—No estaría de más un puro —intervino Sítnikov, que ya se había arrellanado en el sillón con los pies en alto—; pero denos de almorzar, estamos terriblemente hambrientos; y mande que descorchen una botellita de champán.

—¡Sibarita! —dijo Yevdoksía y se echó a reír. Cuando reía, se le veían las encías superiores—. ¿No es cierto que es un sibarita, Bazárov?

—Me gusta el confort en la vida —pronunció con majestuosidad Sítnikov—. Esto no me impide ser un liberal.

—¡Sí que se lo impide, se lo impide! —exclamó Yevdoksía, aunque ordenó a su sirvienta que se encargara del almuerzo y del champán—. ¿Qué piensa usted sobre esto? —añadió dirigiéndose a Bazárov—. Estoy segura de que comparte mi opinión.

—Pues no —repuso Bazárov—: un trozo de carne es mejor que un pedazo de pan, incluso desde un punto de vista químico.

—¿Se dedica usted a la química? Es mi pasión. Hasta he inventado una masilla.

—¿Una masilla? ¿Usted?

—Sí, yo. Y ¿sabe para qué es? Para hacer muñecas a las que no se les rompan las cabezas. También yo soy práctica. Pero todavía no la tengo lista. Debo leer a Liebig. Por cierto, ¿ha leído el artículo de Kisliakov sobre el trabajo femenino en *La Gaceta de Moscú*? Léalo, por favor. Porque supongo que le interesará la cuestión femenina. Y la de la escuela también, ¿verdad? ¿A qué se dedica su amigo? ¿Cómo se llama?

La señora Kúkshina *dejaba caer* las preguntas una tras otra con caprichosa despreocupación, sin esperar a las respuestas; así es como hablan los niños malcriados con sus niñeras.

—Me llamo Arkadi Nikolaich Kirsánov —dijo Arkadi—, y no me dedico a nada.

Yevdoksía se echó a reír a carcajadas.

—Pero ¡qué gracia! Y qué, ¿no fuma? Víktor, estoy enfadada con usted, ¿lo sabe?

—¿Por qué?

—Dicen que ha vuelto a elogiar a George Sand. ¡Es una mujer atrasada, y nada más! ¡Cómo la pueden comparar con Emerson! No tiene ni idea de educación, fisiología ni de nada. Estoy segura de que tampoco ha oído hablar de embriología y, en nuestros tiempos, ¿adónde se puede ir sin esto? —Yevdoksía incluso abrió los brazos—. ¡Ah, qué artículo tan increíble ha escrito sobre eso Yelisévich! ¡Es un señor genial! —Yevdoksía continuamente empleaba la palabra «señor» en vez de «hombre»—. Bazárov, siéntese a mi lado, en el diván. Quizá no lo sepa: me da usted un miedo terrible.

—Y eso ¿por qué? Permítame preguntarle.

—Es usted un señor peligroso; es tan crítico. ¡Ah, Dios mío! Me da la risa, hablo como cualquier terrateniente de la estepa. Aunque realmente soy una terrateniente. Yo misma dirijo mi hacienda e, imagínese: mi *stárosta*[30] Yeroféi es un tipo increíble, igual que el de *The Pathfinder* de Cooper[31]: ¡tiene algo como espontáneo! Me he instalado definitivamente aquí; es una ciudad insoportable, ¿no es cierto? Pero ¡qué le vamos a hacer!

—Es una ciudad como cualquier otra —observó Bazárov con frialdad.

—¡No hay más que intereses mezquinos, eso es lo terrible! Antes pasaba los inviernos en Moscú… pero ahora vive allí mi marido, *monsieur* Kukshin. Además, ahora Moscú, no sé…: ya no es lo que era. Tengo intención de viajar al extranjero, el año pasado estuve a punto de ir.

—A París, sin duda —dijo Bazárov.

—A París y a Heidelberg.

—¿Por qué a Heidelberg?

—¡Por favor! ¡Porque allí está Bunsen[32]!

Bazárov no supo qué responder a esto.

—Pierre Sapózhnikov… ¿lo conoce?

—No, no lo conozco.

—¡Por favor, *Pierre* Sapózhnikov!… Aún frecuenta la casa de Lidia Jostátova.

—Tampoco la conozco a ella.

—Bueno, pues se ofreció a acompañarme. Gracias a Dios, soy libre, no tengo hijos… Pero ¡qué digo «gracias a Dios»! En fin, qué más da.

Yevdoksía se lio un cigarrillo emboquillado con sus dedos pardos a causa del tabaco, le pasó la lengua, le dio unas chupadas y empezó a fumar. Entró la sirvienta con una bandeja.

—¡Aquí tenemos el almuerzo! ¿Quieren un aperitivo? Víktor, descorche la botella; eso le compete a usted.

—A mí, a mí —farfulló Sítnikov y de nuevo soltó una risa estridente.

—¿Hay aquí mujeres atractivas? —preguntó Bazárov apurando la tercera copa.

—Sí —respondió Yevdoksía—, aunque son todas tan vacías. Por ejemplo, *mon amie* Odintsova no está mal. Lástima que su reputación sea algo… Por supuesto, esto no tiene la menor importancia, pero es que no tiene ninguna libertad de pensamiento, ni amplitud de miras, nada de… eso. Hay que cambiar todo el sistema de educación. Ya he pensado en eso; nuestras mujeres reciben una educación muy mala.

—No va a poder hacer nada con ellas —intervino Sítnikov—. ¡Hay que despreciarlas, yo las desprecio de forma total y absoluta! —Para Sítnikov la posibilidad de despreciar y expresar su desprecio constituía un placer de lo más irresistible; atacaba especialmente a las mujeres, sin sospechar que al cabo de unos meses tendría que arrastrarse ante su esposa porque ella era alta de cuna, la princesa Durdoleósova—. Ni una sola de ellas sería capaz de entender nuestra conversación; ¡ni una sola merece que nosotros, hombres serios, hablemos de ellas!

—Es que no tienen ninguna necesidad de entender nuestra conversación —pronunció Bazárov.

—¿De qué hablan? —intervino Kúkshina.

—De mujeres atractivas.

—¡Cómo! ¿Significa eso que comparte usted la opinión de Proudhon?

Bazárov se irguió con altivez.

—Yo no comparto la opinión de nadie: tengo las mías propias.

—¡Abajo la autoridad! —gritó Sítnikov, contento por la oportunidad de expresarse con brusquedad en presencia de un hombre ante el que se mostraba tan servil.

—Pero ¡el propio Macaulay! —empezó a decir Kúkshina.

—¡Abajo Macaulay! —tronó Sítnikov—. ¿Está usted intercediendo en favor de esas mujercitas?

—No de esas mujercitas, sino de los derechos de la mujer, que juro defender hasta la última gota de mi sangre.

—¡Abajo! —Pero aquí Sítnikov se detuvo—. Yo no los niego… —dijo.

—¡Ah, ya veo que es usted un eslavófilo!

—No, no soy eslavófilo, aunque, naturalmente…

—¡No, no y no! Es usted eslavófilo. Y es partidario del *Domostrói*[33]. ¡Solo le falta empuñar un látigo!

—El látigo es buena cosa —observó Bazárov—, aunque veo que ya hemos apurado la última gota…

—¿De qué? —le cortó Yevdoksía.

—De champán, respetabilísima Avdotia Nikítishna, de champán: no de su sangre.

—No puedo permanecer impasible cuando se ataca a las mujeres —prosiguió Yevdoksía—. Es terrible, terrible. En vez de atacarlas, mejor lean el libro de Michelet[34], *De l'amour*. ¡Es un prodigio! Señores, hablemos del amor —añadió Yevdoksía, dejando caer el brazo lánguidamente sobre un cojín arrugado del diván.

Se hizo una súbita pausa.

—No, ¿para qué hablar del amor? —objetó Bazárov—. Ha mencionado usted a Odintsova… Así es como la ha llamado, ¿verdad? ¿Quién es esa señora?

—¡Un encanto! ¡Un encanto! —exclamó Sítnikov con voz estridente—. Se la presentaré. Es lista, rica y está viuda. Por desgracia, aún no está suficientemente instruida: debería estrechar más su relación con nuestra Yevdoksía. ¡Bebo a su salud, *Eudoxie*! ¡Brindemos! *Et toc, et toc, et tin-tin-tin! Et toc, et toc, et tin-tin-tin!!*

—*Victor*, es usted un travieso.

El almuerzo se alargó mucho. A la primera botella de champán le siguió una segunda, una tercera e incluso una cuarta… Yevdoksía charlaba por los codos, y Sítnikov le hacía coro. Discutieron mucho de lo que es el matrimonio, ¿un prejuicio o un crimen?; cómo son las personas cuando nacen, ¿idénticas o no?; y en qué consiste propiamente la individualidad. La cosa llegó al punto de que al final, Yevdoksía,

completamente roja del vino que había bebido y golpeando con sus uñas lisas las teclas de un piano desafinado, se puso a cantar con voz enronquecida primero canciones gitanas, y después la romanza de Seymour-Schiff *Dormita, soñolienta Granada*, y Sítnikov se anudó una bufanda en la cabeza y representó a un amante moribundo al tiempo que recitaba las palabras:

> Y fundir nuestros labios
> en un cálido beso.

Arkadi finalmente no aguantó más:

—Señores, esto ya empieza a parecer una casa de locos —observó en voz alta.

Bazárov, que solo muy de vez en cuando introducía en la conversación alguna palabra burlona —estaba más pendiente del champán—, bostezó ruidosamente, se levantó y, sin despedirse de la anfitriona, se marchó con Arkadi. Sítnikov saltó tras ellos.

—Bueno, ¿qué, qué? —preguntó correteando servilmente ya a la derecha, ya a la izquierda—. Ya se lo advertí: una persona extraordinaria. ¡Necesitaríamos más mujeres como esta! Porque ella, a su modo, es un referente moral.

—Y ese establecimiento de *tu* padre, ¿también es un referente moral? —le espetó Bazárov señalando con el dedo una taberna ante la cual pasaban en aquel momento.

Sítnikov volvió a soltar una risa chillona. Se avergonzaba mucho de su origen, y no sabía si sentirse halagado u ofendido por aquel inesperado *tuteo*.

XIV

Al cabo de unos días se celebró el baile en casa del gobernador. Matvéi Ilich fue el auténtico «héroe de la fiesta»: el mariscal de la nobleza de la provincia le decía a cada uno de los presentes que si había asistido era únicamente por respeto a él. El gobernador ni siquiera en el baile dejó de «dar órdenes», y no se movió. La afabilidad de trato de Matvéi Ilich solo podía compararse con su magnificencia. Lisonjeaba a todo el mundo: a unos con cierto matiz de repugnancia, a otros con cierto matiz de respeto; se mostró encantador *en vrai chevalier français*[35] con todas las damas y no dejó de soltar grandes, sonoras y solitarias risas, como corresponde a un alto dignatario. A Arkadi le dio una palmaditas en la espalda y lo llamó en voz alta «sobrinito»; obsequió a Bazárov —que vestía un frac algo viejo— con una distraída aunque indulgente mirada superficial sin girar la cabeza, y con un vago aunque amable murmullo del que solo se pudo descifrar «yo» y «muy»; le tendió un dedo a Sítnikov y le sonrió, aunque ya mirando hacia otro lado; incluso a la propia Kúkshina, que se había presentado en el baile sin miriñaque y con los guantes sucios —pero con un ave del paraíso en el cabello—, incluso a ella le dijo: *Enchanté*. Había mucha concurrencia y los caballeros no escaseaban: mientras que los civiles se agolpaban a lo largo de las paredes, los militares bailaban aplicadamente, sobre todo uno de ellos, que había vivido unas seis semanas en París, donde había aprendido varias exclamaciones de lo más osado, del tipo *Zut, Ah fichtrrre, Pst, pst, mon bibi*[36], etc. Las pronunciaba a la perfección, con ese auténtico *chic* parisino, pero al mismo tiempo decía si *j'aurais* en vez de si *j'avais*[37], y *absolutement* en sentido de «sin falta». En una palabra: se expresaba en ese dialecto ruso-francés del cual tanto se ríen los franceses cuando no se ven en la necesidad de asegurarles a nuestros hermanos que hablamos su idioma como los ángeles, *comme des anges*.

Arkadi bailaba mal, como ya sabemos, y Bazárov no bailaba en absoluto: ambos se colocaron en un rincón y Sítnikov se les unió. Este, con una expresión de desprecio y burla dibujada en el rostro y soltando maliciosos comentarios, echaba miradas insolentes a un lado y a otro, y parecía sentir un auténtico deleite. De repente su cara cambió y, volviéndose a Arkadi, dijo como turbado:

—Ha llegado Odintsova.

Arkadi volvió la mirada y vio a una mujer alta con un vestido negro que se había detenido en las puertas del salón. Le asombró la dignidad de su porte. Sus brazos desnudos descansaban elegantemente a lo largo de su esbelto talle; de su resplandeciente cabello colgaban graciosamente unas finas ramitas de fucsia, que caían sobre sus hombros inclinados; su mirada era serena e inteligente —justamente

serena, no pensativa— bajo su frente blanca un poco abombada, y en sus labios se dibujaba una sonrisa apenas perceptible. Su rostro irradiaba una especie de poderío dulce y tierno.

—¿La conoce? —le preguntó Arkadi a Sítnikov.

—Íntimamente. ¿Quiere que se la presente?

—Quizá… después de la *quadrille*[38].

Bazárov también fijó su atención en Odintsova.

—¿Quién es esa figura? —pronunció—. No se parece a las demás mujercillas.

Tras esperar a que concluyera la *quadrille*, Sítnikov condujo a Arkadi hasta Odintsova, pero resultó dudoso que la conociera tan íntimamente: se hizo un embrollo al hablar y ella le miró algo asombrada. Sin embargo, cuando oyó el apellido de Arkadi, su rostro adquirió una expresión cordial. Le preguntó si era hijo de Nikolái Petróvich.

—Así es.

—He visto a su padre dos veces y he oído hablar mucho de él —continuó diciendo ella—. Estoy muy contenta de conocerle a usted.

En ese instante se acercó veloz un ayudante de campo y la invitó a la *quadrille*. Ella aceptó.

—¿Acaso baila usted? —preguntó respetuosamente Arkadi.

—Sí, bailo. Y ¿por qué cree que no bailo? ¿Es que le parezco demasiado vieja?

—Por favor, cómo puede… Pues en ese caso, permítame invitarla a la mazurca.

Odintsova sonrió condescendiente.

—Será un placer —dijo, y miró a Arkadi no exactamente con altivez, sino más bien como miran las hermanas casadas a sus hermanos jovencitos.

Odintsova era un poco mayor que Arkadi —había cumplido veintiocho años—, pero en su presencia él se sentía como un colegial, un estudiantillo, como si la diferencia de edad entre ellos fuera mucho más significativa. Matvéi Ilich se acercó a ella con mirada majestuosa y palabras obsequiosas. Arkadi se apartó a un lado, pero siguió observándola: durante la *quadrille* tampoco le quitó los ojos de encima. Ella hablaba con la misma naturalidad con su compañero de baile que con el alto dignatario, movía ligeramente la cabeza y los ojos, y rio también ligeramente un par de veces. Su nariz era algo gruesa —como la de casi todas las rusas—, y el color de su piel no era completamente claro; con todo, Arkadi decidió que nunca había conocido a una mujer tan fascinante. Su voz no dejaba de resonar en sus oídos; hasta los pliegues de su vestido parecían caerle de modo distinto que a las demás mujeres, con más armonía y amplitud, y sus movimientos eran particularmente fluidos y al mismo tiempo naturales.

Arkadi sentía en el corazón cierta timidez, cuando, con las primeras notas de la mazurca, tomó asiento junto a su dama y, preparándose para entablar una conversación, solo fue capaz de pasarse una mano por el cabello sin hallar ni una sola palabra. Pero su timidez y agitación no duraron mucho; la serenidad de Odintsova se

le transmitió también a él: no había pasado ni un cuarto de hora, y él ya le hablaba con desenvoltura de su padre, su tío, su vida en San Petersburgo y en la aldea. Odintsova le escuchaba con amable interés, abriendo y cerrando el abanico ligeramente; el parloteo del joven quedaba interrumpido cada vez que un caballero la sacaba a bailar; Sítnikov, entre otros, la invitó dos veces. Cuando regresaba, se sentaba de nuevo y cogía el abanico, pero sin que su respiración se hubiera siquiera acelerado, y de nuevo Arkadi reanudaba su parloteo, poseído por la felicidad de encontrarse al lado de ella, de hablar con ella, de mirarla a los ojos, a su hermosa frente, a su gentil, serio e inteligente rostro. Ella hablaba poco, pero sus palabras denotaban conocimiento de la vida; por algunas de las observaciones que hizo, Arkadi concluyó que aquella joven mujer ya había tenido tiempo de vivir muchas cosas y reflexionar mucho…

—¿Con quién estaba antes, cuando el señor Sítnikov le ha conducido hasta mí? —preguntó ella.

—¿Ha reparado en él? —preguntó a su vez Arkadi—. ¿No es cierto que tiene un rostro interesante? Es Bazárov, un amigo mío.

Arkadi se puso a hablar de «su amigo». Habló de él con tanto detalle y con tanta pasión que Odintsova se volvió para mirarle detenidamente. Entretanto, la mazurca se acercaba a su fin. Arkadi lamentó separarse de su dama: ¡había sido tan agradable pasar casi una hora con ella! A decir verdad, en todo aquel rato no había dejado de sentir que ella se mostraba condescendiente con él, como si le tuviera que estar agradecido… Pero los corazones jóvenes no se molestan por este sentimiento.

La música cesó.

—*Merci* —se despidió Odintsova levantándose—. Ha prometido visitarme: traiga a su amigo con usted. Me resultará muy interesante ver a un hombre que tiene la valentía de decir que no cree en nada.

El gobernador se acercó a Odintsova y le anunció que la cena estaba lista, y, con expresión preocupada en el rostro, le ofreció su brazo. Ella, al alejarse, se volvió para sonreír y saludar con la cabeza por última vez a Arkadi. Él le hizo una profunda reverencia y la siguió con la mirada (¡qué esbelto le pareció su talle, bañado en el brillo grisáceo de la seda negra!); cuando pensó: «En este instante ya se ha olvidado de que existo», sintió en el alma una especie de sutil resignación…

—Bueno… ¿y qué? —le preguntó Bazárov en cuanto volvió junto a él al rincón —. ¿Te lo has pasado bien? Un señor me estaba contando hace un momento que esta señora… «¡uy, uy, uy!». Aunque creo que el señor en cuestión es imbécil. ¿A ti también te parece que ella es «¡uy, uy, uy!»?

—No entiendo en absoluto esta definición —le respondió Arkadi.

—¡Lo que faltaba! Pero ¡qué inocente eres!

—En ese caso, no entiendo a tu señor. Odintsova es muy agradable, eso es indudable, pero tiene una actitud tan fría y severa que…

—Del agua mansa líbreme Dios… ¡ya sabes! —le interrumpió Bazárov—. Dices que es fría. Ahí reside precisamente su encanto. Porque te gustan los helados, ¿no?

—Quizá tengas razón —farfulló Arkadi—, no puedo opinar. Quiere conocerte y me ha pedido que te lleve conmigo cuando vaya a visitarla.

—¡Ya me imagino cómo me habrás descrito! Por otra parte, has hecho bien. Llévame. Sea quien sea, una simple «leona» de provincia o una *émancipée* como Kúkshina, hacía tiempo que no veía unos hombros como los suyos.

A Arkadi le disgustó el cinismo de Bazárov pero, como suele ocurrir, no le reprochó a su amigo justo lo que le había desagradado de él.

—¿Por qué no quieres admitir que las mujeres piensen libremente? —dijo a media voz.

—Porque, hermano, según he observado, las únicas mujeres que piensan son monstruos.

Así concluyó la conversación. Los dos jóvenes amigos se marcharon inmediatamente después de la cena. Kúkshina se rio nerviosa y maliciosamente a sus espaldas, aunque no sin cierta timidez: su amor propio había sido profundamente herido porque ni el uno ni el otro le habían hecho caso. Fue la última en marcharse del baile: pasadas las tres de la madrugada bailó una polca-mazurca con Sítnikov a la manera parisina. Y este aleccionador espectáculo puso fin a la fiesta del gobernador.

XV

—Ya veremos a qué clase de mamífero pertenece este ejemplar —le decía al día siguiente Bazárov a Arkadi, mientras subían las escaleras del hotel en el que se hospedaba Odintsova—. Mi olfato me dice que aquí algo huele mal.

—¡Me dejas asombrado! —exclamó Arkadi—. ¿Cómo? Tú, justamente tú, Bazárov, aferrándote a esa moral estrecha que…

—Pero ¡qué excéntrico eres! —le interrumpió Bazárov con desdén—. ¿Acaso no sabes que en nuestra jerga y para los nuestros «huele mal» significa «huele bien»? A lo que me refería es que aquí hay algún interés. ¿No eres tú el que hoy me has dicho que ella se casó de un modo un tanto extraño? Aunque para mí, casarse con un viejo rico no es nada extraño, al contrario: es algo razonable. No creo en los chismes de ciudad, pero me gusta pensar, como dice nuestro instruido gobernador, que tienen un fundamento.

Arkadi no respondió nada y llamó a la puerta. Un joven criado en librea condujo a los dos amigos a una habitación grande, mal amueblada —como todas las habitaciones de los hoteles rusos—, aunque llena de flores. Enseguida apareció Odintsova en un sencillo vestido matutino. A la luz del sol primaveral parecía aún más joven. Arkadi le presentó a Bazárov y, con secreta sorpresa, observó que este pareció turbarse, mientras que Odintsova permanecía completamente serena, igual que en la víspera. El propio Bazárov sintió su turbación y aquello le enojó. «¡Habrase visto! ¡Asustarte de una simple mujer!», pensó y, arrellanándose en el sillón como haría Sítnikov, se puso a hablar con un desparpajo exagerado. Odintsova no le quitaba sus claros ojos de encima.

Anna Serguéievna Odintsova era hija de Serguéi Nikoláievich Lóktev, un conocido seductor, estafador y jugador, que, después de pasarse alrededor de quince años en San Petersburgo y Moscú llevando una vida ruidosa, acabó perdiendo hasta la camisa y se vio obligado a instalarse en una aldea, en la que, por otra parte, murió pronto, dejando una minúscula fortuna a sus dos hijas: Anna —de veinte años— y Katerina —de doce—. La madre de estas, de la estirpe empobrecida de los príncipes J., había fallecido en San Petersburgo cuando su marido estaba aún en pleno auge. La situación de Anna tras la muerte de su padre fue muy dura. La espléndida educación que había recibido en San Petersburgo no la preparó para encargarse de las preocupaciones de la hacienda y la casa, ni para la vida aislada de la aldea. No conocía absolutamente a nadie en la comarca y tampoco tenía a quién pedir consejo. Su padre se había esforzado en evitar las relaciones con los vecinos: los despreciaba y ellos le despreciaban a él, cada uno a su manera. Sin embargo, Odintsova no perdió la

cabeza y escribió enseguida a la hermana de su madre, la princesa Avdotia Stepánovna J., una vieja mala y altanera que, tras instalarse en casa de su sobrina, se quedó con las mejores habitaciones. Gruñía y refunfuñaba desde la mañana hasta la noche, y solo salía a pasear —incluso al jardín— si era en compañía de su único siervo, un lacayo lúgubre que vestía una librea desgastada color guisante con un galón azul cielo y que llevaba un sombrero de tres picos. Anna aguantaba con paciencia todos los caprichos de su tía; poco a poco se fue ocupando de la educación de su hermana, y parecía que ya se había reconciliado con la idea de marchitarse en aquel recóndito lugar. Pero el destino le reservaba algo distinto. Un día la vio casualmente un tal Odintsov, un hombre muy rico de unos cuarenta y seis años, extravagante, hipocondríaco, rollizo, macizo y agrio, aunque no tonto ni malvado; se enamoró de ella y le pidió la mano. Ella aceptó convertirse en su mujer, y vivieron juntos unos seis años. Al morir, le dejó toda su fortuna y, después de esto, Anna Serguéievna estuvo alrededor de un año sin salir de la aldea; luego viajó con su hermana al extranjero, aunque solo estuvo en Alemania. Cuando se aburrió, regresó a vivir a su querido Nikólskoie, a unas cuarenta verstas de distancia de… Poseía allí una casa en perfecto estado y un hermoso jardín con un invernadero: el difunto Odintsov no se privaba de nada. Anna Serguéievna aparecía por la ciudad muy de tarde en tarde, la mayoría de las veces para atender algún asunto, y además se quedaba poco tiempo. En la provincia no la apreciaban, pusieron el grito en el cielo cuando se casó con Odintsov, contaban de ella toda clase de fábulas, aseguraban que había ayudado a su padre en sus trapicheos y que no había viajado al extranjero porque sí, sino para ocultar las infelices consecuencias de… «¿Entienden de qué?», acababan diciendo los indignados narradores. «Ha pasado por fuego y agua», decían de ella, y un hombre de la provincia, conocido por su ingenio, solía añadir: «Ha corrido mucho mundo». Todos estos chismorreos llegaban hasta sus oídos, pero no les hacía el menor caso: tenía un carácter libre y bastante decidido.

Odintsova, apoyada en el respaldo del sillón y con una mano sobre la otra, escuchaba a Bazárov. Este, contra su costumbre, habló bastante y daba muestras evidentes de esforzarse por interesar a su interlocutora, algo que volvió a sorprender a Arkadi, que era incapaz de decidir si Bazárov había alcanzado su objetivo: por el rostro de Anna Serguéievna resultaba difícil adivinar cuáles eran sus impresiones, y su expresión seguía siendo la misma, amable y delicada. Sus bellos ojos irradiaban atención, pero una atención serena. La afectación de Bazárov en los primeros minutos de la visita le había causado una desagradable impresión, como un mal olor o un ruido estridente; pero enseguida comprendió que él se había turbado, y esto incluso la halagó. Lo único que le repelía era la banalidad, y si de algo nadie habría acusado a Bazárov era de ser banal. Aquel día Arkadi no saldría de su asombro. Esperaba que Bazárov hablara con Odintsova, como mujer inteligente que era, de sus convicciones y puntos de vista: ella misma había expresado el deseo de escuchar a un hombre «que tiene la valentía de no creer en nada», pero Bazárov, en cambio, discutía sobre

medicina, homeopatía y botánica. Resultó que Odintsova no había perdido el tiempo en su aislamiento: había leído varios libros buenos y se expresaba en un ruso correcto. Llevó la conversación a la música pero, al reparar en que Bazárov no reconocía el arte, volvió poco a poco al tema de la botánica, aunque Arkadi se disponía a empezar a hablar del significado de las melodías populares. Odintsova seguía dirigiéndose a este último como a un hermano pequeño: parecía que valoraba su bondad y candidez juvenil, pero nada más. La conversación se alargó más de tres horas, y resultó sosegada, amena y viva.

Finalmente los amigos se levantaron y empezaron a despedirse. Anna Serguéievna los miró con dulzura, tendió a ambos su mano bonita y blanca y, dudando un poco, dijo con una sonrisa indecisa pero encantadora:

—Si no le temen al aburrimiento, señores, vengan a visitarme a Nikólskoie.

—¡Por favor, Anna Serguéievna! —exclamó Arkadi—. Consideraré una dicha…

—¿Y usted, *monsieur* Bazárov?

Bazárov se limitó a hacer una reverencia y Arkadi tuvo que sorprenderse por última vez: se dio cuenta de que su amigo había enrojecido de pies a cabeza.

—¿Y bien? —le dijo en la calle—. ¿Aún sigues pensando de ella que «¡uy, uy, uy!»?

—¡Quién sabe! ¡Mira que es fría! —replicó Bazárov y, tras un breve silencio, añadió—: Parece una duquesa, una regente. Solo le falta el manto con cola y la corona en la cabeza.

—Nuestras duquesas no hablan así el ruso —observó Arkadi.

—Ha pasado por todo, hermanito: sabe lo que significa ganarse el pan.

—De todos modos, es un encanto —dijo Arkadi.

—Y ¡qué cuerpo tan magnífico! —continuó Bazárov—. Cómo me gustaría verlo en una sala de disección.

—¡Déjalo ya, Yevgueni, por Dios! Qué mezquindad.

—No te enfades, melindroso. Lo dicho: una mujer de primera. Tendremos que hacerle una visita.

—¿Cuándo?

—Pues pasado mañana. ¡Qué vamos a hacer aquí! ¿Beber champán con Kúkshina? ¿Ir a escuchar a tu pariente, ese dignatario liberal? Pasado mañana mismo salimos. Además, la finquita de mi padre no está lejos de allí. Porque Nikólskoie está en el camino de … ¿verdad?

—Sí.

—*Optime*. No hay por qué darle más vueltas; solo dan vueltas los tontos y los listillos. Te lo digo yo: ¡un cuerpo magnífico!

Al cabo de tres días los dos amigos viajaban rumbo a Nikólskoie. El día era claro y no demasiado caluroso, y los caballos de postas bien alimentados galopaban armoniosamente, agitando ligeramente sus colas recogidas y trenzadas. Arkadi miraba el camino y sonreía sin saber por qué.

—Felicítame —exclamó de repente Bazárov—. Hoy es 22 de junio, el día de mi santo: veamos cómo me protege. Hoy me esperan en casa… —añadió bajando la voz —. ¡Que me esperen, qué importa eso!

XVI

La hacienda en la que vivía Anna Serguéievna se alzaba en una colina pelada de suave pendiente, a corta distancia de una iglesia de piedra amarilla con el tejado verde, columnas blancas y pinturas *al fresco*[39] sobre la entrada principal que representaban la resurrección de Cristo al gusto «italiano». En un primer plano, destacaba por sus contornos redondeados un guerrero moreno con yelmo y los brazos abiertos. Detrás de la iglesia se extendía una larga aldea que formaba dos hileras, con alguna que otra chimenea fulgurando sobre los tejados de paja. La casa señorial había sido construida siguiendo el mismo estilo de la iglesia, un estilo que en nuestro país se conoce como alejandrino; también era amarilla, con el tejado verde, las columnas blancas y un escudo de armas en el frontón. El arquitecto de la provincia había erigido ambos edificios con la aprobación del difunto Odintsov, que no podía soportar las innovaciones vacías y arbitrarias, según sus propias palabras. La casa estaba flanqueada por ambos lados por árboles frondosos del antiguo jardín, y una alameda de abetos podados conducía hasta la entrada.

Nuestros amigos fueron recibidos en la antesala por dos altos lacayos en librea; uno de ellos salió corriendo inmediatamente a por el mayordomo, un hombre gordo con frac negro, que acudió en el acto y acompañó a los invitados por una escalera alfombrada hasta una habitación especialmente preparada para la ocasión, donde dos camas les aguardaban ya con todos los accesorios para el aseo. Por lo visto, en aquella casa reinaba el orden: todo estaba limpio, en todas partes olía a decoro, como en las salas de recepción de los ministerios.

—Anna Serguéievna les ruega que la vayan a ver dentro de media hora —anunció el mayordomo—. Mientras tanto, ¿mandan ustedes algo?

—Nada en absoluto, respetabilísimo —contestó Bazárov—; acaso tenga la bondad de traer una copita de vodka.

—A sus órdenes —profirió el mayordomo algo perplejo, y se marchó haciendo crujir las botas.

—Pero ¡qué *grand genre*[40]! —exclamó Bazárov—. Creo que así es como lo llamáis, ¿no? Toda una duquesa.

—Tan duquesa que, así de primeras, invita a unos aristócratas de tanta categoría como tú y yo —replicó Arkadi.

—Sobre todo a mí, futuro médico, hijo de médico y nieto de diácono… Porque sabes que soy nieto de un diácono, ¿no? Como Speranski[41] —añadió Bazárov tras un breve silencio y torciendo el gesto—. De todos modos, ¡cómo se cuida la gran señora! ¡Ya lo creo que se cuida! ¿No deberíamos ponernos frac?

Arkadi se limitó a encogerse de hombros… Pero también él sentía cierta turbación.

Al cabo de media hora Bazárov y Arkadi entraron en el salón. Se trataba de una estancia amplia, de techo alto, decorada con bastante lujo, pero sin demasiado gusto. El mobiliario macizo y caro estaba dispuesto en el orden severo habitual, a lo largo de las paredes, empapeladas de color castaño oscuro y arabescos dorados; el difunto Odintsov había hecho traer el papel pintado desde Moscú por medio de su amigo y comisionista, un comerciante de vino. Sobre un diván que había en el centro pendía el retrato de un hombre obeso y rubio que parecía mirar hostilmente a los invitados. «Debe de ser *él* —le susurró Bazárov a Arkadi y, arrugando la nariz, añadió—: ¿Salimos pitando?». Pero en ese momento entró la señora de la casa. Llevaba un vestido ligero de *barège*[42]; el cabello liso peinado tras las orejas le daba a su rostro pulcro y fresco una expresión de muchachita.

—Les agradezco que hayan cumplido su palabra —dijo—. Sean mis huéspedes; a decir verdad, aquí se está bastante bien. Les presentaré a mi hermana: toca muy bien el piano. A usted, *monsieur* Bazárov, esto le dará igual, pero creo que usted, *monsieur* Kirsánov, aprecia la música. Además de mi hermana, vive en mi casa mi vieja tía, y tenemos un vecino que a veces viene a jugar a las cartas: esta es toda nuestra compañía. Y ahora sentémonos.

Odintsova pronunció todo este pequeño *speech* con singular precisión, como si se lo hubiera aprendido de memoria. Después se dirigió a Arkadi. Resultó que su madre conocía a la de él, e incluso había sido confidente de su amor por Nikolái Petróvich. Arkadi empezó a hablar con ardor de su difunta madre; entretanto, Bazárov hojeaba unos álbumes. «Qué mansito me he vuelto», se decía a sí mismo.

Una bonita galga con collar azul cielo entró corriendo al salón, haciendo resonar el suelo con las uñas, y tras ella entró una muchacha de unos dieciocho años, de cabello negro y tez morena, con el rostro algo redondo pero agradable, y unos ojos pequeños y oscuros. Llevaba en las manos un cesto lleno de flores.

—Aquí tienen a mi Katia[43] —dijo Odintsova señalándola con un movimiento de cabeza.

Katia hizo una ligera reverencia, se puso cerca de su hermana y empezó a arreglar las flores. La galga, que se llamaba Fifí, se acercó alternativamente a los dos invitados meneando la cola, y les empujó la mano con su frío hocico.

—¿Las has cogido tú? —preguntó Odintsova.

—Sí, yo misma —contestó Katia.

—Y ¿va a venir la tía a tomar el té?

—Sí.

Katia sonreía con mucho encanto, timidez y franqueza al hablar, y miraba de un modo entre gracioso y severo, de abajo arriba. Era todo candor: la voz, el vello de su rostro, las manos rosadas con circulitos blanquecinos en las palmas, y los hombros un poquito contraídos… Enrojecía sin cesar y respiraba con rapidez.

Odintsova se dirigió a Bazárov.

—Está usted mirando esos dibujos solo por cumplir con el decoro, Yevgueni Vasílich —empezó a decir—. No le interesan nada. Mejor acérquese aquí y discutamos sobre algo.

Bazárov se aproximó.

—¿Sobre qué, señora? —pronunció él.

—Sobre lo que quiera. Le advierto de que soy una tremenda polemista.

—¿Usted?

—Sí, yo. Parece sorprendido. ¿Por qué?

—Porque, por cuanto puedo juzgar, tiene usted un carácter sosegado y frío, y para las discusiones hace falta pasión.

—¿Cómo ha podido tener tiempo de conocerme tan pronto? En primer lugar, soy impaciente y tenaz: si no, pregúnteselo a Katia; y en segundo lugar, me apasiono con mucha facilidad.

Bazárov miró a Anna Serguéievna.

—Puede ser, usted lo sabrá mejor. Bueno, pues si tiene ganas de discutir, que así sea. Cuando estaba mirando las vistas de la Suiza sajona en su álbum, usted ha asegurado que aquello no podía interesarme. Lo ha dicho porque supone que carezco de sentido artístico; y es cierto, realmente no tengo. Sin embargo, estas vistas me podían interesar desde un punto de vista geológico, desde el punto de vista de la formación de las montañas, por ejemplo.

—Disculpe, pero como geólogo mejor recurrirá a un libro, a una obra especializada, no a un dibujo.

—Un dibujo me muestra de un modo claro lo que en un libro está expuesto en decenas de páginas.

Anna Serguéievna guardó silencio.

—¿Verdaderamente no tiene ni una gota de sentido artístico? —preguntó apoyándose con los codos en la mesa y, con este gesto, acercando su rostro a Bazárov —. ¿Cómo puede vivir sin eso?

—Y ¿para qué sirve, si me permite la pregunta?

—Pues para poder conocer y estudiar a las personas.

Bazárov sonrió para sí.

—En primer lugar, para eso existe la experiencia de la vida; en segundo lugar, le aseguro que no vale la pena estudiar a los individuos por separado. Todas las personas se asemejan entre sí, tanto en cuerpo como en alma; en todos nosotros el cerebro, bazo, corazón y pulmones están formados de idéntica manera. Y las llamadas «cualidades morales» son iguales en todos: las pequeñas variaciones no significan nada. Es suficiente con un solo ejemplar humano para juzgar a todos los demás. Las personas son como los árboles de un bosque. Y no hay ni un solo botánico que se vaya a poner a estudiar cada abedul por separado.

Katia, que combinaba sin apresurarse las flores, alzó los ojos hacia Bazárov perpleja, y, al cruzarse con su mirada rápida y descuidada, se sonrojó hasta las orejas. Anna Serguéievna negaba con la cabeza.

—Árboles de un bosque —repitió ella—. Es decir, según usted, ¿no hay ninguna diferencia entre una persona tonta y otra inteligente, entre una buena y otra mala?

—Sí, la hay: la misma que entre un enfermo y un sano. Los pulmones de un tísico no están en las mismas condiciones que los nuestros, a pesar de que su constitución sea idéntica. Conocemos de un modo aproximado el origen de las enfermedades del cuerpo; en cuanto a las enfermedades morales, proceden de una mala educación, de todo tipo de sandeces que se inculca a la gente desde su niñez, del escandaloso estado de la sociedad, en una palabra. Ponga arreglo a la sociedad y no habrá enfermedades.

Bazárov dijo todo esto con una actitud, como si al mismo tiempo pensara: «¡Créeme o no me creas, me da exactamente igual!». Se pasó lentamente sus largos dedos por las patillas mientras recorría el salón con la mirada.

—Entonces, ¿piensa usted que cuando se arregle la sociedad ya no habrá ni tontos ni malvados? —pronunció Anna Serguéievna.

—Al menos, con una organización correcta de la sociedad, será completamente indiferente si una persona es tonta, inteligente, mala o buena.

—Sí, ya comprendo: todos tendrán el mismo bazo.

—Justamente, señora.

Odintsova se dirigió a Arkadi.

—Y ¿qué opina usted, Arkadi Nikoláievich?

—Estoy de acuerdo con Yevgueni —respondió.

Katia le miró con ceño.

—Me dejan asombrada, señores —dijo Odintsova—, pero ya continuaremos con esta conversación. Estoy oyendo a mi tía, que viene a tomar el té; debemos apiadarnos de sus oídos.

La princesa J., tía de Anna Serguéievna, una mujer flacucha y menuda con la cara contraída como un puño y unos ojos inmóviles y malvados que miraban por debajo de un postizo canoso, entró y, sin apenas saludar a los invitados, se desplomó en una amplia poltrona de terciopelo, en la que nadie más que ella tenía derecho a sentarse. Katia le colocó un taburete bajo los pies; la vieja no le dio las gracias, ni siquiera la miró, y se limitó a mover las manos bajo un chal amarillo que cubría casi todo su cuerpo delgaducho. A la princesa le gustaba el color amarillo: también las cintas de su cofia eran de color amarillo chillón.

—¿Cómo ha dormido, tía? —preguntó Odintsova levantando la voz.

—Otra vez está aquí la perra —gruñó la vieja como respuesta y, al darse cuenta de que Fifí daba dos pasos vacilantes hacia ella, exclamó—: ¡Largo, largo!

Katia llamó a Fifí y le abrió la puerta.

Fifí se lanzó fuera con alegría, con la esperanza de que la sacaran a pasear y, al verse sola detrás de la puerta, empezó a arañarla y a gemir. La princesa frunció el

ceño y Katia se dispuso a salir…

—Creo que el té está listo —anunció Odintsova—. Señores, acompáñenme; tía, vamos a tomar el té.

La princesa se levantó en silencio de la poltrona y fue la primera en salir del salón. Los demás la siguieron al comedor. Un joven criado en librea separó ruidosamente de la mesa un sillón lleno de cojines también reservado para la princesa, que se sentó en él. Katia se encargó de servir el té, y le ofreció primero a ella una taza que tenía un escudo de armas pintado. La vieja se puso miel en la taza (consideraba que tomar el té con azúcar era un pecado y resultaba caro, aunque ella no gastaba un solo kopek en nada), y de repente preguntó con voz ronca:

—¿Qué escribe el príncipe Iván?

Nadie le respondió. Bazárov y Arkadi pronto se dieron cuenta de que nadie le prestaba atención, a pesar de que la trataran con respeto. «Solo la tienen para darse importancia, por su ascendencia principesca», pensó Bazárov. Después del té Anna Serguéievna propuso ir a pasear pero, como empezó a lloviznar, todo el grupo —a excepción de la princesa— regresó al salón. Entonces llegó Porfiri Platónych, el vecino aficionado a las cartas, un hombre gordito, de pelo canoso, las piernas cortitas como si se las hubieran cercenado, muy cortés y risueño. Anna Serguéievna, que con quien más conversaba era con Bazárov, le preguntó si quería batirse con ellos al *préférence*[44] al estilo antiguo. Bazárov accedió diciendo que debía prepararse para el destino que le esperaba como médico rural.

—Tenga cuidado —le aconsejó Anna Serguéievna—: Porfiri Platónych y yo le vamos a derrotar. Y tú, Katia —añadió—: tócale algo a Arkadi Nikoláievich, le gusta la música. De paso, nosotros también escucharemos.

Katia se acercó al piano de mala gana, y Arkadi, a pesar de que realmente amaba la música, la siguió también de mala gana: le parecía que Odintsova lo estaba apartando, y en su corazón —como en el de cualquier joven de su edad— ya empezaba a bullir un sentimiento difuso y abrumador parecido al presentimiento del amor. Katia levantó la tapa del piano y, sin mirar a Arkadi, pronunció a media voz:

—¿Qué desea que toque?

—Lo que quiera —respondió Arkadi con indiferencia.

—¿Cuál es su música preferida? —le volvió a preguntar Katia sin cambiar de postura.

—La clásica —respondió Arkadi con el mismo tono.

—¿Le gusta Mozart?

—Sí, me gusta.

Katia cogió la *Sonata-fantasía en do menor* de Mozart. Tocaba muy bien, aunque de un modo algo severo y seco. Sin apartar los ojos de la partitura y con los labios apretados, tocaba inmóvil y recta, y solo hacia el final de la sonata su rostro enardeció y un mechoncito de pelo suelto cayó sobre su ceja oscura.

Arkadi quedó especialmente asombrado con el último movimiento de la sonata, en el que, en medio de la jovialidad cautivadora de la despreocupada melodía, de repente surgen unas ráfagas de un dolor triste, casi trágico… Pero los pensamientos que aquellas notas de Mozart despertaban en él no iban dirigidos a Katia. Cuando la miraba, únicamente pensaba: «No toca mal esta señorita, y tampoco ella está mal».

Al finalizar la sonata, Katia preguntó sin separar las manos del teclado: «¿Es suficiente?». Arkadi le dijo que no se atrevía a importunarla más y se puso a hablar con ella de Mozart. Le preguntó si había escogido ella misma aquella sonata o si se la había recomendado alguien. Pero Katia le respondía con monosílabos: se había *ocultado,* encerrado en sí misma. Cuando esto le sucedía, tardaba en volver a salir al exterior, y entonces su rostro adoptaba una expresión obstinada, casi obtusa. No es que fuera tímida, sino más bien desconfiada, y se sentía algo intimidada por su hermana, que la había educado; sin duda, esta ni siquiera lo sospechaba. Arkadi terminó por llamar a Fifí, que ya había vuelto y, con una sonrisa benévola empezó por *contenance*[45] a acariciarle la cabeza. Katia volvió a ocuparse de sus flores.

Entretanto Bazárov perdía una mano tras otra. Anna Serguéievna jugaba magistralmente a las cartas y Porfiri Platónych también se defendía bien. Bazárov acabó con pérdidas y, aunque estas fueron modestas, no le resultó demasiado agradable. Durante la cena Anna Serguéievna de nuevo habló de botánica.

—Vayamos a pasear mañana por la mañana —le dijo ella—: quiero que me diga el nombre en latín de las plantas silvestres y sus propiedades.

—Y ¿para qué necesita saber los nombres en latín? —le preguntó Bazárov.

—Todo requiere un orden —respondió ella.

—¡Qué mujer tan fascinante es Anna Serguéievna! —exclamó Arkadi cuando se quedó a solas con su amigo en el dormitorio que les habían asignado.

—Sí —contestó Bazárov—, una mujercita con cerebro. Y ha visto de todo en la vida.

—¿En qué sentido lo dices, Yevgueni Vasílich?

—¡En el buen sentido, en el bueno, mi querido señor Arkadi Nikolaich! Estoy convencido de que también administra perfectamente la hacienda. Pero la fascinante no es ella, sino su hermana.

—¡Cómo! ¿Esa morenita?

—Sí, esa morenita. Es fresca, pura, temerosa, silenciosa, y todo lo que quieras. A esa sí vale la pena dedicarse: harás con ella lo que quieras. La otra, en cambio, es perro viejo.

Arkadi no le respondió nada a Bazárov, y cada uno de ellos se acostó con sus propios pensamientos en la cabeza.

Aquella noche también Anna Serguéievna estuvo pensando en sus invitados. Bazárov le había gustado: tanto su falta de coquetería como la brusquedad de sus opiniones. Veía en él algo nuevo, algo con lo que nunca se había encontrado, y era una mujer curiosa.

Anna Serguéievna era un ser bastante extraño. Carecía de toda clase de prejuicios e incluso de creencias firmes, no retrocedía ante nada ni tenía ninguna meta trazada. Veía muchas cosas con claridad, muchas cosas le interesaban, pero nada la satisfacía por completo; en todo caso, era dudoso que deseara una satisfacción completa. Tenía una inteligencia curiosa y al mismo tiempo indiferente: sus dudas nunca se acallaban hasta poderlas olvidar, pero tampoco crecían hasta llegar a angustiarla. Si no hubiera sido rica e independiente, quizá se habría lanzado a la batalla, habría conocido la pasión… Pero su vida era fácil, aunque a veces se aburría; pasaba un día tras otro sin apresurarse, y solo se agitaba de tarde en tarde. Alguna vez se encendía ante sus ojos la luz de la alegría, pero cuando esta se apagaba, ella descansaba y no lo lamentaba. La imaginación la llevaba incluso más allá de los límites de lo que las leyes de la moralidad corriente consideran permitido; pero también en esos casos la sangre circulaba sosegadamente —como siempre— por su cuerpo encantadoramente esbelto y sereno. A veces, al salir de un baño aromático, calentita y relajada, se enfrascaba en pensamientos sobre la insignificancia de la vida, las penas, el trabajo, el mal… Su espíritu se llenaba de pronto de audacia, hervía en nobles aspiraciones; pero la corriente de aire la enfriaba desde la ventana a medio cerrar, y Anna Serguéievna se contraía, se quejaba y casi se enfadaba, y en ese instante solo necesitaba una cosa: salir de esa vil corriente de aire.

Como todas las mujeres que no han logrado amar, deseaba algo, sin saber ella misma qué exactamente. En realidad, no quería nada, a pesar de que le parecía que lo quería todo. Apenas podía soportar al difunto Odintsov (se casó con él por conveniencia, aunque probablemente no habría accedido a convertirse en su mujer si no lo hubiera considerado un buen hombre) y surgió en ella una secreta aversión a todos los hombres, a los que veía invariablemente como seres desaliñados, pesados, marchitos y completamente insoportables. Una vez, en el extranjero, conoció a un joven y guapo sueco de rostro caballeresco, mirada sincera y ojos de color azul claro bajo una frente despejada, que le produjo una fuerte impresión. Sin embargo, esto no impidió que regresara a Rusia.

«¡Qué extraño es este médico!», pensaba estirada en su suntuosa cama, sobre almohadas de encaje y bajo una manta ligera de seda… Anna Serguéievna había heredado de su padre gran parte de su gusto por el lujo. Había querido mucho a su padre —pecador pero bondadoso— y él también la adoraba, bromeaba amistosamente con ella como con una igual, le tenía una confianza completa y le pedía consejo. A su madre apenas la recordaba.

«¡Qué extraño es este médico!», se dijo otra vez. Se desperezó, sonrió, puso los brazos detrás de la cabeza, después hojeó un par de páginas de una estúpida novela francesa, soltó el libro y se durmió, toda limpia y fría, entre sus limpias y fragantes sábanas.

A la mañana siguiente, inmediatamente después del desayuno, Anna Serguéievna se dirigió con Bazárov a herborizar y regresaron justo antes de la comida; Arkadi no

fue a ningún sitio y pasó cerca de una hora con Katia. No se aburría en su compañía, y ella misma se ofreció a volver a tocar la sonata de la víspera. Pero, cuando él finalmente vio a Odintsova regresar, se le encogió de inmediato el corazón… Ella avanzaba por el jardín con el paso algo cansado, sus mejillas enrojecían y los ojos le brillaban con más viveza de lo habitual bajo un sombrero redondo de paja. Daba vueltas entre sus dedos al fino tallo de una florecilla silvestre; llevaba una ligera mantilla que caía sobre sus codos y las cintas anchas y grises de su sombrero se le pegaban al pecho. Bazárov iba detrás de ella, con su aplomo y despreocupación de siempre, pero la expresión de su rostro, a pesar de ser alegre e incluso afable, no gustó a Arkadi. Tras musitar entre dientes «¡Buenos días!», Bazárov se fue a su habitación. Odintsova, por su parte, le estrechó a Arkadi distraídamente la mano y también pasó de largo.

«Buenos días… —pensó Arkadi—. ¿Acaso no nos habíamos visto ya hoy?».

XVII

El tiempo, como es sabido, a veces vuela como un pájaro y otras se arrastra como un gusano, pero cuando las personas están verdaderamente a gusto, ni siquiera se dan cuenta de si pasa rápido o lento. Arkadi y Bazárov pasaron justamente de esta manera unos quince días en casa de Odintsova. A ello contribuyó en parte el orden que ella había establecido, tanto en su casa como en su vida. Lo seguía rigurosamente y obligaba a los demás a someterse a él. A lo largo del día todo se hacía a una hora fijada. A las ocho en punto de la mañana se reunían a tomar el té; desde el té hasta el desayuno cada uno hacía lo que quería, y la dueña de la casa trataba con el administrador (la hacienda seguía el sistema del *obrok*[46]), el mayordomo y el ama de llaves principal. Antes de la comida se reunían de nuevo para conversar y leer; la tarde se dedicaba a pasear, a jugar a las cartas y a la música; a las diez y media Anna Serguéievna se retiraba a su habitación, daba instrucciones para el día siguiente y se acostaba a dormir. A Bazárov no le gustaba aquella regularidad tan medida y algo solemne de la vida cotidiana. «Es como ir por raíles», aseguraba; los lacayos en librea y los ceremoniosos mayordomos ofendían su sentimiento democrático. Consideraba que, ya puestos, por qué no hacerlo a la inglesa: vestir frac y corbata blanca. Una vez habló claramente de ello con Anna Serguéievna, cuya actitud propiciaba que toda persona le expresara sin vacilar sus opiniones. Ella le escuchó y le dijo: «Desde su punto de vista, tiene usted razón y, quizá, a este respecto soy una señorona; pero en el campo no se puede vivir sin un orden: el hastío se apoderaría de ti». Y continuó haciéndolo todo a su manera. Bazárov refunfuñaba, pero si la vida resultaba tan fácil en casa de Odintsova era precisamente porque allí todo «iba como por raíles». Con todo, desde los primeros días de su estancia en Nikólskoie, en ambos jóvenes se produjo un cambio. En Bazárov, que contaba con el favor evidente de Anna Serguéievna —a pesar de que raramente estaban de acuerdo—, empezó a surgir una inquietud inaudita en él: se irritaba con facilidad, hablaba a desgana, miraba con enfado y era incapaz de quedarse sentado en un sitio, como si algo le removiera. Y Arkadi, que se había convencido definitivamente de que estaba enamorado de Odintsova, empezó a entregarse a una dulce melancolía. Esta melancolía, sin embargo, no le impedía acercarse más a Katia: incluso le ayudó a establecer con ella unas relaciones afectuosas y amistosas. «¡*Ella* no me valora! Pues ¡que así sea…! En cambio, esta criatura bondadosa no me rechaza», pensaba, y su corazón volvía a sentir la dulzura de los sentimientos magnánimos. Katia intuía vagamente que él buscaba en su compañía una suerte de consuelo, y no le negaba ni a él ni a sí misma el placer inocente de esa amistad a medias pudorosa, a medias confiada. En presencia

de Anna Serguéievna no hablaban entre sí: bajo la mirada penetrante de su hermana, Katia siempre se encogía, y Arkadi, como es de suponer en un hombre enamorado, cuando estaba cerca del objeto de su pasión ya no prestaba atención a nada más; pero únicamente se sentía bien con Katia. Sentía que era incapaz de interesar a Odintsova, y cuando se quedaba a solas con ella se azaraba y confundía, y ella no sabía qué decirle: era demasiado joven para ella. Por el contrario, con Katia, Arkadi se sentía como en casa, la trataba con condescendencia, no le impedía expresar las impresiones que la música, la lectura de relatos, versos y otras *tonterías* despertaban en ella, sin él mismo darse cuenta o sin reconocer que también a él le interesaban. Por su parte, Katia no coartaba su melancolía. Arkadi estaba a gusto con Katia, y Odintsova lo estaba con Bazárov, y por ello habitualmente sucedía lo siguiente: después de pasar un rato todos juntos, cada pareja se iba por su lado, especialmente a la hora del paseo. Katia *adoraba* la naturaleza y a Arkadi también le gustaba, aunque no se atreviera a reconocerlo; a Odintsova, en cambio, la dejaba bastante indiferente, igual que a Bazárov. La separación casi continua de nuestros amigos no pasó sin consecuencias: las relaciones entre ellos empezaron a cambiar. Bazárov dejó de hablar de Odintsova con Arkadi y dejó incluso de censurar sus «costumbres aristocráticas»; cierto es que a Katia continuó elogiándola igual que antes —únicamente consideraba que debía moderar su propensión al sentimentalismo—, pero estos elogios eran apresurados, los consejos que daba a Arkadi eran secos, y, en general, hablaba con él mucho menos que antes… Era como si lo evitara, como si se avergonzara ante él…

Arkadi se daba cuenta de todo esto, pero se guardaba para sí sus observaciones.

En realidad, el verdadero motivo de toda aquella «novedad» fue el sentimiento que Odintsova había despertado en Bazárov: un sentimiento que lo atormentaba y enfurecía, pero que él habría negado al acto con una carcajada de desprecio y un improperio cínico si alguien hubiera insinuado, aunque fuera remotamente, la posibilidad de lo que le estaba sucediendo. A Bazárov le gustaban mucho las mujeres y la belleza femenina, pero consideraba que el amor en su sentido ideal —o como él expresaba, romántico— era «un disparate, una bobada imperdonable», consideraba que los sentimientos caballerescos eran algo así como una monstruosidad o enfermedad, y más de una vez expresó su asombro por que no encerraran en un manicomio a Toggenburg[47] junto con sus trovadores y cantores. «Si te gusta una mujer —solía decir—, intenta obtener un resultado. Y si no lo logras, da media vuelta y se acabó: hay más peces en el mar». Odintsova le gustaba, y los rumores que corrían sobre ella, su libertad e independencia de pensamiento, su indudable interés por él: todo parecía estar dispuesto en su favor. Sin embargo, pronto comprendió que con ella «no obtendría ningún resultado», y aun así, para su gran sorpresa, no tuvo fuerzas de alejarse de su lado. La sangre le hervía en cuanto pensaba en ella, pero se las podría haber apañado si solo hubiera sido eso; sin embargo, algo más se había apoderado de él, algo que de ningún modo se permitía a sí mismo y de lo que siempre se había burlado, y que hería su orgullo por entero. En sus conversaciones con Anna

Serguéievna, él expresaba incluso con más ahínco que antes su desprecio e indiferencia por todo lo romántico; pero, al quedarse solo, se indignaba al percibir en sí mismo ese romanticismo. Entonces se iba al bosque y caminaba por él dando grandes zancadas, rompiendo las ramas que encontraba en su camino e injuriándola a media voz tanto a ella como a sí mismo; o se dirigía al henil o al pajar, cerraba los ojos con obstinación y se obligaba a dormir, algo que, naturalmente, no siempre lograba. De repente se imaginaba cómo las pudorosas manos de ella rodearían algún día su cuello, cómo aquellos labios orgullosos responderían a sus besos, cómo aquellos ojos inteligentes se posarían con ternura —sí, con ternura— en los suyos, y la cabeza le daba vueltas y se olvidaba de todo por un instante, hasta que de nuevo la indignación se inflamaba en su interior. Se sorprendía a sí mismo teniendo toda clase de pensamientos «vergonzosos», como si el diablo se estuviera burlando de él. En ocasiones le parecía que también en Odintsova se había producido un cambio, que la expresión de su rostro mostraba algo especial, que quizá… Pero llegado a ese punto habitualmente daba una patada al suelo o apretaba los dientes y se amenazaba a sí mismo con un puño.

Y, con todo, Bazárov no estaba del todo equivocado. Había causado impresión en la imaginación de Odintsova, le interesaba y pensaba mucho en él. En su ausencia no se aburría ni lo esperaba, pero cuando él aparecía se animaba de inmediato. Se quedaba gustosamente a solas con él, y conversaba con él de idéntico modo, incluso cuando este contrariaba u ofendía sus gustos, sus costumbres elegantes. Era como si quisiera ponerle a prueba y al mismo tiempo conocerse a sí misma.

Un día mientras paseaban por el jardín, él le comunicó de repente y con voz sombría su intención de marcharse pronto a su aldea, a casa de su padre… Ella palideció como si hubiera sentido una punzada en el corazón, y esta punzada fue tan intensa que la dejó asombrada y le hizo meditar lo que significaba aquello. Bazárov le había anunciado su marcha no con la idea de ponerla a prueba o de ver qué resultaba de aquello: él nunca «inventaba patrañas». Lo cierto es que por la mañana había visto a Timofeich, capataz de su padre y antiguo ayo suyo. El tal Timofeich, un viejecito ajado y ágil, con el cabello de un amarillo descolorido, el rostro curtido por el viento y rojo, y unas lagrimillas minúsculas en sus ojos arrugados, se presentó de improviso ante Bazárov con su caftán corto de paño grueso de color gris azulado, ceñido por un retazo de cinturón, y sus botas untadas de brea.

—¡Ah, hola, viejo! —exclamó Bazárov.

—Buenos días, señor Yevgueni Vasílich —dijo el viejecito sonriendo alegremente, y, al hacerlo, todo su rostro se cubrió al instante de arrugas.

—¿A qué has venido? ¿Te han mandado a buscarme?

—¡Por favor, padrecito, cómo dice eso! —balbució Timofeich (recordó la orden estricta que el amo le había dado al salir)—. Estaba viajando a la ciudad por asuntos de la finca, y al enterarme de que el señor estaba aquí, me he desviado, quiero decir, me he pasado a verle… ¡Si no, cómo iba a molestarle!

—Venga, no mientas —le cortó Bazárov—. ¿Acaso esto te queda de camino a la ciudad?

Timofeich titubeó y no respondió nada.

—¿Se encuentra bien mi padre?

—Sí, gracias a Dios.

—¿Y mi madre?

—Arina Vlásevna también está bien, gracias al Señor.

—Me están esperando, ¿no?

El viejecito inclinó hacia un lado su pequeña cabeza.

—¡Ay, Yevgueni Vasílevich, cómo no le van a esperar! Por Dios, créame: se me parte el corazón al ver a sus padres.

—¡Bueno, está bien, está bien! No exageres. Diles que pronto iré.

—A sus órdenes, señor —respondió con un suspiro Timofeich.

Al salir de casa, se encasquetó el gorro con las dos manos, se encaramó a un mísero coche ligero que había dejado junto al portón, y salió al trote, pero no en dirección a la ciudad.

Por la noche Odintsova estaba en su gabinete con Bazárov, mientras Arkadi se paseaba por el salón y escuchaba tocar a Katia. La princesa había subido a sus habitaciones: no soportaba a los invitados en general y, aún menos, a aquellos «nuevos desenfrenados», que era como los solía llamar. En las habitaciones comunes se limitaba a estar de morros, pero en las suyas, delante de su doncella, prorrumpía en tales improperios que la cofia y el postizo le daban brincos sobre la cabeza. Odintsova sabía todo esto.

—¿Cómo es que se dispone a partir? —preguntó esta—. ¿Y su promesa?

Bazárov se estremeció.

—¿Qué promesa, señora?

—¿Se ha olvidado? Iba a darme algunas lecciones de química.

—¡Qué le vamos a hacer, señora! Mi padre me espera, no me puedo demorar más. Igualmente, puede usted leer *Notions générales de Chimie* de Pelouse et Frémy; es un buen libro y está escrito con claridad. Encontrará en él todo lo que necesite.

—Recuerde que una vez me aseguró que un libro no puede sustituir… he olvidado cómo lo expresó, pero ya sabe a lo que me refiero… ¿Lo recuerda?

—¡Qué le vamos a hacer, señora! —repitió Bazárov.

—¿Por qué tiene que irse? —pronunció Odintsova bajando la voz.

Él la miró. Odintsova reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y cruzó los brazos, desnudos hasta el codo, sobre el pecho. Parecía más pálida bajo la luz de una solitaria lámpara tapada con una pantalla de papel recortado. Un ancho vestido blanco la cubría con sus suaves pliegues; apenas se veían las puntitas de sus pies, también cruzados.

—Y ¿por qué me voy quedar? —respondió Bazárov.

Odintsova volvió ligeramente la cabeza.

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso no se lo pasa bien en mi casa? ¿O piensa que aquí no vamos a lamentar su marcha?

—Estoy convencido de que no.

Odintsova guardó silencio.

—Pues hace mal en pensar así. Por otra parte, no le creo. No ha podido decirlo en serio. —Bazárov seguía sentado, inmóvil—. Yevgueni Vasílevich, ¿por qué se queda callado?

—Pero ¿qué quiere que le diga? No vale la pena lamentarse por las personas, y mucho menos por mí.

—Y eso ¿por qué?

—Soy un hombre positivista, en absoluto interesante. No sé hablar.

—Lo que usted quiere es que le haga cumplidos, Yevgueni Vasílevich.

—No, eso no forma parte de mis hábitos. ¿Acaso no sabe que el lado elegante de la vida me resulta inaccesible, ese lado que usted tanto valora?

Odintsova mordió una esquina de su pañuelo.

—Piense lo que quiera, pero cuando se marche me aburriré.

—Arkadi se queda —observó Bazárov.

Odintsova se encogió ligeramente de hombros.

—Me aburriré —volvió a decir.

—¿De veras? En cualquier caso, no se aburrirá mucho tiempo.

—¿Por qué cree eso?

—Porque usted misma dijo que solo se aburre cuando su orden es alterado. Ha organizado su vida de un modo tan irreprochablemente riguroso que en ella no pueden caber el aburrimiento, la tristeza… ni ningún sentimiento penoso.

—¿Usted considera que soy irreprochable… es decir, que he organizado mi vida con tanta rigurosidad?

—¡Por supuesto! Por ejemplo: dentro de unos minutos darán las diez, y ya sé de antemano que me echará de aquí.

—No, no lo echaré, Yevgueni Vasílevich. Puede usted quedarse. Abra esa ventana… Me falta el aire.

Bazárov se levantó y empujó la ventana, que se abrió de par en par haciendo un gran estruendo… No esperaba que se abriera con tanta facilidad; además, le temblaban las manos. La noche suave y oscura se asomó a la habitación con su cielo casi negro, con el débil rumor de los árboles y con el fresco aroma del aire libre y puro.

—Baje la cortina y siéntese —profirió Odintsova—, quiero charlar con usted antes de que se marche. Cuénteme algo de sí mismo; nunca habla de usted.

—Porque intento hablarle de temas útiles, Anna Serguéievna.

—Es usted muy humilde… Pero querría saber algo de usted, de su familia, de su padre, por el que nos abandona.

«¿Para qué dice estas palabras?», pensó Bazárov.

—Nada de esto es interesante —dijo él en voz alta—, especialmente para usted; somos gente primitiva…

—Y yo, según usted, ¿soy una aristócrata?

Bazárov levantó los ojos hacia Odintsova.

—Sí —respondió con una brusquedad exagerada.

Odintsova sonrió con recelo.

—Veo que me conoce poco, aunque usted asegure que todas las personas se parecen y que no vale la pena estudiarlas. Algún día le contaré mi vida… pero antes cuénteme usted la suya.

—La conozco poco —repitió Bazárov—. Quizá tenga usted razón; quizá toda persona sea un misterio. Usted, por ejemplo: vive apartada de la sociedad, le agobia, pero ha invitado a dos estudiantes a hospedarse en su casa. ¿Por qué con su inteligencia y belleza vive en una aldea?

—¿Cómo? ¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó vivamente Odintsova—. Con mi… ¿belleza?

Bazárov frunció el ceño.

—No tiene importancia —farfulló—, quería decir que no acabo de entender por qué se ha instalado y vive en una aldea.

—Dice que no lo entiende… Pero ¿se lo explica de algún modo?

—Sí… Supongo que siempre reside en un mismo lugar porque se ha malacostumbrado, porque le gustan mucho el confort, las comodidades, y todo lo demás le resulta indiferente.

Odintsova sonrió de nuevo con recelo.

—Decididamente usted no quiere creer que soy capaz de apasionarme.

Bazárov la miró frunciendo el ceño.

—Quizá por curiosidad, pero nada más.

—¿De veras? Bueno, pues ahora comprendo por qué nos hemos entendido tan bien: porque es usted igual que yo.

—Nos hemos entendido… —dijo sordamente Bazárov.

—¡Sí…! Pero había olvidado que usted quiere marcharse.

Bazárov se levantó. En medio de aquella habitación oscura, perfumada y aislada la lámpara daba una luz escasa; a través de la cortina, que de vez en cuando se agitaba, se vertía la frescura vigorizante de la noche, se oía su misterioso susurro. Odintsova no movía ni un solo miembro, pero una secreta agitación la empezó a envolver poco a poco… Y se la transmitió a Bazárov. De repente él tomó conciencia de que estaba a solas con una mujer joven y bella…

—¿Adónde va? —preguntó ella lentamente.

Él no respondió nada y se desplomó en la silla.

—Así pues, usted me considera un ser impasible, malacostumbrado y mimado —continuó diciendo ella con la misma voz, sin apartar la mirada de la ventana—. Pero lo que yo sé de mí es que soy muy desgraciada.

—¡Desgraciada usted! ¿Por qué? ¿Acaso le da alguna importancia a los chismes infames?

Odintsova frunció el ceño. Le enojó que la hubiera entendido así.

—Esos chismes ni siquiera me afectan, Yevgueni Vasílevich, soy demasiado orgullosa para permitir que me perturben. Soy desgraciada porque… no tengo deseo ni ganas de vivir. Me está mirando usted con desconfianza, y piensa: esto lo dice una «aristócrata» toda adornada con encajes y sentada en un sillón de terciopelo. Y no lo escondo: me gusta lo que usted llama confort, y al mismo tiempo tengo pocos deseos de vivir. Concilie esta contradicción como sepa. Por otra parte, a sus ojos, todo esto no es más que romanticismo.

Bazárov sacudió la cabeza.

—Tiene usted salud, es independiente, rica; ¿qué más puede desear? ¿Qué es lo que quiere?

—Qué es lo que quiero —repitió Odintsova y suspiró—. Estoy muy cansada, soy vieja, y me da la sensación de que hace mucho tiempo que vivo. Sí, soy vieja —añadió tirando suavemente de las puntas de la mantilla y cubriéndose los brazos desnudos. Sus ojos se cruzaron con los de Bazárov y ella se sonrojó un poco—. Tengo tantos recuerdos detrás de mí: mi vida en San Petersburgo, la riqueza, la pobreza, después la muerte de mi padre, el matrimonio, más tarde el viaje al extranjero, como corresponde… Tengo muchos recuerdos, pero nada que recordar, y ante mí un largo, largo camino que recorrer, pero sin ninguna finalidad… Y no tengo ganas de recorrerlo.

—¿Tan desencantada está? —preguntó Bazárov.

—No, pero me siento insatisfecha —repuso Odintsova pausadamente—. Creo que si pudiera sentir un fuerte apego a algo…

—Lo que usted desea es amar —la interrumpió Bazárov—, pero no puede hacerlo: he aquí su desgracia.

Odintsova se puso a mirar los encajes de su mantilla.

—¿Acaso no puedo amar? —musitó.

—¡Lo dudo! Aunque en vano he calificado esto de desgracia. Al contrario: más digno de compasión es aquel a quien le suceda lo contrario.

—¿Le suceda el qué?

—Amar.

—Y ¿usted cómo sabe esto?

—De oídas —respondió Bazárov con enfado.

«Estás coqueteando —pensaba—, te aburres y me provocas porque no tienes nada mejor que hacer, y yo…». Verdaderamente se le desgarraba el corazón.

—Además, usted es demasiado exigente —continuó diciendo él con el cuerpo completamente inclinado hacia delante y jugando con los flecos del sillón.

—Es posible. Tal como lo veo yo, o todo o nada. Una vida por una vida. Toma la mía y dame la tuya, y entonces ya sin lamentaciones ni vuelta atrás. Si no es así, no

vale la pena.

—¡Tal vez! —apuntó Bazárov—. Esa condición me parece justa, pero me sorprende que hasta ahora… no haya encontrado lo que buscaba.

—¿Cree que es fácil entregarse completamente a lo que sea?

—No es fácil si te pones a reflexionar, a esperar y a ponerte un precio, es decir, a ponerte un valor; pero, sin reflexionar, entregarse es muy fácil.

—¿Cómo no valorarse a uno mismo? Si no tengo ningún valor, ¿quién necesita mi devoción?

—Eso ya no es asunto mío; son los demás quienes deben determinar cuál es mi valor. Lo importante es saber entregarse.

Odintsova se separó del respaldo de su sillón.

—Dice todo esto como si hubiera pasado por ello —dijo ella.

—Porque venía al caso, Anna Serguéievna: ya sabe que todo esto no va conmigo.

—Pero ¿sabría entregarse?

—No lo sé, no quiero alardear.

Odintsova no dijo nada y Bazárov se quedó en silencio. Desde el salón les llegó el sonido del piano.

—Qué hará Katia tocando tan tarde… —dijo Odintsova.

Bazárov se puso en pie.

—Sí, realmente es tarde: es hora de que vaya usted a dormir.

—Espere, adónde va tan rápido… Le tengo que decir una cosa.

—¿Cuál?

—Espere —murmuró Odintsova.

Su mirada se posó en Bazárov; parecía que lo estuviera examinando con atención.

Él se paseó por la habitación, pero de pronto se acercó a ella, le dijo «adiós» apresuradamente, le estrechó la mano de tal modo que ella estuvo a punto de gritar y se marchó. Odintsova se llevó los dedos doloridos a los labios, sopló sobre ellos, y de repente, se levantó impulsivamente del sillón y se dirigió con paso rápido hacia la puerta, como si deseara hacerle volver… La doncella entró en la habitación con una garrafa en una bandeja de plata. Odintsova se detuvo, le mandó retirarse y volvió a sentarse y a sumirse en sus pensamientos. La trenza se le había deshecho y le caía en forma de serpiente oscura sobre el hombro. La lámpara ardió durante un buen rato en la habitación de Anna Serguéievna, que se quedó todo ese tiempo inmóvil, pasándose de vez en cuando los dedos por los brazos, ligeramente estremecidos por el frío de la noche.

Al cabo de unas dos horas, con las botas empapadas por el rocío, Bazárov, furioso y sombrío, regresó a su dormitorio. Encontró a Arkadi en el escritorio con un libro en las manos y la levita abrochada hasta arriba.

—¿Aún no te has acostado? —le preguntó con un tono que parecía enojado.

—Hoy has pasado mucho tiempo con Anna Serguéievna —dijo Arkadi sin responder a su pregunta.

—Sí, he pasado mucho tiempo con ella, mientras tú y Katerina Serguéievna tocabais el piano.

—Yo no tocaba… —empezó a decir Arkadi y se quedó callado. Sintió que las lágrimas empezaban a brotar en sus ojos, y no quería llorar delante de su sarcástico amigo.

XVIII

Al día siguiente, cuando Odintsova se presentó a tomar el té, Bazárov estuvo un buen rato sin despegar los ojos de la taza, pero de repente la miró… Ella se volvió hacia él, como si la hubiera empujado, y a Bazárov le pareció que su rostro había palidecido ligeramente durante la noche. Odintsova no tardó en volver a su habitación y solo apareció para el desayuno. Desde muy temprano el tiempo era lluvioso y no se podía salir a pasear. El grupo entero se reunió en el salón. Arkadi cogió el último número de una revista y lo empezó a leer en voz alta. La princesa, como de costumbre, primero expresó sorpresa en el rostro, como si el joven se hubiera puesto a hacer algo indecoroso, y después lo miró con malevolencia; pero él no le hizo el menor caso.

—Yevgueni Vasílevich —dijo Anna Serguéievna—, vayamos a mis habitaciones… Le quiero preguntar… Ayer mencionó usted un manual…

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. La princesa miró a su alrededor con una expresión que parecía querer decir: «¡Miren, miren cómo me escandalizo!», y volvió a mirar a Arkadi, pero este alzó la voz, intercambió una mirada con Katia, junto a la que estaba sentado, y continuó leyendo.

Odintsova llegó a su gabinete con paso rápido. Bazárov la seguía ágilmente, sin levantar la mirada, solo captando con el oído el murmullo y el frufrú del vestido de seda que se deslizaba por delante de él. Odintsova se sentó en el mismo sillón de la víspera, y Bazárov ocupó también el mismo lugar.

—Entonces ¿cómo se llama ese libro? —empezó a decir ella tras un breve silencio.

—*Notions générales* de Pelouse et Frémy —respondió Bazárov—. Además, le puedo recomendar también el *Traité élémentaire de physique expérimentale* de Ganot. En esta obra las ilustraciones son más claras, y en general, este manual…

Odintsova alzó una mano.

—Yevgueni Vasílevich, discúlpeme, pero no le he hecho venir para hablar de manuales. Quería reanudar nuestra conversación de ayer. Se marchó tan de improviso… ¿No le aburriré?

—Estoy a su disposición, Anna Serguéievna. Pero ¿de qué hablamos ayer?

Odintsova le lanzó una mirada oblicua.

—Hablamos, creo, de la felicidad. Le conté cosas sobre mí. Por cierto, he mencionado la palabra «felicidad». Dígame por qué, incluso cuando disfrutamos, por ejemplo, de la música, de una buena velada, de una conversación con gente simpática, ¿por qué todo esto parece más un indicio de una felicidad inmensa

existente en algún lugar que la felicidad real, es decir, aquella que poseemos? ¿Por qué ocurre? O ¿no siente usted, quizá, nada de esto?

—Ya conoce el dicho: «Se está bien allí donde no estamos» —repuso Bazárov—; además, usted misma ayer dijo que no se siente satisfecha. Ciertamente, a mí nunca me vienen a la cabeza pensamientos así.

—¿Quizá le parecen ridículos?

—No, pero no me vienen a la cabeza.

—¿De veras? ¿Sabe? Desearía mucho saber en qué piensa *usted*.

—¿Cómo? No la entiendo.

—Escúcheme, hace tiempo que quería tener una explicación con usted. No hace falta decirle (ya lo sabe bien) que no es un hombre corriente; aún es joven y tiene toda la vida por delante. ¿Para qué se está preparando? ¿Qué futuro le aguarda? Quiero decir, ¿qué objetivo desea alcanzar, hacia dónde va usted, qué hay en su alma? En una palabra: ¿quién y qué es usted?

—Me sorprende, Anna Serguéievna. Ya sabe que me dedico a las ciencias naturales; en cuanto a quién soy…

—Sí, ¿quién es usted?

—Ya le dije que soy un futuro médico rural.

Anna Serguéievna hizo un ademán de impaciencia.

—¿Por qué dice esto? Ni usted mismo se lo cree. Arkadi me podría haber respondido así, pero no usted.

—Pero ¿por qué Arkadi…?

—¡Basta! ¿Es posible que se conforme con una ocupación tan modesta? Y ¿no es usted el que siempre afirma que para usted la medicina no existe? ¡Usted, con su amor propio, médico rural! Me responde así para deshacerse de mí, porque no confía nada en mí. Y sabe, Yevgueni Vasílevich, que sabría comprenderle: yo misma fui pobre y llena de amor propio como usted; es posible que haya pasado por las mismas pruebas que usted.

—Todo esto está muy bien, Anna Serguéievna, pero discúlpeme… No estoy en absoluto acostumbrado a abrirme, y entre usted y yo hay una distancia tan grande…

—¿Qué distancia? ¿Me va a volver a decir que soy una aristócrata? Ya basta, Yevgueni Vasílich; creo que le he demostrado…

—Sí, y además —la interrumpió Bazárov— ¿qué ganas de hablar y pensar sobre un futuro que en su mayor medida no depende de nosotros? Si sale la oportunidad de hacer algo, pues perfecto, y si no sale, por lo menos estará uno satisfecho de no haber perdido el tiempo parloteando en balde.

—Usted llama parloteo a una conversación amistosa… O ¿será que como mujer no me considera digna de su confianza? Porque usted nos desprecia a todas.

—A usted no la desprecio, Anna Serguéievna, y lo sabe.

—No, no sé nada… Pero supongamos que comprendo las pocas ganas que tiene de hablar de su futura ocupación; pero en cuanto a lo que le sucede ahora…

—¡Sucede! —repitió Bazárov—. ¡Como si yo fuera un Estado o una sociedad! En cualquier caso, no resulta nada interesante; y además, ¿acaso puede una persona decir siempre en voz alta lo que «sucede» en su interior?

—No veo por qué motivo no se puede decir todo lo que uno tiene en el alma.

—¿Usted puede? —preguntó Bazárov.

—Sí, puedo —respondió Anna Serguéievna tras una ligera vacilación.

Bazárov agachó la cabeza.

—Pues es usted más afortunada que yo.

Anna Serguéievna le miró interrogativamente.

—Como quiera —continuó diciendo ella—, pero algo me dice que no nos hemos conocido en vano, que seremos buenos amigos. Estoy convencida de que esta (¿cómo llamarlo?) tensión y reserva que hay en usted acabará desapareciendo.

—¿Ha notado en mí reserva y…? Cómo lo ha expresado… ¿tensión?

—Sí.

Bazárov se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Y ¿desea usted saber el motivo de mi reserva y lo que sucede en mi interior?

—Sí —volvió a decir Odintsova con un temor que ella misma aún no comprendía.

—¿No se enfadará?

—No.

—¿No? —Bazárov estaba de espaldas a ella—. Pues sepa que la amo estúpidamente, locamente… ¡Ya ve lo que ha conseguido!

Odintsova extendió los brazos y Bazárov apoyó la frente en el cristal de la ventana. Le faltaba el aire y todo el cuerpo le temblaba visiblemente, pero no se trataba del temblor de la timidez juvenil, no lo poseía el terror dulce de la primera declaración de amor: era pasión lo que le golpeaba, fuerte e intensa, una pasión semejante a la cólera, y probablemente emparentada con ella… A Odintsova le generó un sentimiento de miedo y compasión a la vez.

—Yevgueni Vasílich —dijo ella, y una ternura involuntaria resonó en su voz.

Él se volvió rápidamente, y, con una mirada encendida, cogiéndola por ambas manos, tiró de improviso de ella contra su pecho.

Odintsova no se liberó inmediatamente de su abrazo, pero al cabo de un instante ya estaba en una esquina mirándole desde allí. Bazárov se abalanzó sobre ella…

—Me ha entendido mal —susurró Odintsova con súbito temor. Daba la impresión de que, si él hubiera dado un paso más, ella se habría puesto a gritar… Bazárov se mordió el labio y salió.

Al cabo de media hora una sirvienta entregó a Anna Serguéievna una nota de Bazárov que constaba de una sola línea: «¿Debo partir hoy o puedo quedarme hasta mañana?». «¿Por qué va a partir? No le entendí y usted no me ha entendido a mí», le respondió Anna Serguéievna, y pensó: «Tampoco yo me entendía».

Hasta la hora de comer ella no apareció, estuvo paseando arriba y abajo por su habitación, con las manos a la espalda, deteniéndose de vez en cuando delante de la ventana, o delante del espejo, pasándose lentamente el pañuelo por el cuello, en el que le parecía tener una mancha enrojecida. Se preguntaba qué la había empujado a «conseguir» (según la expresión de Bazárov) que él se sincerara, y si no había sospechado ya algo… «Tengo la culpa —decía en voz alta—, pero no podía preverlo». Se quedaba pensativa y enrojecía al recordar el rostro casi feroz de Bazárov cuando se abalanzó sobre ella…

«¿O…?», se dijo de repente, se detuvo y se sacudió los rizos. Vio su reflejo en el espejo; su cabeza echada hacia atrás con una enigmática sonrisa en los labios parecía decirle en ese instante algo que la turbó…

«No —decidió finalmente—, Dios sabe adónde nos llevaría esto: con estas cosas no se puede bromear; la tranquilidad es, con todo, lo mejor del mundo».

Su tranquilidad no fue alterada, pero se entristeció y vertió algunas lágrimas sin saber ella misma por qué, pero no fue por la ofensa recibida. No se sentía agraviada: más bien se sentía culpable. Bajo el efecto de distintos sentimientos confusos, de la conciencia de la vida que se nos escapa, del deseo de novedad, se había empujado a llegar hasta cierto límite, a echar un vistazo tras él: y lo que vio al otro lado no era un abismo, sino el vacío… O el escándalo.

XIX

Por mucho dominio de sí misma que tuviera, por muy por encima que estuviera de cualquier prejuicio, Odintsova se sintió incómoda cuando apareció en el comedor. Por otra parte, la comida fue bastante agradable. Había venido Porfiri Platónych, que acababa de regresar de la ciudad, y estuvo contando diversas anécdotas. Entre otras cosas, contó que el gobernador —Bourdaloue— había ordenado llevar espuelas a sus funcionarios de comisiones especiales, por si los tenía que enviar a alguna parte a caballo: así llegarían más rápido. Arkadi conversaba a media voz con Katia y atendía diplomáticamente a la princesa. Bazárov callaba obstinadamente, con aire sombrío. Odintsova le miró un par de veces —directamente, no de soslayo— y cuando vio su rostro severo y bilioso, con la mirada baja y una huella de firmeza desdeñosa en cada rasgo, pensó: «No… no… no…». Después de la comida todos se dirigieron al jardín y, cuando Odintsova vio que Bazárov deseaba hablar con ella, dio unos pasos hacia un lado y se detuvo. Él se aproximó, todavía sin alzar la mirada, y dijo con voz sorda:

—Debo disculparme ante usted, Anna Serguéievna. Debe de estar enojada conmigo.

—No, no estoy enfadada, Yevgueni Vasílich —respondió Odintsova—, pero estoy afligida.

—Aún peor. En cualquier caso, ya he sido suficientemente castigado. Supongo que convendrá conmigo en que mi situación es de lo más estúpida. Usted me escribió: «¿Por qué va a partir?». Pero ni puedo, ni quiero quedarme. Mañana ya me habré ido.

—Yevgueni Vasílich, por qué…

—¿Por qué me marcho?

—No, no era eso lo que quería decir.

—Lo pasado no se puede cambiar, Anna Serguéievna… Y tarde o temprano esto tenía que ocurrir. Por lo tanto, debo irme. Solo hay una condición que haría que me quedara, pero esta no se va a cumplir nunca. Porque usted, perdone mi atrevimiento, no me ama y nunca me amará, ¿verdad?

Los ojos de Bazárov centellearon un instante bajo sus oscuras cejas.

Anna Serguéievna no le respondió. «Este hombre me da miedo», le cruzó por la cabeza.

—Adiós, señora —dijo Bazárov como si le hubiera leído el pensamiento, y se encaminó hacia la casa.

Anna Serguéievna fue detrás de él lentamente, llamó a Katia y la cogió del brazo. No se separó de ella hasta la noche. No jugó a las cartas y rio más de lo habitual, algo que no encajaba en absoluto con su rostro pálido y turbado. Arkadi, perplejo, la

estuvo observando, como observan los jóvenes, es decir, estuvo preguntándose una y otra vez: «¿Qué significa esto?». Bazárov se encerró en su habitación; sin embargo, regresó a la hora del té. Anna Serguéievna quería decirle alguna palabra amable, pero no sabía cómo empezar a hablar con él…

Un hecho inesperado los sacó de aquella situación embarazosa: el mayordomo anunció la llegada de Sítnikov.

Es difícil transmitir con palabras el revuelo que armó el joven progresista cuando entró en el salón. A pesar de decidir, con la importunidad que le caracterizaba, viajar hasta la hacienda de una mujer a la que apenas conocía y que nunca le había invitado —pero en cuya casa, según las informaciones que había recabado, se hospedaban aquellos hombres tan inteligentes y próximos a él—, se sintió avergonzado hasta la médula, y, en vez de presentar las disculpas y saludos que se había aprendido de antemano, farfulló el siguiente disparate: al parecer, Yevdoksía Kúkshina le había enviado para que se interesara por la salud de Anna Serguéievna; además, como Arkadi Nikoláievich siempre se refería a ella con grandes alabanzas… Al llegar a este punto ya no supo qué decir, y se quedó tan desconcertado que acabó sentándose sobre su propio sombrero. Pero, como nadie le puso de patitas en la calle y Anna Serguéievna incluso le presentó a su tía y a su hermana, pronto se recuperó y se puso a parlotear a diestro y siniestro. En la vida, la aparición de la trivialidad a menudo resulta útil: afloja las cuerdas demasiado tensas, enfría los sentimientos presuntuosos o abnegados, y recuerda la semejanza de estos con la propia trivialidad. Con la llegada de Sítnikov todo se volvió como más absurdo, más simple. Incluso todos cenaron más y se fueron a dormir media hora antes de lo habitual.

—Ahora te puedo repetir —le decía Arkadi, ya en la cama, a Bazárov, que se estaba desvistiendo— las palabras que una vez me dijiste: «¿Por qué estás tan triste? Parece que acabes de cumplir algún deber sagrado».

Desde hacía algún tiempo entre los dos jóvenes había surgido ese tipo de ironía aparentemente desenfadada que siempre es señal de descontento disimulado o de reproches reprimidos.

—Mañana me marcho a casa de mi viejo —dijo Bazárov.

Arkadi se incorporó y se apoyó sobre un codo. Aquello le sorprendió y, al mismo tiempo, le alegró por alguna razón.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Por eso estás triste?

Bazárov bostezó.

—La curiosidad mató al gato.

—Y ¿qué dice Anna Serguéievna? —preguntó Arkadi.

—¿Qué pasa con Anna Serguéievna?

—Quiero decir: ¿te deja marchar?

—No me tiene contratado.

Arkadi se quedó pensativo, Bazárov se acostó y se volvió contra la pared.

Pasaron algunos minutos en silencio.

—¡Yevgueni! —exclamó Arkadi de repente.

—¿Sí?

—Mañana me marcho contigo.

Bazárov no dijo nada.

—Pero iré a mi casa —continuó Arkadi—. Viajaremos juntos hasta Jojlovski y allí puedes alquilar los caballos en la posada de Fedot. Iría contigo para conocer a tus padres, pero no quiero molestarles, y tampoco a ti. De todos modos, volverás a nuestra casa, ¿cierto?

—Dejé allí mis cosas —respondió Bazárov sin volverse.

«¿Por qué no me pregunta el motivo de mi marcha, tan súbita como la suya? —pensó Arkadi—. De hecho, ¿por qué me marcho y por qué se marcha él? —continuó reflexionando. No encontraba una respuesta convincente a su pregunta, y el corazón se le llenó de amargura. Supo que le iba a costar separarse de aquella vida a la que tanto se había acostumbrado, pero quedarse solo era un tanto extraño—. Ha pasado algo entre ellos —se decía—. ¿Para qué voy a quedarme plantado delante de Odintsova cuando él se haya marchado? La hartaré definitivamente y perderé lo último que me queda». Entonces empezó a imaginarse a Anna Serguéievna, pero enseguida otros rasgos fueron eclipsando poco a poco la bonita fisonomía de la joven viuda.

«¡También lo siento por Katia!», le susurró Arkadi a la almohada, sobre la que ya derramaba una lágrima… De repente se echó el cabello hacia atrás y dijo en voz alta:

—¿Por qué diablos habrá tenido que venir el bobo ese de Sítnikov?

Bazárov primero se removió en la cama, y después dijo lo siguiente:

—Hermano, ya veo que sigues siendo tonto. Las personas como Sítnikov nos resultan indispensables. Yo, entiéndelo, necesito a imbéciles como este. ¡El trabajo sucio no es para los dioses!

«¡Vaya! —pensó Arkadi, y solo en ese instante descubrió el abismo sin fondo del amor propio de Bazárov—. ¿Significa eso que tú y yo somos dioses? Es decir: ¿que tú eres un dios y yo soy un imbécil?».

—Sí, sigues siendo tonto —repitió Bazárov con aire sombrío.

Odintsova no se mostró demasiado sorprendida cuando al día siguiente Arkadi le anunció que se marchaba con Bazárov. Parecía distraída y cansada. Katia le miró en silencio, con el rostro serio, y la princesa incluso se santiguó bajo su chal, de un modo que él no pudo dejar de notar. Por el contrario, Sítnikov se alarmó sobremanera. Acababa de bajar a desayunar con un atavío nuevo y vistoso, que en aquella ocasión no era eslavófilo. En la víspera había dejado estupefacto al sirviente que le habían asignado por la cantidad de ropa que se había traído. Y ahora, de golpe y porrazo, ¡sus compañeros lo abandonaban! Dio algunos pasitos indecisos, se agitó como una liebre perseguida en el lindero de un bosque, y de repente, casi con espanto, casi a gritos, anunció que también él se marchaba. Odintsova no trató de retenerle.

—He traído una carretela muy confortable —añadió el desdichado joven dirigiéndose a Arkadi—: le puedo llevar, y Yevgueni Vasílich puede coger la calesa de usted; así será incluso más cómodo.

—No, hombre, no, usted lleva otro camino, y mi casa queda lejos.

—Da igual, da igual, tengo mucho tiempo. Además, tengo algunos asuntos que atender en esa dirección.

—¿Impuestos que cobrar? —preguntó Arkadi con un tono ya demasiado despectivo.

Pero Sítnikov estaba tan desesperado que, en contra de su costumbre, ni siquiera se echó a reír.

—Le aseguro que mi carretela es extremadamente cómoda —musitó—, y habrá sitio para todos.

—No aflija a *monsieur* Sítnikov con una negativa —intervino Anna Serguéievna.

Arkadi la miró e inclinó la cabeza significativamente.

Los huéspedes partieron después del desayuno. Al despedirse de Bazárov, Odintsova le tendió la mano y le dijo:

—Nos volveremos a ver, ¿verdad?

—Como usted ordene —respondió Bazárov.

—En ese caso, nos veremos.

Arkadi fue el primero en salir al porche, y se encaramó en la carretela de Sítnikov. El mayordomo le ayudó respetuosamente, y él tuvo ganas de pegarle o de echarse a llorar. Cuando llegaron a Jojlovski, Arkadi esperó a que Fedot, el dueño de la posada, enganchara los caballos; de pronto se acercó a la calesa y, con su sonrisa de siempre, le dijo a Bazárov:

—Yevgueni, llévame contigo: quiero ir a tu casa.

—Sube —pronunció Bazárov entre dientes.

Sítnikov, que estaba silbando animadamente y paseándose alrededor de las ruedas de su carruaje, se quedó con la boca abierta cuando oyó estas palabras; Arkadi sacó fríamente sus cosas de la carretela, se sentó al lado de Bazárov y, tras saludar cortésmente a su antiguo compañero de viaje, gritó: «¡En marcha!». La calesa empezó a rodar y pronto desapareció de la vista… Sítnikov, definitivamente desconcertado, miró a su cochero, pero este jugueteaba con el látigo sobre la cola del caballo de refuerzo. Sítnikov saltó a la carretela y, después de gritar a dos campesinos que pasaban por allí «¡Poneos el gorro, estúpidos!», partió hacia la ciudad, adonde llegó muy tarde, y donde al día siguiente, en casa de Kúkshina, se despachó a gusto contra aquellos dos «detestables arrogantes y maleducados».

Cuando Arkadi se sentó al lado de Bazárov, le estrechó la mano con fuerza y no dijo nada durante un buen rato. Al parecer, Bazárov comprendió y apreció aquel apretón de manos y aquel silencio. Se había pasado la noche anterior sin pegar ojo y sin fumar, y ya llevaba varios días sin apenas probar bocado. Su perfil enflaquecido sobresalía lóbrego y rudo por debajo de la gorra encasquetada.

—Bueno, hermano —dijo por fin—, dame un puro… Mírame, tengo la lengua amarilla, ¿verdad?

—Sí —respondió Arkadi.

—Claro… Incluso el puro me sabe mal. Mi maquinaria no funciona.

—Realmente has cambiado mucho en este último tiempo —observó Arkadi.

—¡No pasa nada! Nos recuperaremos. Solo me fastidia una cosa: mi madre tiene un corazón tan blando que, si no echas barriga y no comes diez veces al día, ya está padeciendo. Con mi padre no habrá problema: ha pasado de todo, por lo bueno y por lo malo. No, no puedo fumar —añadió tirando el puro al camino polvoriento.

—Quedan veinticinco verstas hasta tu finca, ¿verdad? —preguntó Arkadi.

—Sí, veinticinco. Pregúntaselo al sabio este.

Señaló al campesino que iba sentado en el pescante, un trabajador de Fedot.

Pero el sabio respondió con el habla propia del pueblo: «Quién sabe, aquí las verstas no se han medido», y continuó regañando a media voz al caballo por «dar coces con la cabeza»; esto es, por sacudir la cabeza.

—Sí, sí, mi joven amigo —dijo Bazárov—, aquí tienes una lección, un ejemplo instructivo. Solo el diablo sabe lo que significa este disparate: las personas pendemos de un hilo, en cualquier momento un abismo se puede abrir bajo nuestros pies; pero nosotros, entretanto, nos dedicamos a crearnos todo tipo de dificultades, a estropear nuestra vida.

—¿Qué insinúas? —preguntó Arkadi.

—No insinúo nada, te digo directamente que tanto tú como yo nos hemos comportado como perfectos idiotas. ¡De qué sirve hablar de ello! Aunque en mis prácticas clínicas he observado que quien se enfurece con su dolor lo acaba venciendo.

—No acabo de entenderte —profirió Arkadi—; pensaba que no tenías nada de lo que quejarte.

—Pues, si no me acabas de entender, te diré lo siguiente: creo que vale más ponerse a picar piedra en una carretera que permitirle a una mujer apoderarse siquiera de la punta de tu dedo. Todo eso no es más que… —Bazárov estuvo a punto de pronunciar su palabra preferida, «romanticismo», pero se contuvo y dijo—: un disparate. Ahora no me creerás, pero te voy a decir una cosa: hemos estado en compañía de mujeres y nos ha resultado placentero, pero alejarse de esa compañía es como darse una ducha de agua fría en un día caluroso. El hombre no tiene tiempo para dedicarlo a esas tonterías: el hombre debe ser feroz, tal y como reza un excelente proverbio español. Por ejemplo, tú —añadió dirigiéndose al campesino que iba sentado en el pescante—: tú, sabio, ¿tienes mujer?

El campesino volvió hacia ambos amigos su rostro tosco y miope.

—¿Mujer? Sí, tengo. ¿Cómo no voy a tener mujer?

—¿Le pegas?

—¿A mi mujer? Según. Sin motivo, no le pego.

—Eso está muy bien. Y ¿ella te pega?

El campesino tiró de las riendas.

—Pero ¡qué cosas dices, señor! A ti te gusta mucho bromear…

Por lo visto, el campesino se había ofendido.

—¿Lo has oído, Arkadi Nikoláievich? Pues a nosotros nos han dado una buena paliza… Ya ves lo que significa ser hombres instruidos.

Arkadi rio forzadamente. Bazárov se volvió de espaldas y ya no abrió la boca en todo el camino.

A Arkadi aquellas veinticinco verstas le parecieron cincuenta. Pero en la pendiente de una colina se divisó por fin la pequeña aldea donde vivían los padres de Bazárov. Cerca de esta, en un joven boscaje de abedules, se veía una casita solariega con el techo de paja. Delante de la primera isba había dos campesinos con gorro, riñendo entre ellos: «¡Eres un grandísimo cerdo —le decía el uno al otro—, peor que un cochinillo!». «Y tu mujer es una bruja», le espetaba el otro.

—Por su tono desenvuelto y su modo de jugar con las palabras, podrás comprobar que los campesinos de mi padre no están muy subyugados —le dijo Bazárov a Arkadi —. Mira, ahora sale al porche de la casa, debe de haber oído el cascabel. ¡Sí, es él, es él! Reconozco su silueta. Vaya, vaya, ¡cómo ha encanecido el pobre!

XX

Bazárov se asomó por la calesa y Arkadi sacó la cabeza por encima de la espalda de su compañero y, en el porchecito de la pequeña casa solariega, vio a un hombre alto, flaco, con el cabello despeinado y una fina nariz aguileña, que vestía una vieja levita militar desabrochada. Estaba de pie con las piernas abiertas, fumando una larga pipa y entornando los ojos por el sol.

Los caballos se detuvieron.

—¡Por fin nos visitas! —dijo el padre de Bazárov sin dejar de fumar, aunque el chibuquí no dejaba de saltarle entre los dedos—. Vamos, apéate, apéate: démonos un abrazo.

Y abrazó a su hijo… «¡Yeniusha, Yeniusha![48]», se oyó la voz temblorosa de una mujer. La puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció una viejecita regordeta y bajita que llevaba una cofia blanca y una blusita corta y abigarrada. Ayeó, se tambaleó y probablemente se habría caído si Bazárov no la hubiera sostenido. Sus bracitos rollizos rodearon al instante el cuello de él, apretó la cabeza contra su pecho y se hizo un silencio. Solo se oían sus sollozos entrecortados.

El viejo Bazárov respiraba profundamente y entornaba los ojos mucho más que antes.

—¡Bueno, ya está bien, ya está bien, Arisha! ¡Déjalo ya! —empezó a decir tras intercambiar una mirada con Arkadi, inmóvil junto a la calesa, mientras el campesino incluso se volvía de espaldas en el pescante—. ¡Esto no es necesario! Para, por favor.

—Ay, Vasili Iványch —balbució la viejecita—, hacía tanto tiempo que no veía a mi querido Yeniúshenka, mi palomita… —Y, sin aflojar los brazos y apartando de Bazárov su rostro bañado en lágrimas, arrugado y conmovido, le miró con ojos dichosos y algo cómicos antes de volverse a apretar contra él.

—Sí, bueno, eso está en la naturaleza de las cosas, por supuesto —dijo Vasili Iványch—, pero mejor entremos en casa. Yevgueni ha venido con un invitado. Disculpe —añadió, dirigiéndose a Arkadi y saludándole con un ligero taconazo—. Compréndalo: la debilidad femenina, el corazón de una madre…

Pero también a él le temblaban los labios y las cejas, y la barbilla se le contraía… Sin embargo, parecía querer dominarse y mostrarse poco menos que indiferente. Arkadi le hizo una reverencia.

—Vamos, mamá, de verdad —dijo Bazárov y llevó a la afectada viejecita a la casa. Tras hacerla sentar en un cómodo sillón, volvió a abrazar a su padre brevemente y le presentó a Arkadi.

—Celebro de todo corazón conocerle —dijo Vasili Ivánovich—. Pero sea indulgente: en esta casa vivimos humildemente, al estilo militar. Arina Vlásevna, cálmate, hazme el favor: ¿por qué eres tan pusilánime? Nuestro invitado va a reprobar tu actitud.

—No tengo el honor de conocer su nombre y patronímico, señor… —musitó entre lágrimas la viejita.

—Arkadi Nikolaich —le apuntó con solemnidad y a media voz Vasili Iványch.

—Perdóneme, tonta de mí. —La vieja se sonó y, volviendo la cabeza ya a la derecha, ya a la izquierda, se secó con cuidado primero un ojo y después otro—. Perdóneme. Es que pensaba que moriría sin volver a ver a mi pa… a… a… lomita.

—Pues lo hemos visto, señora —intervino Vasili Ivánovich—. ¡Taniushka! —gritó dirigiéndose a una muchacha descalza de unos trece años que llevaba un vestido rojo vivo de percal, y que se asomaba temerosamente por detrás de la puerta—: Tráele a la señora un vaso de agua en una bandeja, ¿me oyes? Y ustedes, señores —añadió con cierto donaire anticuado—, permítanme que les haga pasar al gabinete de este veterano retirado.

—Deja que te abrace una vez más al menos, Yeniúshechka —gimió Arina Vlásevna. Bazárov se inclinó hacia ella—. Pero ¡qué guapo te has vuelto!

—Bueno, guapo o no es lo de menos —observó Vasili Ivánovich—: lo principal es que está hecho un hombre, un *homme fait*, como se suele decir. Y ahora espero, Arina Vlásevna, que después de haber saciado tu corazón de madre, te ocupes de saciar a nuestros queridos huéspedes: ya sabes que no solo de palabras vive el hombre.

La viejita se levantó del sillón.

—La mesa estará lista enseguida, Vasili Iványch, ahora mismo corro a la cocina y mando que pongan el samovar; no faltará de nada, de nada. Llevo tres años sin verle, sin darle de comer ni de beber, ¿cómo se soporta eso?

—Pues entonces ocúpate de todo, querida patrona, no nos hagas quedar mal. Y a ustedes, señores, les ruego que me acompañen. Yevgueni, aquí tenemos a Timofeich, que ha venido a saludarte. Seguro que también él, perro viejo, se ha alegrado. ¿A que te has alegrado, perro viejo? Hagan el favor de acompañarme.

Vasili Ivánovich avanzó apresuradamente, arrastrando los pies y haciendo mucho ruido con sus zapatos desgastados.

La casita se componía de seis habitaciones minúsculas. A una de ellas —a la que el viejo condujo a nuestros amigos— la llamaban el «gabinete». Una mesa de patas anchas, abarrotada de papeles ennegrecidos por el polvo, como enhollinados, ocupaba todo el espacio entre dos ventanas; de las paredes pendían escopetas turcas, fustas de cuero, sables, dos mapas, varios dibujos anatómicos, el retrato de Hufeland**[49]**, un monograma de pelo en un marco negro y un diploma cubierto con un cristal; un diván de cuero con alguna que otra rotura y desgarro descansaba entre dos armarios enormes de abedul de Carelia; sobre las baldas se acumulaban libros apretujados,

cajitas, pájaros disecados, tarros y frasquitos; en un rincón había una máquina eléctrica rota.

—Ya le advertí, querido visitante —empezó a decir Vasili Iványch—, que aquí vivimos como en un campamento, por así decirlo.

—Para de una vez, ¿por qué te disculpas? —le interrumpió Bazárov—. Kirsánov sabe muy bien que no eres ningún Creso, y que no tienes ningún palacio. ¿Dónde lo instalamos? Esa es la cuestión.

—Por favor, Yevgueni, en el pabellón tengo una habitación magnífica: allí estará muy bien.

—¿Habéis añadido un pabellón?

—Cómo no, señor, donde está la *bania*[50] —se inmiscuyó Timofeich.

—Es decir, al lado de la *bania* —añadió rápidamente Vasili Ivánovich—. Además, estamos en verano… Ahora mismo voy hacia allí a disponerlo todo. Y tú, Timofeich, lleva el equipaje mientras tanto. Yevgueni, a ti te cedo mi gabinete, naturalmente. *Suum cuique*[51].

—¡Ahí lo tienes! Un vejete de lo más divertido y bueno —exclamó Bazárov en cuanto Vasili Ivánovich salió—. Igual de excéntrico que el tuyo, pero de otra manera. Y ¡no para de hablar!

—Tú madre también parece una mujer magnífica —observó Arkadi.

—Sí, no tiene malicia. Ya verás qué comida nos prepara.

—Hoy no les esperábamos, señor, y no tenemos ternera —informó Timofeich, que acababa de traer la maleta de Bazárov a rastras.

—Nos las apañaremos sin ternera, no se pueden pedir peras al olmo. La pobreza no es vileza, dicen.

—¿Cuántos siervos tiene tu padre? —preguntó de pronto Arkadi.

—La finca no es suya, sino de mi madre; quince, creo recordar.

—Veintidós en total —apuntó Timofeich descontento.

Se oyó el ruido de unos zapatos arrastrándose y Vasili Ivánovich volvió a aparecer.

—Dentro de unos minutos su habitación estará lista, Arkadi… ¿Nikolaich? —preguntó con solemnidad—. Ese es su patronímico, ¿verdad? Aquí tiene a su sirviente —añadió señalando a un muchacho con el pelo muy corto que había entrado con él. Vestía un caftán azul con un desgarro en la parte de los codos y llevaba unas botas prestadas—. Se llama Fedka. Una vez más, aunque mi hijo me reprenda, le vuelvo a rogar que sea indulgente con nosotros. Por lo demás, Fedka sabe cargar la pipa. Porque usted fuma, ¿verdad?

—Fumo más bien puros —respondió Arkadi.

—Y obra usted con mucho juicio. También yo prefiero los puros, pero en estos parajes aislados son extraordinariamente difíciles de encontrar.

—Bueno, deja ya de hacerte el pobre Lázaro —le cortó Bazárov—. Mejor siéntate aquí, en este diván, y deja que te mire bien.

Vasili Ivánovich se echó a reír y se sentó. Se parecía mucho a su hijo, aunque su frente era más baja y estrecha, la boca más ancha y se movía sin cesar, se encogía de hombros, como si la ropa le molestara por debajo de los sobacos. Parpadeaba, tosía y movía los dedos, mientras que su hijo se distinguía por una especie de inmovilidad apática.

—¡Hacerme el pobre Lázaro! —exclamó Vasili Ivánovich—. Yevgueni, no vayas a pensar que quiero inspirarle compasión a nuestro huésped diciéndole: «Mira en qué rincón perdido vivimos». Al contrario, soy de la opinión de que para un hombre pensante no existen los rincones perdidos. Al menos yo, en la medida de lo posible, intento no enmohecerme, como se suele decir, ni quedarme rezagado de mi tiempo.

Vasili Ivánovich se sacó del bolsillo un fular nuevo de color amarillo que tuvo tiempo de coger al pasar por la habitación de Arkadi y, agitándolo en el aire, continuó diciendo:

—Y eso por no decir que yo, por ejemplo, haciendo un gran sacrificio personal, he pasado a mis campesinos al sistema del *obrok* y que nos repartimos a mitades los beneficios de las tierras. Consideré que era mi deber, es lo que me dictaba el sentido común, a pesar de que a los otros propietarios ni se les haya ocurrido hacerlo; me refiero a la ciencia, a la educación.

—Sí, ya veo que tienes *El Amigo de la Salud*[52] del año 1855 —observó Bazárov.

—Me lo envía un antiguo colega por amistad —dijo Vasili Ivánovich apresuradamente—. Pero también tengo mis conocimientos en frenología, por ejemplo —añadió dirigiéndose más bien a Arkadi y señalando una cabeza de yeso que había sobre el armario, dividida en cuadrángulos numerados—. Y conozco también a Schönlein y a Rademacher[53].

—¿Acaso aún creen en Rademacher en la provincia de …? —preguntó Bazárov.

Vasili Ivánovich se puso a toser.

—En esta provincia… Naturalmente, señores, ustedes saben mucho más, ¿cómo vamos a pretender estar a su mismo nivel? Ustedes han llegado para ser nuestro relevo. En mis tiempos había un humoralista llamado Hoffman y un tal Brown que, con su vitalismo, nos parecían ridículos, pero que en el pasado habían causado furor. Ahora ha aparecido alguien nuevo que ha relegado a Rademacher, y ustedes lo veneran, pero seguramente dentro de veinte años también este resultará ridículo.

—Para consolarte te diré que, en general, ahora nos reímos de la medicina, y que no nos inclinamos ante nadie —repuso Bazárov.

—¿Cómo es posible? ¿Es que no quieres ser médico?

—Sí, pero una cosa no quita la otra.

Vasili Ivánovich metió el dedo corazón en la pipa, donde todavía quedaba algo de ceniza caliente.

—Bueno, puede ser, puede ser, no te lo voy a discutir. Porque ¿qué soy yo? Un médico militar retirado, *voilà tout*[54]; y ahora me he metido a agrónomo. Yo serví en la brigada de su abuelo —dijo dirigiéndose de nuevo a Arkadi—. Sí, señor: he visto

de todo en mi vida. ¡Qué círculos no habré frecuentado, con qué personas no me habré codeado! ¡Yo mismo, este que ven ante sus ojos, le ha tomado el pulso al príncipe Wittgenstein y a Zhukovski! Conocí a la perfección a todos los del Ejército del Sur: los del 14, ya me entienden[55]. —Al decir esto, Vasili Ivánovich apretó los labios significativamente—. Pero, bueno, yo me mantenía al margen de todo aquello: ¡yo a mi lanceta, y basta! En cuanto a su abuelo, era un hombre muy respetable, un militar de los de verdad.

—Reconócelo: era un zopenco —sentenció Bazárov perezosamente.

—¡Ay, Yevgueni, pero qué manera de hablar! Sé más indulgente… Por supuesto, el general Kirsánov no era de los que…

—Bueno, déjalo ya —le interrumpió Bazárov—. Cuando veníamos hacia aquí, me ha alegrado ver tu bosquecito de abedules: cómo ha crecido.

Vasili Ivánovich se animó.

—Pues ¡mira qué jardín tengo ahora! Yo mismo he plantado todos los árboles. Tengo frutas, bayas y toda clase de plantas medicinales. Podréis inventar muchas cosas, señoritos, pero aun así el viejo Paracelso dijo una verdad como un templo: *in herbis, verbis et lapidibus*[56]… Ya sabes que he renunciado a la práctica médica, pero un par de veces por semana me veo obligado a volver a las andadas: vienen a pedirme consejo y no puedo echarlos a patadas. Además, por aquí no hay médicos. Imagínate: tengo un vecino, comandante retirado, que también se dedica a curar. Pregunté por ahí si ha estudiado medicina, y me dijeron que no, que no ha estudiado, que lo hace más por filantropía… ¡Ja, ja, por filantropía! ¿Eh? ¡Habrase visto! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja!

—¡Fedka! ¡Relléname la pipa! —ordenó Bazárov con severidad.

—Y hay por aquí otro doctor que una vez llegó a casa de un enfermo —continuó relatando Vasili Ivánovich con cierta desolación—, pero este ya estaba *ad patres*[57]. No dejaron pasar al doctor y le dijeron: «Ya no hace falta». El médico, que no se esperaba aquello, se quedó desconcertado y preguntó: «¿Ha hipado el señor antes de morir?». «Sí, ha hipado». «¿Mucho?». «Mucho». «Bien, eso es bueno». Se dio media vuelta y se largó. ¡Ja, ja, ja!

Solo el viejo se rio; Arkadi esbozó una sonrisa y Bazárov se limitó a dar una chupada. De esta manera se prolongó la conversación cerca de una hora. A Arkadi le dio tiempo de pasarse por su habitación, que resultó ser el cuartito que daba a la *bania*, pero era muy acogedor y limpio. Por fin entró Taniusha e informó de que la comida estaba lista.

Vasili Ivánovich fue el primero en levantarse.

—¡Vamos, señores! Tengan la bondad de perdonarme si les he aburrido. Acaso la señora de la casa les complazca más que yo.

La comida, a pesar de haberse preparado deprisa y corriendo, resultó ser muy sabrosa e incluso copiosa. El vino, no obstante, salió un poco malo, como se suele decir: era un jerez casi negro, que Timofeich había comprado en la ciudad a un

mercader conocido, y tenía un sabor como a cobre y resina. Las moscas tampoco dejaron de incordiar. Normalmente un muchacho de la servidumbre se encargaba de espantarlas con una rama verde, pero en aquella ocasión Vasili Ivánovich le mandó retirarse por temor a que la joven generación lo reprobara. A Arina Vlásevna le había dado tiempo de engalanarse: se puso una cofia alta con cintas de seda y un chal azul cielo con arabescos. En cuanto vio a su Yeniusha volvió a verter algunas lágrimas, pero su marido no le tuvo que llamar la atención: ella misma se secó las lágrimas rápidamente para no mancharse el chal. Solo comieron los jóvenes: los dueños de la casa lo habían hecho hacía rato. Sirvió Fedka, visiblemente agobiado por las insólitas botas que llevaba, y le ayudaba una mujer tuerta y de facciones varoniles llamada Anfísushka, que desempeñaba las funciones de ama de llaves, encargada del corral y lavandera. Vasili Ivánovich se pasó la comida entera paseándose por el comedor y, con un aire de satisfacción completa e incluso dicha, hablaba de los grandes temores que le inspiraba la política de Napoleón y el embrollo de la cuestión italiana[58]. Arina Vlásevna no reparaba en Arkadi, ni lo agasajaba. Su rostro redondo apoyado sobre un puño, sus labios gruesos de color guinda y los lunares que tenía tanto encima de las mejillas como sobre las cejas le daban una expresión muy bondadosa. No apartaba la mirada de su hijo y no dejaba de suspirar: tenía unas ganas horribles de saber por cuánto tiempo había venido, pero no se atrevía a preguntárselo. «Ay, como diga que solo para dos días», pensaba y se le helaba el corazón. Cuando terminaron de comer el asado, Vasili Ivánovich desapareció un momento y regresó con media botella abierta de champán: «¡Aunque vivamos en un lugar perdido, tenemos con qué celebrar las ocasiones festivas!», exclamó. Llenó tres copas y un vasito, pronunció un brindis a la salud de los «inestimables visitantes», se bebió su copa de un trago, a la manera militar, y obligó a Arina Vlásevna a que apurase su vasito hasta la última gota. Cuando llegó el turno de la mermelada, Arkadi —a pesar de no soportar el dulce— consideró un deber probar las cuatro variedades distintas recién preparadas, tanto más cuanto que Bazárov se había negado en rotundo a probarlas y al instante se había encendido un puro. Después vino el té con crema de leche, la mantequilla y los bollos. Por fin, Vasili Ivánovich los llevó a todos al jardín para que admiraran la belleza del atardecer y, cuando pasaban por delante de un banco, le susurró a Arkadi:

—En este lugar me gusta filosofar mirando la puesta de sol: es perfecto para el anacoreta. Y allí a lo lejos he plantado varios árboles, los preferidos de Horacio.

—Y ¿qué árboles son? —preguntó Bazárov, que le había escuchado.

—Acacias, por supuesto.

Bazárov empezó a bostezar.

—Creo que es hora de que los viajeros se entreguen a los brazos de Morfeo —observó Vasili Ivánovich.

—En otras palabras: ¡es hora de dormir! —apuntó Bazárov—. Es una buena idea. Ya es hora, efectivamente.

Bazárov se despidió de su madre besándola en la frente. Ella le abrazó y, a sus espaldas, le bendijo tres veces a hurtadillas. Vasili Iványch acompañó a Arkadi a su habitación y le deseó «un descanso tan reparador como el que yo disfrutaba en mis buenos tiempos». Verdaderamente, Arkadi durmió de maravilla en el cuartito que daba a la *bania*: olía a menta y dos grillos le adormecían chirriando por turnos detrás de la estufa. De allí Vasili Ivánovich fue a su gabinete, se acurrucó en el diván a los pies de su hijo para charlar un poco con él, pero Bazárov lo despachó de inmediato: le dijo que quería dormir, pero no lo logró hasta el amanecer. Con los ojos completamente abiertos, miraba rabioso la oscuridad: los recuerdos de la infancia no tenían poder sobre él, y aún no había logrado deshacerse de las últimas impresiones amargas. Arina Vlásevna primero rezó hasta quedarse satisfecha y después conversó largamente con Anfísushka quien, de pie ante su señora como plantada y fijando su único ojo en ella, le confiaba con un enigmático susurro todas sus observaciones y consideraciones sobre Yevgueni Vasílevich. La alegría, el vino y el humo del tabaco habían hecho que a la viejita la cabeza le diera vueltas. Su marido se dispuso a hablar con ella, pero desistió agitando una mano.

Arina Vlásevna era una auténtica noble rusa de los tiempos pasados. Debería haber vivido doscientos años antes, en la época del antiguo Moscú. Era muy devota y sensible, creía en toda suerte de supersticiones, adivinaciones, palabras mágicas y sueños; creía en los *yuródivie*[59], en los espíritus del hogar y del bosque, en los encuentros fatales, en el mal de ojo, en los remedios populares, en la sal de Pascua[60], en la inminencia del fin del mundo; creía que, si en la misa de la víspera del domingo de Pascua no se apagaban los cirios, habría una buena cosecha de trigo sarraceno, y que las setas no volvían a salir si eran contempladas por el ojo humano; creía que al diablo le gusta estar allá donde haya agua, y que todos los judíos tienen un lunarcito de sangre en el pecho; le daban miedo los ratones, las culebras, las ranas, los gorriones, las sanguijuelas, los truenos, el agua fría, las corrientes de aire, los caballos, los machos cabríos, las personas pelirrojas y los gatos negros, y consideraba que los grillos y los perros eran animales impuros; no comía ternera, paloma, cangrejo, queso, espárragos, cotufas, liebre ni sandía, porque una sandía abierta recuerda a la cabeza de Juan el Bautista; de las ostras no hablaba sino con estremecimiento; le gustaba comer, pero ayunaba rigurosamente; dormía diez horas al día, pero si a Vasili Ivánovich le dolía la cabeza no se acostaba; no había leído ni un solo libro, a excepción de *Alexis o La casita del bosque*[61]; escribía una carta al año o dos a lo sumo; se manejaba bien en las labores de la casa y sabía de secado y confituras, aunque nunca tocaba nada con las manos y, en general, se movía de su sitio de mala gana. Arina Vlásevna era muy buena y, a su modo, nada tonta. Sabía que el mundo se dividía en señores que deben mandar y el pueblo llano que debe obedecer, y por ello no desdeñaba ni el servilismo ni las reverencias hasta el suelo. Trataba a sus subordinados con cariño y dulzura, no pasaba por delante de un pobre sin darle una limosna y nunca juzgaba mal a nadie, aunque alguna que otra vez

chismorreaba. En su juventud había tenido un gran atractivo, tocaba el clavicordio y hablaba un poquito de francés; pero, tras largos años de deambular con su marido, con el que se había casado en contra de su voluntad, engordó y olvidó la música y el francés. A su hijo lo quería y temía hasta lo indecible. Dejó la administración de la finca en manos de Vasili Ivánovich y ya no volvió a intervenir en nada: ayeaba, agitaba el pañuelo y arqueaba las cejas asustada en cuanto el viejo se ponía a hablar de las reformas inminentes y de sus planes. Era aprensiva, continuamente esperaba una gran desgracia, y se echaba a llorar en cuanto recordaba algo triste… Ya no quedan mujeres así. ¡Solo Dios sabe si hay que alegrarse por ello!

XXI

Al levantarse de la cama y abrir la ventana, lo primero que Arkadi vio fue a Vasili Ivánovich. Con una bata de Bujará ceñida a la cintura con un pañuelo, el viejo cavaba diligentemente el huerto. Al reparar en su joven huésped se apoyó en la pala y exclamó:

—¡Salud! ¿Cómo ha dormido?

—Estupendamente —respondió Arkadi.

—Pues yo aquí estoy como un Cincinato, ya lo ve, cavando un bancal para el rábano tardío. Ha llegado el tiempo (¡gracias a Dios!) en el que toda persona debe obtener el alimento con sus propias manos, y no confiar esa tarea a los demás: cada uno debe trabajar por sí mismo. Así que Jean Jacques Rousseau tenía razón. Hace media hora, muy señor mío, me habría visto en una situación totalmente distinta. Había una campesina que se quejaba de diarrea (como dicen ellos, nosotros lo llamamos disentería), y yo… cómo expresarlo mejor… le he administrado opio. A otra le he sacado una muela: le he ofrecido éter, pero no lo ha aceptado. Todo esto lo hago *gratis, en amateur*. Por otra parte, no es nada extraño: yo soy plebeyo, un *homo novus*, no de la nobleza, como mi esposa… ¿No le apetece venir aquí a la sombra a respirar el frescor de la mañana, antes de tomar el té?

Arkadi salió a reunirse con él.

—¡Bienvenido una vez más! —exclamó Vasili Ivánovich llevándose una mano, al estilo militar, al gorro mugriento que le cubría la cabeza—. Sé que está usted acostumbrado al lujo y a los placeres, pero ni los grandes de este mundo desdeñan pasar un ratito bajo el techo de una choza.

—Pero ¡por favor! —protestó Arkadi—. ¡Qué voy a ser yo un «grande de este mundo»! Y no estoy acostumbrado al lujo.

—¡Permítame, permítame! —repuso con una mueca amable Vasili Ivánovich—. Aunque ahora viva arrinconado, también yo frecuenté la alta sociedad y reconozco a un pájaro por su forma de volar. A mi manera, también soy psicólogo y fisonomista. Me atrevo a afirmar que, si no hubiera tenido este don, habría sido mi perdición: me habrían relegado a un segundo plano, como a un pobre hombre. Le diré sin cumplidos que la amistad que observo entre usted y mi hijo me alegra sinceramente. Le he visto hace un momento: de acuerdo con su costumbre, que usted probablemente conocerá, ha saltado de la cama muy temprano y se ha marchado a caminar por los alrededores. Permita que le pregunte: ¿hace mucho que conoce a Yevgueni?

—Desde el invierno.

—Bien. Permítame otra pregunta… pero ¿por qué no nos sentamos? Permítame que le pregunte como padre, con toda la franqueza: ¿qué opinión tiene usted de mi Yevgueni?

—Su hijo es una de las personas más extraordinarias que he conocido en toda mi vida —respondió Arkadi con vivacidad.

De pronto los ojos de Vasili Ivánovich se abrieron de par en par, y las mejillas se le sonrojaron ligeramente. La pala se le cayó de las manos.

—Entonces, cree que… —empezó a decir.

—Estoy seguro —le interrumpió Arkadi— de que a su hijo le espera un gran futuro, y de que dará fama a su nombre. Lo supe ya en nuestro primer encuentro.

—¿Cómo…? ¿Cómo fue? —pronunció con dificultad Vasili Ivánovich. Una sonrisa exaltada separó sus labios gruesos y ya no los abandonó.

—¿Quiere saber cómo nos conocimos?

—Sí… Y así en general…

Arkadi empezó su relato y habló sobre Bazárov aún con más ardor y entusiasmo que durante aquella velada en la que bailó la mazurca con Odintsova.

Vasili Ivánovich le escuchaba, se sonaba la nariz, manoseaba el pañuelo, tosía, se revolvía el cabello, y por fin, no pudiendo aguantar más, se inclinó hacia Arkadi y le besó en el hombro.

—Me ha hecho usted inmensamente feliz —profirió sin dejar de sonreír—. Debo decirle que yo… idolatro a mi hijo. Y no hablo ya de mi vieja: ¡ya sabemos cómo son las madres! Pero delante de él no me atrevo a mostrar mis sentimientos, porque sé que eso no le gusta. Es enemigo de cualquier tipo de efusividad; muchos le censuran por la dureza de su carácter, en el que ven un signo de orgullo o insensibilidad. Sin embargo, a las personas como él no se las debe medir con la misma vara, ¿verdad? Por ejemplo: otro en su lugar no habría dejado de sacarles dinero a sus padres. Pero ¿puede creerlo?, ¡desde que nació él no nos ha sacado ni un kopek de más, se lo prometo!

—Es un hombre desinteresado y honrado —observó Arkadi.

—Desinteresado, eso es. No solo lo idolatro, Arkadi Nikolaich, sino que me enorgullezco de él, y toda mi ambición consiste en que con el tiempo, en su biografía figuren las siguientes palabras: «Hijo de un simple médico militar que, sin embargo, supo comprenderlo pronto y no escatimó nada en su educación»…

Al viejo se le quebró la voz. Arkadi le estrechó una mano.

—¿Usted qué cree? —le preguntó Vasili Ivánovich tras un silencio—: No será en la medicina donde alcance la fama que le ha augurado, ¿verdad?

—Sin duda, no en la medicina, aunque también en este campo será uno de los científicos más destacados.

—Entonces ¿en cuál lo será, Arkadi Nikolaich?

—Es difícil decirlo ahora, pero será célebre.

—¡Será célebre! —repitió el viejo y se sumió en sus pensamientos.

—Arina Vlásevna me ha ordenado que los llame a tomar el té —anunció Anfísushka pasando por delante de ellos con un plato enorme lleno de frambuesas maduras.

Vasili Ivánovich salió de su ensimismamiento.

—¿Hay nata fría para las frambuesas?

—Sí, señor.

—¡Mira que esté fría! No se ande con ceremonias, Arkadi Nikolaich: coja más. Me pregunto por qué no vendrá Yevgueni.

—Estoy aquí —se oyó la voz de Bazárov desde la habitación de Arkadi.

Vasili Ivánovich se volvió rápidamente.

—¡Ajá! Querías visitar a tu amigo; pero has llegado tarde, *amice*, y ya hemos tenido una larga conversación. Ahora hay que ir a tomar el té: tu madre nos llama. Por cierto, tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Hay por aquí un campesino que padece *icterus*…

—Es decir, ¿ictericia?

—Sí, una ictericia crónica y muy persistente. Le he recetado centaura e hipérico, le he obligado a comer zanahoria y le he dado bicarbonato; pero esto no son más que remedios *paliativos*, hace falta algo más drástico. Aunque te rías de la medicina, estoy seguro de que puedes darme algún consejo práctico. Pero ya hablaremos de eso; ahora, vayamos a tomar el té.

Vasili Ivánovich se levantó animadamente del banco y se puso a cantar un aria de *Roberto*[62]:

> ¡La ley, la ley, la ley fijaremos
> para vi… vi… vivir a placer!

—¡Qué vitalidad! —dijo Bazárov apartándose de la ventana.

Llegó el mediodía. El sol quemaba a través de una fina y compacta cortina de nubes blanquecinas. Todo estaba en silencio, a excepción de los gallos, que, desafiantes, se llamaban el uno al otro en la aldea, creando en todo aquel que los oía una extraña sensación de sopor y tedio; asimismo, allá en lo alto, en las copas de los árboles, resonaba una llamada llorosa, el pío incesante de una cría de gavilán. Arkadi y Bazárov estaban a la sombra de un pequeño almiar de heno, tumbados sobre dos brazadas de hierba crujiente y seca, aunque todavía verde y fragante.

—Aquel álamo temblón —dijo Bazárov— me recuerda a mi infancia. Crece al borde del foso que quedó de un cobertizo de ladrillo, y yo estaba convencido de que tanto el foso como el álamo eran un talismán especial: cerca de ellos nunca me invadía el tedio. Pero entonces no comprendía que si no sentía tedio era porque era un niño. Y bueno, ahora que soy mayor, el talismán ya no funciona.

—¿Cuánto tiempo pasaste aquí? —preguntó Bazárov.

—Unos dos años seguidos; después empezamos a viajar. Llevábamos una vida errante, íbamos sobre todo de ciudad en ciudad.

—¿Hace mucho que construyeron esta casa?

—Sí, mucho. La construyó mi abuelo, el padre de mi madre.

—Y ¿quién era tu abuelo?

—El diablo lo sabe. Cierto comandante segundo, que sirvió en los tiempos de Suvórov[63] y que no dejaba de contar cómo cruzó los Alpes. Probablemente mentía.

—Ah, por eso tenéis el retrato de Suvórov en el salón. Me gustan las casitas como la vuestra: viejas y acogedoras. Y tienen un olor especial.

—A aceite de lamparilla y a meliloto —dijo Bazárov bostezando—. Y qué de moscas hay en estas agradables casitas… ¡Bah!

—Dime una cosa —preguntó Arkadi tras un breve silencio—, ¿fueron duros contigo en tu infancia?

—Ya has visto cómo son mis padres. No es gente severa.

—¿Los quieres, Yevgueni?

—Sí, Arkadi.

—¡Ellos te quieren tanto!

Bazárov se quedó callado.

—¿Sabes en qué pienso? —dijo por fin, colocando las manos detrás de la cabeza.

—No, ¿en qué?

—Pues pienso en lo bien que viven mis padres en este mundo. Mi padre, a sus sesenta años, no para ni un momento, habla de remedios «paliativos», cura a gente y se muestra benevolente con los campesinos: se divierte, en una palabra. También mi madre vive bien: tiene el día tan repleto de toda clase de ocupaciones, de tantos «¡ah!» y «¡oh!» que no le da tiempo ni de pararse a pensar. En cambio, yo…

—¿Tú qué?

—Pues yo pienso: estoy aquí, tumbado a la sombra de un almiar… Y el lugar que ocupo es tan diminuto comparado con el resto del espacio, donde no estoy y donde no tengo nada que hacer; y la porción de tiempo que viviré es tan insignificante en comparación con toda la eternidad, en la que no he estado y en la que no estaré… Pero en este átomo, en este punto matemático que soy, la sangre circula, el cerebro funciona y aspira a algo… ¡Qué horror! ¡Qué absurdo!

—Déjame decirte que esto es aplicable a todas las personas…

—Tienes razón —le interrumpió Bazárov—. A lo que me refería es que ahí tienes a mis padres, tan ocupados con sus cosas que no les preocupa su insignificancia, eso no les consume… En cambio, yo… yo solo siento tedio y furia.

—¿Furia? Y ¿por qué furia?

—¿Por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Acaso lo has olvidado?

—No he olvidado nada, pero no creo que tengas derecho a estar furioso. Te sientes desgraciado, en eso estoy de acuerdo, pero…

—¡Ah! Ya veo, Arkadi Nikoláievich, que tú entiendes el amor como todos los jóvenes de la nueva generación: ¡pitas, pitas, gallinita!, y en cuanto la gallinita empieza a acercarse, ¡pies para qué os quiero! Pues yo no soy así. Pero ya basta de hablar de esto. Es vergonzoso hablar de lo que no tiene arreglo. —Se volvió de lado —. ¡Anda! Mira esa valiente hormiga cómo arrastra una mosca medio muerta. ¡Tira de ella, hermana, tira de ella! Que no te importe que se resista, aprovecha que tú, como animal que eres, tienes derecho a ignorar la compasión, ¡no como los humanos, que se doblegan a sí mismos!

—¡No digas eso, Yevgueni! ¿Cuándo te has doblegado tú?

Bazárov alzó un poco la cabeza.

—Solo de eso estoy orgulloso: nunca me he doblegado. Y tampoco me doblegará ninguna mujercilla. ¡Amén! ¡Se acabó! No volverás a oír ni una palabra mía sobre este asunto.

Los dos amigos se quedaron un rato en silencio.

—Sí —volvió a decir Bazárov—, qué extraño es el ser humano. Si miras desde lejos la vida retirada que llevan aquí mis padres, parece que no pueda haber nada mejor: comer, beber y saber que estás obrando del modo más correcto y juicioso. Pero resulta que no, que te invade el tedio. Y lo que deseas es mezclarte con la gente, aunque sea para insultarla, pero mezclarte con ella a fin de cuentas.

—Debemos organizar nuestra vida para que cada instante sea significativo —observó Arkadi pensativamente.

—¡Sin duda! Lo significativo, aunque pueda ser erróneo, resulta agradable; uno se puede conciliar incluso con lo insignificante… Pero las trivialidades, ¡ay, las trivialidades!: estas son nuestra desgracia.

—Las trivialidades no existen si uno se niega a reconocerlas.

—Hm… Esto que has dicho es un *lugar común invertido*.

—¿Cómo? ¿A qué has llamado así?

—Pues a esto: decir, por ejemplo, que la educación es útil es un lugar común; pero decir que la educación es perniciosa es un lugar común invertido. Puede parecer osado, pero en el fondo es exactamente lo mismo.

—Pero ¿dónde está la verdad? ¿En qué lado se encuentra?

—¿Dónde? Te voy a responder como el eco: «¿Dónde?».

—Hoy te encuentro melancólico, Yevgueni.

—¿De veras? Probablemente el sol me ha ablandado, y tampoco se pueden comer tantas frambuesas.

—En ese caso no estaría mal echar un sueño —observó Arkadi.

—Tal vez; pero no me mires: cuando dormimos se nos pone cara de tontos.

—Pero ¿acaso te preocupa lo que piensen de ti?

—No sé qué decirte. Un hombre de verdad no debe preocuparse de eso; un hombre de verdad no es alguien en quien se piense, sino alguien a quien se obedece o se odia.

—¡Qué extraño! Yo no odio a nadie —dijo Arkadi tras reflexionar un poco.

—Pues yo odio a tantas personas. Eres un alma cándida, de carácter débil, ¡a quién vas a odiar tú! Eres tímido y tienes poca confianza en ti mismo…

—Y tú —le interrumpió Arkadi—, ¿confías en ti mismo? ¿Tienes una elevada opinión sobre ti?

Bazárov guardó silencio.

—Cuando encuentre a una persona que no recule ante mí —dijo finalmente separando las palabras—, entonces cambiaré la opinión que tengo sobre mí mismo. ¡Odiar! Hoy, cuando hemos pasado por delante de la isba de nuestro *stárosta* Filipp, tan bonita y blanca, has dicho que Rusia solo alcanzará la perfección cuando hasta el último campesino posea una vivienda así, y que todos nosotros debemos contribuir a ello… Sin embargo, yo odio a este último campesino, se llame Filipp o Sidor, por el que debo dejarme la piel, y el cual ni siquiera me lo agradecerá… Aunque ¿para qué necesito su agradecimiento? Él vivirá en su isba blanca y yo criaré malvas, y ¿después qué?

—Basta, Yevgueni… Al escucharte hoy, uno sin querer le daría la razón a quienes nos acusan de falta de principios.

—Hablas como tu tío. ¡Los principios no existen, aún no te has enterado! Lo único que existen son las sensaciones. Y todo depende de ellas.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Mírame en mí, por ejemplo: mi orientación a negar las cosas se debe a mis sensaciones. Me gusta negar, porque mi cerebro está configurado así, y ¡ya está! ¿Por qué me gusta la química? ¿Por qué te gustan las manzanas? También debido a una sensación. Y así pasa con todo. El hombre nunca va a profundizar más. Esto no te lo va a decir cualquiera, y tampoco yo te lo volveré a decir.

—¡Cómo! Entonces la honradez, ¿también es una sensación?

—¡Por supuesto!

—¡Yevgueni…! —empezó a decir Arkadi con voz triste.

—¿Qué pasa? ¿No es de tu gusto? —le cortó Bazárov—. ¡Así es, hermano! ¡Si estás dispuesto a segarlo todo, empieza por ti mismo, por tus pies! Pero ya basta de filosofar. «La naturaleza infunde el silencio del sueño», dijo Pushkin.

—Pushkin nunca dijo nada parecido —objetó Arkadi.

—Bueno, pues no lo dijo, pero podría y debería haberlo dicho como poeta que era. Por cierto, seguro que sirvió en el ejército.

—¡Pushkin jamás fue militar!

—¡Por favor! Pero si en cada una de sus páginas encontramos: «¡Al combate, al combate! ¡Por el honor de Rusia!».

—Pero ¡qué fábulas te inventas! Esto ya es una calumnia.

—¿Calumnia? ¡Ya ves tú! ¡Te crees que con esa palabra me vas a asustar! Sea cual sea la calumnia que profieras contra un hombre, puedes estar seguro de que este merecería algo veinte veces peor.

—¡Será mejor que durmamos! —exclamó Arkadi enojado.

—Será un grandísimo placer —le respondió Bazárov.

Pero ni el uno ni el otro lograron dormirse. Un sentimiento casi hostil se había instalado en sus jóvenes corazones. Pasados unos cinco minutos abrieron los ojos e intercambiaron una mirada silenciosa.

—¡Mira! —dijo Arkadi de repente—: aquella hoja seca se ha desprendido de un arce y está cayendo al suelo. Su movimiento se parece mucho al vuelo de una mariposa. ¿No es curioso? Lo más triste y muerto se parece a lo más alegre y vivo.

—¡Ah, Arkadi Nikoláievich, amigo mío! —exclamó Bazárov—. Solo te pido una cosa: no hables bonito.

—Hablo como sé… Y, a fin de cuentas, esto ya es despotismo. Me ha venido una idea a la cabeza, ¿por qué no la puedo expresar?

—De acuerdo, y ¿por qué no puedo expresar yo lo que pienso? Considero que hablar bonito es indecente.

—Y ¿qué es decente? ¿Insultar?

—¡Eh, eh! Ya veo que vas por el mismo camino que tu tío. ¡Cómo se alegraría ese idiota si te escuchara!

—¿Cómo has llamado a Pável Petróvich?

—Lo he llamado como se merece: idiota.

—¡Esto ya es intolerable! —exclamó Arkadi.

—¡Ajá! Habló la voz de la sangre —sentenció tranquilamente Bazárov—. He observado lo arraigada que está en la gente. Una persona está dispuesta a renunciar a todo, a abandonar sus prejuicios por completo. Pero reconocer, por ejemplo, que un hermano que roba pañuelos es un ladrón es superior a sus fuerzas: «¿Realmente *mi* hermano, el *mío*, no es un genio? ¿Cómo es eso posible?».

—Lo que ha hablado en mí es simplemente la voz de la justicia, no la de la sangre —replicó Arkadi con arrebato—. Pero, como no entiendes esta voz y no conoces esta *sensación*, eres incapaz de juzgarla.

—En otras palabras: Arkadi Kirsánov es demasiado elevado para mi capacidad de comprensión. Pues me inclino ante ti y me callo.

—Ya basta, Yevgueni, por favor. Al final acabaremos riñendo.

—¡Ah, Arkadi! Hazme un favor: riñamos de una vez por todas como es debido, hasta que perdamos el sentido, hasta aniquilarnos.

—Pero entonces quizá terminemos por…

—¿Pegarnos? —le cortó Bazárov—. ¿Y qué? Aquí, en el heno, en este entorno idílico, lejos del mundo y de la mirada de la gente: no pasa nada. Pero no podrás conmigo. Te cogeré del pescuezo y…

Bazárov separó sus dedos largos y rudos… Arkadi se volvió hacia él y se dispuso a resistirse, como en broma… Pero la cara de su amigo le pareció tan siniestra, tan seria le pareció la amenaza de aquella sonrisa torcida y de aquellos ojos enardecidos, que sin querer se sintió atemorizado.

—¡Ah! ¡Así que estáis aquí! —se oyó en ese preciso instante la voz de Vasili Ivánovich, y el viejo médico militar apareció delante de los jóvenes, vestido con una chaqueta de lienzo y un sombrero de paja, ambos de confección casera—. Os he buscado por todas partes… Habéis escogido el lugar perfecto para entregaros a una magnífica ocupación: contemplar el «cielo» tumbados sobre la «tierra»… ¿Sabéis? ¡En esto hay un significado especial!

—Yo solo contemplo el cielo cuando quiero estornudar —gruñó Bazárov y, volviéndose hacia Arkadi, añadió a media voz—: ¡lástima que nos haya interrumpido!

—Bueno, déjalo ya —susurró Arkadi y, a hurtadillas, estrechó la mano de su amigo. Pero ninguna amistad aguanta mucho tiempo encontronazos como este.

—Os miro, mis jóvenes amigos —decía entretanto Vasili Ivánovich, moviendo la cabeza y apoyándose con las manos cruzadas en un bastón que él mismo había fabricado hábilmente y que tenía la figura de un turco a modo de empuñadura—, os miro y no puedo dejar de maravillarme. ¡Cuánta fuerza hay en vosotros, cuánta juventud floreciente, aptitudes y talento! Igual que… ¡Cástor y Pólux[64]!

—¡Ya estamos con la mitología! —profirió Bazárov—. ¡Está visto que en tus tiempos fuiste un gran latinista! Creo recordar que hasta te dieron una medalla de plata por una redacción, ¿verdad?

—¡Los Dioscuros, los Dioscuros! —exclamó Vasili Ivánovich.

—Bueno, basta ya, padre: no seas zalamero.

—Una vez al año no hace daño —farfulló el viejo—. Por otra parte, señores, no os buscaba para haceros cumplidos, sino, en primer lugar, para avisaros de que pronto comeremos. En segundo lugar, quería prevenirte de algo, Yevgueni… Eres un hombre inteligente, conoces a las personas y ya sabes cómo son las mujeres. Por lo tanto, podrás perdonar que… Tu madre ha encargado unas oraciones con motivo de tu llegada. No pienses que te estoy pidiendo que asistas: ya han terminado. Pero el padre Alekséi…

—¿El pope?

—Bueno, sí, el sacerdote. Él… comerá en casa, con nosotros. Yo no esperaba esto, e incluso lo desaconsejaba. Pero ha salido así… Se ve que no me entendió bien. Y bueno, Arina Vlásevna… Además, es un hombre muy bueno y razonable.

—No se comerá mi ración, ¿verdad? —preguntó Bazárov.

Vasili Ivánovich se echó a reír.

—¡Por favor, pero qué dices!

—Esa es mi única condición. Estoy dispuesto a sentarme a la mesa con cualquier persona.

Vasili Ivánovich se colocó bien el sombrero.

—Estaba convencido de antemano de que estarías por encima de cualquier prejuicio —dijo—. Porque incluso yo, un viejo de sesenta y dos años, ya no los tengo. —Vasili Ivánovich no se atrevió a reconocer que también él deseaba aquellas

oraciones. No era menos devoto que su mujer—. El padre Alekséi tiene muchas ganas de conocerte. Te gustará, ya lo verás. No es contrario a jugar a las cartas, e incluso (esto que quede entre nosotros) a fumarse una pipa.

—¡Está bien! Después de comer jugaremos al *yeralash*[65] y le ganaré.

—¡Je, je, je, ya lo veremos! Eso aún está por ver.

—¿Qué? ¿Recordando viejos tiempos? —le espetó Bazárov con especial énfasis.

Las mejillas bronceadas de Vasili Ivánovich se enrojecieron ligeramente.

—Cómo no te da vergüenza, Yevgueni… Lo pasado pasado está. Y sí, estoy dispuesto a reconocer ante *él* que en mi juventud tuve esta pasión, eso es así. Y ¡ya pagué por ello! Pero qué calor hace… Permitidme que me siente con vosotros. No molesto, ¿verdad?

—Nada en absoluto —respondió Arkadi.

Vasili Ivánovich se sentó en el heno soltando un gemido.

—Este lecho, señores míos —dijo—, me recuerda a mi vida en el ejército, a los campamentos. Levantábamos los puestos de socorro en cualquier parte, junto a un almiar como este, y eso aún gracias a Dios. —Suspiró—. Viví tantas cosas en mis tiempos. Si me lo permitís, os contaré un curioso episodio de peste en Besarabia.

—¿Por el que te condecoraron con la cruz de Vladímir? —le interrumpió Bazárov —. Conocemos esa historia, la conocemos… Por cierto, ¿por qué no la llevas puesta?

—Ya te he dicho que no tengo prejuicios —farfulló Vasili Ivánovich (en la víspera había mandado que le descosieran la cinta roja de la levita), y se puso a contar el episodio de peste—. Vaya, se ha quedado dormido —le susurró de pronto a Arkadi señalando a Bazárov y guiñando un ojo benévolamente—. ¡Yevgueni, levanta! —añadió en voz alta—: Vamos a comer…

El padre Alekséi, un hombre grueso y de buena planta, con el cabello espeso peinado con esmero y un cinturón bordado en la sotana de seda color lila, resultó ser una persona muy despierta e ingeniosa. Se apresuró a tenderles la mano a Arkadi y a Bazárov, como comprendiendo que ellos no querían su bendición, y se comportó con desenvoltura. No se traicionó a sí mismo ni abrumó a nadie; se rio oportunamente del latín de seminario e intercedió en favor de su obispo. Bebió dos copas de vino y rechazó la tercera; aceptó un puro de Arkadi, pero no se lo fumó: dijo que se lo llevaba a casa. Lo único un poco desagradable fue que no dejó de levantar una mano —lentamente, con cuidado— para cazar las moscas que se le posaban en la cara, e incluso aplastó alguna. Se sentó a la mesa de tapete verde con moderada satisfacción y acabó ganándole a Bazárov dos rublos y cincuenta kopeks en billetes: en casa de Arina Vlásevna no sabían contar en monedas de plata… Ella seguía sentada al lado de su hijo (nunca jugaba a las cartas), con la mejilla apoyada sobre un puño, y solo se levantaba para mandar que trajeran algún manjar. Temía acariciar a Bazárov, y él tampoco lo alentaba, no le daba pie a hacerlo; además, Vasili Ivánovich le había aconsejado que no lo «molestara» demasiado. «A los jóvenes no les gusta», le aseguraba. (No hace falta decir cómo fue la comida de aquel día: Timofeich, al

romper el alba, había salido al galope a por una carne de vaca especial circasiana; el *stárosta* había viajado hasta la otra punta a por lotas, gobios y cangrejos; solo por las setas las campesinas habían recibido cuarenta y dos kopeks de cobre). Pero la mirada de Arina Vlásevna, obstinadamente pendiente de Bazárov, no solo expresaba entrega y ternura: también se percibía tristeza mezclada con interés y miedo, y se adivinaba cierto reproche resignado.

Por otra parte, Bazárov no estaba por la labor de descifrar qué expresaban exactamente los ojos de su madre: apenas se dirigía a ella y, cuando lo hacía, era con alguna pregunta escueta. Solo una vez le pidió una mano «para darle suerte», y ella posó en silencio su delicada manita sobre la palma áspera y ancha de él.

—¿Qué? —le preguntó ella al cabo de poco—. ¿Te he dado suerte?

—Me ha ido aún peor —respondió él con una sonrisa negligente.

—Están arriesgando demasiado —observó como con pesar el padre Alekséi mientras se acariciaba su bonita barba.

—Es un regla de Napoleón, padre: de Napoleón —intervino Vasili Ivánovich y tiró un as.

—Pues esta regla hizo que acabara en la isla de Santa Elena —dijo el padre Alekséi y mató su as con un triunfo.

—¿No te apetece un poco de agua de grosella, Yeniúshechka? —preguntó Arina Vlásevna.

Bazárov se limitó a encogerse de hombros.

—¡Se acabó! —le dijo a Arkadi al día siguiente—. Mañana me marcho. Me aburro; quiero trabajar y aquí no puedo. Volveré contigo a tu aldea, dejé todos mis preparados allí. En vuestra casa al menos me puedo encerrar. Aunque mi padre me diga: «Tienes mi gabinete a tu disposición, nadie te molestará», no se aleja ni un paso de mí, y me da como apuro encerrarme. Con mi madre pasa igual: la oigo suspirar detrás de la pared, pero cuando salgo no tengo nada que decirle.

—Qué triste se va a poner —profirió Arkadi—, y él también.

—Ya volveré.

—¿Cuándo?

—Pues cuando vaya a ir a San Petersburgo.

—Me dan pena, sobre todo tu madre.

—Y eso ¿por qué? ¿Se ha ganado tu corazón a base de bayas, o qué?

Arkadi bajó la mirada.

—No conoces a tu madre, Yevgueni. No es solo una mujer maravillosa, también es muy inteligente, de verdad. Esta mañana hemos estado conversando media hora y lo que decía era tan sensato e interesante…

—Supongo que habrá estado explayándose sobre mí.

—No solo ha hablado de ti.

—Quizá tengas razón, desde fuera las cosas se ven mejor. Y, si una mujer es capaz de mantener una conversación media hora, ya es buena señal. De todos modos,

me marcho.

—No te será fácil anunciárselo. Se pasan el día entero pensando en lo que haremos dentro de dos semanas.

—No, no será fácil. Hoy el diablo me ha hecho fastidiar a mi padre. Hace unos días mandó azotar a uno de sus campesinos, de los que pagan el *obrok*, y bien que hizo. Sí, no me mires con esa cara de horror: hizo muy bien, porque era un completo ladrón y un borracho empedernido. Pero mi padre no esperaba que yo estuviera al tanto, como se suele decir. Se ha sentido muy incomodado, y ahora tendré que volverle a disgustar… Pero ¡qué más da! Saldrá de esta.

Aunque Bazárov dijo «¡Qué más da!», hasta el final del día no se decidió a comunicarle a Vasili Ivánovich su decisión. Por fin, cuando se despedía de él en el gabinete, le dijo con un bostezo forzado:

—Ah sí… Se me olvidaba decirte… Ordena que mañana envíen los caballos a la posada de Fedot para la posta.

Vasili Ivánovich se quedó pasmado.

—¿Es que se marcha el señor Kirsánov?

—Sí, y yo me voy con él.

Vasili Ivánovich se revolvió en el sitio.

—¿Te marchas?

—Sí… Tengo que hacerlo. Por favor, dispón lo de los caballos.

—De acuerdo… —balbució el viejo—. Caballos de posta… De acuerdo… Pero… pero… ¿cómo es eso?

—Tengo que ir unos días a casa de Arkadi. Luego volveré aquí.

—Sí, unos días… De acuerdo. —Vasili Ivánovich sacó un pañuelo y se sonó encorvándose casi hasta el suelo—. ¿Qué le vamos a hacer? Tenía que… pasar. Aunque pensaba que te quedarías más tiempo con nosotros. Tres días… Eso, eso… después de tres años es muy poco. ¡Muy poco, Yevgueni!

—Ya te he dicho que volveré pronto. Debo irme.

—Debes irte… ¡En fin! Lo primero es el deber. Entonces ¿envío los caballos? De acuerdo. Tu madre y yo no nos esperábamos esto, naturalmente, y le ha pedido flores a una vecina: iba a arreglarte la habitación. —Vasili Ivánovich no le dijo que cada mañana, al rayar el alba, aún medio descalzo, pedía consejo a Timofeich y, sacando con sus dedos temblorosos un billete manoseado tras otro, le encargaba distintas compras: sobre todo víveres y vino tinto, que, por cuanto había podido observar, gustaba mucho a ambos jóvenes—. La libertad es lo más importante, esa es mi norma. No hay que coartar… no…

De repente se calló y se dirigió hacia la puerta.

—Padre, nos veremos pronto, de verdad.

Pero Vasili Ivánovich no se volvió, solo agitó una mano y salió. Al regresar a su dormitorio, encontró a su mujer acostada, y se puso a rezar entre susurros para no despertarla. Sin embargo, se despertó.

—¿Eres tú, Vasili Iványch? —preguntó ella.

—¡Yo mismo, madrecita!

—¿Vienes de ver a Yeniusha? ¿Sabes qué? Temo una cosa: ¿dormirá bien en el diván? Mandé a Anfísushka que le pusiera tu colchoncito de campaña y almohadas nuevas; le daría nuestro plumón, pero creo recordar que no le gusta dormir sobre blando.

—No pasa nada, madrecita, no te preocupes. Está a gusto. «Señor, apiádate de nosotros, pecadores» —continuó, rezando a media voz. Vasili Ivánovich sentía lástima de su vieja mujer y no quería comunicarle por la noche la desgracia que la aguardaba.

Bazárov y Arkadi partieron al día siguiente. La casa se llenó de tristeza desde buena mañana. A Anfísushka se le escurrían los platos de las manos, e incluso Fedka, desconcertado, acabó por quitarse las botas. Vasili Ivánovich estaba más agitado que nunca: al parecer intentaba hacerse el valiente, hablaba alto y pisaba fuerte, pero tenía la cara chupada y evitaba mirar a su hijo. Arina Vlásevna lloraba en silencio; se habría venido abajo y no habría logrado controlarse si, por la mañana, su marido no la hubiera estado convenciendo durante dos horas. Cuando Bazárov, después de prometer repetidas veces que volvería antes de un mes, se desprendió por fin de los brazos que le retenían y se subió a la calesa; cuando los caballos emprendieron la marcha, la campanilla tintineó, las ruedas empezaron a girar, ya no hubo nada que seguir con la mirada y el polvo del camino se asentó; cuando Timofeich, encorvado y tambaleándose, se arrastró de vuelta a su cuartucho; cuando los viejitos se quedaron solos en la casa, que de pronto parecía haber encogido y envejecido también, solo entonces Vasili Ivánovich, que unos instantes antes había agitado el pañuelo enérgicamente en el porche, se desplomó en una silla y hundió la cabeza en el pecho.

—Nos ha abandonado, nos ha abandonado, abandonado —balbució—; se aburría con nosotros. ¡Solo, solo como la una! —repitió varias veces, con un brazo estirado y el dedo índice levantado.

Arina Vlásevna se acercó a él, apoyó su cabeza canosa en la cabeza canosa de él y le dijo:

—¡Qué se le va a hacer, Vasia[66]! Un hijo es una rama desgajada. Es como un halcón: cuando quiere viene, cuando quiere se va. Y tú y yo somos como setas que crecen en la hendidura de un árbol: los dos muy juntos, sin movernos de nuestro sitio. Yo seré la única que seguiré invariablemente a tu lado, por siempre jamás. Y tú lo serás para mí.

Vasili Ivánovich apartó las manos de su rostro y abrazó a su mujer y amiga, y lo hizo tan fuerte como no la había abrazado ni en su juventud: ella le había consolado en su pena.

XXII

En silencio, intercambiando alguna que otra palabra intrascendente, llegaron nuestros amigos a la posada de Fedot. Bazárov no estaba demasiado satisfecho de sí mismo, y Arkadi estaba descontento con su amigo. Además, sentía en el corazón esa tristeza sin motivo que solo la gente muy joven conoce. El cochero cambió los caballos y, tras subir al pescante, preguntó:

—¿A la derecha o a la izquierda?

Arkadi se estremeció. El camino de la derecha conducía a la ciudad, y desde allí a su casa; el de la izquierda llevaba a casa de Odintsova.

Miró a Bazárov.

—Yevgueni, ¿a la izquierda? —le preguntó.

Bazárov se volvió.

—¿A qué viene ese disparate? —musitó.

—Sé que es un disparate —respondió Arkadi—. Pero ¿qué más da? ¿Acaso es el primero que hacemos?

Bazárov se caló el gorro hasta la frente.

—Como quieras —dijo finalmente.

—¡A la izquierda! —gritó Arkadi.

La calesa partió rumbo a Nikólskoie. Pero, habiéndose decidido por el disparate, los amigos callaron aún más obstinadamente que antes, incluso parecían enfadados.

Ya por el modo en el que el mayordomo los recibió en el porche de la casa de Odintsova, los amigos pudieron adivinar que habían obrado con imprudencia al dejarse llevar por aquella repentina fantasía. Era evidente que no los esperaban. Estuvieron aguardando un buen rato en el salón, con un semblante bastante estúpido. Por fin apareció Odintsova. Los recibió con su amabilidad habitual, pero se mostró sorprendida por su pronto regreso y, a juzgar por el comedimiento de sus gestos y palabras, no se había alegrado demasiado. Se apresuraron a explicarle que se trataba de una parada en el camino, y que al cabo de unas cuatro horas proseguirían el viaje hacia la ciudad. Ella se limitó a exhalar una ligera exclamación, le pidió a Arkadi que saludara a su padre de su parte, y mandó que llamaran a su tía. La princesa apareció toda adormilada, lo que acentuaba aún más la expresión de rabia en su rostro arrugado y viejo. Katia estaba indispuesta y no salió de su habitación. Arkadi de repente sintió que tenía tantas ganas de ver a Katia como a la propia Anna Serguéievna. Pasaron cuatro horas hablando de cosas intrascendentes, de esto y aquello. Anna Serguéievna escuchaba y hablaba sin sonreír. Solo en el momento de despedirse pareció resonar en su alma su antiguo sentimiento de amistad.

—Hoy me siento melancólica —dijo—, pero no me lo tengan en cuenta y vengan a visitarme en otra ocasión, dentro de un tiempo: se lo digo a los dos.

Tanto Bazárov como Arkadi respondieron con una inclinación silenciosa, subieron al carruaje y se dirigieron sin hacer más paradas a casa, a Márino, donde llegaron sin incidentes en la tarde del día siguiente. Durante el trayecto ni el uno ni el otro mencionó siquiera el nombre de Odintsova. Bazárov, en particular, apenas despegó los labios y no dejó de mirar hacia un lado, más allá del camino, con una especie de rabiosa agitación.

En Márino todo el mundo se alegró enormemente de la llegada de los jóvenes. A Nikolái Petróvich la prolongada ausencia de su hijo le había empezado a inquietar. Dio un grito, agitó las piernas y saltó en el sofá cuando Fénechka entró corriendo en su gabinete con la mirada radiante y le anunció la llegada de los «jóvenes señores»; el propio Pável Petróvich sintió un agradable nerviosismo, y sonrió con condescendencia al estrechar la mano de los viajeros recién llegados. Las conversaciones y preguntas se sucedieron; quien más habló fue Arkadi, sobre todo durante la cena, que se prolongó hasta bien pasada la medianoche. Nikolái Petróvich mandó servir varias botellas de cerveza *porter* que acababan de traer de Moscú, y se animó hasta tal punto que las mejillas se le enrojecieron y no dejó de reírse con una risa entre infantil y nerviosa. La animación general se contagió también a la servidumbre. Duniasha corría arriba y abajo como poseída, dando portazos continuos; y Piotr, incluso pasadas las dos la madrugada, intentó tocar con la guitarra un vals cosaco. Las cuerdas sonaron lastimeras y agradables en el aire sereno de la noche, pero, aparte de una pequeña floritura inicial, al instruido ayuda de cámara nada le salió: la naturaleza le había negado el talento musical, así como cualquier otro.

No obstante, la vida no discurría demasiado feliz en Márino, y el pobre Nikolái Petróvich lo estaba pasando mal. En la granja las dificultades, desoladoras y confusas, crecían día tras día. Los problemas con los jornaleros se habían vuelto insoportables. Algunos exigían el finiquito o un aumento, y otros se marchaban llevándose el anticipo; los caballos enfermaban, los arneses se deshacían como si hubieran ardido, y el trabajo se realizaba con negligencia. La trilladora, que había sido encargada en Moscú, se reveló inservible por su peso, y la otra la rompieron el primer día que la usaron. La mitad de los establos ardió porque una vieja de la servidumbre, en un día de fuerte viento, fue con un tizón ardiendo a fumigar a su vaca… Aunque es cierto que, según la versión de la vieja, toda aquella desgracia era debida a que el señor había tenido la ocurrencia de introducir unos quesos y productos lácteos nunca vistos. El capataz de repente se volvió un holgazán, empezó a engordar como engorda cualquier ruso que se alimenta del «pan ajeno». Cuando divisaba a Nikolái Petróvich a lo lejos, para demostrar su celo, le lanzaba un palo a algún cochinillo que pasara corriendo o reñía a algún niño medio desnudo de la servidumbre, pero, por lo demás, siempre estaba durmiendo. Los campesinos sujetos al *obrok* no pagaban dentro del plazo y robaban madera; casi todas las noches los

vigilantes capturaban y, en ocasiones se llevaban a la fuerza, a los caballos de los campesinos en los prados de la «granja». Nikolái Petróvich pensó en imponer una multa por los daños causados en sus prados, pero la cosa habitualmente acababa con que los caballos, tras alimentarse uno o dos días en los pastos de la hacienda, regresaban a casa de sus dueños. Para colmo, los campesinos empezaron a reñir entre sí: había hermanos que exigían dividir las parcelas porque sus mujeres no se avenían bajo un mismo techo; de pronto estallaba una pelea y todo el mundo se alborotaba y, como si obedecieran una orden, se congregaban ante el porchecito de la oficina y pedían ver al señor: a menudo acudían borrachos y con la cara partida, y exigían justicia y represalias. Se levantaba revuelo, había griterío y los gimoteos lastimeros de las mujeres se alternaban con los improperios de los hombres. Había que escuchar a ambas partes del litigio y gritar hasta quedarse afónico, aunque sabiendo de antemano que era imposible tomar una decisión justa. Faltaban manos para recoger la cosecha. Un pequeño terrateniente de la vecindad, con un aspecto de lo más venerable, acordó con Nikolái Petróvich que le enviaría segadores a razón de dos rublos por desiatina, pero le estafó de la manera más desvergonzada; sus propias campesinas exigían unos jornales inauditos y, entretanto, las mieses se malograban; además, no podían con la siega y, para colmo, el Consejo Tutelar profería amenazas y exigía el pago completo e inmediato de intereses…

—¡Ya no me quedan fuerzas! —exclamó en más de una ocasión Nikolái Petróvich—. ¡No puedo ponerme yo mismo a pelear, mis principios no me permiten llamar al comisario de policía rural, pero sin infundir miedo al castigo no se consigue nada!

—*Du calme, du calme* —contestaba a esto Pável Petróvich, pero también él mismo refunfuñaba, fruncía el ceño y se tiraba del bigote.

Bazárov se mantenía al margen de estas «disputas», y además, como huésped, no debía inmiscuirse en asuntos ajenos. Al día siguiente de su regreso a Márino se enfrascó en su trabajo con las ranas, infusorios y preparados químicos, y andaba todo el día ocupado en ellos. Arkadi, por el contrario, consideró un deber si bien no ayudar a su padre, al menos parecer dispuesto a hacerlo. Le escuchaba pacientemente y un día le dio un consejo, pero no para que lo siguiera, sino para demostrar su interés. La administración de la hacienda no le disgustaba: soñaba incluso con placer con dedicarse a la agronomía, pero en ese momento su cabeza estaba llena de otros pensamientos. Para su sorpresa, no dejaba de pensar en Nikólskoie. Si en otro tiempo alguien le hubiera dicho que se llegaría a aburrir con Bazárov bajo un mismo techo —y ¡además qué techo, el paterno!—, se habría limitado a encogerse de hombros; pero en verdad se aburría, y tenía ganas de marcharse. Probó a dar paseos hasta caer extenuado, pero ni siquiera esto le sirvió. Un día estaba hablando con su padre, y este le dijo que conservaba algunas cartas bastante interesantes que la madre de Odintsova le había escrito a su difunta mujer en el pasado; desde ese día Arkadi no dejó en paz a su padre hasta que consiguió tenerlas, por lo que Nikolái Petróvich tuvo que

dedicarse a rebuscarlas entre una veintena de cajas y baúles. Cuando Arkadi por fin tuvo en su poder aquellos papeles medio deshechos, fue como si se tranquilizara, como si viera la meta que debía perseguir. «"Se lo digo a los dos": estas fueron sus palabras —murmuraba Arkadi sin cesar—. ¡Iré, claro que iré, y al diablo con todo!». Pero recordaba su última visita, la fría acogida de Odintsova y la incomodidad inicial, y entonces la inseguridad se apoderaba de él. Sin embargo, el «¿Y si tal vez…?» propio de la juventud, el deseo secreto de conocer la felicidad y de poner a prueba sus fuerzas en solitario, sin la tutela de nadie, acabaron venciendo. No habían pasado ni diez días de su regreso a Márino cuando de nuevo, con el pretexto de estudiar el funcionamiento de las escuelas dominicales, partió veloz hacia la ciudad, y desde allí hacia Nikólskoie. Apremiando continuamente al cochero, avanzaba como un joven oficial que se lanza al combate: sentía miedo y alegría, y la impaciencia le oprimía. «Lo principal es no pensar», se repetía a sí mismo. El cochero resultó ser un intrépido: aunque se detenía delante de cada taberna diciendo «¿Un traguito?», después de *echar el traguito* hacía galopar a los caballos sin apiadarse de ellos. Por fin divisaron el alto tejado de la casa que tan bien conocía Arkadi… «Pero ¿qué estoy haciendo? —se le ocurrió de pronto—. ¡Ahora ya no me puedo volver!». La *troika* avanzaba impetuosa y veloz, mientras el cochero lanzaba gritos y silbidos. Finalmente el puentecito crujió bajo las ruedas y los cascos de los caballos, y el paseo de abetos podados se empezó a aproximar… En la espesura verde y oscura refulgió un vestido rosa de mujer, y un rostro joven se asomó por debajo de los delicados flecos de un pequeño paraguas… Arkadi reconoció a Katia, y ella también le reconoció a él. Ordenó al cochero que detuviera a los desenfrenados caballos, saltó del carruaje y se acercó a ella.

—¡Es usted! —exclamó Katia, y poco a poco se ruborizó de pies a cabeza—. Vayamos a ver a mi hermana: está aquí, en el jardín. Se alegrará de verle.

Katia condujo a Arkadi hasta el jardín. Aquel encuentro le pareció un presagio de lo más favorable, y se alegró de verla, como si se tratara de un familiar. Además, todo había salido tan bien: sin mayordomo, sin necesidad de anunciarse. En el recodo de un sendero vio a Anna Serguéievna, que estaba de espaldas. Esta, al oír sus pasos, se volvió lentamente hacia él.

Arkadi empezó a turbarse de nuevo, pero las primeras palabras que ella le dijo lo calmaron al instante.

—¡Bienvenido, fugitivo! —exclamó Odintsova con su voz inmutable y dulce, mientras iba a su encuentro sonriendo y entornando los ojos por el sol y el viento—. ¿Dónde lo has encontrado, Katia?

—Anna Serguéievna, le traigo algo que no espera en absoluto… —empezó a decir Arkadi.

—Se ha traído a usted mismo. Eso es lo mejor de todo.

XXIII

Después de despedir a Arkadi con burlona aflicción —dándole a entender que a él no le engañaba con el verdadero motivo de su viaje—, Bazárov se aisló definitivamente: la fiebre del trabajo lo poseyó. Ya no discutía con Pável Petróvich, tanto más cuanto que este adoptaba en su presencia una actitud exageradamente aristocrática y expresaba sus opiniones más con sonidos que con palabras. Solo en una ocasión pareció que Pável Petróvich iba a enzarzarse en una discusión con el *nihilista* por una cuestión de moda en aquel entonces —los derechos de la nobleza alemana del Báltico —, pero de repente se contuvo y pronunció con fría cortesía:

—De todos modos, usted y yo no nos vamos a entender; yo, al menos, no tengo el honor de comprenderle.

—Y ¡que lo diga! —exclamó Bazárov—. El hombre tiene capacidad para comprenderlo todo: cómo actúa el éter, qué sucede en el interior del sol… Pero es incapaz de comprender que otra persona pueda sonarse la nariz de manera distinta a él.

—¿Qué? ¿Trata de ser ingenioso? —preguntó Pável Petróvich y se retiró.

Sin embargo, a veces pedía permiso a Bazárov para presenciar sus experimentos, y un día incluso acercó al microscopio su rostro —perfumado y aseado con una excelente loción— para observar cómo un infusorio transparente absorbía un polvillo verde y lo engullía afanosamente con algo parecido a unos ágiles órganos que tenía en la garganta. Nikolái Petróvich visitaba a Bazárov con mucha más asiduidad que su hermano; habría acudido cada día a «instruirse», según su propia expresión, pero los quehaceres de la hacienda requerían su atención. Nunca estorbaba al joven naturalista: se sentaba en cualquier rincón y observaba con atención, permitiéndose formularle alguna que otra pregunta prudente. En las comidas y las cenas trataba de desviar la conversación hacia la física, la geología o la química, ya que todos los demás temas, incluso los relacionados con la hacienda —y qué decir de los políticos —, podían acabar si no en un encontronazo sí en descontento mutuo. Nikolái Petróvich intuía que el odio de su hermano a Bazárov no había disminuido en absoluto. Un episodio sin importancia, entre muchos otros, confirmó sus sospechas. En los alrededores se empezaron a dar algunos casos de cólera, e incluso en el propio Márino la enfermedad «se llevó por delante» a dos personas. Una noche Pável Petróvich sufrió un amago bastante fuerte y estuvo padeciendo hasta la mañana, pero no recurrió al buen hacer de Bazárov. Al día siguiente, cuando se encontraron y este le preguntó por qué no mandó que lo llamaran, Pável Petróvich, aún completamente pálido pero ya peinado y afeitado con esmero, le respondió: «¿No fue usted quien

dijo que no cree en la medicina?». Así iban pasando los días. Bazárov trabajaba con obstinación y aire taciturno, aunque había en la casa de Nikolái Petróvich un ser con el que, si bien no podía desahogarse, sí podía hablar a gusto… Este ser era Fénechka.

La mayoría de las veces se encontraba con ella por las mañanas, temprano, en el jardín o en el patio; él nunca se acercaba a su habitación y ella solo llamó a su puerta en una ocasión para preguntarle si debía o no bañar a Mitia. Fénechka no solo confiaba en él y no le temía, sino que en su presencia se comportaba de un modo más libre y desenvuelto que con el mismo Nikolái Petróvich. Es difícil explicar la razón de ello; quizá era porque inconscientemente sentía que Bazárov carecía de todos esos atributos aristocráticos y superiores que atraen e intimidan al mismo tiempo. A sus ojos, se trataba de un médico excelente y de un hombre sencillo. Se ocupaba de su hijo en su presencia, sin cohibirse, y en una ocasión en que se sintió mareada y la cabeza le empezó a doler, tomó de sus manos una cucharada de jarabe. En presencia de Nikolái Petróvich parecía evitar a Bazárov, pero no lo hacía por astucia, sino por un sentimiento de decoro. En cuanto a Pável Petróvich, le temía más que nunca: desde hacía algún tiempo había empezado a observarla y a aparecer súbitamente a sus espaldas, como salido del fondo de la tierra, con su traje inglés, el rostro impasible y vigilante, y las manos en los bolsillos. «¡Se me hiela la sangre!», se quejaba Fénechka a Duniasha, la cual le respondía con un suspiro mientras pensaba en otro hombre «insensible»: Bazárov, sin siquiera sospecharlo, se había convertido en el *cruel tirano* de su corazón.

A Fénechka le gustaba Bazárov y esto era recíproco: la cara de él incluso se transformaba cuando hablaba con la muchacha, adquiría una expresión radiante, casi bondadosa, y a su indolencia habitual se añadía una especie de burlona deferencia. Fénechka cada día estaba más hermosa. Hay una época en la vida de las mujeres jóvenes cuando de pronto florecen y se abren como rosas de verano. Esta época había empezado para Fénechka. Todo contribuía a su esplendor, incluso el intenso calor de julio. Con su vestido blanco y ligero, ella misma parecía más blanca y ligera: su tez no se llegaba a broncear, pero el calor, del que no podía ocultarse, había sonrosado ligeramente sus mejillas y orejas, y había llenado su cuerpo de una suave pereza, que se reflejaba en una soñolienta languidez de sus bellos ojos. Prácticamente no podía trabajar: las manos se le caían sobre las rodillas. Por poco que caminara, comenzaba a ayear y a quejarse con graciosa impotencia.

—Deberías bañarte más —le decía Nikolái Petróvich.

En uno de los estanques en los que aún quedaba algo de agua, había construido una tina grande cubierta por un toldo.

—¡Ay, Nikolái Petróvich! No hay ni una sombra en el jardín, y una se puede morir antes de llegar al estanque; y a la vuelta, otra vez lo mismo.

—Eso es cierto: no hay ni una sombra —le respondía Nikolái Petróvich frotándose las cejas.

Un día, cuando Bazárov volvía de su paseo algo más tarde de las seis de la mañana, encontró a Fénechka en el cenador de lilas, aún verde y frondoso aunque sin flores. Sentada en el banco, llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, como de costumbre. Tenía a su lado un gran manojo de rosas rojas y blancas mojadas por el rocío. La saludó.

—¡Ah! ¡Yevgueni Vasílich! —exclamó ella, y se subió un poco el borde del pañuelo para mirarle. Llevaba el brazo descubierto hasta el codo.

—Pero ¿qué hace aquí? —preguntó Bazárov sentándose a su lado—. ¿Está haciendo un ramo?

—Sí, es para la mesa del desayuno. A Nikolái Petróvich le gusta.

—Pero aún queda mucho para el desayuno. ¡Vaya cantidad de flores!

—Las he cogido ahora, porque después, con el calor, ya no habrá quien salga. Solo ahora se puede respirar. Este calor me ha debilitado mucho. Me da miedo caer enferma.

—Pero ¡qué fantasías tiene! Déjeme tomarle el pulso. —Bazárov le cogió una mano, buscó una vena que le latiera regularmente, pero ni siquiera contó las pulsaciones—. Va usted a vivir cien años —sentenció soltándole la mano.

—¡Ay, Dios me libre! —exclamó ella.

—¿Por qué? ¿Acaso no quiere tener una vida larga?

—Pero ¡cien años! Mi abuela tenía ochenta y cinco, y ¡era una auténtica mártir! Renegrida, sorda, jorobada, sin parar de toser; solo era una carga para sí misma. ¡Qué clase de vida es esa!

—Entonces ¿es mejor ser joven?

—¿Cómo va a ser si no?

—Pero ¿en qué es mejor? ¡Dígamelo!

—¿Cómo que en qué? Yo ahora soy joven y puedo hacer de todo: voy, vengo, traigo cosas, y no tengo que pedir ayuda a nadie… ¿Qué hay mejor que esto?

—Pues a mí me da igual ser joven o viejo.

—¿Cómo puede decir que le da igual? Lo que dice es imposible.

—Júzguelo usted misma, Fedosia Nikoláievna, ¿para qué me sirve la juventud? Vivo solo, como un solterón…

—Esto es algo que depende de usted.

—¡La cuestión es que no depende de mí! Si por lo menos alguna mujer se apiadara de mí…

Fénechka miró a Bazárov de soslayo, pero no dijo nada.

—¿Qué es este libro que tiene ahí? —preguntó ella tras un breve silencio.

—¿Este? Uno de ciencia, complicado.

—¿Usted siempre está estudiando? ¿No se aburre? Además, seguro que ya lo sabe todo.

—Por lo visto, no lo sé todo. Intente leer un poco.

—Si no voy a entender nada. ¿Está en ruso? —preguntó Fénechka cogiendo con ambas manos un voluminoso tomo encuadernado—. ¡Qué gordo es!

—Sí, está en ruso.

—De todos modos no entenderé nada.

—No pretendo que lo entienda. Quiero verla leer: cuando lee, la punta de la nariz se le mueve con mucha gracia.

Fénechka, que se iba a poner a descifrar a media voz el artículo «Sobre la creosota», que había abierto al azar, se echó a reír y soltó el libro… Este resbaló del banco y cayó al suelo.

—También me gusta cómo ríe —dijo Bazárov.

—¡Déjelo ya!

—Me gusta cómo habla. Es como el murmullo de un arroyo.

Fénechka volvió la cabeza.

—¡Cómo es usted! —exclamó acariciando las flores con los dedos—. ¿Cómo le va a gustar escucharme cuando ha conversado con damas tan inteligentes?

—¡Bah, Fedosia Nikoláievna! Créame: todas las damas inteligentes del mundo no valen ni un codito suyo.

—¡Qué ocurrencias tiene! —murmuró Fénechka apretando los brazos.

Bazárov recogió el libro del suelo.

—Es un libro de medicina, ¿por qué lo tira?

—¿De medicina? —repitió Fénechka y se volvió hacia él—. Pues ¿sabe una cosa? ¡Desde que me dio aquellas gotitas (¿recuerda?) Mitia duerme bien! Ya no sé cómo agradecérselo. Es usted tan bueno, de verdad.

—En realidad a los médicos se les paga —apuntó Bazárov con una sonrisa burlona—. Porque los médicos, como bien sabe, son gente interesada.

Fénechka levantó los ojos hacia Bazárov: en aquel momento estaban aún más oscuros por el reflejo blanquecino que se proyectaba desde la parte superior de su rostro. No sabía si bromeaba o no.

—Si quiere, con mucho gusto, nosotros… Tendré que preguntárselo a Nikolái Petróvich…

—¿Cree que quiero dinero? —le interrumpió Bazárov—. No es dinero lo que quiero de usted.

—Entonces ¿qué? —pronunció Fénechka.

—¿Qué? —repitió Bazárov—. Adivínelo.

—¡No soy ninguna adivina!

—Pues se lo diré; quiero… una de estas rosas.

Fénechka se echó a reír de nuevo e incluso dio una palmada: tan divertido le había parecido el deseo de Bazárov. Se reía y al mismo tiempo se sentía halagada. Bazárov la miraba fijamente.

—Está bien, está bien —dijo ella finalmente y, agachándose hacia el banco, se puso a escoger una rosa—. ¿Cuál quiere, una roja o una blanca?

—Una roja, y que no sea demasiado grande.

Ella se enderezó.

—Aquí tiene, cójala —dijo ella, pero de pronto retiró la mano que le había tendido y, mordiéndose los labios, echó una ojeada a la entrada del cenador. A continuación, aguzó el oído.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bazárov—. ¿Es Nikolái Petróvich?

—No… se ha marchado al campo. Además, a él no le temo… pero a Pável Petróvich… Me ha parecido que…

—¿Qué?

—Me ha parecido que *él* venía hacia aquí. Pero no… no hay nadie. Tenga.

Fénechka le dio la rosa a Bazárov.

—¿Por qué le tiene miedo a Pável Petróvich?

—No deja de asustarme. Hablar no me habla, pero me mira de un modo extraño. A usted tampoco le gusta: recuerde que antes siempre discutían. Yo no entendía de qué discutían, pero veía cómo usted le daba la vuelta a su antojo…

Fénechka le mostró con las manos cómo, según su opinión, Bazárov le daba la vuelta a Pável Petróvich.

Bazárov sonrió.

—Y, si él me hubiera vencido, ¿habría salido usted en mi defensa? —preguntó él.

—¿Cómo le iba a poder defender yo? Y a usted no hay quien le venza.

—¿Eso cree? Pues yo sé una mano que podría derribarme con un solo dedo.

—Y ¿qué mano es esa?

—¿Acaso no lo sabe? Mire qué bien huele la rosa que me ha dado.

Fénechka estiró el cuello y acercó el rostro a la flor… El pañuelo resbaló de su cabeza y cayó sobre sus hombros, con lo que dejó al descubierto una masa de cabello suave, negro, brillante y ligeramente despeinado.

—Espere, quiero olerla con usted —dijo Bazárov. Después se inclinó y le besó con fuerza sus labios entreabiertos.

Ella se estremeció y apoyó las dos manos en el pecho de él, aunque lo hizo débilmente, de modo que él pudo reanudar y prolongar el beso.

Detrás de las lilas resonó una tos seca. Fénechka se colocó al instante en el otro extremo del banco. Entonces apareció Pável Petróvich, que hizo una ligera inclinación de cabeza y, diciendo con rabioso abatimiento: «Así que están aquí», se marchó. Fénechka cogió todas las rosas en el acto y salió del cenador.

—¡Ha obrado mal, Yevgueni Vasílevich! —murmuró al irse. En sus palabras resonaba un auténtico reproche.

Bazárov recordó otra escena reciente: sintió remordimientos y un enojo desdeñoso. Pero enseguida negó con la cabeza, se felicitó irónicamente por su «ingreso formal en el club de los seductores» y se dirigió a su habitación.

En cuanto a Pável Petróvich, salió del jardín y caminó hasta el bosque con paso lento. Estuvo allí bastante rato, y cuando regresó a desayunar, Nikolái Petróvich le

preguntó con preocupación si se encontraba bien: hasta tal punto se había ensombrecido su rostro.

—Ya sabes que a veces padezco de derrame biliar —le respondió Pável Petróvich tranquilamente.

XXIV

Al cabo de un par de horas llamó a la puerta de Bazárov.

—Discúlpeme si le interrumpo en sus trabajos científicos —empezó a decir tomando asiento en una silla que había al lado de la ventana y apoyándose con ambas manos en un bonito bastón con la empuñadura de marfil (habitualmente andaba sin bastón)—, pero me veo obligado a rogarle que me conceda cinco minutos de su tiempo… No serán más.

—Puede usted disponer de todo mi tiempo —le respondió Bazárov, al que le cambió la cara en cuanto Pável Petróvich atravesó el umbral de la puerta.

—Con cinco minutos me bastará. He venido a plantearle una cuestión.

—¿Una cuestión? ¿Sobre qué?

—Tenga la bondad de escucharme. Al principio de su estancia en casa de mi hermano, cuando aún no me privaba a mí mismo del placer de conversar con usted, pude oír sus opiniones sobre muchas cuestiones; sin embargo, por cuanto puedo recordar, nunca ha hablado conmigo o en mi presencia sobre el duelo, el duelo en general. Permítame saber: ¿cuál es su opinión sobre esta cuestión?

Bazárov, que se había levantado para recibir a Pável Petróvich, se sentó en la punta de la mesa y cruzó los brazos.

—Pues esta es mi opinión —dijo—: desde un punto de vista teórico, el duelo es absurdo; pero desde un punto de vista práctico, ya es otra cosa.

—Eso quiere decir, si le he entendido bien, que, independientemente de cuál sea su punto de vista teórico sobre el duelo, en la práctica no permitiría que alguien le ultrajara sin exigir una satisfacción, ¿cierto?

—Ha adivinado perfectamente mi pensamiento.

—Muy bien, señor. Me agrada mucho oír esto. Sus palabras me sacan de la indecisión…

—De la duda, querrá decir.

—Es lo mismo, señor; me expreso de un modo que me comprenda. Yo… no soy una rata de biblioteca. Sus palabras me liberan de una necesidad algo triste. He decidido batirme en duelo con usted.

—¿Conmigo?

—Con usted, sin duda alguna.

—Pero ¿por qué? Haga el favor de explicármelo.

—Podría explicarle el motivo —dijo Pável Petróvich—, pero prefiero callármelo. Para mi gusto, usted aquí sobra. No le soporto, le desprecio, y si esto no le parece suficiente…

Los ojos de Pável Petróvich comenzaron a centellear… También los de Bazárov se inflamaron.

—Muy bien, señor —dijo este último—. No hace falta que me dé más explicaciones. Ha tenido la fantasía de probar conmigo su espíritu caballeresco. Podría negarme a concederle este placer, pero ¡hasta ahí podíamos llegar!

—Le estoy muy agradecido —respondió Pável Petróvich—. Entonces ahora puedo esperar que aceptará mi desafío sin que yo tenga que recurrir a medidas violentas.

—Es decir, y dejándonos de alegorías: ¿recurrir a este bastón? —preguntó Bazárov con frialdad—. Está usted en lo cierto. No hay necesidad de que me ultraje. Además, este método no sería para usted demasiado seguro. Puede seguir siendo un *gentleman*… Y yo acepto su desafío, también como un *gentleman*.

—Excelente —dijo Pável Petróvich y dejó el bastón en un rincón—. Hablemos ahora sobre las condiciones de nuestro duelo. Pero antes desearía saber si considera necesario recurrir a la formalidad de que se produzca una pequeña riña entre nosotros que sirva como pretexto para retarle.

—No, dejémonos de formalidades.

—Soy de la misma opinión. También considero que está fuera de lugar profundizar en el verdadero motivo de nuestro enfrentamiento. No nos soportamos el uno al otro. ¿No es eso suficiente?

—¿No es eso suficiente? —repitió Bazárov con ironía.

—En cuanto a las condiciones del duelo, ya que no tendremos padrinos… Porque ¿dónde encontrarlos?

—Eso es, ¿dónde encontrarlos?

—Tengo por ello el honor de proponerle lo siguiente: batirnos con pistolas mañana a primera hora, pongamos que las seis, detrás del boscaje y a una distancia de diez pasos…

—¿Diez pasos? Bien, a esa distancia ya nos odiamos.

—También pueden ser ocho —observó Pável Petróvich.

—¡Claro, por qué no!

—Dispararemos dos veces; por si acaso, cada uno de nosotros llevará una nota en el bolsillo en la que se inculpe de su muerte.

—Con esto ya no acabo de estar de acuerdo —repuso Bazárov—: recuerda demasiado a las novelas francesas. No resulta verosímil.

—Es posible. Pero convendrá conmigo en que no sería agradable convertirse en sospechoso de asesinato, ¿cierto?

—Cierto. Pero hay un modo de evitar semejante penosa acusación. No tendremos padrinos, pero sí podemos tener un testigo.

—¿En quién está pensando, si me permite saberlo?

—En Piotr.

—¿Qué Piotr?

—El ayuda de cámara de su hermano. Es un hombre que está a la altura de la instrucción moderna, y desempeñará su papel con todo el *comme il faut* necesario en estos casos.

—Me parece que se está usted burlando, estimado señor.

—Ni mucho menos. Si examina mi proposición, se convencerá de que responde al sentido común y a la simplicidad. Todo saldrá a la luz, pero me encargaré de preparar a Piotr adecuadamente y de llevarlo al lugar del duelo.

—Sigue usted bromeando —dijo Pável Petróvich levantándose de la silla—. No obstante, tras la amable disposición que ha mostrado, no tengo derecho a reprocharle nada… Así pues, queda todo arreglado… Por cierto, ¿tiene usted pistolas?

—¿Cómo voy a tener pistolas, Pável Petróvich? No soy soldado.

—En ese caso le ofrezco las mías. Puede estar seguro de que hace cinco años que no disparo con ellas.

—Una noticia muy consoladora.

Pável Petróvich cogió el bastón.

—Después de esto, estimado señor, solo me queda darle las gracias y dejar que vuelva a sus ocupaciones. Le presento mis respetos.

—Hasta nuestro agradable encuentro, muy estimado señor —se despidió Bazárov acompañando a su visitante.

Pável Petróvich salió. Bazárov se quedó parado ante la puerta y de pronto exclamó:

—¡Bah, demonios! ¡Qué bonito y estúpido! ¡Vaya comedia hemos montado! Así bailan los perros amaestrados sobre sus patas traseras. Pero no podía negarme, porque, si no, habría sido capaz de golpearme, y entonces… —Bazárov palideció solo con pensarlo; todo su orgullo se sublevó de golpe—. Entonces lo tendría que haber estrangulado como a un gatito.

Volvió a su microscopio, pero el corazón se le había agitado, y la calma, imprescindible para la observación, le había abandonado. «De modo que esta mañana nos ha visto —pensó—, pero ¿acaso reacciona así solo por su hermano? Además, ¿qué importancia tiene un beso? Aquí hay algo más. ¡Claro! ¿No será que él mismo está enamorado de ella? Por supuesto que sí, está claro como el agua. ¡Vaya lío! Y ¡qué situación tan detestable! —decidió por fin—. Es detestable lo mires por donde lo mires. Primero tendré que poner en peligro mi cabeza y, en cualquier caso, marcharme; y después está Arkadi… Y el bonachón de Nikolái Petróvich. ¡Detestable, detestable!».

El día transcurrió especialmente tranquilo e indiferente. Fénechka parecía haber desaparecido de la faz de la tierra; se quedó en su habitación, como un ratoncito en su madriguera. Nikolái Petróvich parecía preocupado. Le habían informado de que en su trigo, en el que había depositado tantas esperanzas, había aparecido una plaga de tizón. Pável Petróvich abrumó a todo el mundo, incluso a Prokófich, con su gélida cortesía. Bazárov empezó a escribir una carta para su padre, pero la rompió y la

arrojó debajo de la mesa. «Si me muero, ya se enterarán. Pero no moriré. No. Aún tengo que dar muchas vueltas por este mundo». Mandó a Piotr que se presentara en su habitación al día siguiente, al romper el alba, para un asunto importante. Piotr se imaginó que querría llevárselo consigo a San Petersburgo. Bazárov se acostó tarde, y se pasó toda la noche atormentado por unos sueños de lo más confusos… Ante sus ojos giraba Odintsova, que era su madre, y tras ella caminaba un gatito de bigotes negros, que era Fénechka; Pável Petróvich se le aparecía en forma de bosque enorme, con el que, igualmente, debía batirse. Piotr le despertó a las cuatro. Bazárov se vistió en el acto y salió junto a él.

La mañana era magnífica y fresca. Pequeñas nubecillas de colores estridentes formaban bucles de espuma en el azul pálido del cielo; el fino rocío se derramaba sobre las hojas y la hierba, brillaba como la plata en las telas de araña. Parecía que la tierra húmeda y oscura aún conservara la huella carmesí de la aurora; los cantos de las alondras se esparcían por el cielo entero. Bazárov llegó hasta el boscaje, se sentó en el lindero, a la sombra, y solo entonces le reveló a Piotr cuáles eran los servicios que esperaba de él. El instruido lacayo se quedó aterrorizado, pero Bazárov le tranquilizó asegurándole que lo único que tendría que hacer era observar desde la distancia, y que sobre él no recaería ninguna responsabilidad. «¡Además —añadió—, piensa en lo importante que es el papel que vas a tener que representar!». Piotr abrió los brazos estupefacto, bajó la mirada y, verde de espanto, se apoyó en un abedul.

El camino que salía de Márino bordeaba el boscaje; desde la víspera el fino polvo que lo cubría no había sido tocado ni por ruedas ni por pies. Bazárov miraba involuntariamente el camino, arrancaba y mordía briznas de hierba, y no dejaba de repetirse: «¡Vaya estupidez!». El fresco de la mañana le hizo estremecerse un par de veces… Piotr le miró con aspecto abatido, pero Bazárov se limitó a sonreír: no tenía miedo.

En el camino se oyeron cascos de caballo y un campesino apareció por detrás de los árboles. Iba arreando dos caballos atados y, al pasar por delante de Bazárov, le miró de un modo extraño, sin quitarse el gorro, algo que al parecer turbó a Piotr: lo consideró de mal agüero. «Este también se ha levantado temprano, sí —pensó Bazárov—, pero al menos para algo de provecho. En cambio, nosotros…».

—Señor, me parece que llega —susurró Piotr de repente.

Bazárov alzó la cabeza y vio a Pável Petróvich. Vestido con una chaqueta ligera a cuadros y con unos pantalones tan blancos como la nieve, avanzaba por el camino con paso rápido. Llevaba debajo de un brazo una caja envuelta en un paño verde.

—Discúlpeme, creo que le he hecho esperar —dijo saludando primero a Bazárov y después a Piotr, al cual, en aquel momento, respetaba como a una suerte de padrino —. No quería despertar a mi ayuda de cámara.

—No pasa nada, señor —respondió Bazárov—, también nosotros acabamos de llegar.

—¡Ah, pues mejor! —Pável Petróvich miró a su alrededor—. Nadie nos ve y nadie nos molestará… ¿Podemos comenzar?

—Comencemos.

—Supongo que no exige nuevas explicaciones, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Desea cargar las armas? —preguntó Pável Petróvich sacando las pistolas de la caja.

—No, cárguelas usted, y yo mediré los pasos. Mis piernas son más largas —añadió Bazárov con una sonrisa burlona—. Uno, dos, tres…

—Yevgueni Vasílich —balbució con dificultad Piotr (estaba temblando como si tuviera fiebre)—, si le parece bien, me alejaré.

—Cuatro… cinco… Aléjate, hermano, aléjate; puedes incluso colocarte detrás de un árbol y taparte los oídos, pero no cierres los ojos. Si alguno de los dos cae, corre a levantarlo. Seis… siete… ocho… —Bazárov se detuvo—. ¿Es suficiente o añado dos pasos más? —le preguntó a Pável Petróvich.

—Como guste —respondió este mientras introducía la segunda bala.

—Bueno, pues añadamos dos pasos más. —Bazárov trazó una línea en el suelo con la punta de su bota—. Esta será la barrera. A propósito: ¿cuántos pasos tenemos que dar desde la barrera? Es una cuestión importante, y ayer no la discutimos.

—Supongo que diez —respondió Pável Petróvich entregándole a Bazárov las dos pistolas—. Sírvase a elegir una.

—Me sirvo. Aunque convendrá conmigo, Pável Petróvich, en que nuestro duelo es insólito hasta rozar el ridículo. Mire si no la cara que pone nuestro padrino.

—A usted le divierte bromear todo el tiempo —respondió Pável Petróvich—. No niego la rareza de nuestro duelo, pero considero un deber advertirle de una cosa: pienso batirme de verdad. *A bon entendeur, salut*[67]!

—¡Oh! No dudo de que estamos decididos a aniquilarnos el uno al otro; pero ¿por qué no reírse, por qué no unir *utile dulci*[68]? Así son las cosas: usted me habla en francés, y yo, en latín.

—Pienso batirme de verdad —repitió Pável Petróvich y se dirigió hacia su puesto. Bazárov, por su parte, contó diez pasos desde la barrera y se detuvo.

—¿Está listo? —preguntó Pável Petróvich.

—Completamente.

—Podemos empezar.

Bazárov avanzó lentamente y Pável Petróvich caminó hacia él con la mano izquierda dentro en el bolsillo y alzando poco a poco el cañón de la pistola… «¡Me está apuntando directamente a la nariz! —pensó Bazárov—. Y ¡con qué esmero entorna los ojos, el muy granuja! Qué sensación tan desagradable. Fijaré la mirada en la cadena de su reloj…». De repente, algo silbó violentamente cerca de su oreja, y en ese instante se oyó un disparo. «Lo he oído, eso significa que no me ha pasado nada», tuvo tiempo de pensar. Dio un paso más y, sin apuntar, apretó el gatillo.

Pável Petróvich se contrajo ligeramente y se llevó una mano al muslo. Un hilo de sangre comenzó a extenderse por sus pantalones blancos.

Bazárov tiró la pistola a un lado y se aproximó a su rival.

—¿Está herido? —le preguntó.

—Tenía usted derecho a hacerme acercar a la barrera —observó Pável Petróvich —. No es nada. Según las condiciones que pactamos, a cada uno le queda otro disparo.

—Perdone, pero eso lo dejamos para otro día —le respondió Bazárov y sujetó a Pável Petróvich, que empezaba a palidecer—. En este momento ya no soy duelista, sino médico, y, antes de nada, debo examinar su herida. ¡Piotr! ¡Ven aquí, Piotr! ¿Dónde te has metido?

—Tonterías… No necesito la ayuda de nadie —dijo Pável Petróvich separando las palabras—. Y… debemos… otra vez… —Iba a atusarse el bigote, pero le flojeó la mano, los ojos se le pusieron en blanco y perdió el sentido.

—¡Vaya hombre! ¡Se ha desmayado! ¡A qué viene esto! —gritó sin querer Bazárov mientras colocaba a Pável Petróvich sobre la hierba—. Veamos qué tenemos aquí… —Sacó un pañuelo, le limpió la sangre y palpó alrededor de la herida…—. El hueso está entero —dijo entre dientes—, la bala le ha atravesado de lado a lado, pero con poca profundidad: solo el músculo *vastus externus* está lesionado. Dentro de tres semanas ya podrá bailar… Pero ¡mira que desmayarse! ¡Ay, pero qué gente tan nerviosa! Y qué piel tan fina.

—¿Está muerto, señor? —susurró a su espalda Piotr con la voz temblando.

Bazárov se volvió para mirarle.

—Ve a por agua, hermano, rápido: vivirá más que tú y yo juntos.

Pero el criado perfeccionado pareció no entender sus palabras y no se movió del sitio. Pável Petróvich abrió los ojos lentamente.

—¡Se está muriendo! —susurró Piotr y empezó a santiguarse.

—Tiene usted razón… ¡Qué fisonomía tan estúpida! —dijo con una risa forzada el *gentleman* herido.

—¡Ve a por agua de una vez, demonios! —gritó Bazárov.

—No es necesario… Ha sido un *vertige*[69] momentáneo… Ayúdeme a sentarme… Así… Es un rasguño, solo hay que presionarlo con algo. Iré a casa andando, o, si no, puede mandar que me venga a recoger un carruaje. Si le parece bien, no reanudaremos el duelo. Ha obrado usted con nobleza… Hoy, hoy: téngalo en cuenta.

—No hace falta recordar el pasado —objetó Bazárov—; en cuanto al futuro, tampoco hace falta romperse la cabeza, porque tengo la intención de largarme de inmediato. Y ahora déjeme vendarle la pierna. La herida no es peligrosa, pero es mejor detener la hemorragia. Aunque antes de nada tenemos que resucitar a este muerto.

Bazárov sacudió a Piotr por el cuello de la camisa y le mandó a por el carruaje.

—Ten cuidado de no asustar a mi hermano —le dijo Pável Petróvich—: no se te ocurra contarle nada.

Piotr salió corriendo y, mientras iba a por el carruaje, los dos rivales se quedaron sentados en el suelo en silencio. Pável Petróvich evitaba mirar a Bazárov: a pesar de todo, no quería hacer las paces con él. Se avergonzaba de su propia arrogancia, de su fracaso, de todos sus actos, aunque sentía que todo aquello no podría haber tenido un final mejor. «Al menos, saldrá de mi vista —se consolaba—, y eso ya es de agradecer». El silencio, pesado e incómodo, se prolongaba. Ninguno de los dos se sentía bien, y cada uno era consciente de que el otro le comprendía. Esta conciencia es agradable para los amigos, pero para los enemigos resulta muy molesta, sobre todo cuando uno no puede ni explicarse, ni irse.

—¿No le he apretado demasiado el vendaje? —preguntó finalmente Bazárov.

—No, en absoluto, está perfecto —le respondió Pável Petróvich y, tras un breve silencio, añadió—: No vamos a poder engañar a mi hermano, le tendremos que decir que nos hemos peleado por algún asunto relacionado con la política.

—Me parece muy bien —asintió Bazárov—. Puede usted decirle que he injuriado a los anglómanos.

—Perfecto. ¿Qué cree usted que piensa de nosotros ese hombre? —preguntó Pável Petróvich señalando al mismo campesino que unos minutos antes del duelo había pasado por delante de Bazárov arreando dos caballos, y que al regresar de vuelta por el camino se había hecho a un lado y quitado el gorro al ver a los «señores».

—¡Quién sabe! —respondió Bazárov—, lo más probable es que no piense nada. El campesino ruso sigue siendo ese desconocido misterioso sobre el que tanto escribió la señora Radcliffe[70] en el pasado. ¿Quién es capaz de entenderlo? Ni siquiera él mismo se comprende.

—¡Ah! ¡Así piensa usted! —empezó a decir Pável Petróvich, pero de repente exclamó—: ¡Mire lo que ha hecho el tonto de su Piotr! ¡Mi hermano viene hacia aquí a todo galope!

Bazárov se volvió y distinguió el rostro pálido de Nikolái Petróvich, que iba montado en un coche ligero. Saltando de este incluso antes de que se hubiera detenido, se precipitó hacia su hermano.

—¿Qué significa esto? —exclamó con la voz agitada—. Yevgueni Vasílevich, por favor, ¿qué ha pasado?

—Nada —respondió Pável Petróvich—, te han alarmado en balde. El señor Bazárov y yo hemos tenido una pequeña riña, y he pagado un poco por ello.

—Pero ¿a qué se ha debido, por Dios?

—¿Cómo decírtelo? El señor Bazárov habló irrespetuosamente de *sir* Robert Peel[71]. Quiero añadir que soy el único culpable de todo esto, y que el señor Bazárov ha tenido un comportamiento ejemplar. He sido yo quien le ha retado.

—Pero ¡si estás sangrando, por favor!

—Y ¿qué pensabas que tenía en las venas, agua? Esta sangría hasta me irá bien. ¿No es así, doctor? Ayúdame a subir al coche y no te pongas melancólico. Mañana ya estaré bien. Así es, perfecto. ¡En marcha, cochero!

Nikolái Petróvich fue andando detrás del coche. Bazárov quiso ir a pie, pero…

—Le ruego que se ocupe de mi hermano hasta que traigan a otro médico de la ciudad —le había dicho Nikolái Petróvich.

Bazárov inclinó la cabeza en silencio.

Al cabo de una hora Pável Petróvich ya reposaba en la cama, con la pierna hábilmente vendada. Toda la casa andaba sobresaltada. Fénechka se desmayó. Nikolái Petróvich se retorcía las manos en silencio, y Pável Petróvich reía y bromeaba, sobre todo con Bazárov. Se puso una camisa fina de batista, una vistosa cazadora matinal y un fez. No permitió que bajaran las cortinas de las ventanas y se quejaba graciosamente de tener que guardar ayuno.

Sin embargo, hacia la noche le dio fiebre y le empezó a doler la cabeza. Llegó el médico de la ciudad. (Nikolái Petróvich, en contra de las indicaciones de su hermano, hizo venir al médico, algo que también deseaba Bazárov, que estuvo el día entero en su habitación —con el rostro amarillento e iracundo— y pasó a ver al enfermo solo un instante. Se cruzó un par de veces con Fénechka, pero ella huyó de él horrorizada). El nuevo médico recetó bebidas refrescantes y, por lo demás, corroboró el diagnóstico de Bazárov sobre la ausencia de peligro. Cuando Nikolái Petróvich le aseguró que su hermano se había disparado accidentalmente, respondió: «¡Hm!». No obstante, al ver que le ponían veinticinco rublos en plata en la mano, exclamó: «¡Vaya! ¡Estas cosas suelen ocurrir, claro que sí!».

Nadie en la casa se acostó ni se desvistió. Nikolái Petróvich entraba sin cesar en la habitación de su hermano, de puntillas, y salía también de puntillas; este dormitaba, gemía un poco, le decía en francés: *Couchez-vous*[72] y pedía de beber. Nikolái Petróvich mandó a Fénechka que le llevara un vaso de limonada. Pável Petróvich la miró fijamente y se bebió el vaso entero. Por la mañana le subió un poco la fiebre y empezó a delirar ligeramente. Al principio Pável Petróvich pronunciaba algunas palabras incoherentes; luego, de repente, abrió los ojos y, al ver a su hermano junto a su cama, solícitamente inclinado hacia él, le dijo:

—¿No es cierto, Nikolái, que Fénechka tiene algún parecido con Nelly?

—¿Con qué Nelly, Pasha[73]?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Con la princesa R. Especialmente en la parte alta del rostro. *C’est de la même famille*[74].

Nikolái Petróvich no respondió nada, pero le asombró la fuerza con la que los sentimientos del pasado perduran en los hombres.

«En qué momento sale a relucir», pensó.

—¡Ah, cómo amo a esa veleidosa criatura! —gimió Pável Petróvich llevándose melancólicamente las manos detrás de la cabeza—. No toleraré que un descarado cualquiera se atreva a tocarla… —balbució al cabo de unos instantes.

Nikolái Petróvich se limitó a suspirar: no sospechaba a quién se referían esas palabras.

Al día siguiente, sobre las ocho, se presentó Bazárov. Ya había hecho el equipaje y liberado a todas sus ranas, insectos y pájaros.

—¿Ha venido a despedirse? —le preguntó Nikolái Petróvich levantándose para recibirlo.

—Así es, señor.

—Le comprendo y le doy la razón completamente. Mi pobre hermano, por supuesto, es culpable y ha sido castigado. Me dijo que le puso a usted en una situación que le hacía imposible actuar de otra manera. Creo que no pudo usted evitar este duelo que… que hasta cierto punto tiene su explicación en el continuo antagonismo de sus puntos de vista. —Nikolái Petróvich se hizo un embrollo con las palabras—. Mi hermano es un hombre a la antigua, iracundo y obstinado… En cualquier caso, gracias a Dios que las cosas han terminado así. He tomado las medidas necesarias para evitar que todo esto salga a la luz…

—Le dejo mi dirección por si se complicara el asunto —dijo Bazárov con desgana.

—Espero que no haya complicaciones, Yevgueni Vasílich… Me entristece mucho que su estancia en mi casa haya tenido este… este final. Y aún me aflige más que Arkadi…

—Lo más probable es que lo vea pronto —respondió Bazárov, al que cualquier tipo de «explicación» o «aclaración» le inspiraba invariablemente un sentimiento de impaciencia—. En caso contrario, le ruego que le salude de mi parte y que le transmita mi pesar.

—Y yo le ruego… —le estaba diciendo Nikolái Petróvich con una inclinación de cabeza, pero Bazárov salió sin esperar que terminara la frase.

Al enterarse de la marcha inminente de Bazárov, Pável Petróvich quiso verle para estrecharle la mano. Pero Bazárov también en esta ocasión se mostró frío como el hielo. Comprendía que lo que Pável Petróvich deseaba era hacerse el magnánimo. Sin embargo, no logró despedirse de Fénechka: solo intercambió con ella una mirada desde la ventana. Su rostro le pareció triste. «¡Acabará mal, supongo! —se dijo—. Pero, bueno, ¡saldrá de esta de algún modo!». Piotr, en cambio, estaba tan enternecido que se le echó a llorar sobre su hombro, hasta que Bazárov le enfrió los ánimos al preguntarle que «de dónde sacaba tanta agua». Duniasha tuvo que salir corriendo hacia el boscaje para ocultar su emoción. El culpable de toda esta aflicción se encaramó a un carro y se encendió un puro. Tras recorrer más de tres verstas, cuando en el recodo del camino apareció ante sus ojos por última vez la hacienda de los Kirsánov —en línea recta con la nueva casa señorial—, se limitó a escupir y, después de farfullar: «Malditos señoritos», se arrebujó en su capote.

Pável Petróvich no tardó en mejorar, pero tuvo que guardar cama cerca de una semana. Soportó su «cautiverio» —como él mismo expresaba— con bastante

paciencia, aunque se preocupaba demasiado de su atavío, y ordenaba una y otra vez que rociaran su habitación con agua de colonia. Nikolái Petróvich le leía revistas, y Fénechka le atendía como antes: le llevaba caldo, limonada, huevos pasados por agua y té. Pero un terror secreto se apoderaba de ella cada vez que entraba en la habitación. Aquel acto inesperado de Pável Petróvich había asustado a todos en la casa, pero a ella más que a nadie. El único en no inmutarse fue Prokófich, quien contaba que, en sus tiempos, los señores «se batían», aunque «solo lo hacían los señores nobles, porque a granujas como aquel habrían mandado que le dieran una buena tunda en las cuadras por grosero».

Fénechka apenas tenía remordimientos de conciencia, pero la idea de cuál había sido el auténtico motivo del duelo a veces la atormentaba. Además, Pável Petróvich la miraba de un modo tan extraño… Incluso de espaldas sentía que sus ojos se posaban en ella. Adelgazó a raíz de la angustia incesante que la invadía, y esto, como suele suceder, la hizo aún más atractiva.

Una mañana Pável Petróvich se sintió mejor y decidió trasladarse de la cama al diván; Nikolái Petróvich, al enterarse de su mejoría, se ausentó para ir a la era. Fénechka le llevó una taza de té, la colocó sobre la mesita y, cuando se apresuraba para marcharse, Pável Petróvich la retuvo.

—¿Adónde va con tanta prisa, Fedosia Nikoláievna? —empezó a decir él—. ¿Es que tiene asuntos que atender?

—No, señor… Bueno, sí, señor… Tengo que servir el té.

—Ya lo hará Duniasha sin su ayuda. Haga un poco de compañía a este enfermo. Además, tengo que hablar con usted.

Fénechka se sentó en la punta del sillón.

—Escúcheme —empezó a decir Pável Petróvich y se atusó el bigote—, hace tiempo que quería preguntarle una cosa: ¿me tiene miedo?

—¿Yo, señor…?

—Sí, usted. Nunca me mira, como si no tuviera la conciencia tranquila.

Fénechka enrojeció, pero miró a Pável Petróvich, que le pareció un tanto extraño. El corazón se le estremeció ligeramente.

—Porque tiene la conciencia limpia, ¿verdad? —preguntó él.

—Y ¿por qué no la voy a tener limpia? —susurró ella.

—¡Vaya usted a saber! Por otra parte, ¿ante quién puede sentirse culpable? ¿Ante mí? Difícilmente. ¿Ante otras personas de la casa? Imposible también. O ¿ante mi hermano, quizá? Porque usted le ama, ¿cierto?

—Sí, le amo.

—¿Con toda su alma y todo su corazón?

—Sí, amo a Nikolái Petróvich con todo mi corazón.

—¿De veras? Míreme, Fénechka. —Era la primera vez que la llamaba así—. ¡Ya sabe que mentir es un pecado terrible!

—No miento, Pável Petróvich. ¡Si no amara a Nikolái Petróvich, ya no tendría motivos para vivir!

—Y ¿no lo cambiará por nadie?

—¿Por quién lo voy a cambiar?

—¡Lo mismo da por quién! Por el señor aquel que se ha marchado, por ejemplo.

Fénechka se puso de pie.

—¡Por Dios bendito, Pável Petróvich! ¿Por qué me tortura de esta manera? ¿Qué le he hecho yo? ¿Cómo puede decir algo así?

—Fénechka —dijo Pável Petróvich con voz triste—, es que yo vi…

—¿Qué es lo que vio, señor?

—Pues allí… en el cenador.

Fénechka se ruborizó de pies a cabeza.

—Y ¿qué culpa tengo yo de aquello? —musitó con dificultad.

Pável Petróvich se incorporó.

—¿No es usted culpable? ¿No? ¿Nada en absoluto?

—¡Nikolái Petróvich es el único hombre de este mundo al que amo, y le amaré siempre! —exclamó Fénechka con una súbita fuerza mientras los sollozos le subían a la garganta—. En cuanto a lo que usted vio, hasta en el juicio final afirmaré que no tengo ni he tenido ninguna culpa, y prefiero morir ahora mismo antes de que alguien pueda sospechar que yo, ante mi bienhechor Nikolái Petróvich…

Pero en ese momento le falló la voz y entonces sintió cómo Pável Petróvich le cogía una mano y se la apretaba… Fénechka le miró y se quedó petrificada. Él estaba aún más pálido que antes, los ojos le brillaban y, aún más asombroso: por la mejilla le corría una gruesa lágrima solitaria.

—¡Fénechka! —dijo con un extraño susurro—. ¡Quiera a mi hermano, quiéralo! ¡Es un hombre tan bueno y bondadoso! ¡No le traicione por nadie en el mundo, no escuche las palabras de ningún otro! ¡Piense que no hay nada más terrible que amar y no ser amado! ¡No abandone nunca a mi pobre Nikolái!

Fénechka se quedó tan asombrada que se le secaron las lágrimas y su miedo se desvaneció. Pero cuál sería su estado cuando Pável Petróvich, el mismísimo Pável Petróvich, apretó la mano de ella contra sus labios y, aunque no la besó, se puso a suspirar convulsivamente.

«¡Señor! —pensó ella—. ¿No estará sufriendo un ataque?».

En aquel momento toda la vida que en él había muerto palpitó.

La escalera crujió bajo unos pasos rápidos. Pável Petróvich apartó a Fénechka de su lado y echó la cabeza sobre la almohada. La puerta se abrió y apareció Nikolái Petróvich alegre, lozano y sonrosado. Mitia, tan lozano y sonrosado como su padre, vestido con una camisita, daba brincos sobre su pecho y se aferraba con los piececitos desnudos a los grandes botones del abrigo rústico de su padre.

Fénechka se precipitó hacia ellos, los rodeó con los brazos y apoyó su cabeza en el hombro de Nikolái Petróvich, que no salía de su asombro: Fénechka era tímida y

discreta, y nunca le daba muestras de cariño en presencia de terceros.

—¿Qué te pasa? —exclamó; después miró a su hermano y puso a Mitia en los brazos de Fénechka—. ¿No te encontrarás peor? —le preguntó a Pável Petróvich acercándose a su lado.

Este hundió el rostro en su pañuelo de batista.

—No… yo… no pasa nada… Al contrario, me encuentro mucho mejor.

—No tendrías que haberte instalado tan pronto en el diván. ¿Adónde vas? —añadió Nikolái Petróvich volviéndose hacia Fénechka, pero esta ya había cerrado de golpe la puerta—. Te había traído a mi hombrecito para que lo vieras: añoraba a su tío. ¿Por qué se lo habrá llevado? Y ¿a ti qué te ocurre? ¿Es que ha pasado algo entre vosotros?

—¡Hermano! —pronunció Pável Petróvich con solemnidad.

Nikolái Petróvich se estremeció, sintió un miedo que ni él mismo comprendía.

—Hermano —volvió a decir Pável Petróvich—, dame tu palabra de que cumplirás la petición que te voy a hacer.

—¿Qué petición? Habla.

—Es muy importante. Creo que la felicidad entera de tu vida depende de ello. Últimamente he pensado mucho en lo que te voy a decir… ¡Hermano, cumple con tu deber, el deber de un hombre honrado y noble! ¡Pon fin a la tentación y al mal ejemplo que tú, el mejor de los hombres, estás dando!

—¿Qué quieres decir, Pável?

—Cásate con Fénechka… Ella te quiere, y es la madre de tu hijo.

Nikolái Petróvich retrocedió un paso y alzó las manos.

—Y ¿eres tú quien me lo dice, Pável? ¡Tú, al que siempre he tenido por el enemigo más acérrimo de este tipo de matrimonios! ¡Eres tú quien lo dice! ¿Acaso no sabes que solo por respeto a ti no he cumplido con lo que tan justamente has llamado mi deber?

—Pues has hecho mal respetándome en esto —repuso Pável Petróvich con una triste sonrisa—. Empiezo a pensar que Bazárov estaba en lo cierto cuando me reprochaba mi aristocratismo. No, querido hermano, ya es hora de que nos dejemos de comedias y de pensar en el qué dirán: somos hombres viejos y mansos, ya es hora de que dejemos a un lado la vanidad y cumplamos, como tú dices, con nuestro deber. Y ya verás cómo además seremos más felices.

Nikolái Petróvich se lanzó a abrazar a su hermano.

—¡Me has abierto los ojos definitivamente! —exclamó—. Por algo siempre he afirmado que eres el hombre más bueno e inteligente del mundo; y ahora veo que eres tan sensato como generoso.

—Con cuidado, con cuidado —le interrumpió Pável Petróvich—: no lastimes la pierna de tu sensato hermano, este que, casi a los cincuenta años, se ha batido en duelo como si fuera un alférez. Así pues, ya está decidido: Fénechka será mi… *belle-soeur*[75].

—¡Mi querido Pável! Pero ¿qué dirá Arkadi?

—¿Arkadi? ¡Se sentirá victorioso, por favor! Aunque el matrimonio no entre en sus *prinsipiós*, su sentimiento de igualdad quedará satisfecho. Y, realmente, ¿qué sentido tienen las castas *au dixneuvième siècle*[76]?

—¡Ah, Pável, Pável! Deja que te vuelva a besar. No temas, tendré cuidado.

Los hermanos se abrazaron.

—¿No crees que deberías comunicarle a Fénechka tu intención ahora mismo? —preguntó Pável Petróvich.

—¿Para qué voy a apresurarme? —objetó Nikolái Petróvich—. ¿Acaso lo habéis hablado?

—¿Hablarlo nosotros? *Quelle idée!*[77]

—Perfecto entonces. Lo primero es que te recuperes, hay tiempo de sobra: debo meditarlo bien, considerarlo…

—Pero ¿no estás decidido?

—Por supuesto: estoy decidido y te lo agradezco con toda el alma. Ahora te dejo: debes descansar. Las emociones te perjudican… Pero volveremos a hablar. ¡Duérmete, querido hermano, y que Dios te dé salud!

«¿Por qué me lo agradece tanto? —pensó Pável Petróvich cuando se quedó solo —. ¡Como si esta cuestión no dependiera de él! En cuanto a mí, cuando se case me marcharé lejos, a Dresde o a Florencia, y viviré allí hasta estirar la pata».

Pável Petróvich se humedeció la frente con agua de colonia y cerró los ojos. Iluminada por la luz brillante del día, su cabeza, hermosa y enflaquecida, reposaba sobre la almohada blanca, igual que la cabeza de un cadáver… Y es que era un cadáver.

XXV

En Nikólskoie, en un banco de césped que había en el jardín a la sombra de un alto fresno, estaban Katia y Arkadi. Fifí, en el suelo cerca de ellos, formaba con su cuerpo alargado esa elegante curva que los cazadores suelen llamar «el descanso de la liebre». Ambos guardaban silencio. Arkadi tenía un libro entreabierto en las manos, mientras que Katia cogía las migas de pan blanco que habían quedado en una cesta y se las lanzaba a una pequeña bandada de gorriones que, con la tímida insolencia que los caracteriza, brincaban y gorjeaban a sus pies. El viento suave agitaba las hojas del fresno y desplazaba ligeramente a un lado y a otro los reflejos pálidos y dorados de la luz por el oscuro caminito y por el lomo amarillento de Fifí. Una sombra uniforme cubría a Arkadi y Katia, y solo de vez en cuando se dibujaba una franja de luz en el cabello de ella. Ambos guardaban silencio, pero tanto ese silencio como el modo de sentarse, uno al lado del otro, denotaban confianza e intimidad; era como si ninguno de ellos pensara en el otro, pero se alegraran silenciosamente de su cercanía. También sus rostros habían cambiado desde la última vez que los vimos: Arkadi parecía más tranquilo y Katia más animada, más audaz.

—¿No le parece —empezó a decir Arkadi— que «fresno» es un nombre muy adecuado en ruso? No hay ningún otro árbol cuyas hojas dejen pasar la luz de un modo tan gracioso y *luminoso* como este[78].

Katia miró hacia arriba y contestó:

—Sí.

Arkadi pensó: «Ella no me reprocha que hable bonito».

—No me gusta Heine —dijo ella señalando con la mirada el libro que Arkadi tenía en las manos— ni cuando se ríe, ni cuando llora. Me gusta cuando está pensativo y triste.

—Pues a mí me gusta cuando se ríe —apuntó Arkadi.

—Eso son los antiguos vestigios que le quedan de su vena satírica… —«¡Antiguos vestigios! ¡Si esto lo oyera Bazárov…!», pensó Arkadi—. Pero aguarde: lo vamos a reeducar.

—¿Quién me va a reeducar? ¿Usted?

—¿Quién? Pues mi hermana, Porfiri Platónovich, con el que usted ya no discute, y mi tía, a la que hace ya tres días que acompaña a la iglesia.

—¡No podía negarme! Y en cuanto a Anna Serguéievna, recuerde que ella estaba de acuerdo con muchas cosas de las que decía Yevgueni.

—En aquel entonces mi hermana se encontraba bajo su influencia, al igual que usted.

—¡Al igual que yo! ¿Acaso considera que ya me he librado de esa influencia?

Katia no respondió nada.

—Sé que a usted nunca le ha gustado —continuó diciendo Arkadi.

—No puedo juzgarle.

—¿Sabe una cosa, Katerina Serguéievna? Cada vez que oigo esta afirmación, no me la creo… ¡No existe ninguna persona a la que no podamos juzgar! Se trata de una simple excusa.

—Bueno, pues entonces le diré que él… no es que no me guste, sino que siento que me resulta ajeno, y que yo le soy ajena a él… Pero también usted le es ajeno.

—¿Por qué dice eso?

—Cómo explicárselo… Él es un ave rapaz, y usted y yo somos animales mansos.

—¿También yo soy manso?

Katia asintió con la cabeza.

Arkadi se rascó por detrás de la oreja.

—Escuche, Katerina Serguéievna: esto que ha dicho es, en realidad, ofensivo.

—¿Acaso preferiría ser una rapaz?

—Una rapaz no, pero sí fuerte y enérgico.

—Esto no es algo que se pueda querer… Su amigo no es que lo quiera: simplemente forma parte de él.

—¡Hm! Entonces ¿cree que él tenía mucha influencia sobre Anna Serguéievna?

—Sí. Pero no hay nadie que pueda dominarla mucho tiempo —añadió Katia a media voz.

—¿Por qué lo cree?

—Es muy orgullosa. No quería decir eso… Valora mucho su independencia.

—Y ¿quién no la valora? —preguntó Arkadi, pero le vino a la cabeza: «Y ¿para qué la quiere?», al mismo tiempo que Katia también pensó: «Y ¿para qué la quiere?». A los jóvenes que tienen un trato frecuente y amistoso suelen asaltarles los mismos pensamientos.

Arkadi sonrió y, acercándose un poco a Katia, le susurró:

—Reconozca que *ella* le da un poquito de miedo.

—¿Quién?

—*Ella* —repitió expresivamente Arkadi.

—¿Y a usted? —preguntó Katia a su vez.

—También a mí; fíjese en que he dicho *también* a mí.

Katia le amenazó con un dedo.

—Me sorprende —empezó a decir ella—, porque mi hermana nunca ha mostrado mejor disposición hacia usted que ahora: mucho mejor que la primera vez que nos visitó.

—¡Qué me dice!

—¿No lo ha notado? Y ¿no se alegra?

Arkadi se quedó pensativo.

—Y ¿con qué me he ganado la benevolencia de su hermana? ¿Será por esa carta que le traje de su madre?

—Por eso y por otros motivos que no le diré.

—Y eso ¿por qué?

—No se lo voy a decir.

—¡Oh! Ya lo sé: es usted muy tozuda.

—Sí, soy tozuda.

—Y observadora.

Katia miró a Arkadi de reojo.

—¿Acaso esto le molesta? ¿En qué piensa?

—En de dónde le vendrá esa capacidad de observación que efectivamente posee. Es usted tan temerosa y desconfiada… Y evita a todo el mundo.

—He vivido mucho tiempo sola: por fuerza empiezas a reflexionar. Pero ¿acaso estoy evitando a todo el mundo?

Arkadi le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Todo esto está muy bien —continuó diciendo él—, pero las personas en su situación, quiero decir con su posición, raramente poseen este don: tanto estas como los zares difícilmente llegan hasta la verdad.

—Pero yo no soy rica.

Arkadi se quedó asombrado y no entendió enseguida a Katia. «¡Es cierto, la hacienda y todo lo demás pertenece a su hermana!», pensó. La idea no le resultó desagradable.

—¡Qué bien lo ha expresado! —exclamó él.

—¿El qué?

—Lo ha expresado bien: con sencillez, sin avergonzarse y sin afectación. Por cierto: me imagino que en el sentir de una persona que se sabe pobre y lo dice, debe de haber algo especial, cierta vanidad.

—Gracias a mi hermana, nunca he experimentado nada de esto. He hecho referencia a mi posición solo porque venía al caso.

—De acuerdo. Pero reconozca que hay en usted algo de esa vanidad de la que le he hablado.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo (y perdone mi pregunta): ¿a que no se casaría con un hombre rico?

—Si lo quisiera mucho… No, creo que tampoco entonces me casaría con él.

—¡Ah! ¿Lo ve? —exclamó Arkadi y, tras un breve silencio, añadió—: Y ¿por qué no se casaría con él?

—Porque hasta hay canciones que hablan de la desgracia de las esposas sin fortuna.

—Tal vez quiera usted dominar o…

—¡Oh no! ¿Para qué? Al contrario: estoy dispuesta a someterme, pero la desigualdad es dura. Respetarse una misma y someterse a alguien al mismo tiempo es

algo que comprendo: eso es la felicidad. Pero una vida de sometimiento… No, ya estoy bien así.

—Ya está bien así —repitió Arkadi después de Katia—. Sí, sí —continuó diciendo—: por algo corre por sus venas la misma sangre que la de Anna Serguéievna. Es usted tan independiente como ella. Lo único que usted es más reservada. Estoy convencido de que por nada del mundo sería la primera en expresar sus sentimientos, por muy fuertes y sagrados que fueran…

—Y ¿cómo iba a ser de otro modo? —preguntó Katia.

—Las dos son igual de inteligentes, y usted tiene tanto o más carácter que ella…

—No me compare con mi hermana, por favor —le interrumpió apresuradamente Katia—: es para mí muy poco ventajoso. Parece que haya olvidado que mi hermana es una mujer bella e inteligente. Y usted especialmente, Arkadi Nikoláievich, no debería decir tales palabras, y además con esta cara tan seria.

—¿A qué se refiere con que «usted especialmente»? Y ¿de dónde ha sacado que estoy bromeando?

—Naturalmente que está bromeando.

—¿Eso cree? Y ¿qué ocurre si estoy convencido de lo que digo? ¿Y si considero que ni siquiera lo he expresado con la fuerza suficiente?

—No le entiendo.

—¿De veras? Pues ya veo que he ensalzado demasiado su capacidad de observación.

—¿Cómo?

Arkadi no respondió nada y se volvió. Katia buscó más migas en la cestita y empezó a tirarlas a los gorriones, pero el movimiento de su brazo fue demasiado brusco y estos salieron volando sin haber tenido tiempo de picotearlas.

—¡Katerina Serguéievna! —exclamó de pronto Arkadi—. Probablemente le dará igual, pero sepa que no solo no la cambiaría a usted por su hermana, sino por nadie en el mundo.

Se levantó y se marchó con paso rápido, como si se hubiera asustado de las palabras que se le acababan de escapar de la boca.

Katia dejó caer las manos y la cestita sobre sus rodillas y, con la cabeza inclinada, siguió a Arkadi largamente con la mirada. Poco a poco un color rojizo fue cubriendo ligeramente sus mejillas; sus labios no sonreían y sus ojos oscuros expresaban perplejidad y un sentimiento aún indefinido.

—¿Estás sola? —se oyó de pronto la voz de Anna Serguéievna junto a ella—. Pensaba que habías salido con Arkadi al jardín.

Katia dirigió lentamente los ojos hacia su hermana (estaba en el sendero, iba vestida con elegancia, incluso con refinamiento, y con la punta de su pequeño paraguas, que llevaba abierto, movía las orejas de Fifí). Y después le respondió con idéntica lentitud:

—Estoy sola.

—Eso ya lo veo —dijo ella riendo—. Entonces ¿se ha marchado a su habitación?

—Sí.

—¿Estabais leyendo juntos?

—Sí.

Anna Serguéievna cogió a Katia por la barbilla y le alzó el rostro.

—Espero que no hayáis reñido.

—No —dijo Katia y apartó suavemente la mano de su hermana.

—¡Con qué solemnidad me respondes! Pensaba encontrarlo aquí: iba a proponerle que viniera a pasear conmigo. Siempre me lo está pidiendo. Te han traído unas botas de la ciudad, ve a probártelas: ayer me fijé en que las que llevabas puestas están totalmente desgastadas. Te preocupas demasiado poco de estas cosas, y ¡tienes unos piececitos tan encantadores! También tienes buenas manos… aunque un poco grandes. Así que debes sacar partido de tus pies. Pero no me has salido nada coqueta.

Anna Serguéievna se marchó por el sendero, haciendo un ligero frufrú con su bonito vestido. Katia se levantó del banco, cogió el libro de Heine y también se marchó, aunque no a probarse las botas.

«Unos piececitos encantadores —pensaba mientras subía lenta y graciosamente los peldaños de piedra de la terraza, calentados por el sol—; unos piececitos encantadores, dice usted… Pues él se postrará ante ellos».

Pero inmediatamente se sintió avergonzada y corrió con agilidad hacia arriba.

Arkadi avanzaba por el pasillo que daba a su habitación cuando el mayordomo le alcanzó para informarle de que Bazárov estaba allí.

—¡Yevgueni! —farfulló Arkadi casi con espanto—. ¿Hace mucho que ha llegado?

—Ahora mismo, y me ha ordenado que no le anunciara a Anna Serguéievna, que lo llevara directamente a la habitación de usted.

«¿Habrá ocurrido alguna desgracia en casa?», pensó Arkadi y, tras subir a toda velocidad las escaleras, abrió la puerta de golpe. El aspecto de Bazárov le tranquilizó inmediatamente, aunque un ojo más experto probablemente habría descubierto en la figura del inesperado huésped, como siempre enérgica pero demacrada, signos de una agitación interior. Con un capote polvoriento sobre los hombros y un gorro en la cabeza, estaba sentado en el alféizar de la ventana. No se levantó siquiera cuando Arkadi se le echó al cuello con sonoras exclamaciones.

—¡Qué inesperado! ¡Qué te trae por aquí! —repetía este moviéndose ajetreadamente por la habitación, como quien trata de demostrar y de convencerse a sí mismo de que se ha alegrado—. En casa todo marcha perfectamente y están todos bien, ¿verdad?

—Todo marcha perfectamente, pero no todos están bien —pronunció Bazárov—. Vamos, déjate de cháchara, manda que me traigan *kvas*[79], siéntate y escucha lo que te voy a contar en pocas (aunque espero que expresivas) palabras.

Arkadi se sosegó y Bazárov le contó su duelo con Pável Petróvich. Arkadi se quedó estupefacto e incluso se entristeció, pero no consideró oportuno expresarlo. Solo le preguntó si era cierto que la herida de su tío carecía de gravedad. Cuando el otro le respondió que esta era interesante, pero no desde un punto de vista médico, Arkadi forzó una sonrisa, aunque sintió espanto en el corazón y una especie de vergüenza. Bazárov pareció comprenderle.

—Sí, hermano —dijo—, ahí tienes lo que significa convivir con señores feudales. Si estás con ellos acabas participando en sus torneos caballerescos. Bueno, pues entonces decidí ir a casa de mis padres —concluyó Bazárov— y pasar antes por aquí… para contártelo todo. Esto es lo que te habría dicho si no creyera que mentir es inútil, una estupidez. Pero no, esa no es la verdad: solo el diablo sabe por qué he pasado por aquí. ¿Sabes? A veces es útil cogerse uno mismo de los pelos y arrancarse del lugar en el que esté, igual que se arranca un rábano de un bancal. Y esto es justamente lo que hice días atrás… Pero he querido contemplar una vez más aquello de lo que me separé, el bancal al que estuve agarrado.

—Espero que estas palabras no se refieran a mí —repuso Arkadi con agitación—; espero que no estés pensando en separarte *de mí*.

Bazárov le miró fijamente, atravesándole casi con la mirada.

—¡Como si eso te entristeciera! Me parece que eres *tú* el que ya se ha alejado de mí. Tienes un aspecto tan lozano, tan aseadito… Seguro que tu asunto con Anna Serguéievna va viento en popa.

—¿Qué asunto con Anna Serguéievna?

—¿Acaso no viajaste por ella desde la ciudad hasta aquí, polluelo? Por cierto, ¿qué tal marchan las escuelas dominicales? ¿Acaso no estás enamorado de ella? O ¿ya estás en esa etapa en la que hay que ser discreto?

—Yevgueni, sabes que siempre he sido sincero contigo. Te puedo asegurar y jurar que te equivocas.

—¡Hm! Una palabra nueva —observó Bazárov a media voz—. Pero no tienes por qué acalorarte, a mí me da absolutamente igual. Un romántico diría: «Siento que nuestros caminos se empiezan a separar». Pero yo simplemente digo que nos hemos aburrido el uno del otro.

—Yevgueni…

—Querido, no es ninguna tragedia, ¡en este mundo hay tantas cosas que aburren! Y ahora creo que deberíamos despedirnos, ¿no? Desde que estoy aquí me siento espantosamente mal, como si me hubiera pasado horas y horas leyendo las cartas de Gógol a la mujer del gobernador de Kaluga[80]. Además, no he mandado desenganchar los caballos.

—¡Por favor, cómo es posible!

—¿Por qué?

—Ya no lo digo por mí, pero sería una inmensa descortesía con Anna Serguéievna. Estoy seguro de que desea verte.

—Bueno, en eso te equivocas.

—Pues yo, por el contrario, estoy convencido de que tengo razón —repuso Arkadi—. Y ¿por qué finges? Ya que hablamos sin tapujos: ¿me vas a decir que no has venido solo por ella?

—Puede que eso sea cierto, pero de todos modos te equivocas.

No obstante, Arkadi tenía razón. Anna Serguéievna deseaba ver a Bazárov y le invitó a que fuera a verla por mediación del mayordomo. Bazárov se cambió de ropa: había hecho el equipaje de tal modo que el traje nuevo le quedara a mano.

Odintsova no le recibió en el gabinete donde él se le había declarado, sino en la sala. Aunque le tendió amablemente la punta de los dedos, su rostro expresaba una tensión involuntaria.

—Anna Serguéievna —se apresuró a decir Bazárov—, antes de nada quiero tranquilizarla. Tiene ante usted a un mortal que ya hace tiempo que volvió en sí, y que espera que los demás hayan olvidado su estupidez. Me marcho por mucho tiempo, y convendrá conmigo en que, aunque no soy un hombre blando, me entristecería irme con la idea de que me recuerda con aversión.

Anna Serguéievna suspiró profundamente, como una persona que acaba de escalar una alta montaña, y su rostro se animó con una sonrisa. Tendió la mano a Bazárov por segunda vez y respondió al apretón de este.

—Lo pasado pasado está —dijo ella—; además, hablando con sinceridad, en aquella ocasión yo también pequé, si no de coquetería, sí de alguna otra cosa. En una palabra: seamos amigos como antes. Porque aquello no fue más que un sueño, ¿no es cierto? Y ¿quién recuerda los sueños?

—¿Quién los recuerda? Además, si es que el amor… es un sentimiento fingido.

—¿De veras? Me resulta muy grato oír eso.

Así es como se expresó Anna Serguéievna, y así es como se expresó Bazárov; los dos creían decir la verdad. Pero ¿decían sus palabras la verdad, toda la verdad? Ni ellos mismos lo sabían, y el autor aún menos. Pero mantuvieron la conversación como si cada uno hubiera creído enteramente las palabras del otro.

Anna Serguéievna preguntó a Bazárov, entre otras cosas, qué había hecho en casa de los Kirsánov. Este estuvo a punto de contarle lo del duelo con Pável Petróvich, pero se contuvo ante la idea de que pensara que se hacía el interesante, y le respondió que estuvo todo el tiempo trabajando.

—Pues yo —profirió Anna Serguéievna— al principio fui presa de la melancolía, Dios sabe por qué. ¡Incluso me planteé viajar al extranjero, imagínese…! Después, todo pasó. Llegó su amigo Arkadi Nikolaich y volví a encarrilarme: retomé mi verdadero papel.

—Y ¿qué papel es ese, si me permite saberlo?

—El papel de tía, de preceptora o de madre, como prefiera llamarlo. Por cierto, ¿sabe que antes no entendía su amistad con Arkadi Nikolaich? Porque lo encontraba bastante mediocre. Pero ahora lo conozco mejor y me he convencido de que es

inteligente… Y, sobre todo, es joven, ¡joven…! No como usted y yo, Yevgueni Vasílich.

—¿Él se sigue ruborizando en su presencia?

—¿Acaso…? —empezó a decir Anna Serguéievna, pero, pensándolo un poco, añadió—: Ahora es más confiado y habla conmigo. Antes me evitaba y, además, yo tampoco buscaba su compañía. Katia y él son grandes amigos.

Bazárov se irritó. «¡La mujer no puede dejarse de astucias!», pensó.

—Ha dicho que la evitaba —dijo él con una fría sonrisa—, pero supongo que no es ningún secreto que Arkadi estaba enamorado de usted, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿También él? —se le escapó a Anna Serguéievna.

—También él —repitió Bazárov con una humilde inclinación—. ¿Acaso no lo sabía y se lo he revelado yo?

Anna Serguéievna bajó la mirada.

—Se equivoca usted, Yevgueni Vasílich.

—No creo. Pero quizá no debería haberlo dicho. —«Y tú, a partir de ahora, déjate de astucias», añadió para sí mismo.

—¿Por qué no va a decirlo? Pero creo que también ahora le está dando un significado demasiado grande a una impresión pasajera. Empiezo a pensar que es usted propenso a exagerar.

—Mejor será que no hablemos de eso, Anna Serguéievna.

—Pero ¿por qué? —objetó ella, aunque desvió la conversación hacia otros derroteros.

Se sentía incómoda con Bazárov, por mucho que le hubiera dicho y se hubiera asegurado a sí misma que todo quedaba olvidado. Al intercambiar con él las palabras más simples, incluso al bromear con él, sentía una ligera sensación de miedo. Así es como los pasajeros de un barco charlan y se ríen despreocupadamente en medio del mar, como si estuvieran en tierra firme; pero basta con que ocurra lo más mínimo, con que aparezca un ligero indicio de que sucede algo fuera de lo normal, para que inmediatamente en todos los rostros se dibuje una expresión de alarma, que revela que continuamente somos conscientes de un peligro incesante.

La conversación entre Anna Serguéievna y Bazárov no se alargó mucho. Ella empezó a quedarse pensativa, a contestar distraídamente, y finalmente le propuso trasladarse al salón, donde encontraron a la princesa y a Katia. «¿Dónde está Arkadi?», preguntó la dueña de la casa y, al saber que ya llevaba más de una hora sin aparecer, mandó que lo fueran a buscar. Tardaron bastante en encontrarle: se había metido en la espesura del jardín, donde se había sentado con la barbilla apoyada sobre las manos entrelazadas, absorto en sus pensamientos. Estos eran profundos e importantes, pero no tristes. Arkadi sabía que Anna Serguéievna estaba a solas con Bazárov, pero no sintió celos como en otro tiempo. Al contrario, su rostro resplandecía suavemente: parecía como sorprendido y alegre por algo, como si hubiera tomado una decisión.

XXVI

El difunto Odintsov no era amante de las innovaciones, pero se permitía cierto «juego de gusto refinado» y, por ello, erigió en su jardín —entre el invernadero y el estanque— una construcción a la manera de un pórtico griego de ladrillo ruso. En el muro ciego posterior del pórtico o galería había seis nichos para unas estatuas que Odintsov iba a traer del extranjero. Estas estatuas debían representar la Soledad, el Silencio, la Reflexión, la Melancolía, el Pudor y la Sensibilidad. El día que iban a colocar una de ellas —la diosa del Silencio, con un dedo sobre los labios—, los niños de la servidumbre le rompieron la nariz y, aunque un estucador de la vecindad se avino a construirle una nueva, «dos veces mejor que la anterior», Odintsov mandó que retiraran la estatua, que acabó en un rincón del cobertizo para la trilla, donde estuvo largos años, infundiendo un horror supersticioso entre las campesinas. La parte delantera del pórtico hacía tiempo que se había cubierto de espesos arbustos y, en medio de aquel intenso verdor, solo se veían los capiteles de las columnas. En el pórtico hacía fresco incluso al mediodía. A Anna Serguéievna no le gustaba visitar aquel lugar desde el día en que vio allí una culebra; en cambio, Katia iba a menudo y se sentaba en un gran banco de piedra construido bajo uno de los nichos. Rodeada de frescor y sombra, leía, trabajaba o se entregaba a esa sensación de calma total que probablemente todos conocemos, y cuyo encanto consiste en un acecho apenas consciente y completamente silencioso de esa gran ola de la vida que gira a nuestro alrededor y en nuestro interior.

Al día siguiente de la llegada de Bazárov, Katia estaba en su querido banco y, a su lado, estaba sentado otra vez Arkadi, quien la había logrado convencer de que le acompañara al «pórtico».

Quedaba alrededor de una hora para el desayuno; la mañana cubierta de rocío daba paso al día caluroso. El rostro de Arkadi conservaba la expresión de la víspera, mientras que Katia tenía un aspecto preocupado. Su hermana, inmediatamente después del té, la había llamado a su gabinete y, tras hacerle unas caricias —algo que siempre asustaba un poco a Katia—, le aconsejó que fuera prudente en su comportamiento con Arkadi y, sobre todo, que evitara quedarse a solas con él: al parecer este hecho había llamado la atención de la tía y de la casa entera. Por otro lado, desde la noche anterior Anna Serguéievna no estaba de humor, y la propia Katia se sentía turbada, como si fuera consciente de alguna culpa. A pesar de haber cedido al ruego de Arkadi, se dijo que esa sería la última vez.

—Katerina Serguéievna —pronunció el joven con tímida desenvoltura—, desde que tengo la dicha de vivir bajo su mismo techo, hemos hablado de muchas cosas,

pero hay una cuestión… muy importante para mí que aún no he abordado. Ayer aludió al hecho de que aquí me han transformado —añadió, buscando y evitando al mismo tiempo las miradas interrogativas de Katia—. Realmente he cambiado mucho, y esto es algo que usted sabe mejor que nadie, porque este cambio se debe esencialmente a usted.

—¿Yo…? ¿A mí…? —musitó Katia.

—Ya no soy el mismo muchacho insolente que era cuando llegué —continuó Arkadi—, no en vano he cumplido veintitrés años. Como antes, deseo ser útil y dedicar mis fuerzas a la verdad. Pero ya no busco los ideales en el mismo lugar: ahora se me antojan mucho más cercanos. Hasta ahora no me comprendía a mí mismo, y me imponía tareas que están por encima de mis fuerzas… Pero hace poco, gracias a un sentimiento nuevo, se me han abierto los ojos… No me expreso con demasiada claridad, pero espero que entienda de qué estoy hablando…

Katia no respondió nada, pero dejó de mirar a Arkadi.

—Considero —prosiguió con la voz más agitada, mientras un pinzón cantaba despreocupadamente su melodía sobre el follaje de un abedul, justo encima de él—, considero que las personas honradas deben ser totalmente francas con aquellos… con aquellas personas a las que… En una palabra, con las personas cercanas a ellas, por lo que yo… tengo la intención de…

Pero en ese punto a Arkadi le volvió a fallar la elocuencia. Se embrolló, perdió el hilo y tuvo que quedarse callado un momento. Katia seguía sin levantar la mirada: parecía como si no comprendiera adónde llevaba todo aquello, y estaba a la expectativa.

—Ya imagino que mis palabras la van a sorprender —empezó a decir Arkadi después de reunir las fuerzas necesarias—, tanto más por cuanto este sentimiento se refiere en cierta medida… en cierta medida, dese cuenta, a usted. Recuerdo que ayer me reprochó mi falta de seriedad —continuó Arkadi con el aspecto de alguien que se ha metido en un pantano y se da cuenta de que cada vez se hunde más, pero que acelera el paso con la esperanza de llegar al otro lado cuanto antes—; este reproche a menudo va dirigido a… recae en… los jóvenes, incluso cuando dejan de merecerlo. Y si fuera más seguro de mí mismo… —«Pero ¡ayúdame, ayúdame!», pensaba Arkadi desesperado, pero Katia seguía sin volver la cabeza—. Si pudiera tener la esperanza de que…

—Si pudiera estar segura de lo que dice… —se oyó en ese momento la voz clara de Anna Serguéievna.

Arkadi se calló al instante, y Katia palideció. Justo por el lado de los arbustos que cubrían el pórtico pasaba un sendero. Anna Serguéievna avanzaba por él en compañía de Bazárov. Katia y Arkadi no los podían ver, pero oían cada palabra, el frufrú del vestido, incluso la respiración. Los otros avanzaron varios pasos y, como adrede, se detuvieron justo delante del pórtico.

—Como ve —decía Anna Serguéievna—, nos equivocamos; ninguno de los dos estamos ya en nuestra primera juventud, sobre todo yo. Hemos vivido lo nuestro y estamos cansados. Ambos somos inteligentes (¿para qué andarnos con ceremonias?), y por ello al principio sentimos interés el uno por el otro, nuestra curiosidad se despertó… Pero después…

—Pero después perdí fuerza —la interrumpió Bazárov.

—Sabe que no fue esta la razón de nuestro desencuentro. Fuera lo que fuese, no nos necesitábamos el uno al otro, eso es lo esencial. Éramos demasiado… cómo decirlo… similares. No lo comprendimos enseguida. Por el contrario, Arkadi…

—¿A él sí le necesita? —preguntó Bazárov.

—No siga, Yevgueni Vasílevich. Usted me dijo que a él no le resulto indiferente, y yo misma siempre he tenido la impresión de que le gusto. Sé que podría ser su tía, pero no le voy a ocultar que cada vez pienso más en él. En este sentimiento joven y fresco hay cierto atractivo…

—La palabra “encanto” se utiliza más en estos casos —la interrumpió Bazárov; en su voz, tranquila pero sorda, se oía bullir la cólera—. Ayer Arkadi me estuvo haciendo confidencias, pero no la mencionó ni a usted ni a su hermana… Esto es un síntoma importante.

—Él y Katia son como hermanos —dijo Anna Serguéievna—, y esto es algo que me gusta de él, aunque quizá no debería permitir tanta cercanía entre ellos.

—¿Esto lo dice usted como… hermana? —preguntó Bazárov alargando las palabras.

—Por supuesto… Pero ¿qué hacemos aquí parados? Vamos. Qué conversación más extraña estamos teniendo, ¿no es cierto? ¿Cómo iba a esperar que un día hablaría así con usted? Ya sabe que le temo… y al mismo tiempo confío en usted, porque, en realidad, es un hombre muy bueno.

—En primer lugar, no soy bueno en absoluto; en segundo lugar, como he perdido para usted cualquier tipo interés, me dice que soy bueno… Esto es como colocar una corona de flores sobre la cabeza de un muerto.

—Yevgueni Vasílevich, no podemos… —empezó a decir Anna Serguéievna, pero se levantó un vientecillo que hizo susurrar las hojas y que se llevó sus palabras.

—Pero usted es libre —se oyó al cabo de un momento que decía Bazárov.

Ya no se pudo distinguir nada más. Los pasos se alejaron… Todo quedó en silencio.

Arkadi se volvió hacia Katia. Estaba sentada en la misma posición, pero con la cabeza aún más gacha.

—Katerina Serguéievna —dijo él con voz temblorosa y apretando las manos—, la amo a usted para siempre y sin remedio, y no amo a nadie más que a usted. Quería decírselo, saber su opinión y pedir su mano, porque no soy rico y porque siento que estoy preparado para todos los sacrificios… ¿No me responde? ¿No me cree? ¿Piensa que hablo a la ligera? ¡Recuerde estos últimos días! ¿Es posible que no se haya

convencido hace tiempo de que todo lo demás (entienda a lo que me refiero), todo, absolutamente todo ha desaparecido de mi corazón hace mucho, sin dejar rastro? Míreme, dígame una palabra… La amo… la amo… ¡Créame!

Katia le dirigió una mirada seria y luminosa y, después de una larga reflexión, con una sonrisa apenas perceptible, pronunció:

—Sí.

Arkadi se levantó de un salto.

—¡Sí! ¡Ha dicho que sí, Katerina Serguéievna! ¿Qué significa esta palabra? ¿Que la amo? ¿Que me cree? ¿O… o…? No me atrevo a acabar la frase…

—Sí —repitió Katia, y esta vez la entendió. Cogió sus manos grandes y hermosas y, perdiendo el aliento por el entusiasmo, las apretó contra su corazón. Apenas se sostenía de pie, y se limitaba a repetir: «Katia, Katia»… Ella comenzó a llorar inocentemente, y se rio débilmente de sus propias lágrimas. Quien no haya visto tales lágrimas en los ojos de su ser amado aún no ha experimentado hasta qué punto puede el hombre ser dichoso en la tierra, petrificado por un sentimiento de gratitud y pudor.

A la mañana siguiente, a primera hora, Anna Serguéievna mandó llamar a Bazárov a su gabinete y, con una risa forzada, le entregó un papel doblado. Era una carta de Arkadi: le pedía la mano de su hermana.

Bazárov recorrió rápidamente la carta con los ojos, y tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar el sentimiento de maliciosa alegría que había estallado en su pecho al instante.

—Vaya, vaya —dijo—. Y usted ayer mismo afirmaba que el amor de Arkadi a Katerina Serguéievna era fraternal. ¿Qué tiene intención de hacer ahora?

—¿Qué me aconseja *usted*? —preguntó Anna Serguéievna aún riendo.

—Pues opino —respondió Bazárov también con una risa, aunque no se sentía en absoluto alegre y no tenía ningunas ganas de reír, exactamente igual que ella—, opino que debe dar su bendición a estos jóvenes. Es un buen partido se mire por donde se mire: la fortuna de los Kirsánov es considerable, Arkadi es hijo único y, además, su padre es un hombre excelente y no pondrá ninguna objeción.

Odintsova se paseó por el gabinete. Su rostro enrojecía y palidecía alternativamente.

—¿Usted cree? —dijo—. Bueno, no veo ningún obstáculo… Me alegro por Katia… y por Arkadi Nikoláievich. Evidentemente, esperaré la respuesta de su padre. Le enviaré para que vaya personalmente a por ella. De modo que ayer tenía yo razón cuando le decía que somos los dos unos viejos… ¿Cómo es posible que no me diera cuenta de nada? ¡Me sorprende tanto!

Anna Serguéievna se echó a reír otra vez e inmediatamente se volvió de espaldas.

—La juventud de hoy se ha vuelto muy astuta —observó Bazárov y también se echó a reír—. Adiós —dijo después de un breve silencio—. Le deseo que este asunto concluya de la manera más agradable, y me alegraré desde la distancia.

Odintsova se volvió rápidamente hacia él.

—¿Es que se marcha? ¿Qué motivo hay para que *ahora* ya no se quede? Quédese… Me divierte hablar con usted… Es como andar por el borde de un precipicio. Al principio una se siente intimidada, pero después le surge el valor de algún rincón. Quédese.

—Gracias por su invitación, Anna Serguéievna, y por su halagadora opinión sobre mi talento como conversador. Pero encuentro que he pasado demasiado tiempo en una esfera que me resulta ajena. Los peces voladores pueden mantenerse algún tiempo en el aire, pero al poco tienen que volver a zambullirse en el agua; déjeme a mí también que me sumerja en mi elemento.

Odintsova miró a Bazárov, que tenía una sonrisa amarga dibujada en el rostro. «¡Este me quiso!», pensó, sintió lástima por él y le tendió la mano con compasión.

Pero también él la comprendió a ella.

—¡No! —dijo, y dio un paso atrás—. Aunque soy un hombre pobre, hasta ahora nunca he aceptado limosnas. Adiós, señora, y que tenga usted salud.

—Estoy convencida de que esta no será la última vez que nos veamos —pronunció Anna Serguéievna con un movimiento forzado.

—¡Todo es posible en el mundo! —respondió Bazárov, se inclinó y salió.

—¿De modo que te has propuesto formar un nido? —le decía ese mismo día Bazárov a Arkadi, mientras hacía la maleta en cuclillas—. Y ¿por qué no? Eso es bueno. Pero no hacía falta que anduvieras fingiendo. Esperaba que tomaras un rumbo completamente distinto. ¿O quizá también a ti te ha cogido todo esto por sorpresa?

—Te aseguro que no esperaba nada de esto cuando nos despedimos —respondió Arkadi—. Pero ¿no eres tú el que finges al decir que «eso es bueno»? ¡Como si no conociera tu opinión sobre el matrimonio!

—¡Ay, querido amigo —exclamó Bazárov—, vaya manera tienes de expresarte! ¿Ves lo que estoy haciendo? En la maleta me queda un hueco vacío y lo estoy llenando con heno. Pues lo mismo ocurre con la maleta de la vida: la llenamos con cualquier cosa con tal de que no esté vacía. No te ofendas, por favor: recordarás cuál ha sido siempre mi opinión sobre Katerina Serguéievna. Otras señoritas pasan por inteligentes solo por suspirar con inteligencia, pero la tuya se sabe defender, y tan bien se defiende que acabará dominándote. Bueno, y así es como debe de ser. —Cerró bruscamente la tapa de la maleta y se levantó del suelo—. Y ahora te repetiré, antes de despedirnos (porque, para qué engañarnos, nos despedimos para siempre, tú también lo presientes…): has obrado con inteligencia. No estás hecho para nuestra vida amarga, austera y solitaria. No hay en ti insolencia ni malicia, solo audacia y ardor juvenil. Y esto no sirve para nuestra causa. Vosotros, los aristócratas, no pasáis de la noble resignación o de la noble agitación, y eso son tonterías. Vosotros, por ejemplo, aunque no peleéis ya os imagináis unos héroes, pero nosotros queremos pelea. ¡Así es! Nuestro polvo te irritaría los ojos, nuestro barro te ensuciaría, no estás a nuestra altura, porque sin querer estás fascinado contigo mismo, disfrutas injuriándote a ti mismo; pero a nosotros esto nos aburre, ¡queremos hacérselo a los

demás! ¡Queremos doblegar a los demás! Aunque eres un muchacho magnífico, no dejas de ser un blandengue, un señorito liberal, *et voilà tout*, como le gusta decir a mi padre.

—¿Te estás despidiendo para siempre y no tienes otras palabras para mí, Yevgueni? —preguntó Arkadi con tristeza.

Bazárov se rascó la nuca.

—Las tengo, Arkadi, tengo otras palabras, pero no las voy a decir, porque eso sería romanticismo, es decir: sensiblería. Y tú cásate cuanto antes, forma un nido y ten cuantos más hijos mejor. Serán listos ya solo por haber nacido en la época adecuada, no como tú y yo. ¡Vaya! Veo que los caballos están preparados. Es la hora. Ya me he despedido de todos… Bueno, ¿nos abrazamos o qué?

Arkadi se tiró al cuello de su antiguo mentor y amigo, y las lágrimas brotaron en sus ojos.

—¡Aquí tenemos lo que significa ser joven! —concluyó tranquilamente Bazárov —. Confío en Katerina Serguéievna: ¡ya verás lo bien que te consuela!

Ya en el carro, le dijo:

—¡Adiós, hermano! —Y, señalando un par de cornejas que descansaban la una junto a la otra sobre el tejado de la cuadra, añadió—: ¡Mira eso! ¡Aprende!

—¿A qué te refieres? —preguntó Arkadi.

—¿Cómo? ¿Acaso eres tan malo en ciencias naturales, o has olvidado que la corneja es el pájaro más respetable y familiar de todos? ¡Tómala como ejemplo…! ¡Adiós, *signor*!

El carro crujió y se puso en marcha.

Bazárov tenía razón: Arkadi se olvidó por completo de su mentor en cuanto se puso a hablar con Katia, aquella misma tarde. Ya empezaba a someterse a ella, y Katia, que se daba cuenta, no se sorprendía. Al día siguiente Arkadi debía partir hacia Márino, para hablar con Nikolái Petróvich. Anna Serguéievna no quería coartar a los jóvenes, y solo por el decoro no los dejaba demasiado tiempo a solas. En una muestra de generosidad, alejó de ellos a la princesa, a la cual la noticia del inminente matrimonio le había provocado un ataque de furia y lágrimas. Al principio Anna Serguéievna temió que el espectáculo de la felicidad de los jóvenes le resultara un poco doloroso, pero resultó ser totalmente lo contrario: aquel espectáculo no solo no la abrumó, sino que la interesó, y finalmente la enterneció. Anna Serguéievna se alegraba y apenaba al mismo tiempo: «Está visto que Bazárov tenía razón —pensaba —: lo mío es curiosidad, nada más que curiosidad, amor por la tranquilidad y egoísmo»…

—¡Niños! —exclamó en voz alta—. ¿Es el amor un sentimiento fingido?

Pero ni Katia ni Arkadi entendieron siquiera a lo que se refería. Ambos la rehuían: la conversación que sin querer habían escuchado no se les quitaba de la cabeza. Por otra parte, Anna Serguéievna no tardó en tranquilizarles, algo que no le resultó difícil: ella misma se había tranquilizado de nuevo.

XXVII

Los viejos Bazárov tanto más se alegraron por la repentina llegada de su hijo por cuanto que no la esperaban. Arina Vlásevna se alarmó y revoloteó de tal manera por la casa que Vasili Ivánovich la comparó con «una perdiz»: efectivamente, la corta cola de su pequeña blusa le daba un aspecto de pajarito. Él, por su parte, se limitaba a murmurar y a mordisquear el ámbar de su chibuquí, a la vez que se cogía el cuello con los dedos y volteaba la cabeza, como si quisiera comprobar si la tenía bien atornillada; después abría su amplia boca y reía a carcajadas sin hacer el menor ruido.

—He venido a pasar seis semanas enteras en tu casa, viejo —le dijo Bazárov—. Quiero trabajar, así que no me molestes, por favor.

—¡Hasta te olvidarás de mi fisonomía, así que imagínate lo que te voy molestar! —le contestó Vasili Ivánovich.

Y cumplió su promesa. Habiendo instalado a su hijo en su gabinete, como lo hiciera la vez anterior, solo le faltó esconderse de su vista, y convenció a su mujer para que reprimiera las muestras excesivas de cariño: «Madrecita —le decía—, la primera vez que Yeniushka nos visitó lo hartamos un poco: esta vez debemos ser más listos». Arina Vlásevna estuvo de acuerdo con su marido, pero poco ganó con ello, pues veía a su hijo solo en la mesa y, definitivamente, cogió miedo de entablar una conversación con él. «¡Yeniúshenka!», decía alguna vez, pero aún no había tenido tiempo su hijo de volverse, y ella ya estaba toqueteando los cordones de su ridículo y balbuceando: «Nada, nada, no era nada»; después se dirigía a Vasili Ivánovich y le decía con la mejilla apoyada sobre una mano:

—¿Cómo puedo saber, querido, qué prefiere Yeniusha hoy para comer: *borsch* o *schi*[81]?

—Pero ¿por qué no se lo preguntas tú misma?

—¡Porque se hartará de mí!

Sin embargo, fue el propio Bazárov quien pronto dejó de encerrarse: la fiebre del trabajo se le pasó y se adueñó de él un tedio melancólico, un sordo desasosiego. En todos sus movimientos se percibía una extraña fatiga, y hasta su paso —antes firme, impetuoso y atrevido— cambió. Dejó de pasear en solitario y empezó a buscar compañía; tomaba el té en el cuarto de estar, vagaba por el huerto junto a Vasili Ivánovich y fumaba con él «en silencio»; una vez hasta le preguntó por el padre Alekséi. Al principio Vasili Ivánovich se alegró de este cambio, pero esta alegría le duró poco.

—Yeniusha me preocupa —le decía a hurtadillas a su mujer—, no es que esté insatisfecho o enfadado: eso no sería nada; pero le veo afligido, triste, y esto es

horrible. Está siempre callado, ¡si al menos nos riñera o algo! Está adelgazando y tiene un color de cara tan malo…

—¡Ay, Señor, Señor! —susurraba la viejita—. Yo le colgaría un escapulario en el cuello, pero no me lo permitirá.

Vasili Ivánovich trató varias veces, de la manera más delicada posible, de interrogar a Bazárov sobre su trabajo, su salud y sobre Arkadi… Pero Bazárov le respondía a desgana y con negligencia, y una vez, al darse cuenta de que su padre le estaba intentando sonsacar algo poquito a poco, exclamó enojado:

—¿Por qué no dejas de merodear como de puntillas a mi alrededor? Esto es peor que lo de antes.

—¡No, no, no: si yo no hago nada! —le contestó apremiado el pobre Vasili Ivánovich.

La alusiones a la política también fueron infructuosas. Un día el viejo habló del progreso y la inminente liberación de los siervos, y pensaba que despertaría el interés de su hijo, pero este dijo con tono indiferente:

—Ayer, al pasar junto a la cerca, oigo cómo unos niños campesinos, en vez de cantar alguna canción antigua, vocean: «Llega el tiempo propicio, el corazón siente el amor». Ahí tienes el progreso.

A veces Bazárov iba a la aldea y, con su tono burlón habitual, entablaba conversación con algún campesino.

—Bueno, hermano —le decía—, cuéntame cuál es tu visión de la vida: dicen que toda la fuerza y el futuro de Rusia está en vosotros, que sois el comienzo de una nueva época en la historia, que nos daréis una lengua auténtica y leyes.

El campesino o bien no contestaba nada, o bien pronunciaba algunas palabras del estilo:

—Nosotros *pudemos*… También, porque, o sea… Por ejemplo, qué posibilidades *tengamos*.

—Explícame cómo es vuestro mundo —le interrumpía Bazárov—, ¿es ese mismo mundo que se sostiene sobre tres peces?**[82]**

—Padrecito, es la tierra la que se sostiene sobre tres peces —le explicó el campesino poniendo una entonación tranquilizadora, patriarcal y benevolente—. Y a ese mundo nuestro se opone, como es sabido, la voluntad del amo, porque ustedes son nuestros padres. Y, cuanto más severo sea el señor, mejor para el campesino.

En cierta ocasión, después de escuchar unas palabras semejantes, Bazárov se encogió despectivamente de hombros y se volvió de espaldas, mientras el campesino echaba a andar lentamente hacia su casa.

—¿De qué hablaba ese? —le preguntó otro campesino de mediana edad y aspecto sombrío desde el umbral de su isba, a los lejos. Había presenciado su conversación con Bazárov—. ¿De los atrasos en el pago, o qué?

—¡Qué atrasos ni atrasos, hermano! —le contestó el primer campesino, y en su voz ya no había ni rastro de esa entonación patriarcal, más bien al contrario: se

percibía cierta severidad desdeñosa—. Parloteaba así, sin más: tenía ganas de darle a la sinhueso. Ya se sabe, es un señor; ¿acaso entiende algo?

—¡Qué va a entender! —le contestó el otro campesino y, tras sacudirse los gorros y ceñirse los cinturones, ambos se pusieron a hablar de sus asuntos y necesidades.

¡Ay! Y es que este Bazárov que se encogía despectivamente de hombros y que creía saber hablar con los campesinos (algo de lo que había alardeado en sus discusiones con Pável Petróvich), este Bazárov tan seguro de sí mismo, no sospechaba que a los ojos de los campesinos no dejaba de ser una especie de payaso…

Por otra parte, finalmente encontró una ocupación. Un día Vasili Ivánovich le estaba vendando la pierna a un campesino, pero las manos le temblaban y no se las arreglaba con las vendas, y entonces su hijo le ayudó. Desde entonces empezó a participar en sus curas, sin dejar por ello de burlarse tanto de los remedios que él mismo le aconsejaba a su padre como de este cuando los ponía en práctica sin demora. Sin embargo, las burlas de Bazárov no molestaban a Vasili Ivánovich: incluso le tranquilizaban. Sujetando su bata mugrienta con dos dedos a la altura de la barriga y dando caladas a su pipa, escuchaba a Bazárov con placer y, cuanto más mordaces eran sus ocurrencias, más afablemente se carcajeaba su dichoso padre, mostrando hasta el último diente negro. Incluso repetía estas ocurrencias, a veces estúpidas o absurdas, y, a lo largo de varios días, decía una y otra vez sin ton ni son: «¡Bueno, vaya asunto de poca monta!», solo porque su hijo, al enterarse de que iba a la misa de maitines, había empleado esta expresión.

—¡Gracias a Dios ya no está melancólico! —le susurraba a su mujer—. ¡La de broncas que me ha echado hoy, qué maravilla!

Además, la idea de tener a un ayudante como él le entusiasmaba y lo llenaba de orgullo.

—Sí, sí —le decía a cualquier campesina vestida con un abrigo de paño de hombre y con una *kichka*[83] al entregarle un frasco de agua de Goulard o un tarro con ungüento de beleño—, querida mía: debes agradecerle una y otra vez a Dios que mi hijo se hospede en mi casa; te estamos curando según los métodos científicos más novedosos, ¿lo entiendes? Ni Napoleón[84], emperador de los franceses, tiene un médico mejor.

Y la campesina, que había acudido a quejarse de que «se le subían unas punzadas» (ni ella misma sabía explicar el significado de estas palabras), se limitaba a hacer una inclinación y a meterse la mano en el pecho, donde guardaba cuatro huevos envueltos en un trozo de toalla.

Bazárov en una ocasión incluso le sacó una muela a un vendedor ambulante de telas y, aunque aquella muela no tenía nada de particular, Vasili Ivánovich la guardó como una rareza y, al enseñársela al padre Alekséi, repetía sin cesar:

—Pero ¡mire qué raíces! ¡Menuda fuerza tiene mi Yevgueni! Levantó al buhonero del suelo… ¡Creo que podría arrancar hasta un roble…!

—¡Admirable! —exclamó, por fin, el padre Alekséi sin saber qué responder ni cómo deshacerse del viejo que había llegado en éxtasis.

Un día un campesino de la aldea vecina trajo a su hermano, enfermo de tifus, para que Vasili Ivánovich lo examinara. Tendido boca abajo sobre un haz de paja, el infeliz se estaba muriendo. Tenía el cuerpo lleno de manchas oscuras y hacía mucho que había perdido el conocimiento. Vasili Ivánovich se lamentó de que a nadie se le hubiera ocurrido recurrir antes a la ayuda de la medicina, y le anunció que no había salvación posible. Y, efectivamente, el campesino no logró llevar a su hermano de vuelta a casa: se le murió en el carro.

Al cabo de unos tres días Bazárov entró en la habitación de su padre y le preguntó si tenía piedra infernal[85].

—Sí, tengo. ¿Para qué la quieres?

—La necesito para… cauterizar una heridita.

—¿De quién?

—Mía.

—¡Cómo que tuya! Pero ¿para qué? ¿Cómo es la herida? ¿Dónde la tienes?

—Aquí, en el dedo. Hoy he ido a la aldea, ya sabes, esa de donde trajeron a aquel campesino con tifus. Por alguna razón iban a hacerle una autopsia, y yo llevaba tiempo sin practicar una.

—¿Y?

—Pues que se lo he pedido al médico rural. Y, bueno, me he cortado.

Vasili Ivánovich se quedó completamente pálido y, sin decir ni una palabra, se precipitó hacia su gabinete, de donde regresó en el acto con un trocito de piedra infernal en la mano. Bazárov quiso cogerla y marcharse.

—¡Por el amor de Dios —exclamó Vasili Ivánovich—, déjame hacerlo a mí!

Bazárov sonrió burlonamente.

—¡Cómo te gusta practicar!

—No bromees, por favor. Muéstrame el dedo. La herida no es muy grande. ¿No te duele?

—Aprieta más fuerte, no tengas miedo.

Vasili Ivánovich se detuvo.

—¿No crees que sería mejor cauterizarla con hierro candente, Yevgueni?

—Esto se tendría que haber hecho antes. Ahora, en realidad, ni siquiera la piedra infernal es necesaria. Si me he infectado, ya es tarde.

—¿Cómo que… tarde…? —a duras penas pudo articular Vasili Ivánovich.

—¡Naturalmente! De eso hace ya más de cuatro horas.

Vasili Ivánovich cauterizó un poco más la herida.

—Pero ¿es que el médico rural no tenía piedra infernal?

—No, no tenía.

—¡Cómo es posible, Dios mío! ¿Es médico y no tiene algo tan imprescindible?

—Si hubieras visto sus lancetas… —dijo Bazárov y se marchó.

Hasta que llegó la noche y a lo largo de todo el día siguiente Vasili Ivánovich ingenió todo tipo de pretextos para entrar en la habitación de su hijo, y, aunque no solo no hacía alusión a la herida, sino que además trataba de hablar de las cuestiones más intrascendentes, le miraba a los ojos con tanta insistencia y le observaba de un modo tan alarmado que Bazárov perdió la paciencia y le amenazó con marcharse de la casa. Vasili Ivánovich le dio su palabra de que no se preocuparía más, y aún más viendo que Arina Vlásevna, a la que naturalmente le había ocultado lo ocurrido, empezaba a importunarle con preguntas de por qué no dormía y qué le ocurría. Durante dos días se portó con entereza, aunque el aspecto de su hijo, al que no dejaba de observar a hurtadillas, no le gustaba nada… Pero al tercer día, a la hora de la comida, ya no se pudo contener más. Bazárov estaba sentado con la cabeza gacha y no había probado ni un solo bocado.

—¿Por qué no comes, Yevgueni? —le preguntó adoptando la expresión más despreocupada que pudo—. La comida está muy buena, diría yo.

—No me apetece comer, y por eso no como.

—¿No tienes apetito? Y la cabeza… ¿te duele? —añadió con voz temerosa.

—Sí, me duele. ¿Por qué no me iba a doler?

Arina Vlásevna se enderezó y se puso en guardia.

—No te enfades, por favor, Yevgueni —continuó Vasili Ivánovich—, pero ¿no me permitirías tomarte el pulso?

Bazárov se incorporó.

—Sin habérmelo tomado, te digo que tengo fiebre.

—Y ¿has tenido escalofríos?

—Sí, también los he tenido. Voy a echarme, mandad que me traigan una tila. Me debo de haber resfriado.

—Claro, por eso te he oído toser esta noche —murmuró Arina Vlásevna.

—Me he resfriado —repitió Bazárov y salió.

Arina Vlásevna se ocupó de preparar la tila. Vasili Ivánovich entró en la habitación de al lado y se tiró de los pelos en silencio.

Aquel día Bazárov ya no se volvió a levantar y pasó toda la noche sumido en un sopor pesado, medio inconsciente. Hacia la una de la madrugada, abrió los ojos con dificultad y vio, a la luz de una lamparilla por encima de él, el rostro pálido de su padre. Le ordenó que se marchara y este obedeció, pero regresó de puntillas inmediatamente después y, medio escondido detrás de las puertas del armario, se quedó observando insistentemente a su hijo. Arina Vlásevna tampoco se acostó y, abriendo un poco la puerta del gabinete, se acercaba sin cesar para oír «cómo respira Yeniusha» y ver a Vasili Ivánovich. Solo lograba ver su espalda inmóvil y encorvada, pero incluso esto le procuraba cierto alivio. Por la mañana Bazárov intentó levantarse; la cabeza le daba vueltas y empezó a sangrarle la nariz. Se acostó de nuevo. Vasili Ivánovich le asistía en silencio. Arina Vlásevna entró en el gabinete y le preguntó cómo se encontraba. Bazárov contestó: «Mejor», y se volvió de cara a la

pared. Vasili Ivánovich le hizo un ademán con las manos a su mujer, que se mordió el labio para reprimir el llanto y salió. De pronto fue como si la casa entera se ensombreciera: todo eran caras largas y se hizo un extraño silencio. Sacaron del corral a un gallo que no dejaba de gritar y lo llevaron a la aldea: el animal tardaría mucho tiempo en entender por qué le habían hecho aquello. Bazárov continuaba acostado de cara a la pared. Vasili Ivánovich intentaba dirigirle distintas preguntas, pero estas fatigaban a Bazárov, y el viejo se quedaba inmóvil en su sillón, limitándose a hacer crujir los dedos de vez en cuando. Salía durante algunos instantes al jardín, se quedaba allí como una estatua, como si estuviera petrificado por un desconcierto indescriptible (la expresión de desconcierto ya no se le quitaba del rostro), y volvía de nuevo al lado de su hijo, tratando de eludir las preguntas de su mujer. Ella acabó por cogerle de un brazo y, convulsivamente, casi amenazándole, exclamó: «Pero ¿qué le pasa?». Vasili Ivánovich se dominó y se obligó a contestarle con una sonrisa, pero, para su propio espanto, en vez de una sonrisa le salió una carcajada. A primera hora de la mañana mandó a alguien a por un médico. Consideró necesario advertir de ello a su hijo, para que no se enfadara de ningún modo.

Bazárov se volvió de pronto, miró fijamente a su padre con una expresión vacía, y le pidió de beber.

Vasili Ivánovich le dio agua y aprovechó para palparle la frente. Estaba ardiendo.

—Viejo —dijo Bazárov con voz enronquecida y pausada—, lo mío pinta mal. Me he infectado y dentro de unos días me tendrás que enterrar.

Vasili Ivánovich se tambaleó como si le hubieran golpeado en las piernas.

—¡Yevgueni, pero qué estás diciendo…! —balbució—. ¡Por el amor de Dios! Te has resfriado…

—Basta —le interrumpió pausadamente Bazárov—. Es inadmisible que un médico hable así. Todos los síntomas son de infección, y tú lo sabes.

—¿Dónde están esos síntomas de… infección, Yevgueni? ¡Por favor!

—¿Esto qué es? —profirió Bazárov y, subiéndose una manga de la camisa, le mostró a su padre unas funestas manchas rojas que le habían salido.

Vasili Ivánovich se estremeció y se quedó helado de terror.

—Supongamos… —dijo este finalmente—, supongamos… incluso si… incluso si es algo parecido a… una infección…

—Piemia —apuntó su hijo.

—Bueno, sí… parecido a una… epidemia…

—Piemia —repitió Bazárov con severidad y precisión—. ¿Es que ya has olvidado tus manuales?

—Bueno, sí, sí, como quieras llamarlo… Pero ¡de todos modos te curaremos!

—Bah, patrañas. Pero la cuestión no es esa. No esperaba morirme tan pronto. Es una fatalidad de lo más desagradable, a decir verdad. Mamá y tú debéis aprovechar que tenéis unas fuertes convicciones religiosas; ahora se os presenta la oportunidad de ponerlas a prueba. —Bebió un poco más de agua—. Te quiero pedir algo… ahora

que la cabeza todavía me obedece. Ya sabes que mañana o pasado mi cerebro presentará su dimisión. Ni siquiera ahora estoy seguro de expresarme con claridad. Mientras estaba acostado, me parecía que a mi alrededor no dejaban de correr unos perros rojos, y que tú les lanzabas contra mí, como si yo fuera un urogallo. Era como si estuviera borracho. ¿Entiendes lo que te digo?

—Claro, Yevgueni, estás hablando de un modo completamente normal.

—Mejor. Me has dicho que has mandado a alguien a por un médico… Esto te ha tranquilizado… Pues tranquilízame tú a mí también: manda un mensajero a…

—A Arkadi Nikolaich —se apresuró a decir el viejo.

—¿Quién es Arkadi Nikolaich? —pronunció Bazárov como meditando—. ¡Ah, sí! ¡El polluelo ese! No, no le molestes: ahora es una corneja. No te preocupes, aún no estoy delirando. Envía un mensajero a casa de Anna Serguéievna Odintsova, es una terrateniente de la zona… ¿La conoces? —Vasili Ivánovich asintió con la cabeza —. Que le digan que Yevgueni Bazárov le transmite sus saludos y que se está muriendo. ¿Lo harás?

—Lo haré… Pero ¡no es posible que tú te mueras, Yevgueni…! ¡Piénsalo bien! ¿Dónde estaría la justicia después de esto?

—Eso no lo sé, pero tú envía al mensajero.

—Ahora mismo, y yo mismo escribiré una carta.

—No la escribas, ¿para qué? Dile simplemente que le envío mis saludos, no hace falta nada más. Y ahora vuelvo con mis perros. ¡Qué extraño! Quiero detener el pensamiento en la muerte, pero no lo consigo. Veo como una mancha… y nada más.

Bazárov se volvió pesadamente hacia la pared. Vasili Ivánovich salió del gabinete y, al llegar al dormitorio de su mujer, cayó de rodillas ante los iconos.

—¡Reza, Arina, reza! —gimió—. Nuestro hijo se nos muere.

Llegó el doctor, aquel mismo médico rural que no disponía de piedra infernal y, después de examinar al enfermo, aconsejó seguir el método de esperar y, a continuación, dijo algunas palabras sobre la posibilidad de curación.

—¿Ha visto alguna vez a alguien en mi estado que *no* acabara en los Campos Elíseos? —preguntó Bazárov y, agarrando súbitamente por una pata la maciza mesa que había junto al diván, la sacudió y la cambió de sitio—. Esto sí que es fuerza —exclamó—, aún la conservo toda, pero ¡tengo que morir…! Un viejo al menos ha tenido tiempo de desapegarse de la vida, pero yo… Sí, intenta tú renegar de la muerte. ¡Es ella la que reniega de ti, y basta! ¿Quién está llorando por ahí? —añadió al cabo de poco—. ¿Madre? ¡Pobre! ¿A quién alimentará ahora con su magnífico *borsch*? Y tú, Vasili Iványch, ¿también estás lloriqueando? Pues, si el cristianismo no te ayuda, hazte filósofo, estoico, ¿eh? ¿No te jactabas de ser filósofo?

—¡Qué voy a ser yo filósofo! —gimió Vasili Ivánovich, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Bazárov empeoraba a cada hora; la enfermedad avanzaba con paso acelerado, algo que suele suceder en los casos de infección quirúrgica. Aún no había perdido la

memoria y comprendía lo que le decían: todavía luchaba.

—No quiero delirar —susurraba apretando los puños—, pero ¡qué absurdo! —Y a continuación añadía—: ¿cuánto da ocho menos diez?

Vasili Ivánovich iba y venía como alienado, proponiendo ya un remedio ya otro, y no dejaba de taparle los pies a su hijo. «Envolver en sábanas frías… un vomitivo… un cataplasma sobre el estómago… una sangría», decía ansioso. El médico, que había accedido a quedarse, asentía a todo y daba de beber limonada al enfermo, pedía para sí mismo ahora una pipa, luego un «reconstituyente-reconfortante», es decir, vodka. Arina Vlásevna no se movía de una banqueta baja al lado de la puerta, y solo de vez en cuando salía a rezar; unos días antes se le había escurrido un espejito de tocador entre las manos y se le había roto, algo que ella consideraba un mal augurio; la propia Anfísushka no sabía qué decirle. Y Timofeich había partido a casa de Odintsova.

Bazárov no pasó una buena noche. Una fiebre atroz lo atormentaba. Al amanecer se sintió mejor. Pidió a Arina Vlásevna que le peinara, le besó la mano y tomó un par de sorbos de té. Vasili Ivánovich se animó un poco.

—¡Gracias a Dios! —repetía—. Se ha iniciado una crisis… y ha pasado la crisis.

—¡Habrase visto! —exclamó Bazárov—. ¡El poder que tienen las palabras! Has encontrado una, la has dicho («crisis»), y ya te has tranquilizado. Es sorprendente cómo la gente aún cree en las palabras. A uno le llamas «tonto» y, aunque no le zurres, se pone triste; en cambio, le llamas «lumbrera» y, aunque no le des dinero, se pone contento.

Este pequeño discurso de Bazárov, que recordaba a sus «ocurrencias» de antes, conmovió a Vasili Ivánovich.

—¡Bravo! ¡Muy bien dicho, pero que muy bien! —exclamó agitando las manos como si aplaudiera.

Bazárov sonrió abatido.

—Entonces qué crees —profirió—, ¿ha pasado la crisis o ha empezado?

—Estás mejor, eso es lo que veo y eso es lo que me alegra —le respondió Vasili Ivánovich.

—Pues perfecto. Nunca está de más alegrarse. Y a casa de aquella… ¿recuerdas? ¿Has enviado a alguien?

—Claro que sí, cómo no.

La mejoría no duró mucho: los ataques se reanudaron. Vasili Ivánovich no se separaba de su lado. Parecía como si al viejo lo atormentara algo en particular. Estuvo a punto de decir algo varias veces, pero no pudo.

—¡Yevgueni! —pronunció por fin—. ¡Hijo mío, querido, hijo amado!

Esta llamada tan poco habitual tuvo efecto en Bazárov… Volvió un poco la cabeza y, como tratando de desprenderse de una pesada carga que lo oprimía, dijo:

—¿Qué, padre mío?

—Yevgueni —repitió Vasili Ivánovich, y se puso de rodillas delante de Bazárov, aunque este no abría los ojos y no lo podía ver—. Yevgueni, ahora estás mejor; si

Dios quiere te curarás, pero ¡aprovecha este momento y consuélanos a tu madre y a mí, cumple el deber de todo cristiano! Es terrible que te tenga que decir esto, pero aún más terrible sería que tú… Sería para toda la eternidad, Yevgueni… Piensa en lo que…

Al viejo se le quebró la voz, pero en el rostro de su hijo, a pesar de que seguía tendido con los ojos cerrados, se dibujó una expresión extraña.

—No me opongo a ello, si esto os consuela —dijo finalmente—, pero creo que no hay por qué apresurarse. Tú mismo dices que estoy mejor.

—Estás mejor, Yevgueni, estás mejor, pero quién sabe: todo depende de la voluntad de Dios, y al cumplir con este deber…

—No, esperaré —le cortó Bazárov—. Estoy de acuerdo contigo en que ha empezado una crisis. Y, si nos hemos equivocado, ¡qué le vamos a hacer! También a los inconscientes se les dan los sacramentos.

—Por favor, Yevgueni…

—Esperaré. Y ahora quiero dormir. No me molestes.

Y colocó la cabeza en el lugar de antes.

El viejo se levantó, se sentó en el sillón y, cogiéndose de la barbilla, empezó a morderse los dedos.

El golpeteo de las ballestas de un carruaje, ese golpeteo que es especialmente audible en la quietud de una aldea, llegó de pronto a sus oídos. Unas ruedas ligeras se aproximaban cada vez más, y se empezó a oír el resuello de unos caballos. Vasili Ivánovich se levantó de un salto y se precipitó hacia la pequeña ventana. Sin darse cuenta de lo que eso podía significar, en un ímpetu de alegría sin sentido, salió corriendo al porche. Un lacayo con librea abrió la portezuela de una carroza, de la que salió una dama bajo un velo negro y una mantilla del mismo color.

—Soy Odintsova —dijo—. ¿Sigue con vida Yevgueni Vasílich? ¿Es usted su padre? He traído a un médico.

—¡Oh, bienhechora! —exclamó Vasili Ivánovich y, cogiéndole una mano, la apretó convulsivamente contra sus labios, mientras que el médico que Odintsova había traído, un hombre menudo con gafas y fisionomía alemana, se apeó de la carroza sin prisa—. ¡Aún vive, mi Yevgueni vive y ahora está salvado! ¡Esposa! ¡Esposa…! Ha llegado un ángel del cielo…

—¡Qué pasa, por Dios! —balbució la anciana, que había salido corriendo del cuarto de estar y que, sin entender nada, cayó inmediatamente a los pies de Anna Serguéievna y se puso a besarle el vestido como poseída.

—¡Qué hace! Pero ¡qué hace usted! —exclamó Anna Serguéievna; sin embargo, Arina Vlásevna no la escuchaba y no dejaba de repetir: «¡Ángel, ángel!».

—*Wo ist der Kranke?*[86] Pero ¿dónde está el paciente? —se interesó por fin el médico, no sin cierta indignación.

Vasili Ivánovich volvió en sí.

—Aquí, aquí, haga el favor de seguirme, *wertester Herr Collega*[87] —añadió según su antigua costumbre.

—¡Ah! —exclamó el alemán y sonrió acremente, mostrando los dientes.

Vasili Ivánovich lo condujo a su gabinete.

—Este doctor viene de parte de Anna Serguéievna Odintsova —dijo inclinándose al oído de su hijo—. También ha venido ella.

Bazárov abrió súbitamente los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Digo que Anna Serguéievna Odintsova está aquí, y que te ha traído al señor doctor.

Bazárov miró a su alrededor.

—Está aquí… La quiero ver.

—La verás, Yevgueni; pero primero es necesario que conversemos con el señor doctor. Le expondré el historial de tu enfermedad, puesto que Sídor Sídorych se ha marchado. —Así se llamaba el médico rural—. Haremos una pequeña consulta.

Bazárov miró al alemán.

—Bueno, charlen cuanto antes, pero no en latín, porque entiendo lo que significa *jam moritur*[88].

—*Der Herr scheint des Deutschen mächtig zu sein*[89] —dijo el nuevo discípulo de Esculapio dirigiéndose a Vasili Ivánovich.

—*Ich… habe…*[90] Mejor será que hable en ruso —farfulló el viejo.

—¡Ah, ah! *Pues essto podrría serr… Quissás…*

Y empezó la consulta.

Al cabo de media hora Anna Serguéievna entró en el gabinete en compañía de Vasili Ivánovich. El médico había tenido tiempo de susurrarle que ni se le pasara por la cabeza que el enfermo fuera a recuperarse.

Miró a Bazárov… y se detuvo en la puerta de lo impresionada que se quedó al ver aquel rostro inflamado y al mismo tiempo cadavérico, con esos ojos nebulosos clavados en ella. Pero simplemente se espantó —se trataba de un espanto frío y agobiante—, y la idea de que, si realmente lo hubiera amado no habría sentido aquello, le pasó instantáneamente por la cabeza.

—Gracias —musitó Bazárov con esfuerzo—, no esperaba esto. Es una buena acción. Volvemos a vernos, tal y como usted prometió.

—Anna Serguéievna ha sido tan buena… —empezó a decir Vasili Ivánovich.

—Padre, déjanos. Anna Serguéievna, ¿da su permiso? Creo que ahora ya…

Señaló con la cabeza su cuerpo extendido y sin fuerzas.

Vasili Ivánovich salió.

—Bueno, gracias —volvió a decir Bazárov—. Ha sido una acción digna de un zar: dicen que los zares también visitan a los moribundos.

—Yevgueni Vasílevich, tengo la esperanza…

—Bah, seamos sinceros, Anna Serguéievna. Estoy acabado, bajo una rueda. Al final ha resultado que no había necesidad de pensar en el futuro. La muerte es cosa vieja, pero una novedad para todo el que le toca. Hasta ahora no he sentido miedo… pero llegará un momento en que me quedaré inconsciente y entonces… ¡zas! —Agitó una mano débilmente—. Bueno, qué puedo decirle… ¡yo la amé! Esto antes tampoco tenía ningún sentido y, ahora, ni qué decir tiene. El amor es forma, y mi propia forma ya se está descomponiendo. Pero ¡mejor será que le diga que es usted magnífica! Y ahora está aquí conmigo, tan hermosa…

Anna Serguéievna se estremeció sin querer.

—No pasa nada, no se alarme… Siéntese allí… No se me acerque: mi enfermedad es contagiosa.

Anna Serguéievna cruzó el gabinete rápidamente y se sentó en un sillón junto al diván de Bazárov.

—¡Qué generosa es! —susurró él—. ¡Ah, tan cerca, tan joven, fresca y pura… en esta habitación inmunda! Pues ¡adiós! Viva muchos años, eso es lo mejor de todo, y aproveche mientras pueda. Mire qué espectáculo tan ruin: un gusano medio aplastado que aún se retuerce. Yo también creía: «¡Haré muchas cosas, no moriré, qué va! ¡Tengo una tarea que cumplir, soy un titán!». Y ahora toda la tarea de este titán consiste en morir con decencia, aunque esto a nadie le importa… Da igual: no pienso ponerme a menear el rabo.

Bazárov se quedó callado y palpó un vaso a tientas. Anna Serguéievna le dio de beber sin quitarse los guantes, respirando con temor.

—Usted me olvidará —prosiguió Bazárov—, el muerto no es compañero del vivo. Mi padre le dirá: «¡Qué hombre ha perdido Rusia!»… Bobadas. Pero no contradiga al viejo: deje que se consuele con esta idea… ya me entiende. Y sea cariñosa con mi madre. Personas como ellos, en el gran mundo de usted, no se encuentran ni a la luz del día. Rusia me necesita… No: está visto que no me necesita. Y ¿a quién necesita? Al zapatero, al sastre, al carnicero… vende carne… el carnicero… Espere, me estoy liando… Aquí hay un bosque…

Bazárov se puso una mano sobre la frente.

Anna Serguéievna se inclinó hacia él.

—Yevgueni Vasílich, estoy aquí…

Él le cogió repentinamente la mano y se incorporó.

—Adiós —pronunció con un repentino vigor, y sus ojos resplandecieron por última vez—. Adiós… Escuche… En aquella ocasión no la besé… Sople ahora sobre esta llama que se consume, y que así se apague…

Anna Serguéievna posó sus labios sobre su frente.

—¡Es suficiente! —musitó él y se desplomó sobre la almohada—. Ahora… la oscuridad…

Anna Serguéievna salió en silencio.

—¿Qué? —preguntó Vasili Ivánovich en un susurro.

—Se ha dormido —le respondió ella con una voz apenas audible.

El destino de Bazárov era no volver a despertarse. Al atardecer perdió completamente el sentido y murió al día siguiente. El padre Alekséi le administró los sacramentos. Cuando le daban la extremaunción, cuando el aceite sagrado rozó su pecho, uno de sus ojos se abrió y pareció que, a la vista del sacerdote ataviado con su vestimenta, el incensario humeante y los cirios ante el icono, algo parecido a un estremecimiento de terror se dibujó instantáneamente en el rostro del moribundo. Cuando finalmente exhaló el último suspiro y en la casa se alzó un gemido general, a Vasili Ivánovich le apresó un repentino ataque de furia.

—¡Dije que me rebelaría —gritó con voz ronca y el rostro encendido y desfigurado, agitando un puño en el aire, como si amenazara a alguien— y me rebelo, me rebelo!

Pero Arina Vlásevna, bañada en lágrimas, se colgó de su cuello y ambos se postraron en el suelo. «Así —contaría más tarde Anfísushka en el cuarto de los criados—, inclinaron juntos sus cabecitas, como corderitos al mediodía…».

Pero el bochorno del mediodía da paso al atardecer y después a la noche, y con ella vuelve el refugio silencioso donde los atormentados y los extenuados duermen dulcemente…

XXVIII

Pasaron seis meses. Llegó el blanco invierno con el crudo silencio de sus heladas sin nubes, con su nieve compacta y crujiente, la escarcha rosada en los árboles, el cielo pálido esmeralda, los gorritos de humo sobre las chimeneas, las bocanadas de vaho saliendo al instante por las puertas que se abren, los rostros frescos de la gente, como mordidos por el frío, y el trote diligente de los caballos ateridos. El día de enero llegaba ya a su fin; el frío de la tarde oprimía aún con más fuerza el aire inmóvil, y la aurora color sangre se apagaba veloz. En las ventanas de la casa de Márino se encendieron las luces. Prokófich, en frac negro y guantes blancos, ponía la mesa con especial solemnidad para siete personas. Una semana antes, en una pequeña iglesia parroquial, sin ostentación y casi sin testigos, se habían celebrado dos bodas: la de Arkadi y Katia, y la de Nikolái Petróvich y Fénechka. Y este día Nikolái Petróvich daba una comida para despedir a su hermano, que se marchaba a Moscú por unos asuntos que atender. Anna Serguéievna había partido también hacia la misma ciudad inmediatamente después de la boda, tras colmar de regalos a la joven pareja.

A las tres en punto se reunieron todos a la mesa, incluido Mitia, que ya tenía una niñera con un tocado festivo de glasé. Pável Petróvich se sentó entre Katia y Fénechka; los «maridos» se colocaron al lado de sus mujeres. Nuestros amigos habían cambiado en los últimos tiempos: todos parecían más agraciados y vigorosos; solo Pável Petróvich había adelgazado, lo que, por otra parte, le daba aún más elegancia y señorío a sus rasgos expresivos. También Fénechka había cambiado. Con un vestido de seda, una ancha escarcela de terciopelo en el cabello, una cadenita de oro en el cuello, mantenía una actitud de reverente inmovilidad, de reverencia a sí misma y a todo lo que la rodeaba, y sonreía como queriendo decir: «Perdonen, pero no tengo la culpa». Y no solo ella: los demás también sonreían y también parecían disculparse por algo; todos se sentían ligeramente incómodos, ligeramente tristes, pero, en esencia, muy satisfechos. Cada uno atendía al otro con graciosa cortesía, como si todos se hubieran puesto de acuerdo en representar una cándida comedia. Katia era la que estaba más tranquila de todos: miraba confiada a su alrededor, y se notaba que Nikolái Petróvich ya la quería con locura. Hacia el final de la comida se levantó y, alzando una copa, se dirigió a Pável Petróvich.

—Nos abandonas… nos abandonas, querido hermano —empezó a decir—, por supuesto por poco tiempo. Aun así, no puedo dejar de expresarte que yo… que nosotros… tanto yo… tanto nosotros… ¡Qué desgracia es no saber pronunciar un discurso! Arkadi, di algo.

—No, papá, no he preparado nada.

—¡Como si yo hubiera preparado algo! ¡Simplemente, hermano, deja que te abrace, que te desee lo mejor y que regreses cuanto antes!

Pável Petróvich besó a todos, sin excluir, naturalmente, a Mitia; a Fénechka además le besó la mano, que aún no sabía dar como era debido y, tomándose una segunda copa, exclamó con un profundo suspiro:

—¡Sed felices, amigos míos! *Farewell!*[91]

Esta coletilla en inglés pasó desapercibida, pero todos se conmovieron.

—A la memoria de Bazárov —le susurró Katia a su marido al oído y brindó con él. Arkadi en respuesta le estrechó la mano con fuerza, pero no se atrevió a proponer este brindis.

Parece que hemos llegado al fin… Pero quizá alguno de nuestros lectores desee saber qué hace ahora, justamente ahora, cada uno de los personajes que hemos conocido. Estamos dispuestos a complacerle.

Anna Serguéievna se ha casado hace poco —no por amor, sino por convicciones — con uno de los futuros estadistas de Rusia, un hombre muy inteligente, versado en leyes, con un fuerte sentido práctico, una voluntad firme y un excelente don de la palabra; es un hombre aún joven, bueno y frío como el hielo. Viven en buena armonía y tal vez lograrán ser felices… y tal vez se llegarán a amar. La princesa J. falleció y fue olvidada el mismo día de su muerte. Los Kirsánov, padre e hijo, viven en Márino. Sus asuntos empiezan a marchar mejor. Arkadi se ha convertido en un diligente propietario, y la «granja» ya reporta unos ingresos bastante considerables. Nikolái Petróvich ha sido nombrado juez de paz y se aplica con todas sus fuerzas en ello. No deja de recorrer su jurisdicción, pronuncia largos discursos (opina que es necesario «hacer comprender» a los campesinos, es decir: les repite continuamente las mismas palabras hasta la extenuación), aunque, a decir verdad, no satisface por completo ni a los nobles cultos —que hablan o bien con chic, o bien con melancolía sobre la *emancipación* (pronunciando la «n» nasal)—, ni a los nobles incultos —que injurian sin reparos *«ejta emancipación»*—. Tanto para los primeros como para los segundos, es demasiado blando. Katerina Serguéievna ha tenido un niño —Kolia—, y Mitia ya corre con brío y habla por los codos. Fénechka (Fedosia Nikoláievna), después de su marido y Mitia, a quien más adora es a su nuera: cuando esta se sienta al piano, se pasa el día entero sin separarse de su lado. Hagamos, por cierto, mención de Piotr. Está totalmente tieso de estupidez y vanidad, pronuncia todas las «e» como «iu», a la francesa, se ha casado y ha obtenido una dote considerable de su prometida. Hija de un horticultor de la ciudad, rechazó a dos buenos pretendientes solo porque no tenían reloj; en cambio, Piotr no solo tenía reloj, sino que también tenía botas de charol.

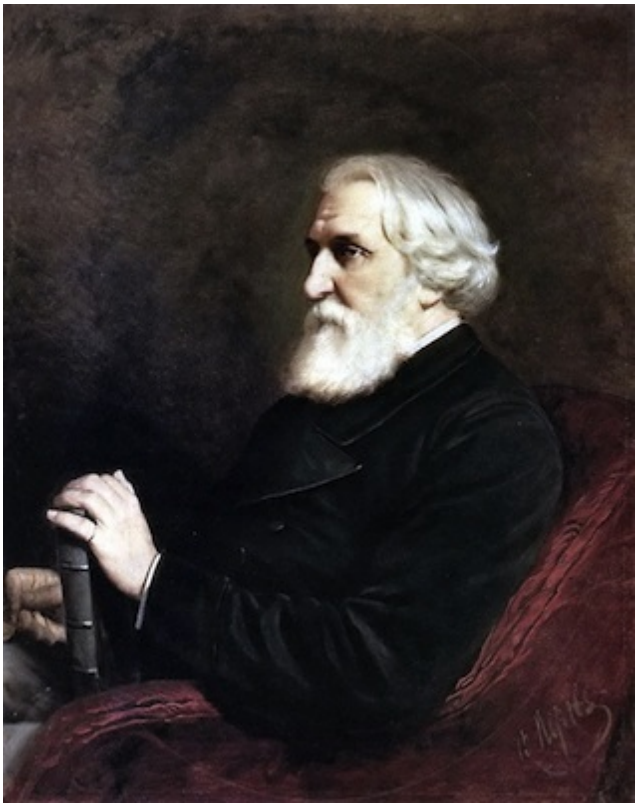
En Dresde, en la terraza de Brühl, entre las dos y las cuatro —la hora más distinguida para pasearse— podrán encontrar a un hombre de unos cincuenta años, con el cabello totalmente cano y que parece padecer de gota, pero todavía guapo, vestido con elegancia y con ese sello particular que posee solo quien se ha movido mucho por las altas capas de la sociedad. Se trata de Pável Petróvich. Viajó de Moscú

al extranjero para mejorar su salud y se instaló en Dresde, donde se relaciona sobre todo con ingleses y con rusos que están de paso. Con los ingleses se comporta con sencillez, casi con modestia, pero no sin dignidad; estos le encuentran un poco aburrido, pero lo respetan como a un perfecto caballero —*a perfect gentleman*—. Con los rusos es más desenvuelto, da rienda suelta a su bilis, se burla de sí mismo y de ellos. Pero todo esto le sale de una manera muy graciosa, despreocupada y decorosa. Sigue las ideas eslavófilas: es sabido que en la alta sociedad esto es considerado *très distingué*. No lee ningún libro ruso, pero tiene sobre el escritorio un cenicero de plata en forma de zueco de campesino. Nuestros turistas lo agasajan mucho. Matvéi Ilich Koliazin, estando en la *oposición temporal*, le hizo una solemne visita de camino a un balneario de Bohemia; y la población local, con la que por otra parte se trata poco, casi lo venera. No hay nadie que consiga un billete con tanta facilidad y rapidez para la capilla de la corte, para el teatro, etcétera, como *der Herr Baron von Kirsanoff*. Hace todo el bien que puede, pero aún sigue armando un poco de ruido: no en vano en sus tiempos fue un «león». Sin embargo, la vida se le hace penosa… más penosa de lo que él mismo sospecha. Basta con mirarle en la iglesia rusa cuando, apoyado en la pared, en un rinconcito, se queda absorto e inmóvil durante largo rato, apretando los labios con amargura; después, de repente, vuelve en sí y empieza a santiguarse casi imperceptiblemente…

También Kúkshina se encuentra en el extranjero. Ahora está en Heidelberg, y ya no estudia ciencias naturales, sino arquitectura, campo en el que, según sus palabras, ha descubierto nuevas leyes. Sigue, como siempre, tratándose con estudiantes, sobre todo con jóvenes físicos y químicos rusos, de los que Heidelberg está lleno y los cuales, asombrando al principio a los ingenuos profesores alemanes con su sobria mirada sobre las cosas, acaban por asombrar a esos mismos profesores con su total inacción y su absoluta pereza. Con dos o tres químicos que no saben distinguir el oxígeno del nitrógeno, pero que están llenos de espíritu de negación y de amor propio, y con el gran Yelisévich, Sítnikov, que también se prepara para ser grande, revolotea por San Petersburgo. Según sus aseveraciones, continúa la «causa» de Bazárov. Dicen que alguien le dio una zurra no hace mucho, pero que él le pagó con la misma moneda: en un lúgubre articulito que logró embutir en una lúgubre revistilla, dio a entender que quien le había pegado era un cobarde. A esto él lo llama ironía. Su padre le sigue tratando a la patada, y su mujer lo considera un simplón y… un literato.

En un remoto rincón de Rusia hay un pequeño cementerio rural. Como casi todos nuestros cementerios, tiene un aspecto lastimoso: las zanjas que lo rodean hace tiempo que están cubiertas de maleza; las cruces grises de madera se han torcido y se pudren bajo sus tejadillos antaño pintados; las losas de piedra están todas movidas, como si alguien las hubiera empujado desde debajo; dos o tres arbolillos pelados apenas dan una escuálida sombra; las ovejas andan a sus anchas por las tumbas… Pero hay entre estas una a la que nunca llega el hombre y que no pisa el animal: solo

los pájaros se posan sobre ella y cantan al alba. Está rodeada por una verja de hierro; dos jóvenes abetos han sido plantados en sus extremos. Yevgueni Bazárov está enterrado en esta tumba. Hasta ella, desde una pequeña aldea cercana, acuden con frecuencia dos viejitos ya decrépitos: un marido y su mujer. Sosteniéndose el uno en el otro, avanzan con paso fatigado; se acercan a la verja, caen de rodillas y lloran amargamente durante un buen rato, y también durante un buen rato contemplan la piedra muda bajo la cual reposa su hijo; intercambian alguna palabra breve, quitan el polvo de la piedra, enderezan alguna rama del abeto y vuelven a rezar. No son capaces de abandonar este lugar, en el que se sienten más cerca de su hijo, de su recuerdo… ¿Es posible que sus oraciones y sus lágrimas sean vanas? ¿Es posible que el amor, el amor sagrado y entregado no sea todopoderoso? ¡Oh, no! Por muy apasionado, pecador y rebelde que fuese el corazón que está oculto bajo la tumba, las flores que crecen en ella nos miran serenamente con sus ojos inocentes, y no solo nos hablan del reposo eterno, de ese gran reposo «indiferente» de la naturaleza: también nos hablan del apaciguamiento eterno y de la vida infinita…



IVÁN SERGUÉIEVICH TURGUÉNEV nació en Orel en 1818, hijo de un militar retirado y de una rica terrateniente. Se crio en Spásskoie, en la finca materna, educado por tutores; estudió Filosofía en Moscú, San Petersburgo y Berlín, de donde regresó a Rusia convertido en un liberal occidentalista. A partir de entonces su vida transcurrió entre su país y distintas ciudades de Europa, especialmente París, sin que llegara a establecer en ninguna parte residencia fija.

En 1847 inició en la revista *El Contemporáneo* la serie de *Relatos de un cazador*, una visión realista de la vida campesina rusa que, según se dijo, influyó en la decisión del zar Alejandro II de emancipar a los siervos de la gleba. Su primera novela, *Rudin*, se publicó en 1856, cuando el autor gozaba ya de gran notoriedad. Siguieron, entre otras, *Nido de nobles* (1859), *En vísperas* (1860), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867) y *Tierras vírgenes* (1876).

Escribió asimismo excelentes relatos y novelas cortas de tema íntimo y unas memorables *Páginas autobiográficas* (1869-1883). Sobre el protagonista de *Nido de nobles* pesa una maldición que parece pensada para el mismo Turguénev: «No harás tu nido en ninguna parte y andarás errante toda la vida». Murió en Bougival, cerca de París, en 1883.

Notas

[1] Isaiah Berlin, *Pensadores rusos* (1978). *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor]*. <<

[2] Antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,09 hectáreas. <<

[3] En 1848, por miedo a la oleada revolucionaria que recorrió Europa, Nicolás I prácticamente prohibió salir del país. <<

[4] Diminutivo de Arkadi. <<

[5] Tributo que los campesinos debían pagar al terrateniente. Algunas haciendas seguían este sistema y otras el de la *bárschina*, según el cual los campesinos debían trabajar las tierras de su señor. <<

[6] Es libre, en efecto. <<

[7] Pieza de cuero que cubría las piernas de los viajeros para resguardarlas del barro, del polvo, etc. <<

[8] Apretón de manos. <<

[9] Muestra más desenvoltura. <<

[10] Hombre que marcaba tendencia en la alta sociedad y tenía mucho éxito con las mujeres. <<

[11] Fedosia Nikoláievna es el nombre completo y respetuoso de Fénechka, que es su diminutivo. <<

[12] Vosotros habéis cambiado todo esto. <<

[13] Justus von Liebig (1803-1873), químico alemán, uno de los padres de la agroquímica. <<

[14] Del francés Corps des Pages: institución de enseñanza militar muy elitista en la que estudiaban los hijos de la nobleza. <<

[15] Pero yo puedo darle a usted dinero. <<

[16] Alekséi Yermólov, general ruso, muy célebre en su tiempo, que tuvo un papel destacado en las guerras napoleónicas y en la guerra del Cáucaso. <<

[17] Capa tradicional caucásica que, en la primera mitad del siglo XIX, los militares rusos solían llevar en la guerra del Cáucaso. <<

[18] Novela histórica de Konstantín P. Masalski (1802-1861). <<

[19] *Fuerza y materia* (1854), obra principal del médico y filósofo alemán Ludwig Büchner (1824-1899), uno de los máximos exponentes del materialismo científico del siglo XIX. <<

[20] Pintamonas. <<

[21] Comunidad agraria de campesinos. Sus miembros poseían y labraban la tierra en común, y la dividían en parcelas que se asignaban a cada familia según su tamaño. <<

[22] En algunas familias campesinas se daba una práctica conocida como *snojáchestvo*, que consistía en que el cabeza de familia mantenía relaciones con las mujeres jóvenes, habitualmente las esposas de sus hijos. Estos últimos llegaban a ausentarse años para servir en el ejército o para trabajar lejos de la aldea. <<

[23] Envejecido. <<

[24] François Guizot (1787-1874), historiador y político francés, líder de los doctrinarios. <<

[25] Sofia Svéchina, o *madame* Swetchine (1782-1857), dama de honor de Maria Fiódorovna, muy célebre en la alta sociedad petersburguesa. Al convertirse al catolicismo en 1815 fue tan criticada que se trasladó a vivir a París. Autora de obras religiosas, su salón era frecuentado por la élite cultural y social de la época. <<

[26] Ya ha pasado tu tiempo. <<

[27] En ruso, *burdá* significa «brebaje» y «disparate». <<

[28] Pronunciado a la francesa. <<

[29] Variedad de abrigo largo de hombre ceñido por la cintura. <<

[30] Responsable elegido por un consejo rural que dirigía los asuntos de las comunidades campesinas. <<

[31] *The Pathfinder, or The Inland Sea* (1840), novela de James Fenimore Cooper, cuyo protagonista es Natty Bumppo. <<

[32] Robert Wilhelm Bunsen (1811-1899), químico alemán. <<

[33] Compendio del siglo XVI de normas, consejos y enseñanzas sobre la vida familiar, social y religiosa rusa. Entre otras cosas, propugnaba un férreo patriarcado, la sumisión absoluta de las mujeres a sus maridos. <<

[34] Jules Michelet (1798-1874), historiador francés. <<

[35] Como un auténtico caballero francés. <<

[36] ¡Caramba!, ¡Ah, diantre!, ¡Pst, pst, mi pequeña! <<

[37] Uso incorrecto del condicional. <<

[38] Contradanza de origen francés. <<

[39] En italiano en el original. <<

[40] ¡Qué estilo! <<

[41] Mijaíl Speranski (1772-1839), hombre de Estado y reformista muy influyente en tiempos de Alejandro I y Nicolás I. Era hijo de un sacerdote de pueblo. <<

[42] Tela de lana ligera originaria de Barèges (Francia). <<

[43] Diminutivo de Katerina. <<

[44] Juego de cartas. <<

[45] Decoro. <<

[46] Véase nota p. 28. <<

[47] *El caballero Toggenburg* (1797), balada de Schiller sobre el amor imposible. <<

[48] Yeniusha, Yeniushka, Yeniúshenka, Yeniúshechka: diminutivos cariñosos de Yevgueni. <<

[49] Christoph Wilhelm Hufeland (1762-1836), médico alemán muy famoso en su tiempo, autor del tratado *Macrobiótica o el arte de prolongar la vida humana*. El emperador Federico III de Alemania, Goethe, Schiller y Herder fueron algunos de sus pacientes. <<

[50] Sauna tradicional rusa. <<

[51] A cada uno lo suyo. <<

[52] Revista médica semanal que se editó en San Petersburgo entre 1833 y 1869. <<

[53] Johann Lukas Schönlein (1793-1864) y Johann Gottfried Rademacher (1772-1850), médicos naturistas alemanes. <<

[54] Eso es todo. <<

[55] Hace alusión a la Sociedad del Sur, un grupo de aristócratas y oficiales del ejército ruso que el 14 de diciembre de 1825 (según el antiguo calendario) encabezaron el Levantamiento Decembrista. Su objetivo era introducir reformas liberales en Rusia (separación de poderes, limitación de la monarquía absoluta y la liberación de los siervos), pero la revuelta fracasó y fueron duramente castigados. <<

[56] En las plantas, palabras y minerales. <<

[57] Con sus antepasados. <<

[58] Se alude a Napoleón III Bonaparte (1808-1873), partidario de la unidad de Italia. <<

[59] Dementes que el pueblo consideraba casi como santos, cercanos a las revelaciones de Cristo. <<

[60] Sal negra que se preparaba el Jueves Santo y a la que se atribuía toda clase de propiedades. <<

[61] *Alexis, ou La maisonnette dans les bois*, novela de François Guillaume Ducray-Duminil (1761-1819). <<

[62] *Roberto el diablo*, ópera en cinco actos del compositor Giacomo Meyerbeer (1791-1864). <<

[63] Aleksandr Suvórov (1730-1800), generalísimo ruso, gran estratega militar, famoso por ganar todas las batallas. <<

[64] Héroes mellizos de la mitología griega, conocidos como los Dioscuros. <<

[65] Antiguo juego de cartas parecido al *whist* y al *préférence*. <<

[66] Diminutivo de Vasili. <<

[67] A buen entendedor, sobran las palabras. <<

[68] Lo dulce y lo útil. <<

[69] Mareo. <<

[70] Ann Radcliffe (1764-1823), novelista inglesa, una de las pioneras de la novela gótica. <<

[71] *Sir* Robert Peel (1788-1850), político inglés del Partido Conservador. <<

[72] Acuéstese. <<

[73] Diminutivo de Pável. <<

[74] Tiene el mismo aire. <<

[75] Cuñada. <<

[76] En el siglo diecinueve. <<

[77] ¡Vaya una idea! <<

[78] Juego de palabras con fresno («yasen») y luminoso («yasno»). <<

[79] Bebida fermentada muy popular en Rusia. <<

[80] Se refiere a Aleksandra Ósipovna Smirnova-Rosset, dama de honor de la corte, amiga de Pushkin, Zhukovski, Lérmontov y Gógol. Este último mantuvo con ella una interesantísima correspondencia. <<

[81] Sopas típicas de la cocina rusa. <<

[82] La idea de que el mundo se apoya sobre tres peces es propia de los mitos populares. <<

[83] Antiguo tocado festivo, con las puntas en forma de cuernos, con el que las mujeres casadas se cubrían la cabeza. <<

[84] Napoleón III. <<

[85] Nitrato de plata, empleado como antiséptico y desinfectante. <<

[86] ¿Dónde está el enfermo? <<

[87] Respetable señor colega. <<

[88] Ya se está muriendo. <<

[89] Parece que el señor domina el alemán. <<

[90] Yo… tengo… <<

[91] ¡Adiós! <<

Padres e hijos

Iván S. Turguénev